

OBRAS COMPLETAS  
DEL PROFESOR

S. FREUD

NUEVAS  
APORTACIONES  
A LA  
PSICOANALISIS

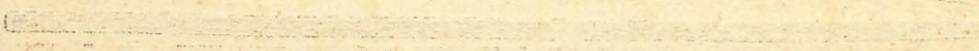


ULTIMOS COM-  
PLEMENTOS (1933)  
A LA INTRODUC-  
CION A LA PSI-  
COANALISIS (VO-  
LUMENES -IV- Y -V-

DE ESTA EDICION  
DE OBRAS  
COMPLETAS)

TRADUCCION DIRECTA DEL ALE-  
MAN DE LUIS LOPEZ BALLESTE-  
ROS Y DE TORRES  
BIBLIOTECA NUEVA

LIBRARY



I

NUEVAS APORTACIONES A LA PSICOANALISIS

---

ES PROPIEDAD. DERECHOS RE-  
SERVADOS.  
COPYRIGHT BY «BIBLIOTECA  
NUEVA», 1934.

---

172

OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR S. FREUD

XVII

I

# NUEVAS APORTACIONES A LA PSICOANALISIS

II

## ESQUEMA DE LA PSICOANALISIS Y OTROS ENSAYOS

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL ALEMÁN, POR  
LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS Y DE TORRES

(PRIMERA EDICIÓN)



*Luis López-Ballesteros*

BIBLIOTECA NUEVA  
MADRID  
1954

# OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR S. FREUD

TRADUCIDAS POR LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS  
Y DE TORRES

## TOMOS PUBLICADOS

- I.—PSICOPATOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA (*Olvidos, equivocaciones, torpezas, supersticiones y errores.*)
- II.—UNA TEORÍA SEXUAL Y OTROS ENSAYOS (*Una teoría sexual.—Cinco conferencias sobre psicoanálisis.—Introducción al estudio de los sueños.—Más allá del principio del placer.*)
- III.—EL CHISTE Y SU RELACIÓN CON LO INCONSCIENTE (*El chiste y su relación con lo inconsciente.—El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen.*)
- IV.—INTRODUCCIÓN A LA PSICOANÁLISIS (*I. Los actos fallidos y los sueños.*)
- V.—INTRODUCCIÓN A LA PSICOANÁLISIS (*II. Teoría general de las neurosis.*)
- VI.—LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS. I.
- VII.—LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS. II.
- VIII.—TOTEM Y TABÚ (*Totem y Tabú.—Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci.*)
- IX.—PSICOLOGÍA DE LAS MASAS Y ANÁLISIS DEL YO (*Psicología de las masas y análisis del Yo.—Metapsicología.—El Yo y el Ello.—Ensayo autobiográfico.*)
- X.—LA HISTERIA (*La histeria.—Charcot.—Un caso de curación hipnótica.*)
- XI.—INHIBICIÓN, SÍNTOMA Y ANGUSTIA (*Inhibición, síntoma y angustia. Las neuropsicosis de defensa y otros ensayos.*)
- XII.—EL ANÁLISIS PROFANO (*El análisis profano.—El múltiple interés de la psicoanálisis.—Historia del movimiento psicoanalítico.—La etiología de la histeria y otros ensayos.*)
- XIII.—PSICOLOGÍA DE LA VIDA ERÓTICA (*Psicología de la vida erótica. Teorías sexuales infantiles.—Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina y otros ensayos.*)
- XIV.—EL PORVENIR DE LAS RELIGIONES (*El porvenir de una ilusión.—Técnica de la psicoanálisis.—Introducción al narcisismo y otros ensayos.*)
- XV.—HISTORIALES CLÍNICOS. I. (*Análisis fragmentario de una histeria. Análisis de la fobia de un niño de cinco años.*)
- XVI.—HISTORIALES CLÍNICOS. II. (*Un caso de neurosis obsesiva.—Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito.—Historia de una neurosis infantil.*)
- XVII.—NUEVAS APORTACIONES A LA PSICOANÁLISIS. (*Nuevas aportaciones a la psicoanálisis.—Esquema de la psicoanálisis y otros ensayos.*)

EN PRENSA

PSICOANÁLISIS APLICADA.

NUEVAS APORTACIONES A LA PSICOANALISIS  
Y OTROS ENSAYOS



## PROLOGO

Las conferencias agrupadas bajo el título de «Introducción a la psicoanálisis» (1) fueron desarrolladas por mí, durante los cursos de 1915 a 1916 y 1916 a 1917, en un aula de la Clínica psiquiátrica de Viena y ante un auditorio compuesto por individuos de todas las Facultades. Las que forman la primera serie, improvisadas todas, las senté por escrito poco después de pronunciadas. Las de la segunda las redacté durante las vacaciones estivales intermedias, que pasé en Salzburgo, y los pronuncié luego al pie de la letra, pues por entonces poseía aún el don de una memoria fonográfica.

En cambio, esta nueva serie de conferencias no ha sido nunca pronunciada. En el intervalo mi edad me ha relevado de la obligación de patentizar mi pertenencia—aunque sólo periférica—a la Universidad por medio de cursos de conferencias, y una operación quirúrgica me ha inutilizado para la oratoria. Así, pues, si en la serie de trabajos que siguen me traspongo de nuevo a las aulas y ante un auditorio, ello es tan sólo una ficción imaginativa; ficción que, en todo caso, me ayudará a no olvidarme de facilitar la comprensión del lector al profundizar en los temas propuestos.

---

(1) Cf. los volúmenes IV y V de esta edición castellana.

Estas nuevas conferencias no pretenden en modo alguno substituir a las anteriores. No son, en general, nada independiente que pueda contar con un círculo privativo de lectores ; son continuaciones y complementos que, atendiendo a su relación con las precedentes, pueden dividirse en tres grupos. A un primer grupo pertenecen las revisiones de aquellos temas que tratamos ya hace quince años, pero que, a consecuencia de la profundización de nuestros conocimientos y la mudanza de nuestras concepciones, demandan hoy una distinta exposición. Trátase, pues, de revisiones críticas. Los otros dos grupos comprenden las ampliaciones propiamente dichas, por cuanto tratan de cosas que o no existían aún en la psicoanálisis al tiempo de las primeras conferencias o solamente apuntaban por entonces, sin que su estado naciente e impreciso justificara dedicarlas capítulo aparte. No es posible evitar, ni hay por qué lamentarlo, que algunas de las nuevas conferencias reúnan en sí caracteres de los tres grupos.

La dependencia de estas nuevas conferencias, de las que constituyeron la primera «Introducción a la psicoanálisis», aparece expresada también en su numeración, que continúa la de aquéllas. Así, la que inicia el presente volumen lleva el número XXIX. Lo mismo que las primeras, no ofrecen al analítico especializado grandes novedades y se dirigen a aquella legión de personas cultas a las que nos atrevemos a atribuir un interés benévolo, aunque refrenado por la singularidad y las conquistas de nuestra joven ciencia. También en este caso me ha guiado el propósito de no sacrificar nada, para dar a mi trabajo la apariencia de algo sencillo, completo y acabado; no ocultar los problemas ni negar las inseguridades. En nin-

gún otro sector de la labor científica sería lícito ufanarse de tales propósitos de sobriedad y rigor, pues en todos es cosa natural y no otra espera el público. Ningún lector de un trabajo de Astronomía se sentirá defraudado y superior a la Ciencia si se le muestran los límites en los que nuestro conocimiento del Universo se desvanece en lo nebuloso. Sólo en Psicología sucede algo distinto ; en este sector se manifiesta plenamente la incapacidad constitucional del hombre para la investigación científica. Parece como si de la Psicología no se esperaran progresos del saber, sino otras satisfacciones cualesquiera ; de todo problema no resuelto y de toda inseguridad confesada se le hace reproche.

Pero el que ama la ciencia de la vida psíquica tendrá que aceptar también tales imperfecciones.

Viena, verano de 1932.

FREUD.

que otro actor de la labor científica está hecho más  
naso de tales propósitos de actualidad y rigor pues  
en todas es costumbre y no que espere el público.  
Nuestro lector de un trabajo de investigación se sentirá  
destinado y atraído a la Ciencia si se le muestran  
los frutos en los que nuestro conocimiento del Uni-  
verso se desarrolla en la actualidad. Sólo en Psicología  
este aspecto parece haberse olvidado; en este sector se han limitado  
los planteamientos de investigación científica, con lo que el lector  
para la investigación científica. La psicología como ciencia  
Psicología no se separa en su origen del saber común  
de otras actividades científicas; de todo problema  
científico y de toda investigación científica se debe  
partir.

Pero el que para la ciencia de la vida humana sea  
debe que aceptar también tales métodos.

Por el retorno de la

ERUD

## XXIX

### Revisión de la teoría de los sueños

Si después de una pausa de más de quince años os he convocado de nuevo para tratar con vosotros de las novedades y acaso también de los adelantos que el intervalo ha aportado a la psicoanálisis, es justo y natural, desde más de un punto de vista, que dediquemos en primer lugar nuestra atención al estado de la teoría de los sueños. Esta teoría ocupa en la historia de la psicoanálisis un lugar especial, designando en ella un viraje; con ella ha cumplido el análisis el paso desde un procedimiento terapéutico a una psicología abisal. La teoría de los sueños es también, desde entonces, lo más característico y singular de nuestra joven ciencia; algo impar en el acervo general de nuestro saber, un dominio nuevo conquistado a las creencias populares y a la mística. La singularidad de las afirmaciones que hubo de sentar la ha confiado el papel de un «schiboleth», cuyo empleo decide quién puede llegar a ser un adepto de la psicoanálisis y a quién ha de permanecer por siempre inaprehensible. Para mí mismo fué un seguro asidero en aquellos tiempos difíciles en que los hechos ignotos de las neurosis solían confundir mi juicio inexperimentado aún. Siempre que comenzaba a dudar de la exactitud de mis vacilantes conocimientos, cada vez que lograba

referir un sueño absurdo y embrollado a un proceso psíquico correcto y comprensible desarrollado en el sujeto, se renovaba mi confianza de hallarme en buen camino.

Entraña, pues, para nosotros, especial interés, perseguir precisamente en el caso de los sueños, qué transformaciones ha experimentado la psicoanálisis en este intervalo, y además qué progresos ha realizado durante él en la comprensión y la estimación de los demás. Os diré, desde luego, que en ambos sentidos quedaréis defraudados.

Hojead conmigo la colección de la «Revista internacional de psicoanálisis médica» (Internationaler Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse), en la cual constan, desde 1913, los principales trabajos sobre nuestra ciencia. En los primeros tomos hallaréis una sección permanente dedicada a la «Interpretación de los sueños» con numerosas aportaciones a los distintos problemas de la teoría de los sueños. Pero conforme vayáis avanzando en vuestra rebusca veréis que tales aportaciones se hacen cada vez menos frecuentes, hasta la desaparición total de la sección correspondiente. Los analíticos se conducen como si nada tuvieran ya que decir sobre los sueños, como si la teoría de los mismos fuera ya cosa acabada. Pero si me preguntáis qué es lo que de la teoría de los sueños han aceptado las gentes ajenas a nuestro círculo, los muchos psiquiatras y psicoterapeutas que arrian su sardina a nuestras ascuas—sin mostrarse ciertamente muy agradecidos a nuestra hospitalidad—las gentes llamadas intelectuales que acostumbran a apropiarse los resultados más impresionantes de la ciencia, los literatos y el gran público; si preguntáis, repito, que es lo que de la teoría de los sueños se han

asimilado todas estas gentes, la respuesta es muy poco satisfactoria. Algunas fórmulas han llegado a ser generalmente conocidas, y entre ellas, algunas que jamás han sido nuestras, tales como la tesis de que todos los sueños son de naturaleza sexual; pero precisamente cosas tan importantes como la distinción fundamental entre el contenido manifiesto del sueño y las ideas latentes del mismo, el descubrimiento de que los sueños de angustia no contradicen la función cumplidora de deseos del sueño, la imposibilidad de interpretar el sueño sin ayuda de las asociaciones correspondientes del sujeto, y, sobre todo, el descubrimiento de que lo más esencial del sueño es el proceso de la elaboración onírica; todo esto, parece ser aún tan ajeno como hace treinta años a la conciencia general. Puedo afirmarlo así porque en el intervalo he recibido multitud de cartas de personas que me relatan en ellas sus sueños pidiéndome su interpretación o me demandan explicaciones sobre la naturaleza de los sueños, afirmando haber leído mi «Interpretación de los sueños» (1) cuando cada una de las frases de sus cartas delata su incomprensión de nuestra teoría onírica. Ello no ha de impedirnos, sin embargo, recapitular nuevamente lo que de los sueños sabemos. Recordaréis, seguramente, que en nuestra anterior exposición de la materia dedicamos toda una serie de conferencias a mostrar cómo se había llegado a la comprensión de tal fenómeno psíquico hasta entonces inexplicado.

Así, pues, cuando alguien, por ejemplo, un paciente sometido a la terapia analítica, nos relata uno de sus sueños hacemos cuenta de que con ello nos ha

---

(1) Cf. los volúmenes VI y VII de estas «Obras completas».

hecho una de las comunicaciones a las que hubo de obligarse al ponerse en tratamiento. Aunque, desde luego, una comunicación con medios impropios, pues el sueño no es en sí una expresión social ni un medio de comunicación. Así, no comprendemos lo que el sujeto quiere decirnos y, por su parte, tampoco él lo sabe a punto fijo. Se nos plantea entonces un dilema que hemos de resolver rápidamente: O bien el sueño es, como nos lo aseguran los médicos no analíticos, un signo de que el sujeto ha dormido mal, de que no todas las partes de su cerebro se han aquietado por igual y de que ciertos lugares del mismo, bajo el influjo de estímulos desconocidos, han querido seguir trabajando y sólo de un modo muy imperfecto lo han podido, y entonces haremos bien en no ocuparnos más del producto, carente de todo valor psíquico, de la perturbación nocturna, ya que su investigación nada útil para nuestros propósitos puede suministrar-nos. O bien... Pero advertimos que de antemano nos hemos pronunciado en otro sentido. Hemos supuesto, en efecto—desde luego arbitrariamente; lo confesamos—, que también un tal sueño incomprensible tenía que ser un acto psíquico plenamente válido, significativo y valioso, susceptible de ser utilizado en el análisis como otra comunicación cualquiera del paciente. Si tenemos o no razón sólo el resultado de nuestras tentativas puede mostrarlo. Si conseguimos transformar el sueño en una tal manifestación valiosa podremos esperar averiguar algo nuevo, obtener comunicaciones tales como hasta ahora nos habían sido inaccesibles.

Mas en este punto se alzan ante nosotros las dificultades de nuestra labor y los enigmas de nuestro tema. ¿Cómo hacemos para transformar el sueño en

una tal comunicación normal y cómo explicamos que una parte de las manifestaciones del paciente haya tomado esta forma tan incomprensible para él como para nosotros?

Como veréis, esta vez no sigo el camino de una exposición genética, sino el de una exposición dogmática. Nuestro primer paso consistirá en fijar nuestra nueva actitud ante el problema de los sueños con la introducción de dos nuevos conceptos o denominaciones. A lo que hasta ahora se ha dado el nombre de «sueño» lo llamamos «texto del sueño» o «sueño manifiesto», y a lo que buscamos y, por decirlo así, presumimos, detrás del sueño, lo designamos como «ideas latentes del sueño». Hecho así, podemos expresar nuestras dos labores en la forma siguiente: Tenemos que transformar el sueño manifiesto en el sueño latente, e indicar cómo este último se ha hecho el primero en la vida anímica del sujeto. La primera parte es una labor práctica que atañe a la interpretación onírica y precisa de una técnica; la segunda es una labor teórica que ha de explicar el supuesto proceso de la elaboración del sueño y sólo una teoría puede ser. Ambas, la técnica de la interpretación onírica y la teoría de la elaboración del sueño, han de ser creadas de nuevo.

¿Por cuál de ellas hemos de comenzar? A mi juicio por la técnica de la interpretación de los sueños. Su mayor plasticidad habrá de haceros impresión más viva.

Tenemos, pues, que el paciente nos ha relatado un sueño que hemos de interpretar. Hemos escuchado pasivamente su relato sin hacer reflexión alguna sobre él. ¿Qué hacemos primero? Decidimos preocu-

parnos lo menos posible de lo que hemos oído, o sea del sueño manifiesto. Naturalmente, este sueño manifiesto muestra diversos caracteres que no nos son del todo indiferentes. Puede ser coherente, correctamente compuesto como un poema, o incomprensiblemente embrollado, casi como un delirio; puede contener elementos absurdos o chistosos y conclusiones aparentemente ingeniosas; puede resultar claro y preciso al sujeto o turbio y desvanecido; sus imágenes pueden mostrar la plena intensidad sensorial de percepciones o ser imprecisas como vagas sombras, y un mismo sueño puede reunir los más diversos caracteres distribuidos en diversos lugares; el sueño puede mostrar, en fin, un tono afectivo indiferente o ir acompañado de intensísimas excitaciones alegres o penosas. No debéis creer que hacemos caso omiso de esta infinita variedad en el sueño manifiesto; más adelante volveremos sobre ella y hallaremos en ella elementos útiles para el análisis, mas por de pronto prescindimos de ella y emprendemos el camino principal de la interpretación onírica; esto es, invitamos al sujeto a libertarse también él de la impresión del sueño manifiesto, a desviar su atención de la totalidad del mismo para concentrarla sobre cada una de las partes del contenido del sueño y a comunicarnos sucesivamente las asociaciones que enlace a cada una de tales partes.

¿No es ésta acaso una técnica especial y no el modo corriente de tratar una comunicación o una manifestación? Y seguramente adivináis también que detrás de este procedimiento se ocultan premisas aún no expuestas. Pero continuemos. ¿En qué orden hacemos que el paciente vaya revisando los trozos de su sueño? Se nos ofrecen aquí varios caminos. Podemos

seguir sencillamente el orden cronológico tal como se ha establecido en el relato del sueño. Este es, por decirlo así, el método más riguroso y clásico. O podemos hacer que el paciente busque y repase primero en su sueño los *restos diurnos*, pues la experiencia nos ha enseñado que en casi todo sueño se ha introducido un residuo mnémico de uno o varios de los acontecimientos del día inmediatamente anterior o una alusión a ellos, y siguiendo tales enlaces hemos hallado con frecuencia, de una vez, la transición desde el mundo de los sueños, aparentemente muy lejano, a la vida real del paciente. O, por último, le hacemos comenzar por aquellos elementos del contenido del sueño que más le han impresionado por su singular precisión y su intensidad sensible. Sabemos, en efecto, que a tales elementos enlazará asociaciones más fácilmente que a otros ningunos. De cualquiera de estos medios podemos indistintamente servirnos para aproximarnos a las asociaciones deseadas.

Y luego obtenemos tales asociaciones. Las cuales nos traen las cosas más diversas: recuerdos del día inmediatamente anterior al sueño y de tiempos muy pretéritos, reflexiones, discusiones con el pro y el contra, confesiones y consultas. Algunas de ellas brotan con fácil espontaneidad de labios del paciente, otras surgen con más esfuerzo y después de un cierto titubeo. En su mayor parte muestran una clara relación con un elemento del sueño, lo cual no es maravilla ninguna, puesto que parten de dichos elementos, pero también sucede que el paciente las inicie con las palabras siguientes: Esto no me parece que tiene nada que ver con el sueño; lo digo sólo por no callar nada de lo que se me ocurra.

Si en la interpretación de los sueños dependemos en general y en primera línea de las asociaciones del sujeto, nos conducimos, sin embargo, con plena independencia en cuanto a ciertos elementos del contenido del sueño, pues a su respecto fallan, por lo regular, las asociaciones. Hemos observado desde muy pronto que los contenidos en que así sucede son siempre los mismos; no son muy numerosos y una experiencia acumulada nos ha enseñado que deben ser considerados e interpretados como símbolos de algo distinto. Comparados con los demás elementos del sueño se les puede adscribir una significación fija, que, sin embargo, no ha de ser necesariamente unívoca, y cuya amplitud es determinada por reglas especiales y singulares. Como nosotros sabemos traducir estos símbolos y el sujeto no, a pesar de ser él quien los ha empleado, puede darse el caso de que el sentido de un sueño se nos evidencie inmediatamente, antes aún de todo trabajo de interpretación, en el acto de oírnos relatar el texto del sueño, mientras que el sujeto se encuentra todavía ante un enigma. Pero sobre el simbolismo, nuestro conocimiento de él y los problemas que nos plantea hemos dicho ya tanto en nuestras anteriores conferencias, que no necesitamos hoy repetirnos.

Este es, pues, nuestro método de interpretación de los sueños. La primera pregunta que se nos planteará será la siguiente: ¿Pueden con él interpretarse todos los sueños? Y la respuesta será: No; no todos; pero sí tantos, que la utilidad y la justificación del procedimiento quedan aseguradas. ¿Mas por qué no todos? La respuesta a esta nueva interrogación nos enseña algo muy importante que nos adentra ya en las condiciones psíquicas de la formación de los sue-

ños. Tal respuesta es: Porque la labor de la interpretación se desarrolla contra una resistencia que varía, desde magnitudes apenas perceptibles, hasta lo insuperable—por lo menos para nuestros medios de acción actuales. Las manifestaciones de esta resistencia no pueden ser desatendidas en el curso de la labor de interpretación. En algunos lugares, las asociaciones surgen sin vacilación y ya la primera o la segunda ocurrencia trae consigo la solución. En otros, el paciente se atasca y titubea antes de dar salida a una asociación y entonces tenemos muchas veces que oír toda una larga cadena de ocurrencias antes de obtener algo aprovechable para la comprensión del sueño. Cuanto más larga y más digresiva es la cadena de asociaciones, más intensa juzgamos acertadamente la resistencia. También en el olvido de los sueños advertimos idéntico influjo. Sucede muy a menudo que el paciente, por más que hace, no puede recordar uno de sus sueños. Pero cuando un trozo de nuestra labor analítica llega a vencer una dificultad que había perturbado la relación del paciente con el análisis, el sueño olvidado es recordado de repente. A este punto se enlazan otras dos observaciones. Sucede muchas veces que al principio se silencia un trozo del sueño, que es relatado luego como apéndice al mismo. Esto debe considerarse como una tentativa de olvidar dicho trozo. La experiencia muestra que precisamente tal fragmento es el más importante y significativo; suponemos, pues, que a su comunicación se oponía una resistencia mayor que a la del resto del sueño. Además, vemos, frecuentemente, que el sujeto precave el olvido de sus sueños sentándolos por escrito en cuanto despierta. Podemos decirle que tal precaución es totalmente inútil, pues la resistencia a

la que ha hurtado la retención del texto del sueño se desplaza entonces sobre la asociación y hace al sueño inaccesible a la interpretación. En estas circunstancias no habremos de extrañar que un nuevo incremento de la resistencia sojuzgue en absoluto las asociaciones y haga con ello fracasar la interpretación.

De todo esto concluimos que la resistencia que advertimos en la interpretación de los sueños tiene que participar también en la génesis de los mismos. Podemos incluso distinguir los sueños que se han formado bajo la presión de una intensa resistencia, de aquellos en que la misma ha sido escasa. Pero tal presión varía también dentro del mismo sueño de unos trozos a otros ; a ella se deben las lagunas, obscuridades y confusiones que pueden interrumpir la coherencia de los más bellos sueños.

Mas, ¿cuál es la labor de la resistencia y contra qué actúa ? Para nosotros, la resistencia, es signo inequívoco de un conflicto. Ha de existir aquí una fuerza que quiere expresar algo y otra que se resiste a consentir tal expresión. Lo que entonces se constituye como sueño manifiesto, puede sintetizar todas las decisiones en las que se ha condensado esta pugna de ambas tendencias. En un lugar puede haber conseguido una de tales fuerzas imponer lo que quería decir y, en cambio, en otros, la instancia contraria ha logrado extinguir por completo la comunicación propuesta o sustituirla por algo que no delata huella ninguna de ella. Predominantes y máximamente característicos de la formación de los sueños son aquellos casos en los que el conflicto se resuelve en una transacción, de modo que la instancia comunicativa pudo decir lo que quería, pero no cómo quería, sino en una forma mitigada, deformada e irreconocible. Así,

pues, si el sueño no reproduce fielmente las ideas oníricas y si es necesaria una labor de interpretación para salvar el abismo entre uno y otras, es por un éxito de la instancia resistente, inhibitoria y reactiva que deducimos de la percepción de la resistencia en la interpretación onírica. Mientras estudiamos el sueño como fenómeno aislado, independiente de los productos psíquicos a él afines dimos a esta instancia el nombre de *censor del sueño*.

Sabéis ya que esta censura no es un dispositivo privativo de la vida onírica. Que el conflicto entre dos instancias psíquicas que designamos—imprecisamente—como lo reprimido inconsciente y lo consciente rige en general nuestra vida psíquica y que la resistencia contra la interpretación de los sueños, el signo de la censura onírica, no es más que la resistencia de la represión que contrapone a tales dos instancias. Sabéis también que del conflicto entre las mismas surgen, bajo determinadas condiciones, otros productos psíquicos que, al igual del sueño, son el resultado de transacciones y no pediréis que os repita ahora todo lo contenido en mi introducción a la teoría de las neurosis para exponeros lo que de las condiciones de tal constitución de transacciones sabemos. Habéis comprendido que el sueño es un producto patológico, el primer elemento de la serie que comprende al síntoma histérico, a la representación obsesiva y a la idea delirante, pero diferenciado de los demás por su condición efímera y su génesis en circunstancias pertenecientes a la vida normal. Pues—retengámoslo—la vida onírica es, como ya Aristóteles lo dijo, la manera en que nuestra alma trabaja mientras dormimos. El dormir establece un apartamiento del mundo real, con el cual se da la condición del desarrollo de

una psicosis. El estudio más cuidadoso de las psicosis graves no nos descubrirá rasgo ninguno más característico de este estado patológico. Pero en la psicosis el apartamiento de la realidad es provocado de dos maneras distintas: O bien toma fuerza preponderante lo inconsciente reprimido y sojuzga a lo consciente pendiente de la realidad; o bien la realidad se ha hecho tan insoportablemente penosa que el yo amenazado, rebelándose desesperadamente, se arroja en brazos de lo instintivo inconsciente. La inocente psicosis onírica es la consecuencia de un retraimiento, conscientemente voluntario y sólo temporal, del mundo exterior, y desaparece con la renovación de las relaciones con el mismo. Durante el aislamiento del durmiente se establece también una modificación en la distribución de su energía psíquica; una parte del esfuerzo de represión, empleado hasta entonces en el sojuzgamiento de lo inconsciente, puede ser ahorrada, pues aunque lo inconsciente aprovecha su relativa liberación para actuar, encuentra de todos modos cerrado el camino a la motilidad y sólo abierto el inocuo que conduce a la satisfacción alucinatoria. Puede así entonces formarse un sueño; pero el hecho de la censura onírica muestra que aún durante el dormir se ha conservado magnitud suficiente de la resistencia represora.

Se nos abre aquí un camino para dar respuesta a la interrogación de si el sueño tiene también una función útil. El reposo exento de estímulos que el dormir quisiera establecer es amenazado por tres lados: de un modo casual, por estímulos exteriores sobrevenidos durante el dormir y por intereses diurnos que no se dejan interrumpir; de un modo inevitable, por los impulsos instintivos reprimidos insatisfechos

que acechan la ocasión de exteriorizarse. A consecuencia de la debilitación nocturna de las represiones existiría el peligro de que la tranquilidad del dormir fuera perturbada cada vez que el estímulo interno o externo lograra una conexión con una de las fuentes de instintos inconscientes. El proceso onírico hace desembocar el producto de una tal acción conjunta en un suceso alucinatorio inocuo y asegura así la perduración del dormir. No contradice tal función el hecho de que el sueño despierte a veces, angustiado, al sujeto, hecho que es la señal de que el vigilante considera demasiado peligrosa la situación y no cree ya poderla dominar. Con frecuencia advertimos aún, dormidos todavía, la observación tranquilizadora que intenta evitar el despertar: ¡Pero si no es más que un sueño!

Hasta aquí, señoras y señores, lo que me proponía decir sobre la interpretación onírica, cuya labor es conducirnos desde el sueño manifiesto a las ideas latentes del sueño. Conseguido esto, el sueño pierde casi siempre su interés en cuanto al análisis práctico. Añadimos la comunicación obtenida en forma de sueño a las demás suministradas por el sujeto y proseguimos el análisis. Mas, desde otro punto de vista, el sueño sigue interesándonos. Nos interesa, en efecto, estudiar el proceso que ha transformado las ideas oníricas latentes en sueño manifiesto, proceso al que damos el nombre de elaboración del sueño. Habiéndolo descrito detalladamente en mis anteriores conferencias me limitaré hoy a sintetizarlo.

El proceso de la elaboración del sueño es, pues, algo totalmente nuevo, singular y sin precedente. Nos ha procurado una primera visión de los procesos que se desarrollan en el sistema inconsciente y nos ha

mostrado que son muy otros de los que conocemos de nuestro pensamiento consciente y que para este último tienen que resultar inauditos y defectuosos. La importancia de estos hallazgos ha sido luego intensificada por el descubrimiento de que en la formación de los síntomas neuróticos actúan los mismos mecanismos—no nos atrevemos a decir: procesos mentales—que han transformado las ideas oníricas latentes en el sueño manifiesto.

En lo que sigue me ha de ser imposible evitar una expresión esquemática. Supongamos que en un caso determinado tenemos una visión conjunta de todas las ideas latentes más o menos cargadas de afecto que han substituído al sueño manifiesto, una vez cumplida la interpretación del mismo. Entonces advertimos entre ellas una diferencia y esta diferencia nos llevará lejos. Casi todas estas ideas son conocidas o reconocidas por el sujeto ; concede que ha pensado así en esta ocasión o en otra anterior o que podía haber pensado así. Sólo contra la aceptación de una de ellas se resiste ; tal idea le es ajena y quizá incluso repulsiva ; es posible que la rechace de sí con apasionada excitación. Se nos hace entonces patente que las demás ideas son fragmentos de su pensamiento consciente, o más exactamente, preconsciente ; podían muy bien haber sido pensadas durante la vigilia y probablemente se han formado durante la vida diurna. Pero la idea, o mejor aún, el impulso rechazado es hijo de la noche ; pertenece a lo inconsciente del sujeto y es así negado y rechazado por él. Tuvo que esperar el relajamiento nocturno de la represión para lograr una expresión cualquiera. De todos modos, tal expresión es una expresión mitigada, deformada y disfrazada ; sin la labor de la interpretación no la hu-

biéramos hallado. Al enlace con las demás ideas incontestadas del sueño debe este impulso inconsciente la ocasión de deslizarse, con un disfraz que le hace irreconocible, a través de las barreras de la censura; por otro lado, las ideas preconcientes del sueño deben a este mismo enlace el poder de ocupar también durante el dormir a la vida anímica. Pues no nos cabe la menor duda de que tal impulso inconsciente es el verdadero creador del sueño; despierta la energía psíquica necesaria para su formación. Como todo otro impulso instintivo, no puede aspirar más que a su propia satisfacción y nuestra experiencia en la interpretación onírica nos muestra también que tal es el sentido de todo soñar. En todo sueño ha de ser representado, como cumplido, un deseo instintivo. El apartamiento nocturno de la realidad de toda la vida onírica y la regresión a mecanismos primitivos que tal apartamiento condiciona, hacen posible que dicha satisfacción alucinatoria de un instintivo sea vivida como presente. A consecuencia de la misma regresión se convierten en el sueño las representaciones en imágenes visuales, siendo así dramatizadas e ilustradas las ideas latentes del sueño.

Este fragmento de la elaboración onírica nos informa sobre algunos de los caracteres más peculiares y singulares del sueño. Repetiré el proceso de la elaboración onírica: Su introducción es el deseo de dormir, el apartamiento intencional del mundo exterior. De lo cual resultan, para el aparato onírico, dos consecuencias: Primero, la posibilidad de que surjan en él métodos de trabajo más antiguos y primitivos, esto es, la regresión. Y segundo, la disminución de la resistencia represora que pesa sobre lo inconsciente. Como secuela de este último factor resulta la posibi-

lidad de la formación del sueño, posibilidad que es aprovechada por los motivos ocasionales, esto es, por los estímulos internos y externos entrados en actividad. El sueño que así nace es ya el producto de una transacción y tiene una doble función siendo, por un lado, conforme al yo, en cuanto con la impresión de los estímulos perturbadores del reposo sirve al deseo de dormir, y, por otro, permite a un impulso instintivo reprimido la satisfacción en tales circunstancias posible en forma de cumplimiento alucinatorio de un deseo. Pero todo el proceso consentido por el yo durmiente se halla bajo la condición de la censura ejercida por el resto de la represión subsistente. No me es posible exponer más sencillamente este proceso, porque en verdad no es más sencillo. Mas ahora ya puedo continuar la exposición de la elaboración onírica.

Volvamos de nuevo a las ideas latentes del sueño. Su elemento más vigoroso es el impulso instintivo reprimido, que se ha procurado en ellas, apoyándose en estímulos casualmente dados y transfiriéndose a los restos diurnos, una expresión, siquiera sea mitigada y disfrazada. Como todo impulso instintivo, también éste tiende a la satisfacción por medio de la acción, pero los dispositivos fisiológicos del estado de reposo le cierran el camino de la motilidad, viéndose así obligado a contentarse con una satisfacción alucinatoria. Así, pues, las ideas latentes del sueño son transformadas en una serie de imágenes sensoriales y escenas visuales. Por este camino sucede con ellas aquello que tan nuevo y extraño nos parece. Todos los recursos del idioma por medio de los cuales son expresadas las relaciones mentales más sutiles, las conjunciones y las preposiciones, los accidentes de la declinación y la conjugación, desaparecen, por faltar

los medios de representación para ellos ; como en un idioma primitivo carente de gramática, sólo es expresada la materia prima del pensamiento y reducido lo abstracto a lo concreto en que se fundamenta. Lo que así queda, puede fácilmente parecer incoherente. El empleo abundante de la exposición de ciertos objetos y procesos por medio de símbolos que se han hecho ajenos al pensamiento consciente corresponde tanto a la regresión arcáica en el aparato anímico como a las exigencias de la censura. Pero aún van mucho más lejos otras mutaciones de las que son objeto los elementos de las ideas del sueño. Todas aquellas que muestran algún punto de contacto son condensadas en nuevas unidades. En la transformación de los pensamientos en imágenes son preferidos inequívocadamente aquellos que permiten una tal condensación ; como si actuara una fuerza que sometiese el material a una compresión. A consecuencia de la condensación puede luego un elemento del sueño manifiesto corresponder a numerosos elementos de las ideas latentes del sueño ; o inversamente, también un elemento de las ideas del sueño puede ser representado en el sueño por varias imágenes.

Más singular aún es el otro proceso del desplazamiento, o transferencia del acento, que en el pensamiento consciente es conocido tan sólo como error mental o medio del chiste. Las distintas representaciones de las ideas del sueño no son equivalentes, están cargadas con distintas magnitudes de afecto y, correlativamente, son estimadas por el juicio como más o menos importantes y dignas de interés. En la elaboración del sueño, estas representaciones son separadas de los afectos a ellas adheridos y los afectos en sí pueden ser suprimidos, desplazados so-

bre algo distinto, conservados, transformados o no aparecer en absoluto en el sueño. La importancia de las representaciones despojadas de afecto retorna en el sueño como intensidad sensorial de las imágenes oníricas, pero observamos que este acento ha pasado de elementos importantes a otros indiferentes, de manera que en el sueño aparece situado en primer término como cosa principal lo que en las ideas latentes desempeñaba tan sólo un papel secundario e inversamente lo esencial de tales ideas sólo encuentra en el sueño una representación pasajera e imprecisa. Ningún otro fragmento de la elaboración onírica contribuye tanto a hacer al sueño extraño e incomprensible para el soñador. El desplazamiento es el medio capital de la *d e f o r m a c i ó n d e l s u e ñ o*, a la que tienen que someterse las ideas latentes bajo la influencia de la censura.

Después de esta acción sobre las ideas del sueño queda éste casi completo. Todavía se agrega un factor algo inconstante, la llamada elaboración secundaria, que se desarrolla una vez que el sueño ha emergido como objeto de la percepción ante la conciencia. Lo tratamos entonces como en general acostumbramos a tratar los contenidos de la percepción, esto es, procuramos llenar lagunas y establecer encadenamientos, exponiéndonos en ello, con frecuencia, a graves equivocaciones. Pero esta actividad de carácter racionalizador, que en el mejor caso provee al sueño de una fachada irreprochable a la vista, pero que no puede convenir a su verdadero contenido, puede también ser omitida o manifestarse tan sólo en modestísima medida, en cuyo caso el sueño muestra abiertamente todas sus grietas y resquebrajaduras. Por otro lado, no debe olvidarse que tampoco la el-

boración onírica procede siempre con igual energía ; muy a menudo se limita a ciertos fragmentos de las ideas latentes y otras de ellas pueden aparecer invariadas en el sueño. Entonces da la impresión de que en el sueño se han llevado a cabo las más sutiles operaciones intelectuales, habiéndose especulado, hecho chistes, adoptado resoluciones y resuelto problemas, mientras que todo ello es el resultado de nuestra actividad mental normal, puede haber sucedido tanto en el día anterior al sueño como durante la noche y no tiene nada que ver con la elaboración onírica ni manifiesta nada característico del sueño. Tampoco es superfluo hacer resaltar de nuevo la contradicción existente dentro de las mismas ideas latentes entre el impulso instintivo inconsciente y los restos diurnos. En tanto que estos últimos muestran toda la variedad de nuestros actos psíquicos, el primero, que es el verdadero motor de la producción del sueño, culmina regularmente en el cumplimiento de un deseo.

Todo esto hubiera podido decíroslo ya hace quince años, e incluso creo que efectivamente os lo dije. Ahora os expondré conjuntamente cuantos descubrimientos y modificaciones han surgido en el intervalo.

Ya os he expresado mi temor de que tales novedades os parezcan de poca monta y os preguntéis por qué os he impuesto la tarea de escuchar dos veces las mismas cosas y a mí mismo la de repetirlas. Pero de entonces acá han pasado quince años y he creído que sería ésta la mejor manera de volver a entrar en contacto con vosotros. Además, se trata de cosas tan elementales y de tan decisiva importancia para la comprensión de la psicoanálisis, que pueden oírse con gusto dos veces, aparte de que siempre merece la

pena de saberse que tales cosas fundamentales han permanecido invariadas a través de quince años.

Naturalmente, en la literatura psicoanalítica de este período figura una gran cantidad de confirmaciones y exposiciones de detalle de las cuales sólo algunas muestras me propongo ofreceros. Lo cual me dará también pretexto para orientar vuestra atención hacia algo que ya antes era conocido, y que se refiere, en su mayor parte, al simbolismo onírico y a los demás medios expositivos del sueño. Veámoslo: Recientemente, los profesores médicos de una Universidad norteamericana se han negado a reconocer a la psicoanálisis todo carácter de ciencia, fundándose en que no permitía demostración experimental alguna. Idéntica objeción hubieran podido oponer a la astronomía, ya que es particularmente difícil experimentar con los cuerpos celestes. Sólo la observación es posible. De todos modos, precisamente unos investigadores vieneses han comenzado a confirmar experimentalmente nuestro simbolismo onírico. Ya en 1912 el doctor Schrötter halló que cuando a una persona profundamente hipnotizada se la ordena que sueñe procesos sexuales, en el sueño así provocado el material sexual aparece substituído por los símbolos que conocemos. Por ejemplo: A una mujer se la ordena que sueñe el comercio sexual con una amiga. En el sueño aparece esta amiga llevando una *m a l e t a* que ostenta un marbete con la inscripción siguiente: Sólo para señoras. Más impresionantes aún son los experimentos de Betlheim y Hartmann (1924) con sujetos que padecían la llamada locura de Korsakoff. Les contaban historietas de contenido francamente sexual y atendía a las deformaciones que surgían al reproducirlas, a su demanda, los enfermos. En tales

reproducciones surgían de nuevo los símbolos que ya nos son familiares de los órganos sexuales y del comercio sexual; entre otros, el símbolo de la escalera, del cual dicen, con razón, los autores, que hubiera sido inaccesible a una tentativa consciente de deformación.

V. Silberer ha mostrado en una interesantísima serie de experimentos la posibilidad de sorprender «in fraganti» a la elaboración onírica en el acto de transformar ideas abstractas en imágenes visuales. Cuando hallándose fatigado y soñoliento intentaba forzar-se a un trabajo intelectual se le escapaba frecuentemente la idea y surgía en su lugar una visión que era manifiestamente un sustitutivo de aquélla.

Un ejemplo sencillo de este orden: Pienso, dice Silberer, que debo corregir un pasaje defectuoso de un artículo. Visión: Me veo cepillando un trozo de madera. En estos experimentos sucedía a menudo que lo que se convertía en contenido de la visión no era la idea que esperaba una elaboración, sino el propio estado subjetivo, el estado en lugar del objeto, cosa a la que Silberer dió el nombre de «fenómeno funcional». Un ejemplo os mostraré en seguida de qué se trata: El autor se esfuerza en comparar las opiniones de dos filósofos sobre un problema determinado. Pero, en su estado de somnolencia una de tales opiniones se le escapa una y otra vez, y por último tiene la visión de estar solicitando un informe de un secretario malhumorado, el cual, encorvado sobre su mesa de trabajo, no le hace al principio el menor caso y le mira luego con disgusto. Probablemente las condiciones mismas del experimento explican que la visión así conseguida sea tan frecuentemente un resultado de la auto-observación.

Continuemos con los símbolos. Había algunos que creíamos haber reconocido pero de los cuales nos inquietaba, sin embargo, no poder indicar cómo el símbolo había llegado a adquirir tal significación. En tales casos habían de sernos bienhalladas las confirmaciones procuradas por otros sectores: la lingüística, el folklore, la mitología y el ritual. Un ejemplo de este orden es el símbolo de la capa. Decíamos que en el sueño de una mujer la capa representa a un hombre. Espero que os impresionará oír lo que Th. Reik nos informa en 1920: En el antiquísimo ceremonial nupcial de los beduinos el novio cubre a la novia con una capa llamada «aba» mientras pronuncia la frase ritual siguiente: «En adelante nadie más que yo te cubrirá». (Citado según Robert Eisler en «Weltmantel und Himmelszelt»). También nosotros hemos descubierto varios símbolos nuevos, de los cuales os citaré por lo menos dos. Según Abraham (1922) la araña en el sueño es un símbolo de la madre, pero de la madre fálica, a la que se tiene miedo, de modo que el miedo a la araña expresa el miedo ante el incesto con la madre y el horror al genital femenino. Sabéis quizá que el producto mitológico de la cabeza de Medusa ha de referirse al mismo motivo del miedo a la castración. El otro símbolo del que quiero hablaros es el del puente. Ferenczi lo ha explicado en 1921-1922. Significa originalmente el miembro masculino que une al padre con la madre en el acto sexual pero desarrolla luego otras significaciones derivadas de la primera. En cuanto al miembro masculino se debe el que el ser humano pueda salir de las aguas del parto y venir al mundo, el puente se convierte en el paso desde el lado de allá (el no haber nacido aún, el seno materno) al lado de acá (la vida), y

como el hombre se representa también la muerte como un retorno al seno materno (al agua) el puente recibe también la significación de un transporte a la muerte, y por último, más lejos aún de su sentido inicial significa, en general, una transición, un cambio de estado. Con ello concuerda el hecho de que la mujer que no ha superado aún el deseo de ser un hombre sueñe tan frecuentemente con puentes demasiado cortos para alcanzar la otra orilla.

En el contenido manifiesto de los sueños aparecen muy frecuentemente imágenes y situaciones que recuerdan temas conocidos de las leyendas y los mitos. La interpretación de tales sueños ilumina entonces los intereses originales que crearon tales temas, en lo cual no debemos olvidar, naturalmente, el cambio de significación que el material correspondiente ha experimentado en el curso del tiempo. Nuestra labor de interpretación descubre, por decirlo así, la materia prima, que muy a menudo es de carácter sexual pero que en una elaboración ulterior ha encontrado las más diversas aplicaciones. Tales referencias suelen atraernos el enojo de todos los investigadores de orientación no analítica, como si pretendiéramos negar o menospreciar todo lo que en desarrollos posteriores ha venido a superponerse. Sin embargo, estas opiniones son muy instructivas e interesantes. Lo mismo puede decirse de la derivación de ciertos temas de las artes plásticas, cuando, por ejemplo, J. Eisler (1919) interpreta analíticamente según la parte inicial de sueños de sus pacientes el adolescente que juega con un niño, representado en el Hermes de Praxiteles. Por último, no puedo por menos de mencionar cuán a menudo encuentran precisamente los temas mitológicos su aclaración por medio de la interpreta-

ción de los sueños. Así, la leyenda del laberinto revela ser la representación de un parto anal; los caminos intrincados son los intestinos y el hilo de Ariadna el cordón umbilical.

Las formas expositivas de la elaboración onírica, materia interesantísima y apenas agotable, nos van siendo cada vez más familiares gracias a un penetrante estudio. Veamos algunos ejemplos: En ocasiones, el sueño expone la relación de frecuencia por medio de la multiplicación de lo idéntico. Oídme el sueño singular de una muchachita: Entra en un salón y encuentra en él a una persona sentada en una silla y repetida ocho o más veces, pero idéntica siempre a su padre. Esto es fácil de comprender cuando por las circunstancias accesorias del sueño averiguamos que el salón representa el claustro materno. Entonces el sueño se hace equivalente a la conocida fantasía de la adolescente que pretende haberse tropezado ya con el padre en la vida intrauterina cuando el mismo visitaba a la madre durante su embarazo. El hecho de que el sueño muestre algo invertido, esto es, que la entrada del padre aparezca desplazada sobre la propia persona de la sujeto no debe desorientarnos; tiene además su significación particular. La multiplicación de la persona del padre puede sólo significar que el proceso correspondiente se desarrolló varias veces. En realidad, hemos de confesar también que el sueño no se toma demasiadas libertades cuando expresa la frecuencia por medio de la acumulación. No hace más que volver al significado original de la palabra, que para nosotros significa hoy una repetición en el tiempo pero que está tomada de una reunión en el espacio. Y es que la elaboración onírica convierte siempre que puede

las relaciones temporales en relaciones espaciales y las expone como tales. Así, el sujeto ve, por ejemplo, en el sueño una escena entre personas que parecen muy pequeñas y lejanas, como vistas con unos gemelos al revés. La pequeñez y la lejanía espacial significan aquí lo mismo. Aluden al alejamiento en el tiempo; ha de entenderse que se trata de una escena perteneciente a un lejano pretérito. Además, recordáis quizá, que ya en mis conferencias anteriores os dije y os mostré con ejemplos que habíamos aprendido a utilizar también para la interpretación rasgos puramente formales del sueño manifiesto, o sea, a convertirlos en contenido de las ideas latentes del sueño. Ahora bien: sabéis ya que todos los sueños de una noche pertenecen al mismo sistema. Pero no es siquiera indiferente que estos sueños parezcan al sujeto una continuidad o que los articule en varios trozos y en cuantos. El número de estos fragmentos corresponde con frecuencia a otros tantos centros distintos de la producción de ideas en las ideas latentes o a otras tantas corrientes que pugnan entre sí en la vida anímica del sujeto, cada una de las cuales encuentra expresión principal, aunque no exclusiva, en uno de los fragmentos del sueño. Un breve sueño previo y un largo sueño principal se hallan frecuentemente entre sí en la relación de condición y ejecución, caso del cual hallaréis un claro ejemplo en mis antiguas conferencias. Un sueño del que el sujeto dice haberse interpolado en otro corresponde realmente a una frase secundaria en las ideas del sueño. En un estudio sobre los pares de sueños ha mostrado Franz Alexander (1925) que dos sueños de una misma noche se reparten muchas veces la ejecución de la labor del sueño de tal manera que, reunidos, dan el cumpli-

miento, en dos etapas, de un deseo, cumplimiento que ninguno de ellos, por separado, lleva a cabo. Cuando el deseo del sueño tiene por contenido, por ejemplo, un acto ilícito realizado con una persona determinada, esta persona aparece inequívocamente en el primer sueño y en cambio el acto sólo tímidamente indicado. El segundo sueño obra al revés. El acto es inequívocamente designado, pero la persona aparece irreconciliable o es substituída por otra indiferente. Esto da realmente una impresión de astucia. Una segunda y análoga relación entre las dos partes de un par de sueños es la de que uno de ellos represente el castigo y la otra la satisfacción ilícita. Como si dijéramos: Si se acepta el castigo puede uno permitirse lo prohibido.

No puedo deteneros por más tiempo en estos pequeños descubrimientos, ni tampoco en las discusiones referentes a la aplicación de la interpretación de los sueños en la labor analítica. Puedo suponer que estáis impacientes por oír qué modificaciones han surgido en las concepciones fundamentales sobre la esencia y la significación de los sueños. Estáis ya preparados a que precisamente sobre ello hay poco que exponer. El punto más discutido de toda la teoría ha sido acaso la afirmación de que todos los sueños son cumplimientos de deseos. La inevitable y constante objeción de los profanos de que hay tantos sueños de angustia quedó ya rebatida en nuestras conferencias anteriores. Con la división en sueños optativos, sueños de angustia y sueños punitivos hemos mantenido en pie nuestra teoría.

También los sueños punitivos son satisfacciones de deseos, pero no de los deseos de los impulsos instintivos, sino de la instancia crítica, censora y punitiva.

va de la vida anímica. Cuando nos encontramos ante un puro sueño punitivo, una sencilla operación mental nos permite reconstruir el sueño optativo del que el punitivo es la réplica exacta, substituída para el sueño manifiesto por esta repulsa. Sabéis ya, que el estudio del sueño es lo que primero nos ha ayudado para la comprensión de las neurosis. Encontraréis también comprensible que nuestro conocimiento de las neurosis haya podido influir luego en nuestra concepción del sueño. Como más adelante oiréis, nos hemos visto precisados a admitir que en la vida anímica existe una instancia especial, crítica y prohibitiva, a la que llamamos el super-yo. Al reconocer también en la censura onírica una función de esta instancia fuímos conducidos a considerar más atentamente la participación del super-yo en la producción de los sueños.

Contra la teoría según la cual el sueño es el cumplimiento de un deseo se alzan tan sólo dos dificultades de alguna monta, cuya discusión lleva muy lejos, sin que de todos modos haya culminado aún en una solución satisfactoria. La primera de tales dificultades está en el hecho de que aquellas personas que han pasado por un grave trauma psíquico, caso tan frecuente en la gran guerra como base de una histeria traumática, sean tan regularmente transportadas de nuevo, por el sueño, a la situación traumática. Lo cual no debería suceder según nuestras hipótesis sobre la función del sueño. ¿Qué impulso optativo podría ser satisfecho por esta regresión al penosísimo suceso traumático? Es difícil adivinarlo. Con la segunda dificultad tropezamos casi a diario en la labor analítica: pero no supone objeción tan ponderosa como la primera. Sabéis que una de las tareas de la

psicoanálisis es levantar el velo de la amnesia que encubre los primeros años infantiles y llevar al recuerdo consciente las expresiones de la vida sexual de la primera infancia en ellos contenidas. Ahora bien: estas primeras vivencias sexuales del niño están enlazadas a impresiones dolorosas de angustia, prohibición, desilusión y castigo; se comprende que hayan sido reprimidas, pero entonces no se comprende que tengan tan amplio acceso a la vida onírica, que procuren los modelos para tantas fantasías oníricas y que los sueños están llenos de reproducciones de estas escenas infantiles y de alusiones a ellas. Su carácter displaciente parece compadecerse mal con la tendencia cumplidora de deseos del sueño. Pero quizá en este caso exageramos la dificultad. A las mismas vivencias infantiles se adhieren de cierto todos los deseos instintivos impercederos e insatisfechos que suministran a través de toda la vida la energía para la producción de los sueños, deseos de los que no es aventurado aceptar que en su poderoso impulso ascensional pueden empujar también hacia la superficie el material de sucesos penosamente sentidos. Y por otra parte, en la manera en que este material es reproducido, se manifiesta evidentemente el esfuerzo de la elaboración onírica para negar el displacer por medio de la deformación y transformar la desilusión en cumplimiento. Otra cosa sucede en las neurosis traumáticas: en ellas los sueños culminan regularmente en desarrollo de angustia. A mi juicio, no debemos huir de confesar que en este caso falla la función del sueño. No quiero invocar la tesis de que la excepción demuestra la regla; su sabiduría me parece más que dudosa. Pero lo que sí sucede es que la excepción no invalida la regla. Cuando aislamos,

para estudiarla, de todo su contexto, una única función psíquica como el sueño, nos hacemos posible descubrir sus normatividades peculiares ; cuando la volvemos a insertar en su conjunto, debemos estar preparados a encontrar que tales resultados son obscurecidos o modificados por el choque con otros poderes. Decimos que el sueño es un cumplimiento de deseos ; si por vuestra parte queréis tener en cuenta las últimas objeciones podéis decir que el sueño es la *t e n t a t i v a* de un cumplimiento de deseos. Mas para nadie que sepa infundirse en la dinámica psíquica habréis dicho entonces nada distinto. En determinadas circunstancias el sueño puede no conseguir sino muy imperfectamente su propósito o tiene que abandonarlo ; la fijación inconsciente a un trauma parece ser el principal de estos impedimentos de la función del sueño. El sujeto sueña porque el relajamiento nocturno de la censura deja entrar en actividad el impulso ascensional de la fijación traumática, pero falla la función de su elaboración onírica que quisiera transformar las huellas mnémicas del suceso traumática en un cumplimiento de deseos. En estas circunstancias, surge el insomnio ; el sujeto renuncia a dormir por miedo al fracaso de la función onírica. La neurosis traumática nos muestra aquí un caso extremo, pero también a las vivencias infantiles tenemos que reconocerlas carácter traumático y no hay por qué extrañar que también bajo otras condiciones se produzcan trastornos menos importantes de la función del sueño.

para estudiarlo de todos los contextos, una única función psicológica como el sueño, los hábitos, los hábitos de dormir sus normalidades peculiares; cuando la volvemos a insertar en su conjunto, debemos estar preparados a encontrar que tales resultados son otros resultados o modificaciones por el hecho de otros factores. De modo que el sueño es un cumplimiento de deseos; si por alguna parte que se trata en cuanto las líneas objetivas a que se refiere el sueño es la tentativa de un cumplimiento de deseos, las partes para decir que se refieren a la función principal que habita dicho entonces nada distinto. En otras palabras, circunstancias el sueño puede no conseguir sino muy imperfectamente su propósito o tiene que abandonar; la función inconsciente a un trastorno parece ser el principal de estos impedimentos de la función del sueño. El sujeto suena porque en el momento nocturno de la conciencia deja entrar en actividad el latido emocional de la función transmutada, pero tal es la fuerza de su elaboración onírica que quisiera transformar las huellas rítmicas del sueño transmutado en un cumplimiento de deseos. En estas circunstancias surge el insomnio; el sujeto transmuta a dormir por medio al proceso de la función onírica. La técnica transmutada nos muestra aquí un caso extremo, pero también a las vivencias infantiles como que transmuta el carácter transmutado y no hay por qué extender que también bajo otras condiciones se producen los casos menos importantes de la función del sueño.

## XXX

### Sueño y ocultismo

Tócanos hoy encaminarnos por un sendero estrecho, pero que puede conducirnos a la visión de un vasto panorama.

El anuncio de que mi conferencia de hoy va a versar sobre las relaciones del sueño con el ocultismo, apenas habrá de sorprenderos, ya que el sueño ha sido considerado muy a menudo como el acceso al mundo de la mística y es todavía para mucha gente un fenómeno oculto. Tampoco nosotros, que lo hemos hecho objeto de la investigación científica, negamos que posea uno o más hilos de enlace con aquellos oscuros dominios. Cuando hablamos de la mística y del ocultismo ¿qué es lo que con tales términos designamos? No esperéis de mí tentativa alguna de abarcar con definiciones estos dominios mal delimitados. De un modo general e indeterminado todos sabemos de lo que se trata. Es una especie de Más Allá de aquel mundo luminoso, regido por leyes implacables, que la ciencia ha edificado para nosotros.

El ocultismo afirma la existencia real de aquellas «cosas que existen entre el cielo y la tierra y de las que nada sospecha nuestra filosofía». Mas por nuestra parte no queremos obstinarnos en estrechez de

miras semejante; estamos dispuestos a creer lo que se nos haga creíble.

Nos proponemos proceder con estas cosas como con todo otro material científico; fijar primero si tales procesos son verdaderamente observables y luego, pero sólo luego, cuando su efectividad no deje ya ningún lugar a dudas, procurar encontrarles explicación. Mas no se puede negar que ya esta decisión nos es dificultada por factores intelectuales, psicológicos e históricos. El caso es muy distinto del de otras investigaciones.

Veamos primero la dificultad intelectual. Permítidme que emplee, para mayor claridad, imágenes burdamente concretas. Supongamos que se trata del problema de la constitución del interior de la tierra. Nada seguro sabemos sobre ella. Sospechamos que se compone de metales pesados en estado de incandescencia. Pero supongamos que alguien sale afirmando que el interior de la tierra es agua saturada de ácido carbónico, o sea una especie de gaseosa. Seguramente diremos que semejante afirmación es muy inverosímil, que contradice todas nuestras suposiciones y que no tiene en cuenta ninguno de aquellos puntos de apoyo de nuestro saber que nos han llevado a erigir la hipótesis de los metales en ignición. Pero de todos modos no se trata de algo absolutamente inconcebible y si alguien nos muestra un camino conducente a la verificación de la hipótesis de la gaseosa le seguiremos sin resistencia. Pero luego, otro investigador afirma que el núcleo central de la tierra sería de mermelada. Ante este aserto nos conduciremos muy diferentemente. Nos diremos que la mermelada no existe en la naturaleza, que es un producto de la cocina humana, que la existencia de tal mate-

ria presupone además la de árboles frutales y sus frutos y que ignoramos cómo podríamos transferir al interior de la tierra la vegetación y el arte culinario; el resultado de todas estas objeciones intelectuales será un viraje de nuestro interés: en lugar de emprender la investigación de si el nucleo central de la tierra es verdaderamente de mermelada, nos preguntaremos qué clase de hombre puede ser el que ha tenido tan peregrina idea y, cuando más, le preguntaremos en qué la funda. El desdichado promotor de la teoría de la mermelada se sentirá altamente ofendido y nos acusará de negarle, movidos por un prejuicio pretensamente científico, la validez objetiva de su afirmación. Pero de nada le servirá. Sentimos que los prejuicios no siempre son rechazables, sino, muchas veces, justificados y adecuados para ahorrarnos esfuerzos inútiles. No son sino conclusiones por analogía, según otros juicios perfectamente fundados.

Mucha parte de las afirmaciones ocultistas actúa sobre nosotros parecidamente a la hipótesis de la mermelada, de modo que nos sentimos con derecho a rechazarlas desde un principio sin previo examen. Pero la cosa no es tan sencilla. Una comparación como la elegida por mí en este caso no demuestra nada, como, en general, toda comparación. Es discutible que sea adecuada y ya se comprende que la actitud de repulsa despreciativa ha determinado su elección. Los prejuicios son a veces adecuados y justificados, pero también, otras, erróneos y perjudiciales, y nunca se sabe a punto fijo cuándo son lo primero y cuándo lo segundo. La historia de las ciencias está llena de sucesos que pueden precavernos contra toda condenación demasiado expedita. Durante mucho tiempo se consideró también insensata

la hipótesis de que las piedras que hoy llamamos meteoritos habían caído a la tierra desde los espacios celestes, e igualmente la de que las rocas de las montañas que encierran restos de conchas habían sido un día fondos marinos. Lo mismo sucedió, por lo demás, a nuestra psicoanálisis cuando afirmó la posibilidad de deducir lo inconsciente. Así pues, nosotros los analíticos tenemos especiales razones para ser prudentes en la aplicación de los motivos intelectuales para la repulsa de nuevas afirmaciones, y tenemos que confesar que no nos protege contra la duda y la inseguridad.

El segundo factor hemos dicho que era el psicológico. Nos referimos con ello a la general inclinación de los hombres a la credulidad y a la milagrería. Desde el momento en que la vida nos impone su severa disciplina se alza en nosotros una resistencia contra el rigor y la monotonía de las leyes del pensamiento y contra las exigencias de la realidad. La razón se convierte en una enemiga que nos priva de tantas posibilidades de placer. Descubrimos cuánto placer procura escapar a ella por lo menos temporalmente y entregarse a las seducciones de lo insensato. El escolar se divierte haciendo juegos de palabras, el especialista toma en broma sus actividades después de un congreso científico y hasta el hombre más serio saborea el chiste. Una hostilidad más seria contra «la razón y la ciencia, la mejor fuerza del hombre», espera su hora propicia, se apresura a dar al curandero la preferencia sobre el médico «de estudios», acoge las afirmaciones del ocultismo mientras sus pretendidos hechos comprobados son tenidos por infracciones de la ley y la norma, adormece la crítica, falsea las percepciones y presenta confirmaciones y adhesio-

nes no justificables. Teniendo en cuenta esta inclinación de los hombres hay fundamento sobrado para desvalorizar muchas de las afirmaciones ocultistas.

El tercero de los factores que venimos reseñando es el histórico. Al aducirlo quise llamar la atención sobre el hecho de que en el mundo del ocultismo no sucede en realidad nada nuevo, pero aparecen en él de nuevo todos aquellos signos, milagros, profecías y apariciones de espíritus que nos son relatados de antiguos tiempos y en viejos libros, y de los que creíamos habernos desembarazado ya, mucho tiempo ha, como de engendros de una desenfadada fantasía o de una mentira tendenciosa, como de productos de una era en la que la ignorancia de los hombres era aún muy grande y en la que el espíritu científico no daba sino sus primeros pasos. Si suponemos verdadero aquello que según las comunicaciones de los ocultistas todavía hoy sucede, tendremos que conceder también crédito a aquellas noticias de la antigüedad. Y ahora recordamos que las tradiciones y los libros sagrados de los pueblos están llenos de tales historias milagreras y que las religiones apoyan su demanda de credibilidad precisamente en tales acontecimientos extraordinarios y maravillosos y encuentran en ellos las pruebas de la actuación de poderes sobre-humanos.

Entonces nos es difícil evitar la sospecha de que el interés ocultista es, en realidad, un interés religioso y de que entre los motivos secretos del ocultismo está el de prestar auxilio a la religión, amenazada por el progreso del pensamiento científico. Y con el descubrimiento de un tal motivo crece inevitablemente nuestra desconfianza y crece nuestra repulsión o adentrar-

nos en la investigación de los supuestos fenómenos ocultos.

Pero tal repulsión tiene que ser dominada. Trátase, en fin de cuentas, de una cuestión de hechos: la de si lo que los oculistas cuentan es o no verdadero. Y esta cuestión tiene que poder ser decidida por medio de la observación. En el fondo debemos estar agradecidos a los ocultistas. Los relatos de milagros acaecidos en otros tiempos escapan a nuestra verificación. Si opinamos que son indemostrables tenemos que reconocer también que no son rigurosamente rebatibles. Pero sobre lo que sucede en el presente y nos es posible presenciar sí podemos formar seguro juicio. Si llegamos a la convicción de que hoy en día no se dan tales milagros no temeremos ya la objeción de que, a pesar de todo, pudieron suceder en otros tiempos. Hay entonces otras explicaciones más plausibles. Prescindiremos, pues, de nuestros reparos y nos dispondremos a participar en la observación de los fenómenos ocultos.

Por desgracia, tropezamos entonces con circunstancias muy desfavorables para nuestro honrado propósito. Las observaciones de las que ha de depender nuestro juicio son efectuadas en condiciones que hacen inseguras nuestras percepciones sensoriales y embotan nuestra atención: a oscuras o con debilísima luz roja y después de largos períodos de vana espera. Se nos dice que ya nuestra actitud incrédula y por lo tanto crítica puede impedir la formación de los fenómenos esperados. La situación así engendrada es una verdadera caricatura de las circunstancias en las cuales solemos llevar, en general, a cabo, las investigaciones científicas. Las observaciones son hechas en los llamados «mediums», personas a las que se atri-

buyen especialísimas facultades sensitivas, pero que no se distinguen en modo alguno por cualidades sobresalientes de ingenio o de carácter, ni son movidos por una gran idea o por una intención seria como los antiguos autores de milagros. Muy al contrario, incluso aquellos mismos que creen en sus fuerzas secretas los tienen por gentes poco de fiar; la mayoría de ellos ha sido ya convicta de engaño, lo cual inclina a pensar que los restantes correrán antes o después la misma suerte. Sus rendimientos dan la impresión de juegos de niños o artes de prestidigitador. En las sesiones celebradas con estos «mediums» no se ha logrado aún nunca nada útil, por ejemplo, el acceso a una nueva fuente de energía. Cierta es que tampoco de las artes del prestidigitador que saca palomas de su sombrero de copa se espera un mejoramiento de la cría de tales volátiles. Yo puedo ponerme en el caso de un hombre que quiere satisfacer la demanda de objetividad y participa en las sesiones ocultistas, pero que al cabo de un cierto tiempo, causado y repelido por la credulidad que se le exige, se aparta y vuelve, sin lograr enseñanza alguna, a sus anteriores prejuicios. A un tal sujeto se le puede argüir que tampoco su conducta es la debida, ya que no es lícito prescribir a los fenómenos que se quiere estudiar, cómo han de ser y en qué condiciones han de surgir. Débese más bien perseverar y emplear las medidas de precaución y comprobación con las cuales se procura hoy precaver la mala fe de los «mediums». Desgraciadamente, esta moderna técnica de garantía ha puesto fin a la facilidad de acceso a las observaciones ocultistas. El estudio del ocultismo se ha convertido en una ardua especialidad, en una actividad profesional incompatible con otras. Y hasta

que los investigadores a ella consagrados lleguen a una decisión seguiremos abandonados a la duda y a nuestras suposiciones personales.

De estas suposiciones la más verosímil es quizá la de que en el ocultismo se trata de un nódulo real de hechos aún no descubiertos que ha sido envuelto en una cáscara difícilmente penetrable, por el engaño y la fantasía. Pero, ¿cómo aproximarnos siquiera a tal nódulo? ¿Por qué lado atacar el problema? En este punto viene a mi juicio en nuestra ayuda el sueño, indicándonos que elijamos como punto de ataque la telepatía.

Como sabéis, llamamos telepatía al supuesto hecho de que un suceso acaecido en un momento determinado llegue simultáneamente a conocimiento de una persona lejana al lugar del suceso, y ello sin que hayan intervenido los medios de comunicación conocidos. Condición implícita es que el sueño atañe a una persona por la que la otra, la que recibe la noticia, sienta un intenso interés emocional. Así, pues, por ejemplo, la persona A sufre un accidente o muere, y la persona B, íntimamente enlazada a ella, madre, hija o amada, tiene noticia simultánea del suceso por medio de una percepción visual o auditiva; en este último caso, por lo tanto, como si hubiera sido advertida por teléfono, lo que sin embargo no ha sucedido, tratándose, pues, de una contrapartida psíquica de la telegrafía sin hilos. No necesito hacer resaltar ante vosotros cuán inverosímiles son estos procesos. También resulta posible rechazar con fundamento la mayoría de estas comunicaciones; pero siempre quedan algunas en las que no se hace tan fácil. Permitidme ahora que a los fines de la comunicación que me propongo haceros prescinda ya

de la prudente calificación de «supuesto» y continúe como si creyera en la realidad objetiva del fenómeno telepático. Pero no olvidéis que no hay tal y que no he llegado a convicción ninguna.

En puridad, lo que tengo que comunicaros es bien poco: un hecho insignificante. Y todavía quiero limitar aún más, desde un principio, vuestra expectación diciéndoos que, en el fondo, el sueño tiene muy poco que ver con la telepatía. Ni la telepatía arroja nuevas luces sobre la esencia del sueño, ni el sueño testimonia directamente en pro de la realidad de la telepatía, ni tampoco el fenómeno telepático está ligado al sueño, pues puede producirse también durante la vigilia. La única razón de investigar la relación entre el sueño y la telepatía está en que el dormir parece particularmente apropiado para la recepción del mensaje telepático. Obtenemos entonces un sueño telepático, y su análisis nos demuestra que la noticia telepática ha desempeñado el mismo papel que otro resto diurno cualquiera y ha sido, como tal, modificada por la elaboración onírica y puesta al servicio de su tendencia.

Ahora bien: en el análisis de un tal sueño telepático sucede aquello que, no obstante su insignificancia, me ha parecido suficientemente interesante para elegirlo como punto de partida de esta conferencia. Cuando, en 1922, publiqué mi primera comunicación sobre este tema, disponía tan sólo de una única observación. Desde entonces, he realizado otras análogas, pero aduciré aquí aquel primer ejemplo por ser el más fácil de exponer. Voy, pues, a introducirlos directamente *i n m e d i a s r e s*.

Un individuo manifiestamente inteligente y según afirmación explícita suya «nada inclinado al ocultis-

(Este último factor lo sitúo yo después de otras asociaciones aun no mencionadas del sujeto). En este caso, habrían sido suposiciones bien fundadas del sujeto, y no un mensaje telepático, el estímulo del sueño; el resultado seguiría siendo el mismo. Como veréis, tampoco esta interpretación onírica ha decidido en lo más mínimo la cuestión de si debemos o no atribuir, a la telepatía, realidad objetiva. Esta cuestión sólo podría ser resuelta después de una minuciosa información sobre todas las circunstancias del suceso, cosa tan imposible por desgracia en este caso como en los demás que conozco. Reconocemos que la hipótesis de la telepatía procura, desde luego, la explicación más sencilla, pero nada adelantaremos con ello. La explicación más sencilla no es siempre la exacta; la verdad es muchas veces nada simple, y antes de decidirnos a una hipótesis que tan lejos puede llevarnos, queremos tomar todas las precauciones.

En este punto podemos ya abandonar el tema del sueño y la telepatía; nada más tengo que decir sobre él. Pero observad que lo que pareció ilustrarnos algo sobre la telepatía, no fué el sueño, sino su interpretación, su elaboración psicoanalítica. Así, pues, en lo que sigue podemos prescindir en absoluto del sueño y abrigamos la esperanza de que la aplicación de la psicoanálisis puede arrojar alguna luz sobre otros hechos llamados ocultos. Ahí está, por ejemplo, el fenómeno de la inducción o transmisión del pensamiento, tan próximo a la telepatía, que realmente puede ser reunido con ella sin gran esfuerzo. Supone que ciertos procesos anímicos desarrollados en una persona—representaciones, estados de excitación y voliciones—pueden transferirse a otra a través

del espacio libre sin emplear los medios conocidos de comunicación con palabras o signos. Comprenderéis cuán singular sería, y acaso cuán importante prácticamente, si así sucediera en efecto. Dicho sea de paso, es singularísimo que precisamente de este fenómeno sea del que menos hablan los antiguos relatos de hechos milagrosos.

Durante el tratamiento psicoanalítico de mis pacientes, he experimentado la impresión de que la actuación de los adivinos profesionales encubre una ocasión muy propicia para realizar observaciones particularmente inobjectables sobre la transmisión del pensamiento. Tales adivinos son, por lo general, personas insignificantes e incluso de mentalidad inferior, que con manejos distintos—echando las cartas, estudiando la escritura o las líneas de la mano o haciendo cálculos astrológicos—predicen a sus visitantes el porvenir después de haberles demostrado conocer una parte de sus destinos presentes o pretéritos. Sus clientes se muestran, por lo general, satisfechos de su labor en este último aspecto y no les guardan luego rencor si sus predicaciones no se cumplen. He conocido varios de estos casos; he podido estudiarlos analíticamente y voy a relataros ahora el más singular de todos ellos. Desgraciadamente, la fuerza probatoria de estas comunicaciones queda considerablemente disminuía por las limitaciones que me impone el secreto profesional, obligándome a silenciar numerosos detalles. Lo que no haré será introducir deformación alguna. Oid, pues, la historia de una de mis pacientes, protagonista de un suceso de este género con un adivino.

La sujeto era la mayor de una serie de hermanas y había profesado siempre a su padre un cariño par-

ticularmente intenso; se había casado joven y había encontrado plena satisfacción en el matrimonio. Sólo una cosa empañaba su felicidad: no había logrado hijos y, por lo tanto, no podía situar por completo a su marido, al que amaba tiernamente, en el lugar de su padre. Cuando después de largos años de decepciones se decidió a someterse a una operación ginecológica, el marido la confesó que la culpa de su falta de progenie era toda suya, pues una enfermedad anterior a su matrimonio le había incapacitado para la procreación. La sujeto soportó mal esta nueva decepción, contrajo una neurosis y empezó a padecer de miedo a las tentaciones. Para distraerla, su marido se la llevó consigo a París. Hallándose un día en el hall del hotel, la sorprendieron las idas y venidas de la servidumbre. Preguntó qué pasaba y la dijeron que *Monsieur le professeur* acababa de llegar y recibía en consulta en un gabinete contiguo. Entonces expresó su deseo de consultarle también ella. Su marido se opuso, pero la sujeto aprovechó poco después su ausencia y se presentó en la consulta del adivino. Nuestra heroína tenía entonces veintisiete años, representaba muchos menos y se había quitado el anillo de casada. *Monsieur le professeur* la hizo apoyar la mano en una bandeja llena de ceniza, estudió cuidadosamente la impronta, la habló profusamente de grandes luchas que la esperaban y concluyó con la consoladora afirmación de que aún se casaría y tendría dos niños al cumplir los treinta y dos años. Cuando la sujeto me relataba esta historia tenía cuarenta y tres años, estaba seriamente enferma y no podía abrigar la menor esperanza de lograr descendencia. Así, pues, la profecía no se había cumplido; pero la paciente no hablaba de ella con

amargura, sino con una inconfundible expresión de contento como si recordara un acontecimiento gozoso. Se veía fácilmente que no tenía la menor sospecha de lo que podían significar las dos cifras contenidas en la profecía ni siquiera de que pudieran significar algo.

Me diréis que es ésta una historia necia y sin sentido y me preguntaréis para qué os la he contado. También yo compartiría vuestra opinión si no se diera la circunstancia decisiva de que el análisis nos facilita, de la profecía del adivino, una interpretación que, precisamente por explicar los detalles, parece irrechazable. En efecto, las dos cifras que la profecía contiene tuvieron significación importantísima en la vida de la madre de nuestra paciente. Dicha señora se casó muy tarde, después de los treinta, y en la familia se había comentado frecuentemente la prisa que se había dado en recuperar el tiempo perdido, ya que sus dos primeros retoños—de los cuales nuestra paciente fué el primero—nacieron con el mínimo intervalo posible dentro del mismo año natural, de modo que al cumplir los treinta y dos años tenía ya realmente dos hijos. Lo que *Monsieur le professeur* hubo de decir a la sujeto fué, pues, lo siguiente: No se apure usted. Todavía es usted muy joven. Aun puede usted tener el mismo destino que su madre, que tardó mucho en casarse y lograr descendencia, y tener dos hijos a los treinta y dos años. Pero precisamente tener el mismo destino que su madre, ponerse en su lugar, ocupar su puesto al lado del padre, había sido el deseo más vehemente de su juventud, el deseo cuyo incumplimiento la empujaba a hacer enfermar. La profecía la prometía que todavía había de cumplirse. ¿Cómo no había de

ticularmente intenso; se había casado joven y había encontrado plena satisfacción en el matrimonio. Sólo una cosa empañaba su felicidad: no había logrado hijos y, por lo tanto, no podía situar por completo a su marido, al que amaba tiernamente, en el lugar de su padre. Cuando después de largos años de decepciones se decidió a someterse a una operación ginecológica, el marido la confesó que la culpa de su falta de progenie era toda suya, pues una enfermedad anterior a su matrimonio le había incapacitado para la procreación. La sujeto soportó mal esta nueva decepción, contrajo una neurosis y empezó a padecer de miedo a las tentaciones. Para distraerla, su marido se la llevó consigo a París. Hallándose un día en el hall del hotel, la sorprendieron las idas y venidas de la servidumbre. Preguntó qué pasaba y la dijeron que *Monsieur le professeur* acababa de llegar y recibía en consulta en un gabinete contiguo. Entonces expresó su deseo de consultarle también ella. Su marido se opuso, pero la sujeto aprovechó poco después su ausencia y se presentó en la consulta del adivino. Nuestra heroína tenía entonces veintisiete años, representaba muchos menos y se había quitado el anillo de casada. *Monsieur le professeur* la hizo apoyar la mano en una bandeja llena de ceniza, estudió cuidadosamente la impronta, la habló profusamente de grandes luchas que la esperaban y concluyó con la consoladora afirmación de que aún se casaría y tendría dos niños al cumplir los treinta y dos años. Cuando la sujeto me relataba esta historia tenía cuarenta y tres años, estaba seriamente enferma y no podía abrigar la menor esperanza de lograr descendencia. Así, pues, la profecía no se había cumplido; pero la paciente no hablaba de ella con

amargura, sino con una inconfundible expresión de contento como si recordara un acontecimiento gozoso. Se veía fácilmente que no tenía la menor sospecha de lo que podían significar las dos cifras contenidas en la profecía ni siquiera de que pudieran significar algo.

Me diréis que es ésta una historia necia y sin sentido y me preguntaréis para qué os la he contado. También yo compartiría vuestra opinión si no se diera la circunstancia decisiva de que el análisis nos facilita, de la profecía del adivino, una interpretación que, precisamente por explicar los detalles, parece irrechazable. En efecto, las dos cifras que la profecía contiene tuvieron significación importantísima en la vida de la madre de nuestra paciente. Dicha señora se casó muy tarde, después de los treinta, y en la familia se había comentado frecuentemente la prisa que se había dado en recuperar el tiempo perdido, ya que sus dos primeros retoños—de los cuales nuestra paciente fué el primero—nacieron con el mínimo intervalo posible dentro del mismo año natural, de modo que al cumplir los treinta y dos años tenía ya realmente dos hijos. Lo que *Monsieur le professeur* hubo de decir a la sujeto fué, pues, lo siguiente: No se apure usted. Todavía es usted muy joven. Aun puede usted tener el mismo destino que su madre, que tardó mucho en casarse y lograr descendencia, y tener dos hijos a los treinta y dos años. Pero precisamente tener el mismo destino que su madre, ponerse en su lugar, ocupar su puesto al lado del padre, había sido el deseo más vehemente de su juventud, el deseo cuyo incumplimiento la empezaba a hacer enfermar. La profecía la prometía que todavía había de cumplirse. ¿Cómo no había de

serle grata? Pero, ¿creéis posible que Monsieur le professeur conociera las fechas de la historia familiar íntima de su casual cliente? Desde luego, no. ¿De dónde, entonces, procedían los conocimientos que le capacitaron para expresar el deseo más vehemente y secreto de la paciente incorporando a su profecía las dos cifras citadas? Sólo veo dos explicaciones posibles. O bien las cosas no pasaron verdaderamente tal como me fueron contadas, habiendo sido muy otro su desarrollo, o bien ha de reconocerse la existencia de una transmisión del pensamiento como fenómeno real. Desde luego, cabe también la hipótesis de que en el intervalo de diez y seis años transcurrido entre la visita al adivino y el relato que de ella me hizo la paciente, introdujera ésta en la profecía, tomándolas de su inconsciente, las dos cifras de referencia. Carezco de todo punto de apoyo en que sustentar esta sospecha, pero no puedo excluirla y me figuró que, por vuestra parte, estaréis más dispuestos a aceptar esta explicación que a creer en la realidad de una transmisión del pensamiento. Pero si os decidís en este último sentido, no olvidéis que ha sido el análisis lo que ha creado el hecho oculto y lo ha descubierto, estando, como estaba, deformado hasta resultar irreconocible.

Si este caso fuese único, no pararíamos mientes en él y seguiríamos nuestro camino encogiéndonos de hombros. A nadie puede ocurrírsele basar en una observación aislada una convicción que supone un viraje tan decisivo. Pero puedo asegurar que tal unicidad no existe. En el curso de mis actividades profesionales he reunido toda una serie de tales profecías, y todas ellas me han dado la impresión de que el adivino no había hecho más que expresar los pensamien-

## NUEVAS APORTACIONES A LA PSICOANALISIS

tos de sus consultantes y muy especialmente sus deseos secretos, estando así justificado analizar tales profecías como si fueran productos subjetivos, fantasías o sueños de los interesados. Naturalmente, no todos los casos entrañan igual fuerza probatoria, ni tampoco es posible excluir igualmente en todos explicaciones más racionales, pero en fin de cuentas queda un considerable exceso de probabilidad en favor de una efectiva transmisión del pensamiento. La importancia del tema justificaría la comunicación de todos los casos que conozco, pero ello no es posible, tanto por la amplitud de la tarea, como por los deberes del secreto profesional. Para apaciguar, en lo posible, mi conciencia, os relataré aún algunos ejemplos.

Un día recibo la visita de un joven inteligentísimo que, a punto de terminar su carrera, se ve en la imposibilidad de presentarse al examen de doctorado, pues, según dice, ha perdido todo interés por el estudio, toda capacidad de concentración y hasta la posibilidad de recordar ordenadamente. La prehistoria de un tal estado como de parálisis no tarda en salir a luz: el sujeto enfermó después de una ocasión en que hubo de vencerse a sí mismo con magno esfuerzo. Tiene una hermana a la que ha profesado siempre, como ella a él, un intensísimo, aunque bien retenido, cariño. « ¡Lástima que no podamos casarnos ! » se dijeron repetidamente. Un hombre digno se enamoró de tal hermana y ella correspondió a su inclinación, pero los padres se opusieron a la boda. En esta situación la enamorada pareja pidió ayuda al hermano, el cual se la otorgó generosamente. Les facilitó el intercambio de correspondencia, y su influjo logró arrancar por fin, a los padres, el consentimiento

to. Pero durante el noviazgo oficial se desarrolló un suceso casual cuya significación no es difícil adivinar. El sujeto y su futuro cuñado emprendieron una excursión por la montaña, sin llevar guía; se perdieron y corrieron peligro de no regresar sanos y salvos. Poco después de la boda de la hermana, el hermano cayó en el estado de agotamiento psíquico que le llevó a mi consulta.

Recobrada, por obra del influjo analítico, su capacidad de trabajo, abandonó el tratamiento para presentarse a exámenes, pero una vez terminados éstos con pleno éxito, volvió, en el otoño del mismo año y por breve tiempo ya, a mi consulta, relatándome entonces un singular suceso que le había acontecido antes del verano. En la ciudad donde radicaba la Universidad en que había hecho sus estudios, había una adivina que gozaba de extensa clientela. Hasta los príncipes de la casa reinante solían consultarla antes de toda empresa importante. Su procedimiento era harto sencillo. Se hacía comunicar la fecha del nacimiento de una persona, sin exigir dato ninguno distinto sobre ella, ni siquiera su nombre, consultaba libros de astrólogos, hacía largos cálculos y emitía así una profecía de los destinos de la misma. Mi paciente decidió acudir a sus artes secretas para averiguar los destinos de su cuñado. Fué a visitarla y la dió la fecha del nacimiento requerida. La adivina hizo sus cálculos y formuló la profecía siguiente: «Esta persona morirá en Julio o Agosto de este mismo año a consecuencia de una intoxicación producida por haber comido ostras o cangrejos en malas condiciones». Mi paciente terminó luego su relato con una exclamación: « ¡Fué magnífico ! »

Yo le había oído a disgusto desde un principio.

Después de la exclamación me permití preguntarle: «¿Qué es lo que encuentra usted magnífico en la profecía? Estamos a finales de otoño y su cuñado no ha muerto, pues ya me lo hubiera usted dicho. Por lo tanto, la predicción no se ha cumplido.» Ciertamente que no—arguyó el sujeto—; pero lo singular era lo siguiente: A su cuñado le gustaban con delirio los cangrejos y las ostras y el verano anterior—o sea antes de la consulta a la adivina—había estado a la muerte por haber comido ostras en malas condiciones. ¿Qué podía yo decir a esto? No cabía más que extrañar con disgusto que aquel hombre tan cultivado y que tenía además detrás de sí un análisis plenamente afortunado, no penetrara mejor el verdadero estado de cosas. Por mi parte, antes de creer en la posibilidad de predecir por medio de cálculos astrológicos una intoxicación de ostras o cangrejos, prefiero suponer que mi paciente no había dominado aún el odio a su rival, odio que había sido la causa directa de su enfermedad, y que la adivina no había hecho más que expresar su propia esperanza de que las aficiones gastronómicas de su cuñado le llevaran algún día a la muerte. Confieso que no encuentro ninguna otra explicación para este caso, salvo la de que el paciente haya querido gastarme una broma. Pero nunca, ni entonces ni después, me ha dado pie para tal sospecha, y parecía hablar siempre con plena seriedad.

Otro caso: Un joven de posición distinguida mantiene, con una mundana, relaciones íntimas en las que se le impone una singular obsesión. De tiempo en tiempo tiene que ofender a su amante, con frases de burla y desprecio, hasta desesperarla. Una vez conseguido así, se apacigua, se reconcilia con ella y la

hace un buen regalo. Mas ahora quisiera libertarse de ella; la obsesión que le domina empieza a inquietarle; advierte que aquellas relaciones perjudican su renombre; quiere casarse y fundar una familia. Y como por sus propias fuerzas no logra libertarse de su amante, acude al análisis en demanda de auxilio. Iniciado ya el análisis y después de una de aquellas escenas de insultos y burlas, hace que su amante le escriba unas líneas en una tarjetita y las somete a un grafólogo, el cual formula el dictamen siguiente: «La escritura es la de una persona que ha llegado al límite de la desesperación. Seguramente se suicidará un día de estos». No fué así y la interesada conservó la vida, pero el análisis logró aflojar los lazos con los que aprisionaba a nuestro sujeto, el cual rompió con ella y se dedicó a una muchacha de la que esperaba había de ser una buena esposa para él. Pero poco después tuvo un sueño que sólo podía ser interpretado como un comienzo de duda sobre las condiciones de aquella muchacha. El sujeto sometió entonces unas líneas de su escritura al mismo grafólogo y obtuvo un dictamen que confirmó sus preocupaciones y le hizo abandonar la idea de hacerla su mujer.

Para mejor estimar los dictámenes del grafólogo, sobre todo el primero, tenemos que saber algunos detalles de la historia íntima de nuestro héroe. En su adolescencia se había enamorado locamente, como correspondía a su apasionada naturaleza, de una mujer casada, joven también, pero mayor que él. Rechazado por ella, llevó a cabo un intento de suicidio, intento de cuya seriedad no podía dudarse. Estuvo a la muerte, y sólo a fuerza de tiempo y cuidados logró reponerse. Pero aquella loca acción causó profunda impresión en la mujer amada, mo-

viéndola a concederle sus favores. Sus relaciones amorosas permanecieron secretas y el sujeto observó en ellas la más rendida y caballerosa conducta. Al cabo de más de veinte años, maduros ambos ya, y naturalmente ella más que él, despertó en nuestro héroe la necesidad de desligarse de aquellos amores, vivir ya para sí mismo y fundar un hogar y una familia. Y al mismo tiempo que esta saciedad emergió en él la necesidad, durante largo tiempo reprimida, de vengarse de su amada. Si una vez había él querido matarse porque ella le había despreciado, ahora quería darse el gusto de que ella buscara la muerte por haberla él abandonado. Pero su amor era aún demasiado intenso para que tal deseo pudiera hacerse consciente, y por otro lado no estaba en situación de hacerla todo el mal necesario para moverla a buscar la muerte. En este estado de ánimo entabló relaciones con otra mujer, con la mundana ya mencionada, tomándola en cierto modo como víctima para satisfacer *in corpore vili* su sed de venganza y se permitió con ella todas las torturas de las que podía esperar el resultado al que deseaba reducir a la mujer amada. Que la venganza se dirigía en realidad contra esta última se nos delata en la circunstancia de que la escogiera como confidente y consejera de sus nuevos amoríos en vez de ocultarla su traición. La pobre mujer, que desde muy atrás ya había descendido de ser la parte que todo lo da a ser la que todo lo recibe sufría probablemente con sus confidencias más que la mundana bajo su brutalidad. La obsesión que el sujeto alegaba sufrir al lado de la persona sustitutiva y que le movió a someterse al análisis se había transferido naturalmente a su nueva querida desde su antigua amada; de

esta última era de la que ansiaba y no podía libertarse. No soy grafólogo y no creo grandemente en el arte de adivinar el carácter en la escritura, pero mucho menos en la posibilidad de predecir por este medio el porvenir. Pero, cualquiera que sea la opinión en que la grafología se tenga, habréis visto que es indudable que el grafólogo, cuando dictaminó que el autor de las líneas examinadas se suicidaría en breve no hizo de nuevo más que extraer a la luz un intenso deseo secreto de la persona que le consultaba. Algo análogo sucedió también luego en el segundo dictamen, sólo que en él lo que encontró clara expresión por boca del grafólogo no fué un deseo secreto, sino las dudas y preocupaciones que emergían en su cliente. Por lo demás, mi paciente, con ayuda del análisis, consiguió hacer una elección amorosa fuera del círculo mágico en el que había estado prisionero.

Ya habéis oído lo que la interpretación de los sueños y la psicoanálisis aportan el esclarecimiento del ocultismo. Habéis visto en los ejemplos aducidos cómo su aplicación aclara hechos ocultos que de otro modo hubieran permanecido incognoscibles. La cuestión que seguramente os interesa más: la de si puede creerse en la realidad objetiva de estos hechos no puede la psicoanálisis resolverla directamente, pero el material extraído a la luz con su ayuda produce por lo menos una impresión favorable a la afirmativa. Pero vuestro interés no se satisfará con sólo esto. Querréis saber qué conclusiones justifica aquel otro material mucho más abundante en el que la psicoanálisis no participa. Pero yo no puedo seguirlos a un tal terreno que no está ya en mis dominios. Lo único que aún puedo hacer sería comunicaros observa-

ciones que por lo menos tienen con el análisis la relación de haber sido hechas durante el tratamiento analítico siendo quizá también su influjo lo que las hizo posibles. Os comunicaré un ejemplo de este género, aquél que más intensa impresión hubo de causarme; seré extenso y solicitaré vuestra atención para toda una serie de detalles, mas, a pesar de todo, tendré que silenciar muchas cosas que hubieran incrementado en gran medida la fuerza convincente de la observación. Es un ejemplo en el que los hechos se transparentan claramente sin que el análisis tenga que intervenir para revelarlos. En su discusión precisaremos, sin embargo, del análisis como elemento auxiliar. Pero he de advertiros de antemano que tampoco este ejemplo de transmisión del pensamiento en la situación analítica aparece libre de toda sospecha ni permite tomar incondicionalmente partido en favor de la realidad del fenómeno oculto.

Oidme, pues: Una mañana de otoño de 1919, hacia las once menos cuarto, en ocasión de hallarme yo tratando a uno de mis pacientes, me pasaron la tarjeta del doctor David Forsyth, recién llegado de Londres. (Mi distinguido colega de la London University no tomará seguramente a indiscreción que yo revele así cómo permaneció a mi lado varios meses, haciéndose iniciar por mí en las artes de la técnica psicoanalítica.) De momento no pude hacer más que salir a saludarle y darle hora para más tarde. Su visita me interesaba grandemente; era el primer extranjero que venía a mí una vez terminado el bloque de los años de guerra, término que debía iniciar tiempos mejores. Poco después de su visita, hacia las once, llegó uno de mis pacientes, el señor P., hombre muy inteligente y amable, entre los cuarenta

y los cincuenta años, que había acudido a mi consulta en busca de curación de ciertos trastornos de su relación personal con la mujer. Su caso no prometía éxito alguno terapéutico; en consecuencia, hacía ya tiempo que yo le había propuesto suspender el tratamiento, pero él había querido continuarlo, seguramente porque se sentía a gusto en una templada transferencia afectiva hacia mí como sustitutivo del padre. El dinero no desempeñaba por entonces papel ninguno, pues nadie lo tenía; las horas que con él empleaba eran también para mí estímulo y descanso, y de este modo, infringiendo las reglas de la actividad médica, continuamos la labor analítica hasta una meta predeterminada.

Aquel día, P. volvió a hablarme de sus tentativas de reanudar sus relaciones eróticas con las mujeres y mencionó de nuevo a una muchacha bonitísima, interesante y pobre con la cual hubiera logrado pleno éxito amoroso si la circunstancia de ser ella virgen no le hubiera atemorizado, disuadiéndole de toda pretensión seria. Ya en otras ocasiones me había hablado de ella, pero aquel día me contó algo que hasta entonces no había mencionado; a saber: que la muchacha, la cual ignoraba, naturalmente, los verdaderos motivos de su abstención, le había puesto de mote *Don Prudencio* (Herr von *Vorsicht*). Esta comunicación me intrigó sobremanera; tenía aún a mano la tarjeta del doctor *Forsyth* y se la mostré al paciente.

Estos son los hechos; a primera vista os parecerán sin duda insignificantes; pero váis a oír todo lo que detrás de ellos se esconde.

P. había pasado en Inglaterra varios años de su juventud y conservaba desde ellos un duradero inte-

rés por la literatura inglesa. Poseía una nutrida biblioteca inglesa, de la que solía prestarme libros, debiéndole yo así mi conocimiento con autores como Bennett y Galsworthy, de los que antes sólo muy poco había leído. Un día me prestó una novela de Galsworthy, titulada «The man of property», que se desarrolla en el seno de una familia imaginada por el autor y apellidada Forsyte. El propio Galsworthy ha debido sentir embargado su interés por esta creación suya, pues ha hecho personajes de otras narraciones suyas a miembros de la misma familia y ha reunido luego todas ellas bajo el nombre común de «The Forsyte Saga». Pocos días antes del suceso aquí relatado me había traído P. otro volumen de esta serie. El nombre Forsyte y todo lo típico que el autor quería encarnar en él había desempeñado también un papel en mis conversaciones con P. y había pasado a ser una parte de aquel lenguaje secreto que tan fácilmente se desarrolla entre personas en trato constante. Ahora bien: el apellido Forsyte que da el título a la citada serie de novelas es muy parecido al de mi visitante el doctor Forsyth; un alemán los pronunciará casi idénticamente; y otra palabra inglesa, rica en sentido, a la que también daríamos los alemanes idéntica pronunciación sería la de foresight, que quiere decir previsión (Voraussicht) o prudencia (Vorsicht). Así, pues, P. había extraído de sus relaciones personales el mismo nombre que en aquellos momentos mismos y por una circunstancia que él ignoraba en absoluto ocupaba mis pensamientos.

Esto ya parece otra cosa, ¿no es cierto? Pero creo que lograremos una impresión más intensa del singular fenómeno e incluso algo como un atisbo de las

condiciones de su génesis examinando analíticamente otras dos asociaciones que P. comunicó en aquella misma ocasión.

Primera: Un día de la semana anterior, después de haber esperado en vano a P. a la hora de costumbre salí para hacer una visita al doctor Anton von Freund en la pensión en que habitaba. Me sorprendió comprobar que el señor P. vivía en otro piso de la misma casa. Refiriéndome a ello, dije después a P. que aquel día, en vista de que no había él venido a verme, había ido yo, aunque sin saberlo, a su casa. Pero estoy seguro de no haber mencionado el nombre de la persona a la que realmente había ido yo a visitar en aquella casa. Y entonces, poco después de haber hecho mención del mote de Don Prudencio (Herr von Vorsicht) que le aplicaba la muchacha de su historia, me dirigió la pregunta siguiente: «La señorita Freud Ottorego que profesa un curso de inglés en la Universidad popular, ¿es quizá una hija de usted?» Y por primera vez en nuestras largas relaciones hizo sufrir a mi nombre aquella deformación a la que estoy ya múltiplemente habituado: F r e u n d en lugar de F r e u d .

Segunda: Al término de la misma sesión me relata un sueño del que despertó presa de angustia, una verdadera pesadilla según él, añadiendo que había olvidado hacía ya mucho tiempo cuál era la palabra inglesa correspondiente hasta el punto de haber dicho en una ocasión que la traducción inglesa de «una pesadilla» era «a mare's nest». Lo cual era, naturalmente, un disparate, pues «a mare's nest» quería decir «un cuento increíble» y la verdadera traducción de «pesadilla» era «night-mare». Esta ocurrencia me parece no tener con la anterior más que un elemento

común: el idioma inglés, pero a mí personalmente tiene que recordarme un pequeño suceso acaecido cosa de un mes antes. P. estaba conmigo en mi despacho cuando inopinadamente entró otro grato visitante de Londres, el doctor Ernest Jones, al que no había yo visto en mucho tiempo. Indiqué a Jones que pasara a una habitación contigua hasta que yo terminara con P. Pero éste le identificó en seguida por una fotografía suya que había visto en mi salón de espera e incluso expresó su deseo de ser presentado a él. Ahora bien: Jones es autor de una monografía sobre la pesadilla—*n i g h t - m a r e*; aunque no sé si P. la conocía, pues evitaba leer libros analíticos.

Quisiera investigar primero ante vosotros qué comprensión analítica podemos lograr de la relación de las ocurrencias de P. y de su motivación. La actitud interior de P. ante el nombre Forsite o Forsyth era semejante a la mía; tal nombre significaba para él lo mismo que para mí y a él debía yo haberlo llegado a conocer. El hecho singular era que P. hubiese producido espontáneamente tal nombre en el análisis sólo momentos después de que un nuevo suceso, la llegada del médico londinense, le hubiera hecho significativo para mí en muy otro sentido. Pero quizá no menos interesante que el hecho mismo es la manera en que el nombre surgió durante la sesión de análisis. P. no dijo acaso: «Ahora se me viene a las mientes el nombre Forsite de las novelas que usted conoce», sino que, sin relación consciente alguna con tal fuente supo entretejerlo con sus propias vivencias y lo hizo emerger de entre ellas, cosa que hubiera podido suceder hacía ya mucho tiempo y que no sucedió hasta entonces. Pero luego dijo: También yo soy un Forsite, la muchacha de que hemos hablado me

llama así. Es difícil no advertir la mezcla de pretensiones celosas y melancólico rebajamiento de sí mismo que se crea una expresión en esta manifestación. No erraremos completándola como sigue: Me disgusta que sus pensamientos se ocupen tan intensamente de ese recién llegado. Vuelva usted a mí; también yo soy un Forsyth—aunque sólo un Herr von V o r s i c h t (Don Prudencio) como la muchacha me llama. Y en este punto, su proceso mental, siguiendo el hilo asociativo del elemento «inglés» retrocede hasta dos ocasiones anteriores que pudieron provocar iguales celos. «Hace algunos días estuvo usted en la casa que yo vivo, pero desgraciadamente no a verme a mí, sino a un tal señor von F r e u n d ». Esta idea le lleva a transformar el nombre F r e u d en F r e u n d . La señorita Freud-Ottorego, cuyo nombre figura en la lista de cursos de la Universidad popular interviene por cuanto como profesora de inglés, facilita la asociación manifiesta. Y luego se añade el recuerdo de otro visitante llegado unas semanas antes del que también había sentido ciertamente celos, pero al que tampoco podía compararse, pues el doctor Jones había sabido escribir un estudio sobre la pesadilla mientras que él lo más que había hecho era tener tal clase de sueños. También la mención de su error en cuanto al significado de «a mare's nest» pertenece al mismo contexto; quiere decir: No soy un inglés verdadero, lo mismo que tampoco soy un verdadero F o r s y t h .

Por mi parte, no puedo tachar de exagerados ni de incomprensibles sus impulsos de celos. Sabía que su análisis y con ella nuestro trato regular había de cesar en cuanto comenzaran a llegar a Viena pacientes y alumnos míos extranjeros, y así sucedió en realidad

poco después. Pero lo que hasta ahora hemos llevado a cabo es un fragmento de labor analítica, la explicación de tres ocurrencias producidas dentro de una misma hora y alimentadas por el mismo motivo, y poco tiene que ver con la otra cuestión de si tales ocurrencias son derivables o no sin transmisión del pensamiento. Esta última se presenta en cada una de las tres ocurrencias dividiéndose con ello en tres distintas interrogaciones: ¿Podía P. saber que el doctor Forysth acababa de hacerme su primera visita? ¿Podía saber cuál era el nombre de la persona que yo había visitado en su casa? ¿Sabía que el doctor Jones había escrito un estudio sobre la pesadilla? ¿O fué tan sólo mi conocimiento de estos hechos el que se debatió en sus ocurrencias?

De las respuestas a estas preguntas dependerá que mi observación permita una conclusión favorable a la transmisión del pensamiento. Dejemos aparte por un momento la primera interrogación, ya que las otras dos son más fáciles de tratar. El caso de la visita a la pensión produce a primera vista una impresión particularmente segura. Estoy seguro de que al mencionarle brevemente y en broma mi visita a la casa que él habitaba, no cité ningún nombre; creo harto inverosímil que P. se informara en la pensión del nombre de la persona a quien yo había visitado y me inclino mas bien a suponer que la existencia de tal persona le es absolutamente desconocida. Pero la fuerza probatoria de este caso queda totalmente destruída por una casualidad. La persona a quien yo había visitado en la pensión no sólo se llamaba *F r e u n d* (amigo) sino que era para todos nosotros un verdadero amigo (*Freund*). El fué quien nos procuró generosamente los medios necesarios

para la fundación de nuestra editorial. Su prematura muerte y la de nuestro Karl Abraham unos años después han sido las dos mayores desgracias que han pesado sobre el desarrollo de la psicoanálisis. Así, pues, en la ocasión discutida pude muy bien haber dicho a P: «He estado en la casa que usted habita para ver a u n a m i g o (Freund)» y esta posibilidad despoja de todo interés ocultista a su segunda asociación.

También la impresión de su tercera ocurrencia se desvanece pronto. ¿Podía P. saber que Jones había publicado un estudio sobre la pesadilla, siendo así que tenía por principio no leer obras analíticas? Sí podía saberlo. Poseía libros de nuestra casa editorial y podía haber leído los títulos de las nuevas publicaciones anunciadas en la cubierta. No es cosa demostrable, pero tampoco puede rechazarse en absoluto. Por este camino no llegaremos, pues, a conclusión alguna. He de lamentar que mi observación adolezca del mismo defecto que tantas otras análogas. Ha sido sentada por escrito demasiado tarde y de este modo ha sido discutida cuando yo no veía ya al señor P. ni podía hacerle nuevas preguntas.

Volvamos, pues, al primer suceso que, aun aislado, mantiene en pie el hecho aparente de la transmisión del pensamiento. ¿Podía P. saber que el doctor Forysth había estado en mi casa un cuarto de hora antes de que él llegara? ¿Podía conocer, en general, su existencia o su presencia en Viena? No debemos ceder a nuestra inclinación a negar rotundamente ambas preguntas. Por mi parte, veo un camino que puede conducirnos a una afirmación parcial. Yo podía muy bien haber dicho anteriormente a P. que esperaba a un médico inglés que, una vez terminado el

bloqueo de la guerra mundial, acudía a iniciarse en la técnica analítica—primera paloma después del Diluvio—. Y podía habérselo dicho en el verano de 1919 pues el doctor Forsyth me había escrito por entonces anunciándome su venida. Es incluso posible que citara su nombre, aunque no lo creo, pues dada la significación que dicho nombre había adquirido para nosotros dos habríamos enlazado una conversación de la que algo me hubiera quedado en la memoria. De todos modos, no es imposible que tal conversación se desarrollara realmente y luego la olvidara yo por completo, de manera que la emergencia del Herr von Vorsicht en el análisis me sorprendiera como un milagro. Cuando se tiene uno por un escéptico, es bueno dudar también alguna vez de su escepticismo. Quizá late también en mí aquella inclinación secreta a lo maravilloso que tanto favorece el nacimiento de hechos ocultistas.

Desembarazado así nuestro camino de buena parte de lo maravilloso, nos queda aún otra parte y la más difícil. Admitiendo que P. conocía la existencia de un señor Forsyth y que se le esperaba en Viena al otoño siguiente, ¿cómo se explica que pensara en él precisamente el día de su llegada e inmediatamente después de su primera visita? Puede achacarse a una casualidad, lo cual equivale a dejarlo inexplicado, pero yo me he tomado el trabajo de examinar y discutir las dos otras ocurrencias de P. precisamente para excluir la idea de casualidad, para mostraros que P. sentía realmente celos de las personas que me visitaban o visitaba yo; o también es posible, para no desatender la posibilidad más extrema, arriesgar la hipótesis de que P. había advertido en mí una excitación especial y había deducido de ella sus con-

clusiones. O que P., llegado a mi casa un cuarto de hora después que el inglés, se había cruzado con él en su camino, le había reconocido en su aspecto típicamente británico y, movido por su celosa expectación, había pensado: «Ya tenemos aquí al doctor Forsyth, cuya llegada viene a poner término a mi análisis. Y seguramente viene de casa del profesor Freud». No creo posible llevar más allá nuestras suposiciones. Las cosas quedan de nuevo en un *n o n l i q u e t* pero debo reconocer que, a mi sentir, la balanza se inclina también en esta ocasión en favor de la transmisión del pensamiento. Por lo demás, no soy seguramente el único a quien ha sido dado vivir en la situación analítica tales sucesos «ocultos». Helene Deutsch ha publicado en 1926 observaciones análogas, estudiando su condicionalidad por las relaciones de la transferencia entre el paciente y el analítico.

Tengo la seguridad de que mi actitud ante este problema—no del todo convencido y sin embargo dispuesto a convencerme—no ha de satisfaceros. Quizá os digáis: Es el caso corriente de que un hombre que ha trabajado honradamente como investigador de ciencias naturales durante toda su vida, al llegar a viejo, la debilitación mental le hace piadoso y crédulo. Sé que en esta serie pueden incluirse muchos grandes nombres, pero no justamente el mío. Por lo menos no me he hecho piadoso y creo que tampoco crédulo. Sólo que cuando uno se ha doblegado toda su vida para evitar el doloroso choque con los hechos, se conserva también en la vejez el pliegue que le hace doblegarse ante nuevos hechos. Preferiríais, seguramente, que me mantuviera fiel a un moderado deísmo y me mostrase implacable en la repulsa de todo lo oculto. Pero soy incapaz de mendigar el favor de

nadie y tengo que invitaros a acoger más favorablemente la posibilidad de la transmisión del pensamiento y con ella también la de la telepatía.

No debéis olvidar que sólo he tratado aquí estos problemas en cuanto es posible aproximarse a ellos desde la psicoanálisis. Cuando, hace ya más de diez años, emergieron por vez primera en mi campo visual, sentí también el miedo a una amenaza contra nuestra concepción científica del universo, la cual, si el ocultismo se probaba, tendría que ceder su puesto al espiritismo o a la mística. Hoy pienso ya de otro modo; opino que no testimonia gran confianza en la ciencia no creerla capaz de acoger y elaborar lo que de las afirmaciones ocultistas pueda demostrarse verdadero. Y por lo que se refiere particularmente a la transmisión del pensamiento, parece favorecer precisamente la extensión del pensamiento científico—sus adversarios dicen: mecanista—a lo espiritual, tan difícilmente aprehensible. El proceso telepático consistiría en que un acto psíquico de una persona estimula en otra el mismo acto psíquico. Lo que entre ambos actos anímicos existe puede ser muy bien un proceso físico, en el cual se transforma lo psíquico en un extremo y que, en el otro extremo, vuelve a transformarse en lo psíquico. La analogía con otras transformaciones, tales como la fonación y la audición en la comunicación telefónica, sería entonces innegable. ¡Y pensad lo que sucedería si nos fuese dado aprehender un tal equivalente físico del acto psíquico! Quiero hacer constar que con la interpolación de lo inconsciente entre lo físico y lo hasta entonces llamado psíquico, la psicoanálisis nos ha preparado para la aceptación de procesos tales como la telepatía. Si empezamos por acostumbrarnos a la

idea de la telepatía podemos edificar mucho sobre ella si bien, por lo pronto, sólo con la fantasía. Como es sabido, se ignora cómo se establece en los estados de insectos la voluntad colectiva. Posiblemente, por una tal transferencia psíquica directa. Llegamos a la sospecha de que no fué otro el medio original arcaico de inteligencia entre los individuos, medio que luego, en el curso de la evolución filogénica es desplazado por el método mejor de la comunicación con ayuda de signos recibidos por los órganos de los sentidos. Pero el método primitivo podía conservarse en último término y hacerse efectivo aun en determinadas condiciones, por ejemplo en las masas apasionadamente agitadas. Todo esto es aún muy inseguro y está lleno de enigmas no resueltos, pero no tiene por qué asustarnos.

Si la telepatía existe como proceso real podemos suponer, a pesar de su difícil demostración, que es un fenómeno muy frecuente. Correspondería a nuestras esperanzas poderla mostrar precisamente en la vida anímica del niño. Recordemos la frecuente representación temerosa de los niños de que sus padres conocen todos sus pensamientos sin que ellos se los hayan comunicado, pareja perfecta y quizá fuente de la creencia de los adultos en la omnisciencia de Dios. No hace mucho, una mujer merecedora de todo crédito, Dorothy Burlingham, ha comunicado en un estudio titulado «El análisis infantil y la madre», observaciones que, de ser comprobadas, desvanecerían las dudas que aún pesan sobre la realidad de la transmisión del pensamiento. Aprovechó la situación, nada rara ya, de hallarse sometidos simultáneamente al análisis la madre y el hijo y comunica hechos tan singulares como el siguiente: Un día, en la sesión de

análisis, la madre habló de una moneda de oro que había desempeñado en las escenas de su vida infantil un determinado papel. Inmediatamente después, al volver a su casa, su hijo, un niño de diez años, entra en su cuarto y la entrega una moneda de oro para que se la guarde. Asombrada, le pregunta de dónde tiene aquella moneda. Se la regalaron, explica el niño, el día de su cumpleaños. Pero desde tal día habían pasado ya muchos meses y ahora no había sucedido nada que pudiera haberle recordado precisamente la moneda. La madre puso en conocimiento de la analítica la singular coincidencia pidiéndola que investigara en el niño los motivos de aquella acción. Pero el análisis del niño no procuró explicación ninguna. El acto mencionado se había incrustado aquel día como un cuerpo extraño en la vida del niño. Semanas después, hallándose la madre dedicada a sentar por escrito según le había sido recomendado en el análisis, el suceso de referencia, la interrumpió el niño pidiéndola que le devolviese la moneda, pues quería llevársela para mostrarla en la sesión de análisis, sin que tampoco fuera posible hallar la motivación de tal deseo.

Y con esto habremos retornado a la psicoanálisis, de la cual habíamos partido.



## XXXI

### La división de la personalidad psíquica

Todos sabéis seguramente la importancia que para vuestras relaciones particulares, tanto con las personas como con las cosas, entraña el punto de partida. Así ha sido también en psicoanálisis: Para su desarrollo y para la acogida que hubo de serle dispensada no fué indiferente que iniciara su labor en el síntoma, esto es, en lo más ajeno al yo, que el alma integra. El síntoma proviene de lo reprimido, es como un representante de lo reprimido cerca del yo; pero lo reprimido es, para el yo, dominio extranjero, un dominio extranjero interior, así como la realidad—si se me permite una expresión nada habitual—es un dominio extranjero exterior. Partiendo del síntoma, el camino analítico nos condujo a lo inconsciente, a la vida instintiva, a la sexualidad, siendo esta la época en que la psicoanálisis comenzó a oír las ingeniosas objeciones de que el hombre no era exclusivamente una criatura sexual y conocía también impulsos más nobles y elevados. Habría podido añadirse que, exaltado por la conciencia de tales impulsos elevados, se tomaba, con demasiada frecuencia, el derecho de pensar disparates y el de desatender los hechos.

Pero vosotros sabéis muy bien cómo, desde un

principio, el análisis afirmó que el hombre enfermaba a consecuencia del conflicto entre las exigencias de la vida instintiva y la resistencia que en él se alza contra ellas, y sabéis también que jamás hemos olvidado, ni por un momento, la existencia de esta instancia resistente, repelente y represora, la cual nos representábamos dotada de fuerzas particularísimas—los instintos del yo—y que coincide precisamente con el yo de la psicología al uso. Sólo que, dado el lento y trabajoso progreso de la investigación científica, tampoco la psicoanálisis ha podido estudiar simultáneamente todos los sectores, ni pronunciarse a un mismo tiempo sobre todos los problemas. Por fin avanzamos lo suficiente para poder distraer nuestra atención de lo reprimido y enfocarla sobre lo represor, y nos situamos ante el tal yo, que tan evidente parecía, con la segura esperanza de encontrar también en sus dominios algo inesperado; pero no fué nada fácil lograr un primer acceso a él. Y de esto es de lo que hoy voy a hablaros.

Previamente quiero dar libre cauce a mi sospecha de que esta mi exposición de la psicología del yo ha de actuar sobre vosotros muy diferentemente que la anterior introducción en el mundo psíquico abisal. Por qué, no lo sé a punto fijo. En un principio, pensé que juzgaríais que si hasta aquí os había expuesto hechos concretos, pasaba ahora a una pura especulación. Pero, bien meditado, he de afirmar que el montante de elaboración mental del material de hechos, dado en nuestra psicología del yo, no es mucho más elevado del que había en la psicología de las neurosis. Y lo mismo que éste, he tenido también que rechazar otros distintos fundamentos de mi juicio inicial. Ahora opino que aquella primera impresión depende en

algún modo del carácter mismo de la materia y de nuestra falta de costumbre de tratarla. De todos modos, no me sorprenderá que os mostréis ahora, en vuestro juicio, más reservados y precavidos que hasta aquí.

La situación misma en la que nos encontramos al comienzo de nuestra investigación, será la que nos indique el camino. El objeto de esta investigación queremos que sea el yo, nuestro propio yo. Pero, ¿acaso es posible tal cosa? El yo es propiamente el sujeto, ¿cómo puede pasar a ser objeto? Y el caso es que evidentemente lo puede. El yo puede tomarse a sí mismo como objeto, puede tratarse a sí mismo como a otros objetos, observarse, criticarse, etc. En todo ello, una parte del yo se enfrenta al resto. El yo es, pues, disociable; se disocia en ocasión de algunas de sus funciones, por lo menos transitoriamente, y los fragmentos pueden luego unirse de nuevo. Todo esto no es novedad ninguna, sino más bien una acentuación inhabitual de cosas generalmente conocidas. Por otro lado, sabemos ya que la patología, con su poder de amplificación y concreción, puede evidenciarlos circunstancias normales que de otro modo hubieran escapado a nuestra perspicacia. Allí donde se nos muestra una fractura o una grieta puede existir normalmente una articulación. Cuando arrojamos al suelo un cristal, se rompe, mas no caprichosamente; se rompe, con arreglo a sus líneas de fractura, en pedazos cuya delimitación, aunque invisible, estaba predeterminada por la estructura del cristal. También los enfermos mentales son tales estructuras agrietadas y rotas. No podemos negarles algo de aquel horror respetuoso que los pueblos antiguos testimoniaban a los locos. Se han apartado de la realidad exte-

rior, pero precisamente por ello saben más de la realidad psíquica interior y pueden descubrirnos cosas que de otro modo nos serían inaccesibles. De un grupo de estos enfermos decimos que padecen de la manía de ser observados. Se nos lamentan de verse agobiados constantemente, y hasta en sus más íntimas actividades, por la observación vigilante de poderes desconocidos, probablemente personales, y sufren alucinaciones en las que oyen cómo tales personas publican los resultados de su observación: Ahora dice tal cosa, ahora se está vistiendo para salir, etcétera. Esta observación no equivale todavía a una persecución, pero casi; supone que se desconfía del sujeto, que se espera sorprenderle en la comisión de algo ilícito, por lo cual será castigado. ¿Qué pasaría si estos dementes tuvieran razón, si en todos nosotros existiera en el yo una tal instancia vigilante y amenazadora, que en los enfermos mentales sólo se hubiera separado francamente del yo y hubiera sido erróneamente desplazada a la realidad exterior?

No sé si a vosotros os sucederá lo que a mí. Desde el momento en que, bajo la intensa impresión de este cuadro patológico, concebí la idea de que la separación de una instancia observadora, del resto del yo, podía ser un rasgo regular de la estructura del yo, no he podido alejarla de mí y me ha impulsado a investigar los demás caracteres y relaciones de la instancia así dissociada. El primer paso es fácil. Ya el contenido de la manía de ser observado nos hace ver que la observación es tan sólo una preparación del juicio y el castigo, y con ello adivinamos que otra de las funciones de tal instancia tiene que ser aquello que llamamos conciencia moral. No hay en nosotros nada que tan regularmente separemos de nuestro yo y en-

frentemos a él como precisamente nuestra conciencia moral. Yo me siento inclinado a hacer algo de lo que me prometo placer, pero dejo de hacerlo con el fundamento de que mi conciencia no me lo permite. O la magnitud de la expectación de placer me ha llevado a hacer algo contra lo cual se pronunciaba la voz de mi conciencia, y después del acto, mi conciencia me castiga con penosos reproches, haciéndome sentir remordimientos. Podía decir simplemente que la instancia especial que empiezo a distinguir en el yo, es la conciencia moral, pero es más prudente dejar independiente esta instancia y suponer que la conciencia moral es una de sus funciones, y otra la auto-observación indispensable como premisa de la actividad juzgadora de la conciencia moral. Y como el reconocimiento de una existencia independiente exige para lo que así existe, un nombre propio, daremos, en adelante, a esta instancia entrañada en el yo, el nombre de «super-yo».

No me sorprenderá oiros preguntarme burlescamente si nuestra psicología del yo se reduce en general a tomar al pie de la letra abstracciones corrientes y a amplificarlas, convirtiéndolas de conceptos en cosas, con todo lo cual poco o nada se va ganando. A esto os responderé que ha de ser muy difícil eludir en la psicología del yo lo ya generalmente conocido, y que lo importante será llegar a nuevas ordenaciones y nuevas concepciones más que a nuevos descubrimientos. Conservad, pues, por ahora, vuestra despectiva actitud crítica en espera de nuevos datos. Los hechos de la patología procuran a nuestros esfuerzos un fondo que buscaréis inútilmente en la psicología usual. Proseguiré mi exposición. Apenas llegamos a familiarizarnos con la idea de un tal super-yo, dotado de una

cierta independencia, que persigue intenciones propias y posee una energía independiente del yo, recordamos un cuadro patológico que precisa claramente el rigor e incluso la crueldad de esta instancia y las variantes de su relación con el yo. Me refiero a la melancolía, o más exactamente al acceso melancólico, del cual habréis oído hablar suficientemente, aunque no seáis psiquiatras. El rasgo más singular de esta dolencia, de cuya causación y cuyo mecanismo sabemos muy poco, es la forma en que el super-yo—o, si queréis, la conciencia moral—trata al yo. Mientras que, en épocas de salud, el melancólico puede ser, como cualquier otro individuo, más o menos riguroso consigo mismo, en el acceso melancólico el super-yo se hace hiper-riguroso; riñe, humilla y maltrata al pobre yo, le hace esperar los peores castigos y le reprocha actos muy pretéritos que a su hora fueron indulgentemente juzgados, como si en el intervalo hubiera acumulado las acusaciones, habiendo esperado tan sólo su robustecimiento actual para darlas curso y fundar en ellas una sentencia. El super-yo aplica un rigurosísimo criterio moral al yo, inerme a merced suya; se convierte en un representante de la moralidad y nos revela que nuestro sentimiento de culpabilidad moral es expresión de la pugna entre el yo y el super-yo. Constituye una experiencia singular ver convertida en fenómeno periódico la moralidad, de la cual se supone que nos fué dada por Dios, arraigándola profundamente en nosotros. Pues al cabo de un cierto número de meses el fantasma moral se desvanece, la crítica del super-yo se acalla y el yo queda rehabilitado y goza de nuevo de todos los derechos del hombre, hasta el acceso siguiente. E incluso, en ciertas formas de la enfermedad, ocurre en los intervalos

algo antitético: el yo se sume en una bienaventurada embriaguez; triunfa como si el super-yo hubiera perdido toda fuerza o se hubiese confundido con el yo; y este yo libertado y maniaco se permite realmente y sin el menor escrúpulo la satisfacción de todos sus caprichos. Procesos ricos en enigmas no resueltos.

Esperaréis seguramente algo más que una mera ilustración al oírme anunciaros que hemos averiguado varias cosas sobre la formación del super-yo, esto es, sobre la génesis de la conciencia moral. El filósofo Kant dijo, como sabéis, que nada le probaba tan convincentemente la grandeza de Dios como el firmamento estrellado y nuestra conciencia moral. Los astros son ciertamente magníficos, pero, por lo que hace a la conciencia moral, Dios ha llevado a cabo una labor desigual y negligente, pues una gran mayoría de los hombres no ha recibido sino muy poca, tan poca, que apenas puede decirse que posean alguna. No ignoramos la parte de verdad psicológica que entraña la afirmación de que la conciencia moral es de origen divino, pero es aserto que precisa de interpretación. Si la conciencia es algo dado en nosotros, no es, sin embargo, algo originalmente dado. Constituye así una antítesis de la vida sexual, dada realmente en nosotros desde el principio de la existencia y no ulteriormente agregada. Pero, como es sabido, el niño pequeño es anormal, no posee inhibición alguna interior de sus impulsos tendientes al placer. El papel que luego toma a su cargo el super-yo es desempeñado primero por un poder exterior, por la autoridad de los padres. La influencia de los padres gobierna al niño con el otorgamiento de pruebas de cariño y la amenaza de castigos que indican al niño

una pérdida de amor y son, además, temibles de por sí. Este miedo real es el antecedente del miedo ulterior a la conciencia; mientras reina, no hay por qué hablar de super-yo ni de conciencia moral. Sólo después se forma la situación secundaria que aceptamos, demasiado a la ligera, como normal; situación en la cual la inhibición exterior es interiorizada, siendo sustituida la instancia parental por el super-yo, el cual vigila, dirige y amenaza al yo exactamente como antes los padres al niño.

El super-yo que de este modo se abroga el poder, la función y hasta los métodos de la instancia parental, no es tan sólo el sucesor legal sino también el heredero legítimo de la misma. Surge directamente de ella; pronto veremos por qué proceso. Pero primero debemos detenernos en un desacuerdo dado entre ambos. El super-yo parece haber llevado a cabo una selección unilateral abrogándose tan sólo la dureza y el rigor de los padres, su función prohibitiva y punitiva, mientras que su amoroso cuidado no encuentra en él acogida ni continuación. Cuando los padres han sido rigurosos nos parece fácilmente comprensible que en el niño se haya desarrollado también un riguroso super-yo; pero, contra lo que esperaríamos, la experiencia muestra que el super-yo puede adquirir la misma inflexible dureza aun cuando la educación haya sido benigna y bondadosa y haya evitado en lo posible amenazas y castigos. Sobre esta contradicción volveremos luego al tratar de las transformaciones de los instintos en la formación del super-yo.

De la transformación de la relación parental en el super-yo no puedo decir tanto como me placería, en parte porque se trata de un proceso tan complica-

do que su exposición rebasa los límites de una iniciación como la que aquí me propongo facilitaros, y en parte porque nosotros mismos no creemos haberla penetrado por entero. Habréis de contentaros, pues, con las indicaciones siguientes. La base de tal proceso es lo que llamamos una identificación, esto es, la equiparación de un yo a otro yo ajeno, equiparación a consecuencia de la cual el primer yo se comporta, en ciertos aspectos, como el otro, le imita y, en cierto modo, le acoge en sí. No sin razón se ha comparado la identificación a la incorporación oral, canibal, de otra persona. La identificación es una forma muy importante de la vinculación a la otra persona; es probablemente la más primitiva y, desde luego, distinta de la elección de objeto. La diferencia puede expresarse en la forma siguiente: Cuando el niño se identifica con el padre, quiere *s e r* como el padre; cuando le hace objeto de su elección, quiere *t e n e r l o*, poseerlo; en el primer caso, su yo se modifica conforme al modelo constituido por el padre; en el segundo, no es ello necesario. La identificación y la elección de objeto son ampliamente independientes una de otra; pero también puede uno identificarse con aquella misma persona a la que, por ejemplo, ha elegido como objeto sexual, y transformar el propio yo con arreglo al de ella. Dícese que esta influenciación del yo por el objeto sexual es particularmente frecuente en las mujeres y característica de la feminidad. De la relación más instructiva entre la identificación y la elección de objeto he de hablaros ya en mis conferencias anteriores. Es tan fácilmente observable en los niños como en los adultos, y en los normales como en los enfermos. Cuando hemos perdido un objeto o hemos tenido que re-

nunciar a él, nos compensamos, a menudo, identificándonos con él, erigiéndolo de nuevo en nuestro yo, de manera que, en este caso, la elección de objeto retroceda a la identificación.

Tampoco a mí me satisfacen por completo estas observaciones sobre la identificación, pero me daré por contento si me concedéis que la instauración del super-yo puede ser descrita como un caso plenamente conseguido de identificación con la instancia parental. El hecho decisivo para esta concepción es que tal nueva creación de una instancia superior en el yo se halla íntimamente enlazada a los destinos del complejo de Edipo, de manera que el super-yo se nos muestra como el heredero de esta vinculación afectiva, tan importante para la infancia. Comprendemos que al cesar el complejo de Edipo, el niño tuvo que renunciar a las intensas cargas de objeto que había concentrado en sus padres, y como compensación de esta pérdida de objeto, las identificaciones con los padres, identificaciones existentes probablemente desde mucho atrás en su yo, quedan muy intensificadas. Tales identificaciones, como residuos de cargas de objeto abandonadas, se repetirán después muy a menudo en la vida del niño, pero al valor afectivo de este primer caso corresponde plenamente una transformación tal que su resultado obtenga una posición especial en el yo. Una investigación más penetrante nos enseña también que el super-yo pierde en energía y desarrollo cuando la superación del complejo de Edipo sólo imperfectamente es conseguida. En el curso del desarrollo, el super-yo acoge también las influencias de aquellas personas que han ocupado el lugar de los padres, o sea los educadores, los maestros y los modelos ideales. Normalmente, se aleja

cada vez más de los primitivos individuos parentales, haciéndose, por decirlo así, más impersonal. No debemos tampoco olvidar que, en edades distintas, el niño estima diferentemente a sus padres. En la época en que el complejo de Edipo deja el puesto al super-yo, los padres son aún algo excelso; más tarde pierden mucho. Se forman también entonces identificaciones con estos ulteriores avatares parentales, identificaciones que incluso procuran normalmente importantes aportaciones a la formación del carácter, pero entonces se refieren tan sólo al yo, no influyendo ya sobre el super-yo, determinado por las imágenes más tempranas.

Espero que hayáis experimentado ya la impresión de que la institución del super-yo describe realmente una circunstancia estructural y no personifica simplemente una abstracción, como la de la conciencia moral. Hemos de citar aún una importantísima función que adscribimos a este super-yo. Es también el substrato del ideal del yo, con el cual se compara el yo, al cual aspira y cuya demanda de perfección siempre creciente se esfuerza en satisfacer. No cabe duda que este ideal del yo es el residuo de la antigua representación de los padres, la expresión de la admiración ante aquellas perfecciones que el niño les atribuía por entonces. Sé que habéis oído mucho de aquel sentimiento de inferioridad que caracterizaría precisamente a los neuróticos. Ha invadido, sobre todo, la literatura. Un escritor que emplea el «complejo de inferioridad» cree haber satisfecho con ello todas las exigencias de la psicoanálisis y haber elevado su exposición a un alto nivel psicológico. En realidad el término de «complejo de inferioridad» no es apenas empleado en psicoanálisis. No es para nos-

otros nada simple, no digamos ya elemental. Referirlo a la autopercepción de insuficiencias orgánicas como lo hace la escuela de los llamados psicólogos individuales me parece un error por miopía. El sentimiento de inferioridad tiene raíces intensamente eróticas. El niño se siente inferior cuando advierte que no es amado, y lo mismo el adulto. El único órgano que realmente es considerado inferior es el pene atrofiado de las niñas o sea el clítoris. Pero la mayor parte del sentimiento de inferioridad proviene de la relación del yo con el super-yo y es, como el sentimiento de culpabilidad, la expresión de una pugna entre ambos. El sentimiento de inferioridad y el sentimiento de culpabilidad son, en general, difícilmente separables. Quizá sería acertado ver en el primero el complemento erótico del sentimiento de inferioridad moral. A esta cuestión de delimitación de conceptos no le hemos dedicado aún, en psicoanálisis, atención suficiente.

Precisamente por lo popular que ha llegado a ser el complejo de inferioridad, voy a permitirme, en este punto, una pequeña digresión. Una personalidad histórica contemporánea, que, en vida aún, ha pasado hoy muy a segundo término, padece, a causa de un accidente sufrido al nacer, la atrofia incompleta de uno de sus miembros. Un conocidísimo literato actual que se dedica preferentemente a escribir biografías, ha compuesto también la de tal personalidad. Ahora bien: cuando se escribe una biografía, debe ser muy difícil reprimir la necesidad de ahondar en la psicología del biografiado. Y así, nuestro autor ha arriesgado la tentativa de edificar la evolución entera del carácter de nuestro héroe sobre el sentimiento de inferioridad que su defecto físico había de despertar

en él. Pero, al hacerlo así, no tuvo en cuenta un hecho poco aparente, pero muy importante. Es habitual que la madre a la que el destino ha dado un hijo enfermo o desventajado en algún modo, procure compensarle de tan injusta disminución con un exceso de cariño. Pero en el caso de que tratamos, la madre, por demás orgullosa, se comportó muy diferentemente, pues negó a su hijo todo amor a causa de su defecto físico. Cuando el niño llegó a ser un hombre poderoso demostró inequívocamente, con sus actos, que no perdonaba el desamor materno. Si recordáis la significación del amor maternal para la vida anímica infantil, no podréis por menos de rectificar mentalmente la teoría de inferioridad sostenida por el biógrafo.

Tornemos ahora al super-yo. Le hemos atribuído las funciones de autoobservación, conciencia moral e ideal. De nuestras observaciones sobre su génesis resulta que tiene por premisas un hecho biológico importantísimo y un hecho psicológico decisivo para los destinos del individuo—la prolongada dependencia del sujeto bajo la autoridad de sus padres y el complejo de Edipo—hechos que, a su vez, se hallan íntimamente enlazados entre sí. El super-yo es para nosotros la representación de todas las restricciones morales, el abogado de toda aspiración a un perfeccionamiento; en suma: aquello que de lo que llamamos más elevado en la vida del hombre se nos ha hecho psicológicamente aprehensible. Siendo en sí procedente de la influencia de los padres, los educadores, etc., el examen de estas fuentes nos ilustrará sobre su significación. Por lo regular, los padres y las autoridades análogas a ellos siguen, en la educación del niño, las prescripciones del propio super-yo. Cualquiera que

en ellos haya sido la relación del yo con el super-yo, en la educación del niño se muestran severos y exigentes. Han olvidado las dificultades de su propia niñez y están satisfechos de poder identificarse ya plenamente con sus propios padres, que tan duras restricciones les impusieron en su tiempo. De este modo, el super-yo del niño no es edificado, en realidad, conforme al modelo de los padres mismos sino al del super-yo parental; recibe el mismo contenido, pasando a ser el substrato de la tradición de todas las valoraciones permanentes que por tal camino se han transmitido a través de las generaciones. Adivinaréis fácilmente qué importantes auxilios para la comprensión de la conducta social de los hombres, y acaso también qué indicaciones prácticas para la educación, resultan de la consideración del super-yo. La concepción materialista de la Historia peca probablemente en no estimar bastante este factor. Lo aparta a un lado con la observación de que las «ideologías» de los hombres no son más que el resultado y la superestructura de sus circunstancias económicas presentes. Lo cual es verdad, pero probablemente no toda la verdad. La humanidad no vive jamás por entero en el presente; en las ideologías del super-yo perviven el pasado, la tradición racial y nacional, que sólo muy lentamente cede a las influencias del presente y desempeña, en la vida de los hombres, mientras actúa por medio del super-yo, un importantísimo papel independiente de las circunstancias económicas.

En el año de 1921 intenté aplicar la diferenciación del yo y el super-yo al estudio de la psicología colectiva y llegué a la fórmula siguiente: Una masa psicológica es una reunión de individuos que han introducido a una misma persona en su super-yo, y que, a

causa de esta comunidad en su yo, se han identificado unos contra otros. Fórmula que, naturalmente, no sirve más que para aquellas masas que tienen un jefe. Si contásemos con más aplicaciones de este género, la hipótesis del super-yo perdería para nosotros lo que aún tiene de singular y nos sentiríamos libres ya por completo de aquella aprensión que, acostumbrados como estamos a la atmósfera abisal, nos asalta cuando nos movemos en los estratos más superficiales del aparato anímico. Naturalmente, con la diferenciación del super-yo no creemos haber dicho la última palabra en cuanto a la psicología del yo. Tal diferenciación es más bien sólo un principio; pero en este caso no sólo los principios son difíciles.

Ahora se nos plantea otra labor, y por decirlo así, en el extremo opuesto del yo. Surge de una observación que hacemos en el curso del análisis, observación por cierto muy antigua. Solo que, como a veces sucede, se ha tardado mucho en concederle la atención debida. Como sabéis, toda la teoría psicoanalítica se basa propiamente en la percepción de la resistencia que el paciente opone a nuestra tentativa de hacerle consciente su inconsciente. La señal objetiva de la resistencia es el agotamiento de sus asociaciones espontáneas o su alejamiento del tema tratado. El paciente mismo puede también reconocer subjetivamente la resistencia en la emergencia en él de sensaciones penosas al aproximarse al tema. Pero este último signo puede faltar. Entonces comunicamos al paciente que su conducta nos revela que se encuentra en estado de resistencia, a lo cual replica que nada sabe de ella, advirtiendo tan solo la dificultad de producir nuevas asociaciones. Y como nuestra afirmación se demuestra luego exacta, resulta, pues, que su resisten-

cia era también inconsciente, tan inconsciente como lo reprimido que intentábamos hacer emerger en la conciencia. Hubiéramos, pues, debido plantearnos tiempo ha la interrogación siguiente: ¿De qué parte de su vida anímica proviene tal resistencia inconsciente? El principiante en psicoanálisis se responderá en seguida: Es la resistencia misma de lo inconsciente. Pero esta solución es tan equívoca como inútil. Si quiere decir que la resistencia emana de lo reprimido habremos de rebatirla decididamente. Lo reprimido entraña más bien un impulso intensísimo a emerger en la conciencia. La resistencia no puede ser más que una manifestación del yo, el cual llevó a cabo en su día la represión y quiere ahora mantenerla. Así lo hemos creído ya desde un principio. Y desde que admitimos la existencia en el yo de una instancia especial que representa las exigencias restrictivas y prohibitivas—el super-yo—podemos decir que la represión es obra de este super-yo el cual la lleva a cabo por sí mismo o por medio del yo, obediente a sus mandatos. Y si la resistencia no se hace consciente al sujeto, en el análisis, quiere decirse, o que el super-yo y el yo pueden obrar inconscientemente en situaciones importantísimas, o, cosa mucho más significativa, que partes determinadas del super-yo y el yo mismos son inconscientes. En ambos casos hemos de reconocer, mal que nos pese, que el (super-) yo y lo consciente por un lado, y lo reprimido y lo inconsciente por otro, no coinciden en modo alguno.

Siento ahora la necesidad de hacer una pausa para tomar aliento, pausa que supongo ha de seros también benéfica, y que aprovecharé además para presentaros, antes de continuar, mis más rendidas excusas. Quiero daros aquí un complemento a una intro-

ducción a la psicoanálisis iniciada por mi hace ya quince años, y tengo que conducirme como si en tal intervalo os hubiérais consagrado exclusivamente a la psicoanálisis. Sé que tal suposición no es exacta, pero no puedo comportarme de otro modo. Y ello, principalmente, por lo difícil que en general es procurar una visión de la psicoanálisis a personas ajenas por completo a ella. Podéis creer que no nos es nada grato aparecer como una misteriosa secta consagrada a una ciencia esotérica. Y sin embargo, hemos tenido que reconocer y proclamar que nadie tiene derecho a intervenir en las cosas de la psicoanálisis si antes no ha pasado por determinadas experiencias que sólo puede lograr sometiéndose al análisis por sí mismo. Cuando, hace quince años, desarrollé ante vosotros mis conferencias iniciales, procuré ahorráros determinados fragmentos especulativos de nuestra teoría. Pero las nuevas conquistas de que hoy quiero hablaros se enlazan precisamente a ellos.

Volvamos al tema. En la duda de si el yo y el super-yo son por sí mismos inconscientes o pueden sólo desarrollar efectos inconscientes, nos hemos decidido, no sin buenas razones, por la primera posibilidad. Sí; partes considerables del yo y del super-yo pueden permanecer inconscientes y lo son normalmente. Esto quiere decir que el sujeto no sabe nada de sus contenidos siendo precisa una ardua labor para hacérselos conscientes. Es exacto, en efecto, que el yo no coincide con lo consciente, ni lo reprimido con lo inconsciente. Sentimos la necesidad de revisar fundamentalmente nuestra actitud ante el problema de lo consciente y lo inconsciente. Al principio nos inclinamos a rebajar el valor del criterio de la conciencia, ya que tan poco seguro se ha demostrado. Pero haríamos

mal. Pasa con él lo que con nuestra vida: no vale mucho, pero es todo lo que tenemos. Sin las luces de la conciencia estaríamos perdidos en las tinieblas de la psicología abisal; pero podemos intentar una nueva orientación.

No necesitamos discutir a qué debemos llamar consciente, pues está sustraído a toda duda. La significación más antigua y mejor de la palabra «inconsciente» es la descriptiva; llamamos inconsciente a un proceso psíquico cuya existencia nos es obligado suponer, por cuanto lo deducimos de sus efectos, pero del que nada sabemos. Estamos entonces con él en la misma relación que con un proceso psíquico de otra persona, con la sola diferencia de que es en nosotros donde se desarrolla. Y si aún queremos ser más exactos, diremos que llamamos inconsciente a un proceso cuando tenemos que suponerlo activo de presente aunque de presente nada sepamos de él. Esta restricción nos hace pensar que la mayoría de los procesos conscientes sólo breve tiempo son conscientes; no tardan en hacerse latentes, pero pueden volver a hacerse conscientes fácilmente. Podríamos también decir que se habían hecho inconscientes si estuviéramos seguros de que en el estado de latencia fueran aún algo psíquico. Con esto no habremos averiguado nada nuevo, ni tampoco adquirido un derecho a introducir en la psicología el concepto de un inconsciente. Pero a ello viene a agregarse una observación que podemos hacer ya en los actos fallidos. En efecto, para la explicación de una equivocación oral nos vemos obligados a suponer que en el sujeto se había formado el propósito de decir algo determinado. Y adivinamos cuál era tal propósito por la perturbación que la expresión ha su-

frido, pero el propósito no se ha cumplido y era, por lo tanto, inconsciente. Cuando, a posteriori, se lo comunicamos al sujeto, puede reconocerlo como suyo, y entonces era tan sólo temporalmente inconsciente, y puede negarlo como ajeno a él y entonces era permanentemente inconsciente. De esta experiencia extraemos regresivamente un derecho a declarar también inconsciente lo que antes decíamos latente. La consideración de estas circunstancias dinámicas nos permite ahora distinguir dos clases de inconsciente: un inconsciente que fácilmente y en condiciones frecuentemente dadas se transforma en consciente, y otro que sólo con gran esfuerzo o posiblemente nunca, permite tal transformación. Para evitar la duda de si hablamos de uno u otro inconsciente y de si empleamos tal término en un sentido descriptivo o en un sentido dinámico, recurrimos a un expediente tan lícito como sencillo. A aquel inconsciente que sólo es latente y se torna con suma facilidad consciente, lo denominamos preconscious y conservamos el nombre de «inconsciente» para el otro. Tenemos, pues, tres términos: consciente, preconscious e inconsciente, con los cuales podemos valernos en la descripción de los fenómenos anímicos. Haremos de nuevo constar que, en un sentido puramente descriptivo, también lo preconscious es inconsciente, pero no lo designamos así salvo cuando no es necesaria mayor precisión o cuando tenemos que defender la existencia de procesos inconscientes en general en la vida psíquica.

Espero me concederéis que hasta ahora no os he planteado graves dificultades y que todo lo expuesto es de fácil manejo. Sí; pero, desgraciadamente, la labor psicoanalítica se ha visto obligada a emplear la

palabra inconsciente en otro, tercero, sentido y esto puede ya haber dado lugar a confusiones. Bajo la nueva e intensa impresión de que un amplio e importante sector de la vida psíquica se halla substraído normalmente al conocimiento del yo, de manera que los procesos que en tal sector se desarrollan tienen que ser reconocidos como inconscientes en el sentido dinámico, hemos entendido también el término «inconsciente» en un sentido tópico o sistemático y hemos hablado de un sistema de lo preconscious y de lo inconsciente, de un conflicto del yo con el sistema de lo inconsciente, dando así a la palabra el carácter de designación de una provincia psíquica más que de una cualidad de lo anímico. El descubrimiento realmente incómodo de que también partes del yo y del super-yo son inconscientes en sentido dinámico, nos procura en este caso un alivio, permitiéndonos vencer una complicación. Advertimos que no tenemos derecho a llamar sistema de lo inconsciente al sector anímico ajeno al yo, toda vez que la inconsciencia no es un carácter exclusivo. Por lo tanto, no emplearemos ya el término «inconsciente» en un sentido sistemático y daremos, a lo que hasta ahora designábamos así, un nombre mejor y ya inequívoco. Apoyándonos en el léxico nietzscheano y siguiendo una propuesta de G. Groddeck, lo llamaremos, en adelante, el «ello». Este pronombre impersonal parece particularmente adecuado para expresar el carácter capital de tal provincia del alma, o sea su calidad de ajena al yo. El super-yo, el yo y el ello son los tres reinos, regiones o provincias en las que dividimos el aparato anímico de la persona y de cuyas relaciones recíprocas vamos a ocuparnos en lo que sigue.

Pero antes, una pequeña digresión. Presumo que

no os ha satisfecho comprobar que las tres cualidades de la conciencia y las tres provincias del aparato anímico no formen tres pacíficas parejas, y que veis en ello algo como una perturbación de nuestros resultados. Mas, por mi parte, opino que no tenemos por qué lamentarlo, debiendo decirnos que no teníamos derecho alguno a esperar tan simple ordenación. Permitidme una comparación; ya sé que las comparaciones no resuelven nada, pero pueden hacer que nos sintamos menos desorientados. Imagino un territorio de configuración muy variada: montes, llanuras y lagos, y en el que habitan alemanes, magiares y eslovacos, dedicados a actividades diferentes. La distribución de tales elementos podría ser tal que los alemanes habitaran los montes y se dedicaran a la ganadería, los magiares poblaran las llanuras y se consagrasen al cultivo del trigo y de la vid y los eslovacos moraran en las márgenes de los lagos y vivieran de la pesca y de la construcción de objetos de mimbre. Si esta distribución fuera precisa y exacta constituiría la alegría de un Wilson y sería comodísima para la enseñanza de la Geografía. Pero lo más probable es que el viajero que atravesara tal región hallara en ella menos orden y más mezcla. Los alemanes, los magiares y los eslovacos viven confundidos unos con otros; en los montes hay también tierras de cultivo y en la llanura pastos. Sin embargo, algo es tal y como lo esperábais, pues en las montañas es imposible encontrar pesca y en el agua de los lagos no crece la vid. Puede incluso suceder que vuestra imagen preconcebida del territorio sea, en conjunto, acertada, difiriendo tan sólo en algunos detalles que aceptaréis sin descontento.

No esperaréis que del ello pueda comunicaros gran-

des cosas. Es la parte oscura e inaccesible de nuestra personalidad; lo poco que de él sabemos lo hemos averiguado mediante el estudio de la elaboración onírica y de la producción de síntomas neuróticos, y, en su mayor parte, tiene carácter negativo, no pudiendo ser descrito sino como antitético del yo. Nos aproximamos al ello por medio de comparaciones, designándolo como un caos o como una caldera plena de hirvientes estímulos. Nos imaginamos que se halla abierto en el extremo orientado hacia lo somático y que acoge allí en sí las necesidades instintivas que encuentran en él su expresión psíquica, pero no podemos decir en qué substrato. Se carga de energía emanada de los instintos, pero carece de organización, no genera una voluntad conjunta y sí sólo la aspiración a dar satisfacción a las necesidades instintivas conforme a las normas del principio del placer. Para los procesos desarrollados en el ello no son válidas las leyes lógicas del pensamiento, y menos que ninguna el principio de la contradicción. Impulsos contradictorios coexisten en él sin anularse unos a otros o restarse unos de otros; lo más que hacen es fundirse, bajo la coerción económica dominante, en productos transaccionales para la derivación de la energía. No hay en el ello nada equivalente a la negación, y comprobamos también en él, con gran sorpresa, la excepción de aquel principio filosófico según el cual el espacio y el tiempo son formas necesarias de nuestros actos anímicos. En el ello no hay nada que corresponda a la representación del tiempo; no hay reconocimiento de un decurso temporal, hecho hartamente singular que espera ser acogido en el pensamiento filosófico, ni modificación del proceso anímico por el decurso del tiempo. Los impulsos optativos que ja-

más han rebasado el ello y las impresiones que la represión ha sumido en el ello son virtualmente inmortales y se comportan, al cabo de decenios enteros, como si acabaran de nacer. Sólo llegan a ser reconocidos como pretéritos y despojados de su carga de energía cuando la labor psicoanalítica los hace conscientes, en lo cual reposa principalmente el efecto terapéutico del tratamiento analítico.

Tengo la impresión de no haber sacado aún todo el partido posible, para nuestra teoría, de este hecho, exento de toda duda, de la inalterabilidad de lo reprimido, por el tiempo. Parecen abrírsenos aquí profundos atisbos. Desgraciadamente, tampoco yo he avanzado por este camino.

Evidentemente, el ello no conoce valoración alguna; no conoce el Bien ni el Mal, ni moral ninguna. El factor económico, o si queréis, cuantitativo, íntimamente enlazado al principio del placer, rige todos los procesos. A nuestro juicio, todo lo que el ello contiene son cargas de instinto que demandan derivación. Incluso parece que la energía de estos impulsos instintivos se encuentra en un estado distinto del que le es propio en los demás sectores anímicos, siendo más fácilmente móvil y capaz de descarga, pues de otro modo no ocurrirían aquellos desplazamientos y aquellas condensaciones que son características del ello y que tan absolutamente prescinden de la calidad de aquello a lo que afectan—y a lo que en el yo llamaríamos una representación. ¡Qué no daríamos por conseguir una comprensión más profunda de estas cosas! Pero, de todos modos, ya veis que estamos en situación de señalar otras cualidades del ello a más de la de ser inconsciente, y reconoceréis la posibilidad de que partes del yo y del super-yo sean in-

conscientes sin poseer los mismos caracteres primitivos e irracionales. Como primero llegamos a establecer una característica del yo propiamente dicho, en cuanto es posible diferenciarlo del ello y del super-yo es considerando su relación con la parte más extensa y superficial del aparato anímico, a la que damos el nombre de sistema percepción-conciencia. Este sistema está vuelto hacia el mundo exterior, facilita las percepciones del mismo y en él nace, durante su función, el fenómeno de la conciencia. Es el órgano sensorial de todo el aparato y su receptividad no se limita a los estímulos llegados del exterior, sino que se extiende también a aquellos procedentes del interior de la vida anímica. No es, pues, apenas necesario justificar la hipótesis de que el yo es aquella parte del ello que fué modificada por la proximidad y la influencia del mundo exterior y dispuesta para recibir los estímulos y servir de protección contra ellos, siendo así comparable a la capa cortical de la que se rodea un nódulo de sustancia viva. La relación con el mundo exterior ha sido decisiva para el yo, el cual ha tomado a su cargo la misión de representarla cerca del ello, para bien del mismo, que sin cuidarse de tal ingente poder exterior, y en su ciega aspiración a la satisfacción de los instintos, no escaparía al aniquilamiento. En el desempeño de esta función el yo tiene que observar el mundo exterior, imprimir una copia fidelísima del mismo en las huellas mnémicas de sus percepciones y mantener a distancia, por medio del examen de la realidad, aquello que en tal imagen del mundo exterior es añadidura procedente de fuentes de estímulo internas. Por encargo del ello rige el yo los accesos a la motilidad, pero ha interpolado entre la necesidad y el acto el aplazamiento de la labor mental, durante

el cual utiliza los resíduos mnémicos de la experiencia. De este modo ha destronado al principio del placer, que rige ilimitadamente el curso de los procesos en el ello, y lo ha sustituido por el principio de la realidad, que promete mayor seguridad y mejor éxito.

También la relación con el tiempo, tan difícil de describir, es facilitada al yo por el sistema de la percepción; es apenas dudoso que el modo de laborar de este sistema genera la representación del tiempo. Pero lo que distingue especialmente al yo y lo diferencia del ello es una tendencia a la síntesis de sus contenidos, a la síntesis y la unificación de sus procesos anímicos, de la que el ello carece en absoluto. Cuando más adelante tratemos de los instintos en la vida anímica conseguiremos, según espero, referir a su fuente este carácter esencial del yo. El sólo constituye aquel alto grado de organización que el yo precisa en sus mejores rendimientos. Se desarrolla desde la percepción de los instintos al dominio de los mismos, pero este último sólo se consigue por cuanto la representación del instinto es ordenada en un sistema más amplio. Sirviéndonos del léxico corriente podemos decir que el yo representa en la vida anímica la razón y la reflexión, mientras que el ello representa las pasiones indómitas.

Hasta aquí nos hemos dejado impresionar por las ventajas y las facultades del yo; tiempo es ya de considerar su reverso. El yo no es, de todos modos, más que una parte del ello adecuadamente transformada por la proximidad del mundo exterior, preñada de peligros. En sentido dinámico es débil; sus energías todas le son prestadas por el ello y no dejamos de tener un atisbo de la grieta por la cual substraer al

ello nuevos montantes de energía. Un tal camino es, por ejemplo, también la identificación con objetos conservados o abandonados. Las cargas de objeto emanan de las aspiraciones instintivas del ello. El yo tiene ante todo que registrarlas. Pero al identificarse con el objeto se recomienda al ello en lugar del objeto, quiere dirigir hacia sí la libido del yo. Hemos visto ya, que, en el curso de la vida, el yo acoge en sí una gran cantidad de tales residuos de antiguas cargas de objeto. En conjunto, el yo tiene que llevar a cabo las intenciones del ello y realiza su misión cuando descubre las circunstancias en las que mejor pueden ser conseguidas tales intenciones. La relación del yo con el ello podría compararse a la del jinete con su caballo. El caballo suministra la energía para la locomoción; el jinete tiene el privilegio de fijar la meta y dirigir los movimientos del robusto animal. Pero entre el yo y el ello ocurre frecuentemente el caso, nada ideal, de que el jinete tiene que guiar al caballo allí donde éste quiere ir.

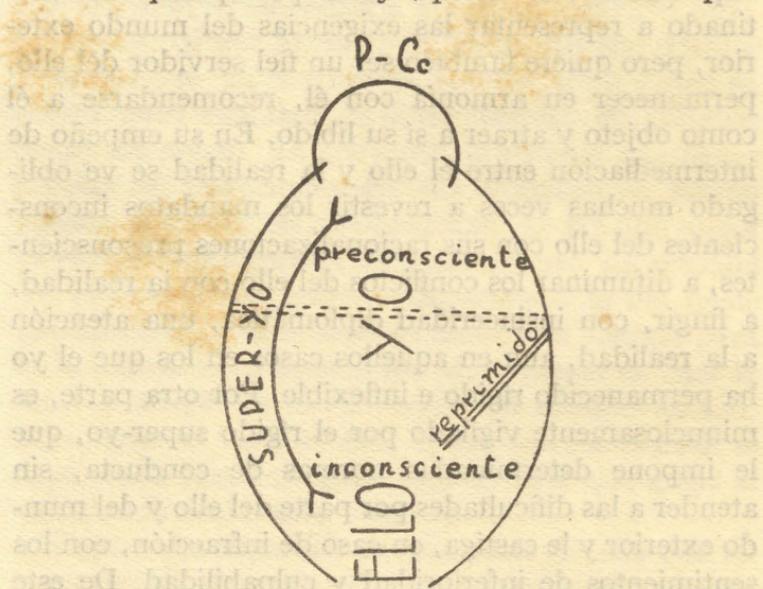
El yo se ha separado de una parte del ello por resistencias de represión. Pero la represión no continúa en el ello. Lo reprimido se funde con el ello restante.

Un proverbio advierte la imposibilidad de servir a la vez a dos señores. El pobre yo se ve aún más apurado: sirve a tres severos amos y se esfuerza en conciliar sus exigencias y sus mandatos. Tales exigencias difieren siempre y a veces parecen inconciliables; nada, pues, tiene de extraño que el yo fracase tan frecuentemente en su tarea. Sus tres amos son el mundo exterior, el super-yo y el ello. Si consideramos los esfuerzos del yo para complacerlos al mismo tiempo, o mejor dicho, para obedecerles simultáneamente, no lamentaremos ya haberlo perso-

nificado y presentado como un ser aparte. Se siente estrechado por tres lados y amenazado por tres peligros a los que, en caso de agobio, reacciona con el desarrollo de angustia. Por su procedencia de las experiencias del sistema de la percepción está destinado a representar las exigencias del mundo exterior, pero quiere también ser un fiel servidor del ello, permanecer en armonía con él, recomendarse a él como objeto y atraer a sí su libido. En su empeño de intermediación entre el ello y la realidad se ve obligado muchas veces a revestir los mandatos inconscientes del ello con sus racionalizaciones preconscientes, a difuminar los conflictos del ello con la realidad, a fingir, con insinceridad diplomática, una atención a la realidad, aun en aquellos casos en los que el yo ha permanecido rígido e inflexible. Por otra parte, es minuciosamente vigilado por el rígido super-yo, que le impone determinadas normas de conducta, sin atender a las dificultades por parte del ello y del mundo exterior y le castiga, en caso de infracción, con los sentimientos de inferioridad y culpabilidad. De este modo impulsado por la realidad, el yo lucha por llevar a cabo su misión económica, la de establecer una armonía entre las fuerzas y los influjos que actúan en él y sobre él, y comprendemos por qué a veces no podemos por menos de exclamar: ¡Qué difícil es la vida! Cuando el yo tiene que reconocer su debilidad, se anega en angustia, angustia real ante el mundo exterior, angustia de conciencia ante el super-yo y angustia neurótica ante la fuerza de las pasiones en el ello.

El siguiente esquema ilustra la estructura de la personalidad anímica, tal como acabamos de exponerla.

Como véis, el super-yo se sumerge en el ello; como heredero del complejo de Edipo tiene íntimas relaciones con él; está más alejado que el yo, del sistema de las percepciones. El ello no trata con el mundo exterior más que a través del yo, por lo menos en el pre-



sente esquema. Es ciertamente harto difícil decidir hoy en qué medida es exacto nuestro dibujo; en un detalle no lo es desde luego. El espacio que ocupa el ello inconsciente debería ser incomparablemente mayor que el del yo o el de lo preconsciente. Os ruego, pues, que hagáis mentalmente tal rectificación.

Y ahora, para terminar esta exposición, tan laboriosa como quizás obscura, una advertencia aún. En esta diferenciación de la personalidad, en yo, super-yo y ello, no debéis imaginaros fronteras precisas como las que han sido artificialmente trazadas en la geografía política. A la peculiar condición de lo psí-

quico no corresponden contornos lineales como en el dibujo o en la pintura de los primitivos, sino difuminaciones análogas a las de la pintura moderna. Después de haber efectuado la separación tenemos que dejar confluír de nuevo lo separado. No juzguéis demasiado severamente esta primera tentativa de hacer visible lo psíquico, tan difícilmente aprehensible. Es muy probable que el desarrollo de estas diferenciaciones presente en distintas personas grandes variaciones y también que en el curso de la función cambien e involucionen temporalmente. Así parece suceder especialmente en la diferenciación última y más ardua desde el punto de vista filogénico, esto es, la del yo y el super-yo. Es indudable que también la enfermedad provoca idéntico resultado. Podemos también imaginarnos que ciertas prácticas místicas logran subvertir las relaciones normales entre los distintos sectores anímicos, de manera que la percepción pueda aprehender, en el yo profundo y en el ello, circunstancias que de otro modo le serían inaprehensibles. Podemos, desde luego, dudar que por este camino lleguemos a aprehender aquella última sabiduría de la que se espera toda salvación. Pero hemos de conceder que los esfuerzos terapéuticos de la psicoanálisis han elegido un punto de ataque análogo. Su propósito es robustecer el yo, hacerlo más independiente del super-yo, ampliar su campo de percepción y desarrollar su organización, de manera que pueda apropiarse nuevas partes del ello. Donde era ello, ha de ser yo.

Es una labor de cultivo como la desecación del Zuydersee.

quico no corresponden contornos lineales como en el dibujo o en la pintura de los primitivos, sino difuminaciones ambiguas y las de la pintura moderna. Después de haber estado la separación tenemos que dejar constar de nuevo lo separado. No juzgamos demasiado severamente esta primera tentativa de hacer visible lo invisible, tan difícilmente aprehensible. Es muy probable que el desarrollo de estas diferencias nos presente en distintas personas grandes variaciones y también que en el curso de la función cambie e involucre temporalmente. Así parece suceder precisamente en la diferenciación misma y en la misma desde el punto de vista fisiológico, esto es, del yo y el super-yo. Es indudable que tal, en la entereza que provoca idéntico resultado. Podemos también imaginar que ciertas prácticas místicas logran subvertir las relaciones normales entre los distintos sectores anímicos, de manera que la percepción pueda aprehender, en el yo profundo y en el ello, circunstancias que de otro modo le serían inaprehensibles. Podemos, desde luego, dudar que por este camino lleguemos a aprehender aquella última subjetividad de la que se espera toda salvación. Pero hemos de considerar que los ejercicios terapéuticos de la psicoanálisis han elegido un punto de ataque análogo. Si precisamente es robustecer el yo, hacerlo más independiente del super-yo, ampliar su campo de percepción y desarticular su organización de manera que pueda aprehender nuevas partes del ello. Puede ser ello, tal de ser yo.

Es una labor de cultivo como la educación del individuo.

## XXXII

### La angustia y la vida instintiva

No os sorprenderá oír que he de informaros de ciertas novedades de nuestra interpretación de la angustia y de los instintos fundamentales de la vida anímica, ni tampoco que ninguna de ellas pretende ser una solución definitiva de los problemas planteados. Hablo aquí deliberadamente de interpretaciones. Son éstas la tarea más difícil que se nos plantea, pero tal dificultad no depende de una insuficiencia de las observaciones, pues son precisamente los fenómenos más frecuentes y familiares los que nos suscitan semejantes enigmas; ni tampoco de la singularidad de las especulaciones que estimulan, pues la elaboración mental no interviene grandemente en este terreno. Trátase realmente de interpretaciones, esto es, de introducir las debidas representaciones abstractas, cuya aplicación a la materia prima de la observación haga nacer en ella orden y transparencia.

A la *a n g u s t i a* hemos dedicado ya una conferencia de la serie anterior, la vigésima quinta. Extractaremos aquí su contenido. Digimos que la angustia es un estado afectivo, o sea una unión de determinadas sensaciones de la serie placer displacer con las inervaciones de descarga a ellas correspondientes y su percepción, pero probablemente el resí-

duo de un cierto acontecimiento importante, incorporado por herencia, comparable por lo tanto al acceso histérico individualmente adquirido. El suceso que habría dejado tras de sí una tal huella afectiva, sería el nacimiento, al cual resultaban adecuadas las influencias propias de la angustia sobre la actividad cardíaca y la respiración. Así pues, la angustia primera habría sido una angustia tóxica. Luego, partimos de la diferenciación entre angustia real y angustia neurótica, viendo en la primera una reacción aparentemente comprensible al peligro, esto es, a un daño temido procedente del exterior, y en la segunda, algo enigmático y como inadecuado. En un análisis de la angustia real la redujimos a un estado de atención sensorial y tensión motora extremadas, al que denominamos *disposición a la angustia*. De éste se desarrollaría la reacción de angustia. De la cual serían posibles dos desenlaces. O bien el desarrollo de angustia, la repetición de la antigua vivencia traumática, se limita a una señal, y entonces la reacción restante puede adaptarse a la nueva situación de peligro, o bien predomina lo antiguo y la reacción toda se agota en el desarrollo de angustia, haciéndose entonces paralizante e inadecuado al presente el estado afectivo.

Después, nos volvimos a la angustia neurótica y dijimos que la observábamos en tres diversas circunstancias. Primera: Como angustia general libremente flotante, dispuesta a enlazarse pasajeramente a toda posibilidad emergente, esto es, como angustia expectativa, cual, por ejemplo, en la neurosis de angustia típica. Segunda: Fijamente vinculada a determinadas representaciones, en las llamadas *fobias*, en las cuales podemos reconocer todavía una relación

con un peligro exterior, pero tenemos que considerar desmesuradamente exagerada la angustia ante el mismo. Y tercera: La angustia propia de la histeria y a otras formas de grave neurosis, que acompaña a los síntomas o emerge independiente como acceso o como estado más duradero, pero siempre sin fundamento visible en un peligro exterior. En este punto nos planteamos dos interrogaciones: ¿Qué es temido en la angustia neurótica? ¿Y cómo conciliar ésta con la angustia real ante peligros exteriores?

Nuestras investigaciones no han sido vanas. Hemos llegado a conclusiones importantes. Con respecto a la expectación angustiada, la experiencia clínica nos ha probado su relación regular con la economía de la libido en la vida sexual. La causa más ordinaria de la neurosis de angustia es la excitación frustrada. Una excitación libidinosa es provocada pero no satisfecha, no utilizada, y en lugar de esta libido desviada de su utilización, surge la angustia. Creí incluso poder decir que esta libido insatisfecha se transforma directamente en angustia. Esta teoría hallaba apoyo en ciertas fobias infantiles, enteramente regulares. Muchas de estas fobias nos son totalmente enigmáticas, pero otras, tales como el miedo a la soledad y a las personas extrañas, son susceptibles de segura explicación. La soledad, así como las caras desconocidas, despiertan la añoranza de la madre; el niño no puede dominar ni mantener en suspensión esta excitación libidinosa, y la transforma en angustia. Esta angustia infantil no debe, pues, adscribirse a la angustia real, sino a la angustia neurótica. Las fobias infantiles y la expectación angustiada de la neurosis de angustia nos procuran dos ejemplos de una de las formas en que nace la angustia neurótica: Por trans-

formación directa de la libido. En seguida conoceremos otro mecanismo y veremos que no se diferencia mucho del primero.

De la angustia en la histeria y en otras neurosis, hacemos responsable al proceso de la represión. Creemos posible describirlo más completamente que antes manteniendo separado el destino de la representación que de reprimir se trata, del de la carga de libido a ella afecta. Es la representación la que experimenta la represión y la que eventualmente queda deformada hasta resultar irreconocible; pero su montante de afecto es transformado regularmente en angustia, y, por cierto, indiferentemente de su naturaleza, sea agresión o amor. Ahora bien: la razón por la cual se ha hecho inutilizable un montante de libido—por debilidad infantil del yo, como en las fobias de los niños; a consecuencia de procesos somáticos de la vida sexual, como en la neurosis de angustia, o a causa de la represión, como en la histeria—no supone diferencia esencial. Por lo tanto, los dos mecanismos de la génesis de la angustia neurótica coinciden en uno.

En el curso de estas investigaciones se nos ha hecho notar una importantísima relación entre el desarrollo de angustia y la producción de síntomas: la de que se representan y se relevan una a otra. Así, el enfermo de agorafobia comienza la historia de sus padecimientos con un acceso de angustia en la calle. Este acceso se repetiría cada vez que volviera a salir de casa. Por lo tanto, el sujeto crea el síntoma de la agorafobia, al que podemos también designar como una inhibición, una limitación funcional del yo, y se ahorra así el acceso de angustia. Lo inverso, lo vemos cuando nos mezclamos en la producción de sín-

tomas, tal como se nos hace posible, por ejemplo, en los actos obsesivos. Si impedimos al enfermo llevar a cabo su ceremonial de limpieza, es presa de un estado de angustia intolerable, del que su síntoma le hubiera preservado. Y parece como si el desarrollo de angustia fuese lo primario y la producción de síntomas lo secundario, como si los síntomas fuesen creados para evitar la explosión del estado de angustia. Con lo cual, armoniza también el hecho de que las primeras neurosis de la infancia sean fobias, estados en los que reconocemos claramente cómo un desarrollo de angustia inicial es rescatado por una producción ulterior de síntomas: experimentamos la impresión de que, partiendo de estas relaciones, es como más fácilmente hallaremos el acceso a la comprensión de la angustia neurótica. Simultáneamente hemos conseguido dar respuesta a la interrogación de qué es lo que en la angustia neurótica se teme, y establecer así el enlace entre la angustia neurótica y la angustia real. Lo que inspira el temor es, claramente, la propia libido. La diferencia con la situación de la angustia real está en dos extremos: en que el peligro es un peligro interior en lugar de exterior y en que no es conscientemente reconocido.

En las fobias vemos claramente cómo este peligro interior es transformado en un peligro exterior, o sea, cómo la angustia neurótica es transformada en aparente angustia real. Supongamos, para simplificar un estado de cosas muy complicado a veces, que el enfermo de agorafobia teme regularmente las tentaciones que en él despiertan las personas que encuentra en la calle. En su fobia lleva a cabo un desplazamiento, y, lo que en ella teme, es una situación exterior. La ventaja que ello le representa es, evidentemente,

su creencia de que así ha de serle más fácil protegerse. De un peligro exterior puede uno salvarse con la fuga; en cambio, la tentativa de fuga ante un peligro interior, es una empresa harto difícil.

Al final de nuestra antigua conferencia sobre la angustia, dijimos que estos diversos resultados de nuestras investigaciones no eran, desde luego, contradictorios, pero tampoco absolutamente armónicos. La angustia es, como estado afectivo, la reproducción de un antiguo suceso peligroso; está al servicio de la propia conservación y es señal de un nuevo peligro; nace de magnitudes de libido que se han hecho, en algún modo, inutilizables, y también del proceso de la represión; es anulada por la producción de síntomas— sentimos que falta algo: aquello que hace de fragmentos una unidad.

Aquella disociación de la personalidad anímica en un super-yo, un yo y un ello, de la que os hablé en mi última conferencia, nos ha forzado a una nueva orientación en el problema de la angustia. Con la tesis de que el yo es la única sede de la angustia y que sólo el yo puede producir y sentir angustia, hemos ocupado una nueva y firme posición, desde la cual muestran distinto aspecto varias circunstancias. Y, verdaderamente, no sabríamos qué sentido podía tener hablar de una «angustia del ello», o adscribir al super-yo la facultad de sufrir angustia. En cambio, hemos acogido como una correspondencia deseada el hecho de que las tres clases principales de angustia: la angustia real, la neurótica y la de la conciencia moral, puedan ser tan adecuadamente referidas a las tres dependencias del yo, esto es, a su dependencia del mundo exterior, del ello y del super-yo. Con esta nueva interpretación, ha pasado también a primer

término la función de la angustia como señal anunciadora de una situación peligrosa, ha perdido interés la interrogación sobre la materia de que es hecha la angustia y se han aclarado y simplificado extraordinariamente las relaciones entre la angustia real y la angustia neurótica. Es, por lo demás, digno de atención, el hecho de que ahora comprendemos mejor los casos aparentemente complicados de génesis de angustia que los que considerábamos sencillos.

Hemos investigado, en efecto, recientemente, cómo nace la angustia en ciertas fobias que adscribimos a la histeria de angustia y hemos escogido casos en los que se trataba de la represión típica de los impulsos optativos procedentes del complejo de Edipo. Según nuestras esperanzas, hubiéramos debido hallar que es la carga libidinosa del objeto materno la que, a consecuencia de la represión, se transforma en angustia y surge en expresión sintomática, como ligada al sustitutivo del padre. No me es posible exponeros al detalle la marcha de una tal investigación. Bastará deciros que su resultado sorprendente fué exactamente contrario al que esperábamos. La represión no crea la angustia. Esta existe con anterioridad. Y es ella la que crea la represión. ¿Pero qué angustia puede ser? Sólo la angustia ante un peligro exterior, o sea, una angustia real. Es exacto que el niño sufre angustia ante una exigencia de su libido, en este caso ante el amor a su madre, tratándose, por lo tanto, realmente, de un caso de angustia neurótica. Pero este enamoramiento, sólo le parece constituir un peligro interior, al que tiene que substraerse con la renuncia a tal objeto, porque provoca una situación de peligro exterior. Y en todos los casos que investigamos, obtenemos el mismo resultado. Hemos de con-

fesar que no esperábamos que el peligro instintivo interior se demostrase como una condición y una preparación de una situación de peligro exterior y real.

Pero no hemos dicho todavía cuál es el peligro real que el niño teme como consecuencia de su enamoramiento de la madre. Es el castigo de la castración, la pérdida de su miembro. Naturalmente, me objetaréis que no es éste un peligro real. No castramos a nuestros niños porque en la fase del complejo de Edipo estén enamorados de su madre. Pero la cosa no es tan sencilla. Ante todo, no se trata de si la castración es verdaderamente aplicada; lo decisivo es que el peligro es un peligro que amenaza desde el exterior y que el niño cree en su efectividad. Tiene, para ello, algún motivo, pues se le amenaza asaz frecuentemente, con cortarle el miembro durante su fase fálica, en la época de su más temprano onanismo, y los indicios de este castigo hallarían regularmente en él una intensificación filogénica. Sospechamos que en las épocas primordiales de la familia humana, el padre, celoso y cruel, castraba realmente a sus hijos adolescentes, y la circuncisión, que, entre los primitivos, constituye tan frecuentemente un elemento del ritual de entrada en la edad viril, es un residuo fácilmente reconocible de ella. Sabemos cuanto nos alejamos con ello de la opinión general, pero hemos de mantener firmemente que el miedo a la castración es uno de los motores más frecuentes y enérgicos de la represión y, con ello, de la producción de neurosis. Análisis de casos en los que, si no la castración, se practicó la circuncisión a sujetos infantiles, como medida terapéutica o punitiva del onanismo, cosa más frecuente de lo que se supone en la sociedad anglo-americana, ha procurado a nuestra convicción seguridad

definitiva. Nos tentaría aproximarnos más, en este punto, al estudio del complejo de la castración, pero no queremos desviarnos de nuestro tema. El miedo a la castración no es, naturalmente, el único motivo de la represión, pues no se da ya en las mujeres, las cuales pueden tener un complejo de la castración, pero nunca miedo a la castración. En su lugar, aparece en ellas el miedo a la pérdida del amor, la cual es visiblemente una continuación del miedo del niño de pecho, cuando echa de menos a su madre. Ya sabéis qué situación peligrosa real es anunciada por tal miedo. Cuando la madre está ausente o ha retirado al niño su cariño, el niño no está ya seguro de la satisfacción de sus necesidades y queda expuesto, eventualmente, a los más penosos sentimientos de tensión. No rechacéis la idea de que estas condiciones de angustia repiten en el fondo la situación de la primitiva angustia del nacimiento, el cual significaba también una separación de la madre. E incluso si seguís un razonamiento de Ferenzi, podéis también agregar a esta serie el miedo a la castración, pues la pérdida del miembro masculino tiene por consecuencia la imposibilidad de una nueva unión con la madre o de la sustitución de la misma en el acto sexual. Citaré de pasada la fantasía, tan frecuente, del retorno al claustro materno, como un sustitutivo de este deseo de cohabitación. Podría exponeros a este respecto muchas cosas interesantes y muchas relaciones sorprendentes, pero no puedo rebasar los límites de una introducción a la psicoanálisis y sólo habré aún de haceros advertir cómo consideraciones de orden psicológico nos llevan aquí hasta hechos biológicos.

Otto Rank, al que la psicoanálisis debe tantas y tan acabadas aportaciones, ha contraído también el me-

recimiento de haber hecho resaltar intensamente la importancia del acto del nacimiento y de la separación de la madre. Aunque todos hayamos juzgado imposible aceptar las consecuencias extremas que de este factor ha deducido para la teoría de las neurosis e incluso para la terapia analítica. El nódulo de su teoría—la condición prototípica de la vivencia angustiada del nacimiento para todas las situaciones de peligro ulteriores—se lo encontró ya formulado. Sin salirnos de él, podemos decir que, en realidad, toda época del desarrollo, lleva adscrita, como adecuada a ella, una determinada condición de angustia, o sea, una cierta situación peligrosa. El peligro de la inermidad psíquica conviene al estadio de la falta de madurez del yo; el peligro de la pérdida del objeto (pérdida de amor), a la falta de independencia de los primeros años infantiles; el peligro de la castración, a la fase fálica; y, por último, el miedo al super-yo, a la época de latencia. En el curso del desarrollo deberían ser abandonadas las condiciones de angustia anteriores, pues el robustecimiento del yo desvaloriza las situaciones peligrosas correspondientes. Pero ello sólo muy incompletamente sucede. Muchos hombres no consiguen superar el miedo a la pérdida de amor, no se hacen nunca independientes del amor de los demás y continúan, en este aspecto, su conducta infantil. El miedo al super-yo no encuentra, normalmente, un fin, puesto que, como miedo a la conciencia moral, es indispensable en las relaciones sociales y el individuo sólo en casos rarísimos puede hacerse independiente de la comunidad social. Algunas de las antiguas situaciones peligrosas logran también pasar a épocas ulteriores modificando adecuadamente su condición de angustia. Así se continúa, por

ejemplo, el miedo a la castración, bajo la máscara de la fobia a la sífilis. El adulto sabe muy bien que la castración no es empleada ya como castigo del abandono a los placeres sexuales, pero, en cambio, ha adquirido la experiencia de que un tal abandono al instinto puede acarrear graves dolencias. No cabe duda que aquellos individuos, a los que llamamos neuróticos, permanecen infantiles en su conducta ante el peligro y no han dominado condiciones de angustia ya anticuadas. Señalaremos, pues, este hecho como aportación efectiva a la característica de los neuróticos; su por qué no es tan fácil de fijar.

Espero que no hayáis perdido el hilo y recordéis aún que estamos en vías de investigar las relaciones entre la angustia y la represión. En tal labor hemos descubierto dos cosas: que la angustia produce la represión y no, como creíamos, inversamente, y que una situación instintiva temida se refiere, en el fondo, a una situación de peligro exterior. La interrogación más próxima será la siguiente: ¿Cómo nos representamos ahora el proceso de una represión bajo la influencia de la angustia? A mi entender, en la forma siguiente: El yo advierte que la satisfacción de una exigencia instintiva emergente, provocaría una situación peligrosa exactamente recordada. Por lo tanto, dicha carga instintiva tiene que ser anulada en algún modo. Sabemos que así lo consigue el yo cuando es fuerte y ha incorporado a su organización el impulso instintivo correspondiente. Pero el caso de la represión es aquel en que el impulso instintivo pertenece todavía al ello y el yo se siente débil. Entonces el yo recurre a una técnica idéntica en el fondo a la del pensamiento normal. El pensamiento es un tanteo con pequeñas magnitudes de energía, análogo a los

desplazamientos de figuritas sobre el mapa, antes de que el generalísimo ponga en movimiento a sus tropas. El yo anticipa, pues, la satisfacción del impulso instintivo sospechoso y le permite reproducir las sensaciones displacientes de la situación peligrosa temida. Con ello, entra en juego el automatismo del principio del placer-displacer, que lleva entonces a cabo la represión del impulso instintivo peligroso.

¡Alto!—me gritaréis—. ¡Por ese camino no podemos ya seguirle! Tenéis razón; debo añadir aún algo antes de que pueda pareceros aceptable. Ante todo, la confesión de que he intentado traducir al lenguaje de nuestro pensamiento normal lo que en realidad ha de ser un proceso no consciente o preconsciente entre magnitudes de energía en un substrato irrepresentable. Pero esta objeción no es nada decisiva, ya que no es posible hacer otra cosa. Más importante es que distingamos claramente lo que con motivo de la represión sucede en el yo y en el ello. Lo que el yo hace, acabamos de indicarlo. Utiliza una carga de tanteo y despierta, con la señal de angustia, el automatismo del placer-displacer. Entonces, son posibles varias reacciones o una mezcla de las mismas en proporciones variables. O bien el acceso de angustia se desarrolla plenamente y el yo se retira por completo de la excitación rechazable, o bien opone a ella, en lugar de la carga de tanteo, una carga contraria, la cual afluye con la energía del impulso reprimido, para la producción de síntomas, o es incorporada al yo como producto reactivo, como intensificación de determinadas disposiciones o como modificación permanente. Cuanto más reducido puede ser el desarrollo de angustia a una mera señal, tanto más emplea el yo las reacciones de defensa que equivalen a una vincu-

lación de lo reprimido y tanto más se acerca también el proceso a una elaboración normal, aunque, desde luego, sin alcanzarla. Detengámonos aquí un momento. Habéis seguramente supuesto que aquéllo tan difícilmente definible, a lo que llamamos *carácter*, debe ser adscrito por entero al yo. Algo de lo que crea este carácter lo hemos captado ya. Ante todo, la incorporación de la instancia parental anterior como super-yo, proceso de máxima importancia, y luego las identificaciones ulteriores con los dos elementos de la pareja parental y con otras personas de influencia, y las mismas identificaciones como residuos de objetos abandonados. Añadiremos ahora, como aportaciones constantes a la formación del carácter los productos reactivos que el yo adquiere, por medios más normales, en sus represiones primero y luego en la repulsa de impulsos instintivos indeseables.

Retrocedamos ahora y volvámonos hacia el ello. Lo que en la represión del impulso instintivo combatido sucede, no es ya tan fácil de adivinar. Nos interesa, principalmente, averiguar qué sucede con la energía, con la carga libidinosa de esta excitación y cómo es empleada. Recordaréis nuestra anterior hipótesis, según la cual esta carga libidinosa era precisamente lo que la represión transformaba en angustia. Ahora ya no nos atrevemos a afirmarlo así y nos limitamos, modestamente, a suponer que sus destinos no son siempre los mismos. Probablemente existe una íntima correspondencia entre el proceso desarrollado en el yo y el que el impulso reprimido sufre en el ello, correspondencia que no ha de sernos imposible descubrir. En efecto, desde que hemos hecho intervenir al principio del placer-displacer, activado por la se-

ñal de la angustia, en la represión, hemos logrado nuevos atisbos. Tal principio sigue ilimitadamente los procesos que se desarrollan en el ello. Podemos atribuirle la producción de hondas modificaciones en el impulso instintivo de que se trate. Y estamos preparados a encontrar que da a la represión resultados muy diferentes, más o menos pronunciados. En algunos casos, el impulso instintivo reprimido conservará, quizá, su carga de libido, si bien bajo la constante presión del yo. En otros parece suceder que experimenta un completo aniquilamiento, en el cual su libido queda definitivamente encaminada por otras vías. Así sucedía, a mi juicio, en la solución normal del complejo de Edipo, el cual, en este caso deseable, no queda, pues, simplemente reprimido, sino que es destruído en el ello. La experiencia clínica nos ha mostrado además que, en muchos casos, en lugar del resultado habitual de la represión, tiene efecto un reflujo de la libido, una regresión de la organización de la libido a un estadio anterior. Lo cual, naturalmente, sólo en el ello puede acaecer, y cuando acaece es bajo la influencia del mismo conflicto que es iniciado por la señal de la angustia. El ejemplo más notorio de este orden es la neurosis obsesiva, en la cual actúan de consuno la regresión de la libido y la represión.

○ Sospecho que mi exposición va pareciéndoos difícilmente aprehensible, y tanto más cuanto que adivináis que no es, ni con mucho, exhaustiva. Lamento tener que despertar vuestro disgusto. Pero no puedo proponerme otro fin que el de procuraros una justa impresión de la naturaleza de nuestros resultados y de las dificultades de su elaboración. Cuanto más nos

adentramos en el estudio de los procesos anímicos, más se nos evidencian sus complicaciones y su riqueza de contenido. Más de una fórmula, que al principio creímos adecuada, se ha demostrado luego insuficiente. No nos cansamos, pues, de modificarlas y perfeccionarlas. En mi conferencia sobre la teoría de los sueños os introduje en un sector en el que, en quince años, apenas habíamos realizado ningún nuevo descubrimiento. En cambio, ahora, al tratar de la angustia, lo hallamos todo en vías de transformación. Estos nuevos hallazgos no han sido aún fundamentalmente elaborados y tal es, quizá, la causa de que su exposición se haga tan difícil. Tened, os ruego, un poco más de paciencia: no tardaremos en poder abandonar el tema de la angustia, aunque no pueda asegurarnos que ello sea después de una solución satisfactoria. Esperemos, sin embargo, que no sea sin haber avanzado algo en nuestro arduo camino. Así, el estudio de la angustia nos permite añadir un nuevo rasgo a nuestra descripción del yo. Hemos dicho que el yo era débil frente al ello, que era su criado fiel, siempre esforzado en cumplir sus mandatos y satisfacer sus exigencias. Está muy lejos de nosotros retirar esta tesis. Mas, por otro lado, tal yo es la parte del yo mejor organizada y orientada hacia la realidad. No debemos exagerar la diferenciación entre ambos, ni tampoco sorprendernos si resultara que el yo ejercía, a su vez, un influjo sobre los procesos del ello. A mi juicio, el yo ejerce este influjo, en cuanto despierta, por medio de la señal de la angustia, la actividad del principio del placer-displacer, casi omnipotente. Aunque inmediatamente después vuelve a mostrar su debilidad, pues con el acto de la represión renuncia a una parte de su organización y se ve obli-

gado a permitir que el impulso instintivo reprimido quede duraderamente abstraído a su influencia.

Y ahora, sólo una observación más sobre el problema de la angustia. La angustia neurótica se ha transformado entre nuestras manos en angustia real, en angustia ante determinadas situaciones de peligro exteriores. Pero las cosas no pueden quedar así; tenemos que dar un paso más, pero un paso hacia atrás. Nos preguntamos qué es realmente lo peligroso, lo temido en una tal situación de peligro. No, desde luego, el daño de la persona, el cual ha de ser juzgado objetivamente y puede, muy bien, carecer de toda significación psicológica, sino lo que el tal daño puede producir en la vida anímica. El nacimiento, por ejemplo, nuestro prototipo del estado de angustia, no puede apenas ser considerado en sí como un daño, aunque entrañe peligro de ellos. Lo esencial en el nacimiento, como en toda situación de peligro, es que provoca en la vida anímica un estado de gran excitación, que es sentido como displacer y que el sujeto no puede dominar con su descarga. Si a un tal estado, en el que fracasan los esfuerzos del principio del placer, le damos el nombre de factor traumático, habremos llegado, a través de la serie angustia neurótica—angustia real—situación de peligro, a la sencilla conclusión siguiente: lo temido, el objeto de la angustia, es cada vez la emergencia de un factor traumático que no puede ser anulado según las normas del principio del placer. Comprendemos en el acto que el don del principio del placer no nos asegura contra los daños objetivos, sino tan sólo contra un daño determinado de nuestra economía psíquica. Desde el principio del placer al instinto de conservación, hay aún mucho camino; los dos propósitos en

ellos entrañados no coinciden, ni mucho menos desde el principio. Pero vemos también otra cosa, y ésta es, quizá, la solución que buscamos. Vemos que en todo esto, el problema está en las cantidades relativas. Sólo la magnitud del montante de excitación hace de una impresión un factor traumático, paraliza la función del principio del placer y da a la situación de peligro su significación. Y si así sucede, si estos enigmas se resuelven con una tan sobria explicación, ¿por qué no ha de ser posible que tales factores traumáticos emerjan en la vida anímica sin relación alguna con las situaciones de peligro supuestas, en las cuales la angustia no es despertada, por lo tanto, como señal, sino que nace basada en un fundamento inmediato? La experiencia clínica nos dice abiertamente que así es, en efecto. Sólo las represiones secundarias muestran el mecanismo que antes describimos, en el que la angustia es despertada como señal de una situación de peligro anterior; las represiones primarias y más tempranas nacen directamente de factores traumáticos en el choque del yo con una exigencia libidinosa de primera magnitud y producen su angustia de por sí, aunque conforme al prototipo del nacimiento. Lo mismo puede decirse del desarrollo de angustia, en la neurosis de angustia, por daño somático de la función sexual. No afirmaremos ya que lo que en ello se transforma en angustia sea la libido misma. Pero no veo objeción alguna contra un doble origen de la angustia: unas veces, como consecuencia directa del factor traumático, y otras, como señal de que amenaza la repetición de un tal factor.

Os satisfará verme llegado al final de mis consideraciones sobre la angustia. Pero no anticipéis vuestro gozo: lo que a ellas va a seguir no es, ciertamente,

cosa menos ardua. Me propongo conducirlos hoy mismo al terreno de la teoría de la libido o teoría de los instintos, en el que también hemos de hallar novedades. No quiero decir que hayamos realizado en él grandes progresos que compensen cualquier esfuerzo vuestro por llegar a su conocimiento. No; es éste un campo en el que luchamos trabajosamente por orientarnos y lograr nuevos atisbos. Habréis sólo de ser testigos de nuestros esfuerzos. Y también al iniciar este tema deberé repetiros en síntesis algo de lo que ya os expuse en mis conferencias anteriores.

La teoría de los instintos es, por decirlo así, nuestra mitología. Los instintos son seres míticos, magnos en su indeterminación. No podemos prescindir de ellos ni un solo momento en nuestra labor y, con ello, ni un solo instante estamos seguros de verlos claramente. Ya sabéis cómo el saber popular se las arregla con los instintos. Se suponen tantos y tan diferentes instintos como de momento hacen falta: instintos de imitación, de juego, de sociabilidad y así sucesivamente. Se los utiliza para lo que en cada caso precisa y se los abandona luego. Nosotros hemos sospechado siempre que detrás de estos múltiples pequeños instintos cortados a la medida se escondía algo serio e ingente. Nuestro primer paso fué asaz modesto. Nos dijimos que no constituía probablemente grave error distinguir primero dos instintos principales, dos clases o grupos de instintos, con arreglo a las dos magnas necesidades: el hambre y el amor. Por muy celosamente que en lo demás defendiéramos la independencia de la psicología de toda otra ciencia, en este punto concreto nos encontrábamos ante el hecho biológico incommovible de que el ser vivo sirve a dos fines, la conservación propia y la de la especie, fines

que parecen independientes unos de otros, no han sido objeto, a nuestro saber, de una derivación común y cuyos intereses se contraponen a menudo en la vida animal. Había, pues, que hacer propiamente psicología biológica y estudiar los fenómenos psíquicos concomitantes a los procesos biológicos. Como representantes de esta tesis, entraron en la psicoanálisis los «instintos del yo» y los «instintos sexuales». A los primeros, adscribimos todo lo concerniente a la conservación, afirmación y amplificación de la persona. A los segundos, tuvimos que atribuirles la riqueza de contenido exigida por la vida sexual infantil y perversa. Habiéndonos dado a conocer, en nuestra investigación de las neurosis, el yo como el poder restrictivo y represor y las tendencias sexuales como lo restringido y reprimido, creímos tocar con nuestras manos, no sólo la diversidad, sino también el conflicto entre ambos grupos de instintos. Objeto de nuestro estudio fueron, primero, sólo los instintos sexuales, a cuya energía dimos el nombre de «libido». En ellos intentamos aclarar nuestras ideas de lo que era un instinto y lo que debía serle adscrito. Este es el lugar de la teoría de la libido.

Así, pues, un instinto se diferencia de un estímulo en que procede de fuentes de estímulos del interior del soma, en que actúa como una fuerza constante y en que la persona no puede substraerse a él por medio de la fuga, como cuando se trata de un estímulo externo. En el instinto podemos distinguir una fuente, un objeto y un fin. La fuente es un estado de excitación en el soma, el fin la cesación de esta excitación, y en el camino de la fuente, al fin, el instinto logra actuación psíquica. Lo representamos como un cierto montante de energía que tiende hacia una direc-

ción determinada. Se habla de instintos activos y pasivos, pero sería más exacto hablar de fines instintivos activos y pasivos; también para la consecución de un fin pasivo es necesario un gasto de actividad. El fin puede ser conseguido en el propio cuerpo; por lo regular, se interpola un objeto interior, en el que el instinto alcanza su fin exterior; su fin interior es siempre la modificación somática sentida como satisfacción. No sabemos aún a punto fijo si la relación con la fuente somática da al instinto una especificidad, y cuál. En cambio, son hechos indudables, según el testimonio de toda la experiencia analítica, que impulsos procedentes de una fuente se unen a otros de fuentes distintas y comparten sus ulteriores destinos, y que, en general, una satisfacción de un instinto, puede ser substituída por otra. Si bien habremos de confesar que no acabamos de comprenderlos. También la relación del instinto con el fin y el objeto consiente variantes; ambas pueden ser trocadas por otras, aunque, de todos modos, sea siempre la relación con el objeto la más fácil de relajar. A una cierta clase de modificaciones del fin y cambios del objeto, en la que entra en juego nuestra valoración social, la damos el nombre de *s u b l i m a c i ó n*. Distinguimos también, fundadamente, instintos *d e f i n i n h i b i d o*, esto es, impulsos instintivos de fuentes conocidas y con fin inequívoco, pero que hacen alto en el camino de la satisfacción, produciéndose así una carga de objeto duradera y una tendencia permanente. De esta clase es, por ejemplo, la relación de cariño, que procede indudablemente de las fuentes de necesidad sexual y renuncia, regularmente, a su satisfacción. Ya véis cuánto de las cualidades y los destinos de los instintos se substraen aún a nuestra compren-

sión; en este punto, debemos recordar también una diferencia que se muestra entre los instintos sexuales y los de conservación y que sería muy importante, teóricamente, si correspondiera a todo el grupo. Los instintos sexuales nos sorprenden por su plasticidad, por la capacidad de cambiar de fines, por la facilidad con que una satisfacción se deja substituir por otra y por su facultad de aplazamiento, de la que nos acaban de dar un excelente ejemplo los instintos de fin inhibido. En cambio, a los instintos de conservación quisiéramos negarles estas cualidades y definirlos como inflexibles, inaplazables, muy de otro modo imperativos y en relación muy distinta, tanto con la represión como con la angustia. Pero la reflexión más inmediata nos dice que esta situación de excepción no corresponde a todos los instintos del yo, y sí tan sólo al hambre y la sed y que se funda ostensiblemente en una particularidad de las fuentes de instinto. Buena parte de aquella nuestra primera impresión errónea depende de no haber examinado antes, por separado, qué modificaciones experimentan bajo la influencia del yo organizado los impulsos instintivos originalmente pertenecientes al ello.

En la investigación del modo en que la vida instintiva sirve a la función sexual, pisamos ya un terreno más firme. En este sector hemos logrado conocimientos decisivos, que no son ya para vosotros nada nuevo. Sabemos, pues, que no existe un único instinto sexual que sea, desde un principio, el substrato de la tendencia hacia el fin de la función sexual, la reunión de las dos células sexuales. Muy al contrario, hallamos una gran cantidad de instintos parciales, procedentes de distintos lugares y regiones del soma, que tienden a su satisfacción con relativa independen-

cia unos de otros y encuentran tal satisfacción en algo que podemos llamar *placer orgánico*. Los genitales son la más tardía de estas *zonas erógenas*, y a su placer orgánico no podemos ya negarle el nombre de *placer sexual*. No todos estos impulsos tendientes al placer son acogidos en la organización definitiva de la función sexual. Algunos de ellos son apartados como inútiles, por represión o de otro modo; otros, son desviados de su fin, en la forma singular antes descrita, y utilizados para reforzar impulsos distintos; otros, en fin, perduran en oficios secundarios, sirviendo para la ejecución de actos introductivos, para la producción de placer preliminar. Sabéis también que en esta prolongada evolución podemos reconocer varias fases de una organización provisional, e igualmente, cómo esta historia de la función sexual explica sus aberraciones e insuficiencias. La primera de estas fases *pregenitales* es, según nuestra terminología, la fase *oral*, pues en armonía con la forma en que es alimentado el niño de pecho, la zona erógena bucal domina en ella lo que podemos considerar como actividad sexual de este período de la vida. En un segundo estadio pasan a primer término los impulsos *sádicos* y los *anales*, en conexión ciertamente con la salida de los dientes, el robustecimiento de la musculatura y la adquisición de dominio sobre la función del esfínter. Precisamente de esta fase de la evolución hemos averiguado muchos detalles interesantes. En tercer lugar, aparece la fase *fálica*, en la cual logra evidente importancia para ambos sexos el miembro masculino y lo que a él corresponde en las niñas. Por último, reservamos el nombre de fase *genital* para la organización sexual definitiva,

que se constituye después de la pubertad y en la que el genital femenino logra ya la consideración que el masculino hubo de conquistar mucho antes.

Lo que precede no es más que una pálida síntesis de lo ya dicho en mis conferencias anteriores. Pero no creáis que lo no mencionado ahora ha sido desechado en el intervalo. No he repetido más que lo estrictamente necesario para enlazar a ello una información sobre los progresos realizados en nuestro conocimiento de la materia. Podemos gloriarnos de que, precisamente sobre las tempranas organizaciones de la libido, hemos averiguado mucho nuevo, habiendo aprehendido, además, más claramente, lo antiguo. He aquí algunas pruebas de ello: Abraham ha demostrado en 1924 que en la fase sádico-anal pueden distinguirse dos estadios. En el primero de ellos, rigen las tendencias destructivas de aniquilamiento y pérdida, y en el segundo, las de conservación y posesión, amigables para con el objeto. Así, pues, mediada esta fase, aparece por vez primera la toma en consideración del objeto como precursora de una ulterior carga amorosa. Igualmente justificado está atribuir una tal subdivisión a la primera fase oral. En la primera de estas subfases trátase tan sólo de la incorporación oral, faltando toda ambivalencia en la relación con el objeto constituido por el seno materno. La segunda subfase, caracterizada por la aparición de la actividad de morder, puede ser calificada de oral-sádica; muestra por vez primera los fenómenos de la ambivalencia, que luego, en la fase sádico-anal siguiente, se hacen tanto más precisos. El valor de estas nuevas diferenciaciones, se muestra especialmente cuando en determinadas neurosis—neurosis obsesiva y melancolía—buscamos los puntos de dis-

posición en la evolución de la libido. Recordad, a este respecto, lo que sabemos sobre la conexión de la fijación de la libido, la disposición y la regresión.

Nuestra actitud ante las fases de la organización de la libido ha cambiado, en general, un poco. Si antes acentuábamos, sobre todo, cómo cada una de ellas se desvanece al iniciarse la siguiente, ahora atendemos preferentemente a los hechos, que nos muestran cuánto de cada fase anterior perdura al lado y detrás de las estructuras ulteriores y logra una representación permanente en la economía de la libido y en el carácter de la persona. Más importantes aún han llegado a ser los estudios que nos han enseñado cuán frecuentemente se desarrollan, bajo condiciones patológicas, regresiones a fases anteriores, y cómo determinadas regresiones son características de ciertas formas de enfermedad. Pero de esto no podemos tratar aquí; pertenece a una psicología especial de las neurosis.

Especialmente en el erotismo anal, en las excitaciones procedentes de las fuentes de la zona erógena anal, hemos podido estudiar las transformaciones de los instintos y otros procesos semejantes, y nos ha sorprendido comprobar de cuán múltiples aplicaciones son susceptibles estos impulsos instintivos. No es, quizá, nada fácil libertarse del desprecio que en el curso de la evolución ha recaído precisamente sobre esta zona. Dejemos, pues, a Abraham recordarnos que el ano corresponde, embriológicamente, a la boca primordial, la cual ha ido emigrando hasta el final del intestino. Averiguamos, entonces, que con la desvalorización de las excretas propias, de los excrementos, tal interés instintivo, procedente de fuentes anales, se transfiere a objetos que pueden ser dados como r e -

g a l o . Y ello con razón, pues las excretas fueron el primer regalo que el niño de pecho pudo hacer, la primera cosa de que le fué posible desprenderse por amor a su madre o nodriza. Luego, análogamente a como sucede en el cambio de significado a través de la evolución del idioma, este primario interés por los excrementos se convierte en la estimación del o r o (Gold) y del d i n e r o (Geld) y procura también su aportación a las ideas de n i ñ o y p e n e . Los niños todos, que permanecen fieles por mucho tiempo a la teoría de la cloaca, están convencidos de que los niños son paridos por el intestino, como un cilindro fecal; la defecación es el prototipo del acto del parto. Pero también el pene tiene su precursor en el cilindro fecal, que llena y excita la mucosa del intestino. Cuando el niño descubre, bien a pesar suyo, que existen seres humanos que no poseen tal miembro, el pene les parece algo separable del cuerpo y adquiere así una indudable analogía con el excremento, el cual fué el primer trozo de su cuerpo al que hubieron de renunciar. De este modo, una parte considerable de erotismo anal queda convertida en carga afectiva del pene, pero el interés por esta parte del cuerpo tiene, a más de la raíz erótico-anal, una raíz oral, quizá más poderosa aún.

Sin conocer estas relaciones abisales, es imposible orientarse en las fantasías, las ocurrencias influídas por lo inconsciente y el lenguaje sintomático de los hombres. En tales dominios, los conceptos heces-dinero-regalo-niño-pene, son tratados como de significación idéntica y aparecen representados por símbolos comunes. Y no olvidéis que sobre todo esto sólo he podido procuraros datos insuficientes. Añadiré aún, de pasada, que también el interés, muy ulterior, hacia

la vagina, es principalmente de origen erótico-anal. Lo cual no es de extrañar, ya que la vagina misma—según frase acertada de Lou Andreas-Salomé—está como «arrendada» al intestino ciego; en la vida de los homosexuales, los cuales no han recorrido con los demás hombres una cierta etapa de la evolución sexual, la vagina vuelve a ser representada por dicho intestino. En los sueños aparece, frecuentemente, un local que antes era un sólo departamento y ahora está dividido en dos por un tabique, o inversamente. Lo cual alude siempre a la relación de la vagina con el intestino. Y también podemos perseguir sin dificultad cómo, normalmente, en las muchachas, el deseo, nada femenino, de poseer un pene, se transforma en el deseo de un niño y luego en el de un hombre, como substrato del pene y dispensador del niño, de modo que también en este caso se hace visible cómo una parte de interés originalmente erótico anal logra ser acogida en la organización genital ulterior.

En el curso de tales estudios de las fases pregenitales de la libido, hemos logrado también algunos atisbos nuevos en la formación del carácter. Nuestra atención ha recaído sobre una triada de cualidades que aparecen juntas con cierta regularidad: el orden, la economía y la obstinación, y del análisis de tales personas hemos deducido que estas cualidades han surgido de la retención y otros empleos de su erotismo anal. Hablamos, pues, de un carácter anal, cuando hallamos tal conjunción y oponemos en cierto modo el carácter anal al erotismo anal no elaborado. Una relación semejante, quizá más firme aún, hallamos también entre la ambición y el erotismo uretral. Una singular alusión a esta conexión se nos mostró en aquella leyenda según la cual Alejandro Magno

nació en la misma noche en que un cierto Erostrato, movido por el ansia de gloria, incendió el admirado templo de Artemisa, en Efeso. ¡Como si los antiguos no hubieran ignorado una tal relación! Sabéis ya la múltiple conexión del acto de orinar con el fuego y su extinción. Naturalmente, esperamos que también otras cualidades del carácter se nos muestren como residuos o productos reactivos de determinadas formaciones pregenitales de la libido, pero no podemos precisar aún cuáles.

Tiempo es ya de que vuelva a nuestro tema retornando a los problemas más generales de la vida instintiva. Nuestra teoría de la libido se fundó primero en la antítesis de instintos del yo e instintos sexuales. Cuando, más tarde, empezamos a estudiar el mismo yo y adoptamos el punto de vista del *narcisismo*, aquella primera diferenciación perdió toda razón de ser. En casos poco frecuentes puede reconocerse que el yo se toma a sí mismo como objeto y se conduce como si estuviera enamorado de sí mismo. De aquí el nombre de *narcisismo*, tomado de la leyenda griega. Pero esto no es más que una extrema intensificación de un estado de cosas normal. Aprendemos a comprender que el yo es siempre el depósito principal de la libido, del que parten las cargas libidinosas de los objetos y al que retornan, mientras que la mayor parte de esta libido queda permanentemente en el yo. Hay, pues, una continua transformación de libido del yo en libido del objeto y de libido del objeto en libido del yo. Y entonces no pueden ser de naturaleza distinta una de otra, no tiene sentido diferenciar la energía de la una de la energía de la otra y podemos prescindir de la desig-

nación especial de «libido» o emplearla como equivalente a la de energía psíquica en general.

Pero no permanecemos mucho tiempo en este punto de vista. La sospecha de una antítesis dentro de la vida instintiva, se procuró en seguida otra expresión más marcada. Mas no quisiera deducir aquí ante vosotros esta novedad de la teoría del instinto; también ella reposa esencialmente en consideraciones biológicas; os la presentaré como un producto terminado. Suponemos que hay dos clases de instintos esencialmente diferentes, los instintos sexuales, comprendidos en el más amplio sentido, el *eros*, si preferís este nombre, y los instintos de *agresión*, cuyo fin es la destrucción. Expuesto así, apenas os parecerá algo nuevo; parece, en efecto, una tentativa de aclaración teórica de la antítesis vulgar de amor y odio, la cual coincide acaso con aquella otra polaridad de atracción y repulsión que la Física establece para el mundo morgánico. Pero es singular que esta hipótesis haya sido sentida por muchos como una novedad, y además como una novedad indeseable, que debía ser rechazada cuanto antes. Supongo que esta repulsa es movida por un fuerte factor afectivo. ¿Por qué nosotros mismos hemos necesitado tanto tiempo, antes de decidirnos a reconocer un instinto de agresión y no hemos utilizado sin vacilaciones para nuestra teoría, hechos evidentes y conocidos por todos? Probablemente la atribución de un instinto con tal fin a los animales hubiera tropezado con menor resistencia. Pero su admisión en la constitución humana parece un sacrilegio; está en flagrante contradicción con muchas premisas religiosas y muchas convenciones sociales. No; el hombre tiene que ser, por naturaleza, bueno o, al menos, bonda-

doso. Si en ocasiones se muestra brutal, violento y cruel, es por trastornos pasajeros de su vida emocional, provocados en su mayor parte, y quizá sólo consecuencias de los inadecuados órdenes sociales que hasta ahora se ha dado.

Desgraciadamente, lo que la Historia nos relata y lo que nosotros mismos hemos vivido, no testimonia en este sentido; más bien justifica el juicio de que la creencia en la «bondad» de la naturaleza humana es una de aquellas nocivas ilusiones de las que los hombres esperan un embellecimiento y un alivio de su vida, cuando, en realidad, sólo daños le traen. Pero no necesitamos llevar adelante esta polémica, pues si aceptamos la hipótesis de un instinto especial de agresión y destrucción en el hombre, no ha sido por las enseñanzas de la Historia y la experiencia, sino basándonos en consideraciones de orden general, a las que nos condujo el estudio de los fenómenos del sadismo y el masoquismo. Como sabéis, hablamos de sadismo cuando la satisfacción sexual se halla enlazada a la condición de que el objeto sexual sufra dolores, maltratos y humillaciones, y de masoquismo cuando el individuo siente la necesidad de ser él mismo el objeto maltratado. Sabéis también, que la relación sexual normal integra un cierto montante de tales dos tendencias y que las consideramos como perversiones cuando rechazan a segundo término a los demás fines sexuales y los substituyen por sus fines propios. Tampoco os habrá escapado que el sadismo mantiene una relación más íntima con la virilidad y el masoquismo con la feminidad, como si existiera aquí una secreta afinidad, aunque debo decir que no hemos avanzado más por este camino. Ambas tendencias, sadismo y masoquismo, son para

la teoría de la libido, fenómenos harto enigmáticos, sobre todo el masoquismo, y no será nada extraño que, según suele suceder, lo que para una teoría ha sido piedra de escándalo sea la piedra angular de la que la sustituye.

Opinamos, pues, que en el sadismo y en el masoquismo tenemos ante nosotros dos acabados ejemplos de la mezcla de ambas clases de instintos, del eros con la agresión y suponemos que tal relación es prototípica, que todos los impulsos instintivos que podemos estudiar se componen de tales mezclas o aleaciones de ambas clases de instintos. Naturalmente, en las más diversas proporciones. En todo ello los instintos eróticos introducirían en la mezcla la diversidad de sus fines sexuales, mientras que los otros sólo aportarían mitigaciones y atenuaciones de su monótona tendencia. Con esta hipótesis abrimos ante nosotros la perspectiva de investigaciones que pueden lograr un día máxima importancia para la comprensión de procesos patológicos. Pues las mezclas pueden también descomponerse en sus elementos y a tales descomposiciones de mezclas de instintos podemos atribuirles gravísimas consecuencias para la función. Pero estos puntos de vista son aún demasiado nuevos; nadie ha intentado todavía utilizarlos en su labor.

Tornemos al problema especial que el masoquismo nos plantea. Si prescindimos, de momento, de sus componentes eróticos, nos será testimonio de la existencia de una tendencia que tiene por fin la auto-destrucción. Si también, en cuanto al instinto de destrucción, es cierto que el yo—o mejor dicho el ello, la personalidad completa—encierra en sí originalmente todos los instintos, resulta que el masoquismo

es más antiguo que el sadismo, el cual no sería sino el mismo instinto de destrucción vuelto hacia el exterior, con lo cual adquiriría el carácter de agresión. Un cierto montante del instinto de destrucción original perduraría en el interior; parece como si nuestra percepción sólo pudiera aprehenderlo en dos circunstancias: cuando se coaliga con instintos eróticos para formar el masoquismo o cuando se orienta como agresión—con más o menos mezcla erótica—contra el mundo exterior. Se nos impone ahora la posibilidad de que la agresión no halle satisfacción en el mundo exterior, por tropezar con obstáculos reales. En este caso, retrocederá y pasará a incrementar el montante de la autodestrucción interior. Más adelante veremos que así sucede, en efecto, y cuánta importancia entraña tal proceso. La agresión impedida parece constituir un grave daño; parece realmente, como si tuviéramos que destruir otras cosas y a otros seres para no destruirnos a nosotros mismos, para protegernos contra la tendencia a la autodestrucción. ¡Triste descubrimiento para los moralistas!

Pero los moralistas podrán consolarse aún, durante mucho tiempo, con la inverosimilitud de nuestras especulaciones. ¡Singular instinto éste que se complace en la destrucción de su propio hogar! Los poetas sí hablan de algo semejante, pero los poetas son irresponsables; gozan del privilegio de la licencia poética. Aunque también la fisiología entraña ideas semejantes, por ejemplo, la de la mucosa del estómago, que se digiere a sí misma. Pero hemos de reconocer que nuestro instinto de destrucción precisa de un apoyo más amplio. Una hipótesis de tanto alcance no puede ser arriesgada tan sólo porque unos cuantos

pobres perturbados enlacen su satisfacción sexual a una extraña condición. Creo que un más profundo estudio de los instintos, nos procurará lo que necesitamos. Los instintos no rigen tan sólo la vida anímica, sino también la vida vegetativa, y, estos instintos orgánicos muestran un carácter que merece especial atención. Más adelante, podremos juzgar si se trata de un carácter general de los instintos. Se manifiestan, en efecto, como tendencias a restablecer un estado anterior. Podemos suponer que, desde el momento mismo en que un tal estado constituido es perturbado, nace una tendencia a reconstituirlo, tendencia que provoca fenómenos que podemos designar como una obsesión de repetición. Así, la embriología es toda ella un caso de obsesión de repetición; muy hasta arriba en la serie animal se extiende una facultad de producir de nuevo órganos perdidos, y el instinto de curación, al que debemos, junto con los auxilios terapéuticos, nuestras curaciones, podría ser el residuo de esta facultad tan extraordinariamente desarrollada en los animales inferiores. Las emigraciones de los peces, para desovar, quizá las de las aves, y acaso todo lo que en los animales juzgamos manifestaciones del instinto, se desarrolla bajo el mandato de la obsesión de repetición, que pone de manifiesto la naturaleza conservadora de los instintos. Tampoco en el sector anímico tardamos mucho en hallar manifestaciones de la misma. Hemos visto que los sucesos olvidados y reprimidos de la temprana infancia se reproducen durante la labor analítica, en sucesos y reacciones, sobre todo en los del período de transferencia, aunque su reviviscencia es contraria a los intereses del principio del placer, y nos hemos explicado un tal hecho diciendo

que en estos casos la obsesión de repetición se impone incluso al principio del placer. También fuera del análisis podemos observar algo análogo. Hay hombres que repiten siempre, a través de toda su vida, sin corregirse y para su daño, las mismas reacciones, o que parecen perseguidos por un destino implacable, mientras que una investigación algo minuciosa nos muestra que son ellos mismos los que, sin saberlo, se preparan tal destino. En estos casos, atribuimos a la obsesión de repetición un carácter d e m o n i a c o .

Pero ¿en qué puede ayudarnos este carácter conservador de los instintos para la comprensión de nuestra auto-destrucción? ¿Qué estado anterior quiere restablecer un tal instinto? La respuesta no es difícil y nos abre amplias perspectivas. Si es verdad que una vez—en épocas inconcebibles y de un modo irrepresentable—surgió la vida de la materia inanimada, según nuestra hipótesis tuvo entonces que nacer un instinto que quiere suprimir de nuevo la vida y restablecer el estado anorgánico. Si en este instinto reconocemos la auto-destrucción por nosotros supuesta, podemos ya considerarla como manifestación de un i n s t i n t o d e m u e r t e que no dejamos de hallar en ningún proceso vital. Y aquí se nos dividen los instintos en los que creemos en dos grandes grupos: los eróticos, que quieren acumular cada vez más substancia viva en unidades cada vez mayores, y los instintos de muerte, que se oponen a esta tendencia y retrotraen lo vivo al estado inorgánico. De la colaboración y la pugna de ambos instintos surgen los fenómenos de la vida a los que la muerte pone un fin.

Diréis, quizá, encogiéndoos de hombros: Esto no

es ciencia natural, es filosofía schopenhaueriana. ¿Y por qué un osado pensador no podría haber descubierto lo que luego confirmaría la investigación laboriosa y detallada? Además, todo se ha dicho ya alguna vez, y antes de Schopenhauer fueron muchos los que sostuvieron tesis análogas. Y, por último, lo que nosotros decimos no coincide en absoluto con las teorías de Schopenhauer. Nosotros no afirmamos que el único fin de la vida sea la muerte; no dejamos de ver, junto a la muerte, la vida. Reconocemos dos instintos fundamentales y dejamos a cada uno su fin propio. Cómo se mezclan ambos en el proceso de la vida y cómo el instinto de muerte es llevado a coadyuvar a los propósitos del eros, sobre todo en su vuelta hacia el exterior como agresión, son problemas que quedan planteados a la investigación futura. Nosotros no traspasamos el punto en el que se abre ante nosotros tal perspectiva. También la interrogación de si el carácter conservador no será propio de todos los instintos, sin excepción alguna, y si quizá también los instintos eróticos quieren reestablecer un estado anterior cuando tienden a la síntesis de lo animado en unidades mayores; también esta pregunta tenemos que dejarla incontestada.

Nos hemos alejado un poco de nuestra base. Quiero comunicaros a posteriori cuál fué el punto de partida de estas reflexiones sobre la teoría de los instintos. El mismo que nos condujo a la revisión de la relación entre el yo y lo inconsciente: la impresión experimentada en el curso de la labor analítica de que el paciente que opone una resistencia no sabe muchas veces nada de la misma. Pero no sólo le es inconsciente el hecho de la resistencia, sino también el motivo o los motivos de la misma. Tuvimos que investigar

tal motivo o tales motivos y, para nuestra sorpresa, lo encontramos en una intensa necesidad de castigo que sólo podíamos adscribir a los deseos masoquistas.

La importancia práctica de este hallazgo no es menor que su importancia teórica, pues esta necesidad de castigo es el enemigo peor de nuestros esfuerzos terapéuticos. Es satisfecha por el padecer enlazado a la neurosis y se aferra, por lo tanto, a la enfermedad. Parece como si este factor, la necesidad de castigo inconsciente, participara en toda enfermedad neurótica. En este sentido testimonian convincentemente aquellos casos en los que la dolencia neurótica se deja relevar por otra de distinto orden. Os expondré un caso de este género. Una vez, conseguí libertar a una soltera del complejo de síntomas, que a través de quince años la había condenado a una existencia atormentada y la había excluído de la vida. Sintién-dose curada, la sujeto se entregó a una intensa actividad para desarrollar sus talentos, nada escasos, y lograr aún algo de estimación, placer y éxito. Pero cada una de sus tentativas terminó con el descubri-miento, facilitado por los demás o hecho por ella misma, de que tenía ya demasiados años para lograr nada en aquel sector. Después de un tal desenlace, lo más inmediato habría sido una recaída en su enfermedad, pero ésto no lo conseguía; en lugar de ello, le acae-cían cada vez accidentes, aparentemente fortuitos, que la impedían seguir su actividad y la hacían sufrir. Se caía y se dislocaba un pie o se hería una rodilla; se hería las manos al hacer cualquier manejo. Advertida de la gran parte que tenía en tales accidentes, aparentemente casuales, cambió, por decirlo así, de técnica. En lugar de los accidentes, comenzó a sufrir, en ocasiones idénticas, ligeras enfermedades: cata-

rros, anginas, estados análogos a la grippe, hinchazones reumáticas, hasta que habiéndose decidido a la resignación, desaparecieron tales fantasmas.

Sobre el origen de esta necesidad de castigo inconsciente, no puede, a nuestro juicio, caber duda. Se comporta como una parte de la conciencia moral, como la continuación de nuestra conciencia moral en lo inconsciente; tendrá, pues, el mismo origen que la conciencia moral, correspondiendo, por lo tanto, a un montante de agresión interiorizado y acogido por el super-yo. Si los componentes del término «sentimiento de culpabilidad» inconsciente armonizaran mejor, podríamos emplearlo justificadamente para todos los efectos prácticos. Teóricamente dudamos si debemos suponer que toda la agresión retornada del mundo exterior es vinculada por el super-yo y orientada así contra el yo, o si una parte de ella desarrolla su acción silenciosa e inquietante en el yo y el ello como libre instinto de destrucción. Esta última distribución es la más probable, pero nada más sabemos sobre ella. En la instauración primera del super-yo es utilizada, indudablemente, para la constitución de esta instancia, aquella parte de agresión contra los padres a la que el niño no pudo procurar una derivación al exterior, a causa de su fijación erótica y de dificultades exteriores, y de ésto depende que el rigor del super-yo no haya de corresponder necesariamente a la severidad de la educación. Es muy posible que, en ocasiones ulteriores de sojuzgamiento de la agresión, el instinto tome el mismo camino que en aquel primer momento decisivo le fué abierto.

Aquellas personas, en las que tal sentimiento inconsciente de culpabilidad entraña intensidad predominante, lo delatan así en el análisis con la reacción

terapéutica negativa, de tan ingrato pronóstico. Cuando les comunicamos la solución de un síntoma, a la cual debería seguir una desaparición, por lo menos temporal, del síntoma correspondiente, observamos, por el contrario, en ellas, una intensificación del síntoma y de la dolencia. A veces, basta alabar su conducta en la cura o una palabra esperanzada sobre el progreso del análisis, para provocar un recrudecimiento de su enfermedad. Los no analíticos dirían que tales personas carecen de «voluntad de curar»; los analíticos vemos en esta conducta una manifestación del sentimiento inconsciente de culpabilidad, al cual satisface la enfermedad con sus dolores y sus impedimentos. Los problemas que el sentimiento inconsciente de culpabilidad ha planteado, sus relaciones con la moral, la pedagogía y la criminología, son actualmente el tema preferido de los analíticos. Donde menos lo esperábamos, hemos emergido desde el mundo psíquico abisal, a campo abierto. No puedo ya guiaros en estos nuevos dominios, pero quiero exponeros, antes de terminar por hoy, un razonamiento. Solemos decir que nuestra cultura ha sido instaurada a costa de tendencias sexuales que, coartadas por la sociedad y reprimidas en parte, han sido en parte aprovechadas para otros fines. No obstante el orgullo que nos inspiran nuestras conquistas culturales, hemos confesado que no nos es nada fácil satisfacer las exigencias de esta cultura y sentirnos a gusto en ella, porque las restricciones impuestas a nuestros instintos suponen una pesada carga psíquica. Ahora bien; lo que así hemos reconocido en los instintos sexuales, es aplicable en igual o mayor medida a los instintos de agresión. Estos instintos son, sobre todo, los que dificultan la vida en común de los hombres y

amenazan su perduración; la restricción de su agresividad es el sacrificio primero y quizá más duro que la sociedad exige al individuo. Hemos visto en qué forma es llevada a cabo esta doma de lo rebelde. La instauración del super-yo, que atrae a sí los peligrosos impulsos agresivos, sitúa además una guarnición en los lugares inclinados a la rebeldía. Mas, por otro lado, desde un punto de vista puramente psicológico, hemos de reconocer que el yo no se siente a gusto cuando se ve sacrificado así a las necesidades de la sociedad, cuando se tiene que someter a las tendencias destructoras de la agresión, las cuales le hubiera gustado desarrollar contra otros. Es como una continuación, en los dominios psíquicos, de aquel dilema de comer o ser comido que domina el mundo de la vida orgánica. Por fortuna, los instintos de agresión no aparecen nunca aislados, sino en aleación con los eróticos. Estos últimos tienen mucho que mitigar y precaver en las condiciones de la cultura creada por el hombre.

### XXXIII

## La feminidad

En la preparación de estas conferencias vengo luchando constantemente con una dificultad interior. No acabo de encontrar, a plena satisfacción mía, su justificación. Es cierto que la psicoanálisis se ha modificado y enriquecido en el transcurso de quince años de trabajo, pero también lo es que nuestra primera introducción a la psicoanálisis podía subsistir sin modificación ni complemento. No puedo rechazar de mí la idea de que estas conferencias carecen de toda razón de ser. Dicen muy poco, y nada nuevo, a los analíticos; y a quienes no lo son, demasiado, y, sobre todo, cosas para cuya comprensión no están en modo alguno preparados. En consecuencia, he buscado, constantemente, excusas y disculpas, y he tratado de justificar cada una de estas conferencias con un motivo distinto. La primera, dedicada a la teoría de los sueños, había de situaros en la atmósfera analítica y mostraros la firmeza que habían demostrado nuestras tesis. La segunda, en la que escudriñamos los caminos que van desde el sueño al ocultismo, me ofrecía ocasión de hablaros libremente sobre un sector de investigación en el cual, esperanzas exentas de prejuicios, luchan hoy con apasionadas resistencias, suponiendo yo que vuestro juicio,

educado en la tolerancia por el ejemplo de la psicoanálisis, no me rehusaría vuestra compañía en tan aventurada excursión. La tercera conferencia, consagrada a la división de la personalidad, sometió vuestra buena voluntad a dura prueba con la singularidad de su contenido, pero no me era posible silenciaros un tal primer esbozo de una psicología del yo, y si hace quince años hubiera existido ya, no habría tenido más remedio que exponéroslo por entonces. Mi última conferencia, en fin, que sólo con un magno esfuerzo de atención habréis podido seguir, aportaba rectificaciones imprescindibles y nuevas tentativas de solución de los más importantes problemas, y mi introducción habría sido una inducción en error si os la hubiera silenciado. Veis, así, que en cuanto intenta uno disculparse, resulta, al cabo, que todo era inevitable, una rigurosa fatalidad, ante la cual sólo someterse cabe. Así lo hago yo, y os ruego que sigáis mi ejemplo.

Tampoco la conferencia de hoy debía hallar acogida en una introducción, pero puede procuraros la muestra de una labor analítica de detalle, y he de decir, en su abono, dos cosas: Entraña sólo hechos observados, sin agregación especulativa casi, y trata de un tema que merece vuestro interés como ningún otro.

Sobre el problema de la feminidad han meditado los hombres en todos los tiempos:

«Cabezas tocadas con tiaras ornadas de jeroglíficos, cabezas con turbantes y cabezas con gorros negros, cabezas con pelucas, y mil otras pobres, sudorosas cabezas masculinas.»

(HEINE, El mar del Norte.)

Tampoco vosotros, los que me oís, os habréis excluído de tales cavilaciones. Los hombres; pues las mujeres sois vosotras mismas tal enigma. Masculino o femenino es la primera diferenciación que hacéis al enfrontaros con otro ser humano, y estáis acostumbrados a llevar a cabo tal diferenciación con seguridad indubitable. La ciencia anatómica comparte vuestra seguridad hasta un cierto punto, pero no más allá. Masculinos son el producto sexual masculino y su substrato; femeninos, el óvulo y el organismo que lo hospeda. En ambos sexos se han formado órganos exclusivamente adscritos a la función sexual y que, probablemente, se han desarrollado, partiendo de la misma disposición, en dos estructuras distintas. En ambos muestran, además, los órganos restantes, las formas del cuerpo y los tejidos, una influencia del sexo, pero esta influencia es inconstante y de magnitud variable, constituyendo los llamados caracteres sexuales secundarios. Y luego, la ciencia os dice algo contrario a lo que esperábais y muy apropiado para desconcertaros. Os advierte que ciertos elementos del aparato sexual masculino son también, aunque atrofiados, parte integrante del cuerpo femenino, e inversamente. La ciencia ve en esta circunstancia el signo de una *b i s e x u a l i d a d*, como si el individuo no fuera hombre o mujer, sino siempre ambas cosas, sólo que, alternativamente, una más que otra. Se os invita luego a familiarizaros con la idea de que las proporciones de la mezcla de lo masculino y lo femenino en el individuo están sujetas a grandes oscilaciones. Mas como, de todos modos, salvo en rarísimos casos, una persona no integra sino una sola clase de productos sexuales—óvulos o espermatozoos—dudaréis ya de la significación decisiva de tales

elementos, y concluiréis que lo que hace la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido, que la anatomía no puede aprehender.

¿Lo podrá acaso la psicología? Estamos acostumbrados a emplear los conceptos de masculino y femenino también como cualidades anímicas, y hemos transferido a la vida psíquica la tesis de la bisexualidad. Decimos, pues, que un ser humano, sea macho o hembra, se conduce masculinamente en tal punto y femeninamente en tal otro. Pero no tardaréis en daros cuenta de que esto es mera docilidad para con la anatomía y la convención. No podéis dar a los conceptos de lo masculino y lo femenino contenido *n i n g u n o* nuevo. La diferenciación no es de orden psicológico. Cuando decís «masculino», queréis decir, regularmente, «activo», y cuando decís «femenino», «pasivo». Y es exacto que existe una tal relación. La célula sexual masculina es activamente móvil; busca a la femenina; y ésta, el óvulo, es inmóvil, pasivamente expectante. Esta conducta de los organismos elementales sexuales es incluso el prototipo de la conducta de los individuos sexuales en el comercio sexual. El macho persigue a la hembra para realizar la cópula sexual, la ataca y penetra en ella. Pero, con esto, dejáis reducido, para la psicología, al factor de la agresión, el carácter de lo masculino. Y dudaréis de haber hallado con ello algo decisivo en cuanto reflexionéis que, en algunas especies animales, son las hembras más fuertes y agresivas que los machos, y éstos sólo activos en el acto único de la cópula sexual. Así sucede, por ejemplo, con las arañas. Tampoco las funciones de cuidar de la prole y adiestrarla, que tan exclusivamente femeninas nos parecen, están vinculadas, entre los animales, al sexo

femenino. En especies nada inferiores se observa que los dos sexos comparten tales funciones, o es, incluso, el macho el que a ellas se consagra. Hasta en los dominios de la vida sexual humana observamos en seguida cuán insuficiente es hacer coincidir la conducta masculina con la actividad y la femenina con la pasividad. La madre es activa, en todos sentidos, en cuanto al niño. Y cuanto más os apartéis del estrecho sector sexual, más claramente veréis el error de tal coincidencia. Las mujeres pueden desplegar grandes actividades en muy varias direcciones, y los hombres no pueden convivir con sus semejantes si no es desplegando una cantidad considerable de docilidad pasiva. Si ahora decís que tales hechos entrañan precisamente la prueba de que tanto los hombres como las mujeres son bisexuales en sentido psicológico, deduciré que habéis decidido, en vuestro fuero interno, mantener la coincidencia de lo activo con lo masculino y lo pasivo con lo femenino. Pero no os lo aconsejo. Me parece inadecuado y no nos procura ningún nuevo conocimiento.

Pudiéramos pensar en caracterizar psicológicamente la feminidad por la preferencia de fines pasivos. Preferencia que, naturalmente, no equivale a la pasividad, puesto que puede ser necesaria una gran actividad para conseguir un fin pasivo. Lo que acaso sucede es que, en la mujer, y emanada de su papel en la función sexual, una cierta preferencia por la actitud pasiva y los fines pasivos se extiende al resto de su vida, más o menos penetrantemente según que tal prototipicidad de la vida sexual se restringe o se amplifique. Pero, a este respecto, debemos guardarnos de estimar insuficientemente la influencia del orden social, que fuerza a las mujeres a situaciones pasivas.

Todo esto permanece aún muy obscuro. No queremos desatender una relación particularmente constante entre la feminidad y la vida instintiva. El sojuzgamiento de su agresión, constitucionalmente prescrito y socialmente impuesto a la mujer, favorece el desarrollo de intensos impulsos masoquistas, los cuales logran vincular eróticamente las tendencias destructoras orientadas hacia el interior. El masoquismo es pues, así, auténticamente femenino. Pero cuando, como es caso frecuente, encontramos el masoquismo en sujetos masculinos, ¿qué podemos decir, si no es que tales hombres integran precisos rasgos femeninos?

Con todo esto, supondréis ya que tampoco la psicología habrá de resolver el enigma de la feminidad. Tal solución habrá de venir de otro lado y no podrá venir antes de que hayamos averiguado cómo nació, en general, la diferenciación de los seres animados, en dos sexos. Nada sabemos de ello, no obstante, ser tal división en dos sexos un carácter tan evidente de la vida orgánica y el que la diferencia con toda precisión de la naturaleza inanimada. Entretanto, aquellos individuos humanos manifiesta o predominantemente caracterizados por la posesión de genitales femeninos, nos ofrecen materia suficiente de estudio. A la peculiaridad de la psicoanálisis corresponde, entonces, no tratar de describir lo que es la mujer —cosa que sería para nuestra ciencia una labor casi impracticable—, sino investigar cómo de la disposición bisexual infantil surge la mujer. En esta última época, hemos logrado averiguar algo sobre ello gracias a varias de nuestras excelentes colegas, que han comenzado a ocuparse analíticamente de este problema. La diferencia de sexos ha prestado a la

discusión del mismo un atractivo particular, pues cada vez que una comparación resultaba desfavorable a su sexo, nuestras analíticas se apresuraban a expresar sus sospechas de que nosotros, sus colegas masculinos, no habíamos superado prejuicios profundamente arraigados contra la feminidad, los cuales prejuicios invalidaban, por parciales, nuestras investigaciones. En cambio, a nosotros, la tesis de la bisexualidad nos hacía facilísimo evitar toda descortesía, pues, llegado el caso, salíamos del apuro diciendo a nuestras antagonistas: Eso no va con usted. Usted es una excepción, pues en este punto concreto es usted más masculina que femenina.

Al llegarnos a la investigación de la evolución sexual femenina, lo hacemos con dos esperanzas: La primera es que tampoco en este sector se adapte sin resistencia la constitución a la función. Y la segunda, que los virajes decisivos se hayan cumplido o iniciado ya antes de la pubertad. Ambas quedan bien pronto confirmadas. Por otro lado, la comparación con lo que sucede en el niño nos muestra que la evolución que transforma a la niña en mujer normal es mucho más ardua y complicada, pues abarca dos tareas más, sin pareja en la evolución del hombre. Seguiremos desde el principio el paralelo. Desde luego, ya el material es diferente en niño y niña; para fijarlo así no es menester la psicoanálisis. La diferencia en la formación de los genitales va acompañada de otras diferencias somáticas demasiado conocidas para que precisemos citarlas. También en la disposición de los instintos emergen diferencias que dejan sospechar lo que luego ha de ser la mujer. La niña es, regularmente, menos agresiva y obstinada y se basta menos a sí misma; parece tener más necesidad de ternura, y

ser, por lo tanto, más dependiente y dócil. La mayor facilidad y rapidez con las que logra el dominio de sus excreciones es, muy probablemente, tan sólo una consecuencia de tal docilidad; la orina y las heces son, como sabemos, los primeros regalos que el sujeto infantil hace a sus guardadores, y su retención es la primera concesión que la vida instintiva infantil se deja arrancar. Experimentamos también la impresión de que la niña es más inteligente y viva que el niño de igual edad, se abre más el mundo exterior y lleva a cabo cargas de objeto más intensas. Ignoro si este adelanto en la evolución ha sido o no comprobado por observaciones precisas; lo indudable es que no puede decirse que la niña aparezca intelectualmente retrasada. Pero estas diferencias sexuales no pesan gran cosa; pueden ser compensadas por variantes individuales. Para nuestros primeros propósitos podemos muy bien prescindir de ellas.

Las fases más tempranas de la evolución de la libido parecen ser comunes a ambos sexos. Habría podido esperarse que la niña mostrara, ya en la fase sádico-anal, un retraimiento de la agresión; pero no es así. El análisis de los juegos infantiles ha mostrado a nuestras colegas analíticas que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en cuanto a riqueza y violencia. Con la entrada en la fase fálica, las diferencias entre los sexos quedan muy por debajo de sus coincidencias. Hemos de reconocer que la mujercita es un hombrecito. Esta fase se caracteriza en el niño, como es sabido, por el hecho de que el infantil sujeto sabe ya extraer de su pequeño pene sensaciones placientes y relacionar los estados de excitación de dicho órgano con sus representaciones del comercio sexual. Lo mismo hace la niña con su clítoris,

más pequeño aún. Parece que, en ella, todos los actos onanistas tienen por sede tal equivalente del pene y que la vagina, propiamente femenina, es aún ignorada por los dos sexos. Algunos investigadores hablan también de precoces sensaciones vaginales, pero no creemos nada fácil distinguirlas de las anales o de las liminares; como quiera que sea, no pueden desempeñar papel importante ninguno. Podemos, pues, mantener que, en la fase fálica de la niña, es el clítoris la zona erógena directiva. Pero no para siempre, pues, con el viraje hacia la feminidad, el clítoris debe ceder, total o parcialmente, su sensibilidad, y con ella su significación, a la vagina, y ésta sería una de las dos tareas propuestas a la evolución de la mujer, mientras que el hombre, más afortunado, no tiene que hacer más que continuar, en el período de la madurez sexual, lo que en el de la temprana floración sexual había ya previamente ejercitado.

Más adelante habremos de tornar a ocuparnos de la significación del clítoris. Ahora vamos a dedicar nuestra atención a la segunda tarea planteada a la evolución de la niña. El primer objeto amoroso del niño es la madre; sigue siéndolo en la formación del complejo de Edipo y, en el fondo, durante toda la vida. También para la niña tiene que ser la madre —y las figuras de la nodriza o la niñera, fundidas con la materna— el primer objeto. Las primeras cargas de objeto se desarrollan, en efecto, sobre la base de la satisfacción de las grandes y simples necesidades vitales, y los cuidados prodigados al sujeto infantil son los mismos para ambos sexos. Pero en la situación de Edipo, el objeto amoroso de la niña es ya el padre, y esperamos que, dado el curso normal de la evolución, acabará por hallar el camino que conduce

desde el objeto paterno a la elección definitiva de objeto. Así, pues, en el curso del tiempo, la muchacha debe cambiar de zona erógena y de objeto, mientras que el niño conserva los suyos. Surge entonces la interrogación de cómo se desarrollan tales cambios y particularmente la de cómo pasa la niña de la vinculación a la madre a la vinculación al padre, o, dicho de otro modo, cómo pasa de su fase masculina a la fase femenina que biológicamente le está determinada.

La solución sería idealmente sencilla si pudiéramos suponer que, a partir de cierta edad, se imponía la influencia elemental de la atracción recíproca de los sexos e impulsaba a la mujercita hacia el hombre, mientras que la misma ley permitía al niño permanecer vinculado a la madre. Podríamos, incluso añadir, que los niños seguían con ello las indicaciones que les procuraban las preferencias sexuales de los padres. Pero las cosas no son tan fáciles; ni siquiera sabemos si podemos creer seriamente en aquel poder enigmático, resistente al análisis, que tanto apasiona a los poetas. Laboriosas investigaciones, en las que lo único fácil ha sido la disposición del material necesario, nos han suministrado datos enteramente distintos. Habéis de saber que son muchas las mujeres que permanecen eróticamente vinculadas al objeto paterno, e incluso al padre real, hasta épocas muy tardías. Tales mujeres, de vinculación paterna intensa y prolongada, nos han procurado descubrimientos sorprendentes. Sabíamos, desde luego, que había habido en ellas un estadio previo de vinculación a la madre, pero no que el mismo podía ser tan rico en contenido ni tan prolongado, ni que pudiera dejar detrás de sí, tantas ocasiones de fijaciones y disposi-

ciones. Durante esta época, el padre no es más que un rival importuno; en algunos casos, la vinculación a la madre va más allá de los cuatro años. Casi todo lo que luego hallamos en la relación con el padre estaba ya contenido en ella y ha sido luego transferido al padre. En concreto: llegamos a la convicción de que no es posible comprender a la mujer si no se tiene en cuenta esta fase de la vinculación a la madre, anterior al complejo de Edipo.

Nos preguntamos ahora cuáles son las relaciones libidinosas de la niña con la madre. Y hallamos que son muy variadas. Como se extienden a través de las tres fases de la sexualidad infantil, toman también los caracteres de cada una de ellas y se manifiestan con deseos orales, sádico-anales y fálicos. Estos deseos representan impulsos tanto activos como pasivos si los referimos a la diferenciación de los sexos, ulteriormente emergente—referencia que debemos, en lo posible, evitar—podemos calificarlos de masculinos y femeninos. Son, además, plenamente ambivalentes, esto es, tanto de naturaleza cariñosa como hostil y agresiva. Estos últimos deseos suelen hacerse aparentes después de transformarse en representaciones angustiosas. No siempre es fácil señalar la formulación de estos tempranos deseos sexuales; el que más claramente se manifiesta es el de hacerle un niño a la madre—o tenerla de ella—, pertenecientes ambos a la fase fálica y harto singulares, pero indudablemente comprobados por la observación analítica. El atractivo de estas investigaciones está en los sorprendentes descubrimientos que nos procuran. Así, descubrimos que el miedo a ser asesinado o envenenado, que puede luego consentir el nódulo de una dolencia paranoica, se da ya en este período anterior al complejo

de Edipo, siendo la madre la persona temida. Otro caso: Recordaréis, sin duda, aquel interesantísimo episodio de la historia de la investigación analítica, que hubo de traerme consigo largas horas de penosa perplejidad. En la época en que nuestro interés principal recaía sobre el descubrimiento de sueños sexuales infantiles, casi todas mis pacientes pretendían haber sido seducidas por su padre. Al cabo, se me impuso la conclusión de que tales informes eran mentirosos, y aprendí así a comprender que los síntomas histéricos se derivan de fantasías y no de sucesos reales. Más tarde, pude reconocer, en esta fantasía de la seducción por el padre, la manifestación del complejo de Edipo típico femenino. Y ahora volvemos a encontrar la fantasía de seducción en la prehistoria, anterior al complejo de Edipo, de la niña, con la variante de que la iniciación sexual ha sido efectuada, regularmente, por la madre. Pero, aquí, la fantasía se basa ya en la realidad, pues es, en efecto, la madre la que al someter a sus hijas a los cuidados de la higiene corporal, despierta en los genitales de las mismas las primeras sensaciones placientes.

Sospecho que esta descripción de la riqueza y la intensidad de las relaciones sexuales de la niña con su madre ha de pareceros exagerada. Conocéis a muchas niñas y nunca habéis advertido en ellas nada semejante. Tal objeción no es válida: Sabiendo observar la vida infantil descubrimos muchas cosas; pero además hay que tener en cuenta que la infancia sólo a una mínima parte de sus deseos sexuales puede dar expresión preconsciente, no digamos ya comunicar. No hacemos, pues, sino servirnos de un perfecto derecho, al estudiar a posteriori los residuos y consecuencias de este mundo afectivo en personas en las

que tales procesos de la evolución alcanzaron un desarrollo especialmente visible o incluso exagerado. La patología nos ha prestado siempre el servicio de revelarnos, aislándolas y complicándolas, circunstancias que, dentro de la normalidad, habrían permanecido ocultas. Y como nuestras investigaciones no han sido realizadas en sujetos gravemente anormales, creo que podemos dar crédito a sus resultados.

Orientaremos ahora nuestro interés hacia la disolución de esta poderosa vinculación de la niña a su madre. Sabemos, de antemano, que su destino es perecer, dejando el puesto a la vinculación al padre. Y tropezamos con un hecho que nos muestra el camino que debemos seguir. En este avance de la evolución no se trata de un mero cambio de objeto. El apartamiento de la madre se desarrolla bajo el signo de la hostilidad; la vinculación a la madre se resuelve en odio. El cual puede hacerse muy evidente y perdurar a través de toda la vida, o puede ser luego cuidadosamente super-compensado, siendo lo más corriente que una parte de él sea dominada, perdurando otra. Estas sus variantes dependen en gran medida de lo que suceda en años ulteriores. Pero aquí nos limitaremos a estudiarlo en el período del viraje hacia el padre, investigando sus motivaciones. Oímos entonces toda una serie de quejas y acusaciones contra la madre, tendientes a justificar los sentimientos hostiles de la niña y cuyo valor, que analizaremos cuidadosamente, varía mucho. Algunas son francas racionalizaciones. Habremos, pues, de investigar las fuentes verdaderas de la hostilidad. Espero que os interesará seguirme esta vez a través de todos los detalles de una investigación psicoanalítica.

De los reproches que la sujeto dirige a su madre,

el que más atrás se remonta es el de haberla criado poco tiempo a sus pechos, lo cual reputa la sujeto como una falta de cariño. Ahora bien: este reproche no deja de entrañar, en las circunstancias actuales, una cierta justificación. Muchas madres de hoy no tienen leche suficiente para criar a sus hijos y se contentan con amamantarlos unos cuantos meses, seis o nueve a lo más. Entre los pueblos primitivos, los niños son amamantados durante dos y tres años. La figura de la nodriza, sustitución de la madre, es fundida con la de ésta. Cuando la sustitución ha tenido efecto desde un principio, el reproche mencionado se torna en el de haber despedido demasiado pronto a la nodriza, que tan complacientemente alimentaba a la niña. Pero, cualesquiera que hayan sido las circunstancias reales, es imposible que el reproche de la niña sea justificado tan frecuentemente como lo hallamos. Parece más bien que el ansia de la niña por su primer alimento es, en general, inagotable, y que el dolor que le causa la pérdida del seno materno no se apacigua jamás. No me sorprendería que el análisis de un primitivo, amamantado hasta épocas en la que ya sabía hablar y corretear, extrajera a la luz el mismo reproche. Con el destete se relaciona también, probablemente, el miedo a ser envenenado. El veneno es un alimento que hace enfermar. Quizá el sujeto infantil refiere a la privación del seno materno sus primeras enfermedades. Hace ya falta buena parte de preparación intelectual para creer en la casualidad; el primitivo, el hombre sin ilustración y, seguramente, también el niño, saben dar una razón a todo lo que sucede. Aún actualmente, en algunos estratos populares toda muerte es achacada a alguien, generalmente al médico. Y la reacción neurótica re-

gular a la muerte de un ser querido es también la auto-acusación de haber sido la causa de su muerte.

Otra acusación contra la madre surge al hacer su aparición en la «nursery» un nuevo bebé. Cuando las circunstancias lo hacen posible, la niña relaciona tal suceso con la privación del seno materno. La madre no quiso o no pudo seguir dándole el pecho porque necesitaba amamantar al nuevo infante. Cuando los dos partos son tan seguidos que la lactancia queda cortada por el segundo embarazo, este reproche adquiere un fundamento real, dándose el caso singular de que aun cuando entre ambos retoños haya tan sólo una diferencia de once meses, el primero se da cuenta de lo sucedido, no obstante su temprana edad. Pero no es sólo la privación del seno materno lo que dispone a la niña contra el nuevo intruso y rival suyo, sino todos los demás cuidados que la madre le prodiga. Se siente destronada, despojada, perjudicada en su derecho, desarrolla odio y celos contra el nuevo infante y rencor contra la madre infiel, todo lo cual se manifiesta frecuentemente en una desagradable transformación de su conducta. Se torna «mala», excitable, desobediente y abandona los progresos realizados en el dominio sobre sus excretas. Todo esto es conocido tiempo ha y aceptado como cosa natural, pero rara vez nos hacemos una idea exacta de la fuerza de tales impulsos hostiles, de la tenacidad de su adherencia y de la magnitud de su influjo sobre la evolución ulterior. Sobre todo, cuando estos celos son alimentados de nuevo, una y otra vez, durante los ulteriores años infantiles, renovándose la conmoción con cada nuevo parto de la madre. El hecho de que el primogénito continúe siendo el favorito de la madre no cambia gran cosa

la situación; la exigencia de cariño del sujeto infantil es desmesurada, demanda exclusividad y no tolera partija.

Los deseos sexuales infantiles, distintos en cada fase de la libido, y que, en su mayor parte, no pueden ser satisfechos, constituyen una copiosa fuente de hostilidad contra la madre. La más intensa de estas privaciones emerge en la época fálica, cuando la madre prohíbe a su retoño—a veces con graves amenazas y manifestando intenso disgusto—el placentero jugueteo con sus órganos genitales, al cual ella misma hubo de inducirle antes, al descubrirle, en sus cuidados de higiene corporal, la cualidad erógena de dichos órganos. Podríamos suponer, que éstos eran ya motivos suficientes para fundamentar el apartamiento de la niña, de su madre. Juzgaríamos, entonces, que tal apartamiento era secuela inevitable de la naturaleza de la sexualidad infantil, de la inmoderación de las exigencias de cariño y de la imposibilidad de satisfacer los deseos sexuales. Pensaríamos, incluso, que esta primera relación amorosa de la niña está destinada al fracaso, precisamente por ser la primera, pues tales precoces cargas de objeto son siempre ambivalentes en muy alto grado; junto al amor intenso existe siempre una intensa tendencia a la agresión, y cuanto más apasionadamente ama el niño a su objeto, más sensible se hace a las decepciones y privaciones que el mismo le inflige. Al cabo, el amor sucumbe forzosamente a la agresión acumulada. O también podemos rechazar una tal ambivalencia original de las cargas eróticas e indicar que lo que conduce, con igual fatalidad inevitable, a la perturbación del amor infantil, es la naturaleza especial de las relaciones entre madres e hijos, pues toda educación,

por benigna que sea, tiene que ejercer coerción e imponer limitaciones, y todo ataque de este orden a su libertad tiene que despertar en el sujeto infantil, como reacción, la tendencia a la agresión y a la rebeldía. La discusión de estas posibilidades podía resultar muy interesante, pero una objeción que de repente surge a nuestro paso, orienta nuestra atención en un sentido distinto. Todos estos factores, la preterición, las decepciones amorosas, los celos y la seducción seguida de prohibición, se dan también en las relaciones del niño con la madre y no son, sin embargo, suficientes para apartarle de ella. Si no encontramos algo que sea específico de la niña, algo que no aparezca en el niño o aparezca en él distintamente, no habremos aclarado el desenlace de la vinculación de la niña a la madre.

Por mi parte, creo que hemos hallado tal factor específico, y precisamente en el lugar en que esperábamos hallarlo, si bien en forma sorprendente. En el lugar esperado, digo, porque tal lugar es el complejo de la castración. La diferencia anatómica tenía que manifestarse en consecuencias psíquicas. En cambio, nos sorprendió descubrir, por medio del análisis, que la niña hace responsable a la madre de su carencia de pene y no le perdona tal desventaja.

Como véis, adscribimos también a la mujer un complejo de castración. Fundadamente, desde luego; pero tal complejo no puede entrañar el mismo contenido que el del niño. En este último, el complejo de castración se forma después que la visión de unos genitales femeninos le han revelado que el miembro que tanto estima él no es, como suponía, inseparable de todo cuerpo humano. Recuerda entonces las amenazas que le valieron sus jugueteos con

el miembro, empieza a darlas crédito y queda, desde aquel instante, bajo el influjo del miedo a la castración, que pasa a ser el motor más importante de su desarrollo ulterior. También el complejo de castración de la niña es iniciado por la visión del genital del otro sexo. La niña advierte en seguida la diferencia y—preciso es confesarlo—también su significación. Se siente gravemente desventajada, manifiesta con gran frecuencia, que también ella «quisiera tener una cosita así» y sucumbe a la «envidia del pene», que dejará huellas perdurables en su evolución y en la formación de su carácter y que ni siquiera en los casos más favorables será dominada, sin grave esfuerzo psíquico. El que la niña reconozca su carencia de pene, no quiere decir que la acepte de buen grado. Por el contrario, mantiene mucho tiempo el deseo de «tener una cosita así», cree en la posibilidad de conseguirlo hasta una edad en la que ya resulta inverosímil tal creencia, y aun en tiempos en los que el conocimiento de la realidad le ha hecho ya abandonar semejante deseo, por irrealizable, el análisis puede demostrar que el mismo perdura en lo inconsciente, y ha conservado una considerable carga de energía. El deseo de conseguir, al fin, el ansiado pene, puede aún procurar su aportación a los motivos que impulsan a la mujer adulta a someterse al análisis, y aquello que razonablemente puede esperar del análisis, por ejemplo, la capacidad para ejercer una profesión intelectual, demuestra, muchas veces, ser una variante sublimada de dicho deseo reprimido.

De la importancia de la envidia del pene no puede caber duda. Generalmente se considera como un ejemplo de la injusticia masculina la afirmación de que la envidia y los celos desempeñan en la vida aní-

mica de la mujer mayor papel que en la del hombre. Y no es que estas cualidades falten a los hombres o no tengan en las mujeres otra raíz que la envidia del pene, pero nos inclinamos a abscribir el excedente femenino a esta última influencia. Ahora bien, algunos analíticos se han inclinado a disminuir la importancia de aquel primer despertar de la envidia del pene, en la fase fálica. Opinan que esta actitud femenina es, principalmente, una formación secundaria, nacida, con ocasión de conflictos ulteriores, por regresión a aquel impulso infantil. Es este un problema general que entra de lleno en la psicología abisal. En muchas actitudes instintivas patológicas—o simplemente inhabituales—, por ejemplo, en las perversiones sexuales, hemos de preguntarnos qué parte de su energía corresponde a las fijaciones infantiles y cuál otra a la influencia de vivencias y evoluciones ulteriores. Trátase casi siempre de series complementarias como las que hemos supuesto en el estudio de la etiología de las neurosis. Ambos factores participan en magnitudes distintas en la causación, complementándose uno a otro. Lo infantil da, en todos los casos, la pauta, y es, con frecuencia, aunque no siempre, decisivo. Precisamente en el caso de la envidia del pene predomina, a mi juicio, el factor infantil.

El descubrimiento de su castración constituye un punto crucial en la evolución de la niña. Parten de él tres caminos de la evolución: uno, conduce a la inhibición sexual o a la neurosis; otro, a la transformación del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad, y el otro, al fin, a la feminidad normal. Sobre los tres hemos averiguado muchas cosas, aunque no todas. El contenido esencial del primero es que la niña, que hasta entonces había vivido mas-

culinamente, sabía procurarse placer excitándose el clítoris y relacionaba tal actividad con sus deseos sexuales, frecuentemente activos, orientados hacia su madre, deja que la influencia de la envidia del pene le eche a perder el goce de su sexualidad fálica. Ofendida en su amor propio por la comparación con el niño, mejor dotado, renuncia a la satisfacción masturbatoria por excitación del clítoris, rechaza su amor a la madre y reprime con ello, en muchos casos, buena parte de sus impulsos sexuales. El apartamiento de la madre no tiene efecto de una vez, pues la niña considera al principio su castración como un infortunio individual y sólo paulatinamente la va extendiendo a otras criaturas femeninas y, por último, también a la madre. El objeto de su amor era la madre fálica; con el descubrimiento de que la madre está castrada se le hace posible abandonarla como objeto amoroso, y, entonces, los motivos de hostilidad, durante tanto tiempo acumulados, vencen en toda la línea. Así, pues, con el descubrimiento de la falta de pene, la mujer queda desvalorizada para la niña, lo mismo que para el niño y quizá para el hombre.

Todos sabéis qué suprema importancia etiológica conceden nuestros neuróticos a su onanismo. Le hacen responsable de todas sus dolencias y nos cuesta mucho trabajo hacerles admitir su error. En realidad, debíamos darles la razón, pues el onanismo es la actividad especial de la sexualidad infantil, de cuya evolución fallida dependen, verdaderamente, sus padecimientos. Pero es que los neuróticos inculpan al onanismo del período de pubertad, habiendo olvidado en cambio, por lo general, el de la temprana infancia, que es el que en realidad importa. Quisiera tener algún día la ocasión de explicaros deta-

lladamente cuán importantes son todos los detalles efectivos del onanismo precoz para la neurosis ulterior o para el carácter de cada individuo, si fué o no descubierto, si los padres lo combatieron o lo consintieron y si el individuo mismo logró sojuzgarlo. Todo esto ha dejada huellas perdurables en su evolución. Pero, pensándolo bien, me alegro de no tener que desarrollar tal explicación; sería una labor tan ardua como prolongada y a su final me pondríaís seguramente en un aprieto pidiéndome consejos de orden práctico sobre la conducta que los padres y educadores deben adoptar frente al onanismo infantil. En la evolución de la niña, tal como la voy exponiendo tenéis un ejemplo de cómo el infantil sujeto se esfuerza espontáneamente en libertarse del onanismo. Pero no siempre lo consigue. En los casos en que la envidia del pene ha despertado un fuerte impulso contra el onanismo clitoridiano y éste se resiste a desaparecer, se desarrolla una violenta lucha de liberación en la que la niña toma a su cargo el papel de la madre, destronada ya, y manifiesta su disgusto por la inferioridad fálica de su clitoris con su resistencia contra la satisfacción asequible por medio de su excitación. Todavía muchos años después, cuando la satisfacción onanista ha sido vencida mucho tiempo ha, perdura un interés que hemos de interpretar como defensa contra una tentación aún temida. Tal interés se manifiesta en la emergencia de simpatía hacia personas a las que se supone en idéntico conflicto, y puede decidir la elección de esposo o de amante. No es ciertamente cosa fácil ni indiferente la solución de las secuelas de la masturbación infantil.

Con el abandono de la masturbación clitoridiana, la sujeto renuncia a un montante de actividad. La

pasividad se hace dominante, y el viraje hacia el padre queda cumplido, con ayuda, sobre todo, de impulsos instintivos pasivos. Habréis de reconocer que un tal avance de la evolución, que acaba con la actividad fálica, allana el camino a la feminidad. Si las pérdidas que en ello origina la represión no son demasiado considerables, tal feminidad puede resultar normal. El deseo con el que la niña se orienta hacia el padre es quizá, originariamente, el de conseguir de él el pene que la madre le ha negado. Pero la situación femenina se constituye luego cuando el deseo de tener un pene es relevado por el de tener un niño, substituyéndose así el niño al pene conforme a la antigua equivalencia simbólica. No olvidamos que ya anteriormente, en la época fálica imperturbada, la niña deseó también tener un niño; tal era el sentido de sus juegos con las muñecas. Pero este juego, no era en realidad, la manifestación de su feminidad; favorecía la identificación con la madre, con la intención de substituir la pasividad por actividad. La niña jugaba a ser la madre, y la muñeca era ella misma; de este modo, podía hacer con la muñeca lo que la madre solía hacer con ella. Sólo al despertar el deseo de tener un pene es cuando la muñeca se convierte en un hijo habido del padre y pasa a ser, en adelante, el fin optativo femenino más intenso. La felicidad es grande cuando el deseo infantil de tener un hijo encuentra más tarde su satisfacción real, sobre todo, cuando el hijo es un niño que trae consigo el anhelado pene. En el deseo de tener un hijo del padre, el acento recae, con frecuencia, totalmente, sobre el primero de sus elementos, quedando sin relieve alguno el segundo. El viejo deseo masculino de la posesión de un pene se transparenta, así, todavía, a través de

la más acabada feminidad. Pero quizá debiéramos reconocer tal deseo del pene como exclusivamente femenino.

Con la transferencia del deseo niño-pene, al padre, entra la niña en la situación del complejo de Edipo. La hostilidad contra la madre, preexistente ya, se intensifica ahora, pues la madre pasa a ser la rival que recibe del padre todo lo que la niña anhela de él. El complejo de Edipo de la niña nos ha ocultado mucho tiempo su vinculación anterior a la madre, tan importante, sin embargo, y que tan perdurables fijaciones deja tras de sí. Para la niña, la situación de Edipo es el desenlace de una larga y difícil evolución, una especie de solución provisional, una postura de descanso, que la sujeto tarda en abandonar, tanto más cuanto que el principio del período de latencia no está ya lejos. Y ahora advertimos, en cuanto a la relación del complejo de Edipo con el complejo de castración, una diferencia importantísima entre ambos sexos. El complejo de Edipo del niño, en el cual desea a su madre y quisiera apartar al padre, viendo en él un rival, se desarrolla, naturalmente, a partir de la fase de su sexualidad fálica. Pero la amenaza de castración le fuerza a abandonar tal actitud. Bajo la impresión del peligro de perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido y, en el caso más normal, fundamentalmente destruido, siendo instaurado, como heredero del mismo, un riguroso super-yo. En la niña sucede casi lo contrario. El complejo de castración prepara el complejo de Edipo en lugar de destruirlo; la influencia de la envidia del pene aparta a la niña de la vinculación a la madre y la hace entrar en la situación del complejo de Edipo como en un puerto de salvación. Con la

desaparición del miedo a la castración se desvanece el motivo principal que había impulsado al niño a superar el complejo de Edipo. La niña permanece en él indefinidamente, y sólo más tarde e incompletamente lo supera. En estas circunstancias, la formación del super-yo tiene forzosamente que padecer; no puede alcanzar la robustez y la independencia que le confieren su valor cultural. Los feministas nos oyen con disgusto cuando les señalamos los resultados de este factor para el carácter femenino medio.

Indicamos antes, como otra de las reacciones posibles al descubrimiento de la castración femenina, el desarrollo de un fuerte complejo de masculinidad. Queremos decir con ello que la niña se niega a admitir la ingrata realidad; exagera, con obstinada rebeldía, su masculinidad de hasta entonces, mantiene su actividad clitoridiana y busca un refugio en una identificación con la madre fálica o con el padre. ¿Qué es lo que decide este desenlace? No puede ser sino un factor constitucional, una mayor magnitud de actividad, característica del macho. Lo principal del proceso es que en este lugar de la evolución es evitado el incremento de pasividad que inicia el viraje hacia la feminidad. El rendimiento máximo de este complejo de masculinidad nos parece ser su influjo en la elección de objeto en el sentido de una homosexualidad manifiesta. La experiencia analítica nos enseña que la homosexualidad femenina no continúa nunca—o sólo raras veces—, en línea directa, la masculinidad infantil. Así parece confirmarlo el hecho de que también tales niñas toman por algún tiempo al padre como objeto y entran en la situación de Edipo. Pero, luego, las decepciones inevitables que el padre las inflige las impulsan a una regresión a su

anterior complejo de masculinidad. Sin embargo, no debemos exagerar la importancia de tales decepciones, pues también las niñas destinadas a una feminidad normal pasan por ellas sin que el resultado les sea fatal. La prepotencia del factor constitucional parece indiscutible, pero los dos factores de la evolución de la homosexualidad femenina se reflejan acabadamente en las prácticas de las homosexuales, que lo mismo juegan a ser madre e hija que marido y mujer.

Lo que antecede constituye, por decirlo así, la prehistoria de la mujer. Es el resultado de nuestras investigaciones más recientes y puede haberse interesado como una muestra de la labor analítica de detalle. Como el tema de tal labor es, exclusivamente, la mujer, me permitiré citar nominalmente a aquellas de nuestras colegas a las que esta investigación debe aportaciones de importancia. La doctora Ruth Mack Brunswick, ha sido la primera en describir un caso de neurosis imputable a una fijación en el estadio anterior al complejo de Edipo y en el que la sujeto no llegó siquiera a la situación de tal complejo. La neurosis tomó la forma de una paranoia de celos y se demostró asequible a la terapia. La doctora Jeanne Lampl-de-Groot, ha comprobado con seguras observaciones, la actividad fálica de la niña con respecto a la madre, tan increíble a primera vista. Por último, la doctora Helene Deutsch, ha mostrado que los actos eróticos de las mujeres homosexuales reproducen las relaciones entre la madre y la niña.

No entra en mis propósitos perseguir la conducta ulterior de la feminidad, a través de la pubertad, hasta la madurez. Nuestros conocimientos son aún insuficientes para ello. Me limitaré, pues, a daros algunas

indicaciones. Tomando como punto de partida la prehistoria, señalaremos que el desarrollo de la feminidad queda expuesto a perturbaciones por parte de los fenómenos residuales del período prehistórico de masculinidad. Las regresiones a las fijaciones de aquellas fases anteriores al complejo de Edipo, son cosa frecuente; en algunos historiales hallamos una alternación repetida de períodos en los que predominan la masculinidad o la feminidad. Parte de aquello que los hombres llamamos «el enigma de la mujer» se deriva quizá de esta manifestación de la bisexualidad en la vida femenina. Pero en el curso de estas investigaciones se nos ha hecho más transparente otro problema. Hemos dado el nombre de libido a la fuerza motriz de la vida sexual. Esta vida sexual es regida por la polarización de lo masculino y lo femenino; habremos, pues, de examinar la relación de la libido con tal antítesis. No nos sorprendería hallar que a cada sexualidad correspondía su libido particular, de manera que una clase de libido perseguiría los fines de la sexualidad masculina, y otra los de la femenina. Pero nada de esto sucede. No hay más que una libido, que es puesta al servicio tanto de la función sexual masculina como femenina. Y no podemos atribuirle un sexo; si, abandonándonos a la equiparación convencional de actividad y masculinidad, la queremos llamar masculina, no deberemos olvidar que representa también tendencias de fines pasivos. Y lo que nunca estará justificado será hablar de una «libido femenina». Experimentamos la impresión de que la libido ha sido objeto de una mayor coerción cuando aparece puesta al servicio de la función femenina, y también la de que en este caso —teleológicamente hablando—la naturaleza tiene

menos cuidadosamente en cuenta sus exigencias que en el caso de la masculinidad. Y ésto—teleológicamente pensado—puede tener su razón en que la consecución del fin biológico ha sido confiada a la agresión del hombre y hecha independiente, en cierto modo, del consentimiento de la mujer.

La frigidez sexual de la mujer, cuya frecuencia parece confirmar la anterior hipótesis, es un fenómeno insuficientemente comprendido aún. Psicógeno, a veces, y accesible entonces a la influencia analítica, impone, en otros casos, la hipótesis de una condicionalidad constitucional, e incluso la de intervención de un factor anatómico.

He prometido indicaros aún algunas peculiaridades psíquicas de la feminidad madura, tal y como se nos muestran en la observación analítica. No adscribimos a estas afirmaciones una validez absoluta y tampoco es siempre fácil distinguir lo que corresponde a la influencia de la función sexual y lo que ha de atribuirse a la disciplina social. Adscribimos, pues, a la feminidad un elevado montante de narcisismo, el cual influye aún sobre su elección de objeto, de manera que, para la mujer, es más imperiosa necesidad ser amada que amar. En la vanidad que a la mujer inspira su físico participa aún la acción de la envidia del pene, pues la mujer estima tanto más sus atractivos cuanto que los considera como una compensación ulterior de su inferioridad sexual original. Al pudor, en el que se ve una cualidad exclusivamente femenina, pero que es algo mucho más convencional de lo que se cree, le adscribimos la intención primaria de encubrir la defectuosidad de los genitales. Aunque nos olvidamos que después ha tomado a su cargo otras funciones. Se cree que las mujeres no han con-

tribuido sino muy poco a los descubrimientos e inventos de la historia de la civilización, pero quizá sí han descubierto, por lo menos, una técnica: la de tejer e hilar. Si así ha sido, en efecto, podríamos indicar el motivo inconsciente de tal rendimiento. La naturaleza misma habría suministrado a la mujer el modelo para tal imitación, haciendo que al alcanzar la sujeto la madurez sexual, crezca la vegetación pilosa que oculta sus genitales. El paso inmediato habría constituido en adherir unas a otras aquellas hebras que salían aisladas de la piel. Claro está que si juzgáis fantástica esta idea y suponéis una idea fija mía la influencia de la falta de pene en la conformación de la feminidad, nada podré aducir en mi defensa.

Las condiciones de la elección de objeto de la mujer quedan frecuentemente encubiertas por las circunstancias sociales. Cuando tal elección puede ser libre, se desarrolla, muchas veces, conforme al ideal narcisista del hombre que la niña habría deseado llegar a ser. Si la niña ha permanecido en la vinculación al padre, o sea en el complejo de Edipo, elegirá conforme al tipo del padre. Dado que, en el viraje desde la madre al padre, la hostilidad de la relación afectiva queda enlazada a la madre, una tal elección debería garantizar un matrimonio feliz. Pero, muy frecuentemente, se presenta un desenlace que pone en peligro tan favorable solución del conflicto de la ambivalencia. La hostilidad dejada atrás persigue a la vinculación positiva y ataca al nuevo objeto. El marido, que había heredado primero al padre, hereda ahora a la madre. De este modo, sucede fácilmente que la segunda mitad de la vida de una mujer aparezca consagrada a la lucha contra su marido, como

la primera, más breve, a la rebelión contra su madre. Una vez exhaustivamente vivida esta reacción, un segundo matrimonio puede resultar mucho más satisfactorio. Otra transformación de la mujer, inesperada para el marido, puede iniciarse con el nacimiento del hijo primogénito. Bajo la impresión de la propia maternidad, puede quedar reanimada una identificación con la madre, contra la cual se había defendido la mujer hasta su matrimonio, y atraer a sí toda la libido disponible, de manera que la obsesión de repetición reproduzca un matrimonio infeliz de los padres. La distinta reacción de la madre ante el nacimiento de un hijo o una hija muestra que el antiguo factor de la falta de pene no ha perdido aún su fuerza. Sólo la relación con el hijo procura a la madre satisfacción ilimitada; es, en general, la más acabada y libre de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir sobre el hijo la ambición que ella tuvo que reprimir y esperar de él la satisfacción de todo aquello que de su complejo de masculinidad queda aún en ella. El matrimonio mismo no queda garantizado hasta que la mujer ha conseguido hacer de su marido su hijo y actuar de madre con él.

La identificación de la mujer con su madre muestra dos estratos, uno, anterior al complejo de Edipo, que reposa sobre la vinculación amorosa a la madre y la toma por modelo, y otro ulterior, basado en el complejo de Edipo, que quiere apartar a la madre y sustituirla al lado del padre. De ambos, queda mucho para el futuro, pudiéndose decir que ninguno queda suficientemente superado en el curso de la evolución. Pero la fase de la vinculación amorosa, anterior al complejo de Edipo, es la decisiva para

el futuro de la mujer; en ella se prepara la adquisición de aquellas cualidades con las que luego atenderá a su papel en la función sexual y cumplirá sus inestimables funciones sociales. En esta identificación adquirirá también el atractivo para el hombre que convierte la vinculación del mismo a su madre en enamoramiento. Sólo que, muchas veces, es el hijo el que recibe aquello a que el enamorado aspiraba. Experimentamos la impresión de que el amor del hombre y el de la mujer se separan en una diferencia de fases psicológicas.

El hecho de que hayamos de atribuir a la mujer un escaso sentido de la justicia, depende quizá, del predominio de la envidia en su vida anímica, pues la exigencia de justicia es una elaboración de la envidia, procura la condición bajo la cual es posible darla libre campo. Decimos también, de las mujeres, que sus intereses sociales son más débiles, y su capacidad de sublimación de los instintos, menor que los de los hombres. Lo primero se deriva quizá del carácter disocial propio, indudablemente, de todas las relaciones sexuales. Los amantes se bastan el uno al otro y hasta la familia se resiste a ser integrada en uniones más amplias. La capacidad de sublimación está sujeta a máximas oscilaciones individuales. En cambio, no puedo por menos de mencionar una impresión que experimentamos de continuo en la actividad analítica. Un hombre alrededor de los treinta años nos parece un individuo joven, inacabado aún, del que esperamos que aprovechará enérgicamente las posibilidades de desarrollo que el análisis le ofrezca. En cambio, una mujer de igual edad nos asusta frecuentemente por su inflexibilidad e inmutabilidad psíquicas. Su libido ha ocupado posiciones definitivas

y parece incapaz de cambiarlas por otras. No encontramos caminos conducentes a un desarrollo ulterior; es como si el proceso se hubiera ya cumplido por completo y quedara abstraído ya a toda influencia; como si la ardua evolución hasta la feminidad hubiera agotado las posibilidades de la persona. Como terapeutas, lamentamos este estado de cosas aún en aquellas ocasiones en las que conseguimos poner fin al padecimiento con la solución del conflicto neurótico.

Esto es todo lo que tenía que decirnos sobre la feminidad. Es, desde luego, incompleto y fragmentario, y no siempre grato. Ahora bien: no debéis olvidar que sólo hemos descrito a la mujer en cuanto su ser es determinado por su función sexual. Esta influencia llega, desde luego, muy lejos, pero es preciso tener en cuenta que la mujer integra también lo generalmente humano. Si queréis saber más sobre la feminidad podéis consultar a vuestra propia experiencia de la vida, o preguntar a los poetas, o esperar a que la ciencia pueda procuraros informes más profundos y más coherentes.

Y para impedir los cambios por otros. No es con-  
fianza en los cambios, sino un desdoro de la vida;  
es como si el grupo se hubiera ya cambiado por  
completo y quedara esperando a los nuevos  
como si la vida no fuera la totalidad de la  
la vida en las posibilidades de la persona. Como se  
representa, representando este estado de cosas que en  
aquellas ocasiones en las que se encuentran con  
al padecimiento con la esperanza del cambio, pero

Esto es todo lo que tiene que decir sobre la in-  
mortalidad. La vida debe ser un momento y la vida  
no, y no siempre es así. A veces, no debe ser  
dar que sólo cuando la vida es la vida, cuando se  
se es determinado por su propia vida. Esta in-  
mortalidad, desde luego, está lejos de ser una  
cosa tener en cuenta que la vida misma también  
lo que realmente importa. Si quisiera saber más sobre  
la inmortalidad podría consultar a vuestra propia espe-  
riencia de la vida, o preguntar a los poetas, o espe-  
cialmente a los que pueden proporcionar información más  
profunda y más completa.

## XXXIV

### Aclaraciones, aplicaciones y orientaciones

Para descansar un poco de la aridez de las conferencias precedentes, vais a permitirme que hoy os hable de cosas de muy escaso alcance teórico pero que, a fuer de adeptos de la psicoanálisis, no dejarán de interesaros. Supongamos, por ejemplo, que, en vuestros ratos de ocio, tomáis en vuestras manos una novela americana o inglesa, en la que esperáis hallar una descripción de los hombres y las circunstancias actuales. A las pocas páginas, tropezáis con un primera manifestación sobre la psicoanálisis, y luego con otras más, aunque el asunto no parezca hacerlas precisas. No por ello deberéis creer que se trate de una aplicación de la psicología abisal, encaminada a la mejor comprensión de los personajes del texto o de sus hechos, aunque también existan, desde luego, algunas obras literarias en las que real y seriamente se ha llevado a cabo un tal intento. Mas, por lo general, tales menciones de la psicoanálisis se limitan a observaciones burlescas con las que el autor de la novela quiere demostrar su cultura o su superioridad intelectual. Y en la mayoría de los casos experimentáis la impresión de que el autor no conoce en absoluto lo que tan denodadamente juzga.

O supongamos también, que en vez de consagrar a la lectura vuestros ocios, acudís a una reunión. A poco de estar en ella, la conversación recae sobre la psicoanálisis, y oís cómo las personas más distintas se pronuncian sobre ella, y casi siempre con un tono de absoluta seguridad. Tales juicios son, por lo general, despectivos, si no ofensivos, y, cuando menos, burlones. Pero si sois tan imprudentes que delatáis saber algo sobre la cuestión, todos los circunstantes os abrumarán en el acto pidiéndoos informaciones y aclaraciones, y os procurarán en seguida la convicción de que sus severos juicios eran anteriores a toda información y que apenas uno sólo de aquellos adversarios de la psicoanálisis ha abierto jamás un libro analítico, o si lo ha abierto, lo ha dejado en cuanto ha tropezado con alguna dificultad, inevitable en el primer encuentro con toda materia nueva.

De una introducción a la psicoanálisis esperaréis acaso también que os indique los argumentos que podéis emplear para rectificar los errores manifiestos en el enjuiciamiento del análisis, los libros que debéis recomendar con vistas a una mejor información e incluso los ejemplos de vuestras lecturas o vuestra experiencia que debéis aducir en la discusión para cambiar la actitud de vuestros interlocutores. Yo os ruego que nada de esto hagáis. Sería inútil; lo mejor que podéis hacer es ocultar vuestros conocimientos. Y cuando no os sea posible, limitáos a decir que, por lo que sabéis, la psicoanálisis es una rama especial del saber, muy difícil de comprender y de enjuiciar y que se ocupa de cosas muy serias, no procediendo por lo tanto tomarla a burla, ni como tema de amena y ligera charla. Y, desde luego, no participéis en tentativas de interpretación cuando algún imprudente

relate sus sueños, ni cedáis a la tentación de favorecer la causa analítica con relatos de curaciones.

Pero podéis preguntaros por qué estas gentes, tanto las que escriben libros como las que hacen de la psicoanálisis tema de frívola conversación, se conducen tan incorrectamente, y os inclinaréis a suponer que ello depende no sólo de ellas, sino también de la psicoanálisis. Tal es también mi opinión; lo que en la literatura y en la sociedad halláis en calidad de prejuicio es el efecto de un juicio anterior—del juicio que los representantes de la ciencia oficial hicieron recaer sobre la psicoanálisis en sus albores—. De ello me he lamentado ya una vez en una exposición histórica de nuestra disciplina y no volveré a hacerlo—quizá también aquella sola vez fué de sobra—; pero, verdaderamente, los adversarios científicos de la psicoanálisis se permitieron por entonces obrar no sólo contra toda lógica, sino contra todo decoro y todo buen gusto. Fué una situación como la que realmente se daba en la Edad Media cuando un malhechor, o tan sólo un adversario político, era expuesto en la picota y abandonado a los maltratos de la plebe. Y no sabéis bien hasta dónde alcanza la plebeyez en nuestra sociedad, ni qué cosas se permiten los hombres cuando se sienten parte integrante de una masa y exentos de responsabilidad personal. Por aquel entonces estaba yo casi sólo y no tardé en ver que era inútil polemizar; tan inútil como querellarse o recurrir a otros ingenios más altos, pues no había instancia ante la cual presentar la querrela. Empecé, pues, otro camino; llevé a cabo la primera aplicación de la psicoanálisis explicándome la conducta de la masa como un fenómeno de la misma resistencia que en cada uno de mis pacientes había de combatir;

me abstuve de toda polémica e influí sobre mis adeptos, conforme fueron llegando a mí, en igual sentido. Este procedimiento dió buenos resultados; la proscripción que pesaba sobre la psicoanálisis ha sido luego levantada, pero lo mismo que una fe extinta pervive como superstición, y como opinión popular una teoría abandonada por la ciencia, aquella proscripción primera de la psicoanálisis por los círculos científicos subsiste hoy en el desprecio burlón de los profanos que escriben libros o dan conversación. Lo cual no habrá ya de sorprenderos.

Pero no esperéis la buena nueva de que la lucha en torno del análisis haya llegado a su fin con su reconocimiento como ciencia y su admisión en la Universidad. La lucha continúa, si bien con maneras más decorosas. Además, se ha formado, en la sociedad científica, una especie de amortiguador entre el análisis y sus adversarios, constituido por gentes que admiten algo de la psicoanálisis, si bien bajo condiciones harto regocijantes, y rechazan clamorosamente otras cosas, siendo difícilísimo adivinar en qué fundan tal selección. Probablemente en simpatías personales. Unos repulsan la función de la sexualidad; otros, la existencia de lo inconsciente; el simbolismo, sobre todo, despierta intensa contradicción. Estos eclécticos parecen no darse cuenta de que el edificio de la psicoanálisis, si bien inacabado aún, constituye ya hoy una unidad de la que no es posible abstraer a capricho elementos aislados. Ninguno de estos medios adeptos o cuartos de adeptos ha podido darme la impresión de que sus repulsas parciales se fundaban en un detenido examen de nuestra disciplina. A ellos pertenecen también hombres sobresalientes. Tienen ciertamente en su disculpa que tanto su tiempo como

su atención están embargados por aquellas otras materias en las que han sobresalido. Pero, siendo así ¿no procederían mejor reservando su juicio, en vez de tomar partido tan decididamente? Con uno de estos grandes hombres me fué dado lograr una rápida conversión. Era un crítico de fama mundial, que había seguido las corrientes espirituales de nuestro tiempo con benévola comprensión y aguda visión profética. Hice conocimiento con él cuando contaba ya más de ochenta años, pero su conversación seguía siendo encantadora. Ya adivinaréis de quién se trata. No fuí yo, sino él, quien llevó el diálogo hacia la psicoanálisis. Y lo hizo con delicada modestia. «Yo no soy—dijo—más que un literato, mientras que usted es un investigador y un descubridor. Pero he de afirmarle que yo jamás he abrigado sentimientos de orden sexual hacia mi madre.» «Es que no tiene usted por qué haberse dado cuenta—fué mi respuesta—. Se trata de procesos inconscientes para el adulto.» «Eso es otra cosa», repuso aliviado, y me apretó la mano. Luego seguimos charlando, en la mejor armonía, varias horas. Más tarde, oí que, en el breve espacio que aún le fué dado vivir, expresó varias veces juicios benévolos sobre la psicoanálisis, gustando de emplear la palabra «represión», nueva para él.

Un conocido proverbio nos advierte que debemos aprender de nuestros enemigos. Confieso que, por mi parte, jamás lo he conseguido; pero, en un principio, pensé que había de ser muy instructivo para vosotros exponeros una rápida revisión de los reproches y las objeciones que los adversarios de la psicoanálisis han alzado contra ella y señalar luego su injusticia y su falta de lógica, fácilmente evidenciables. Sin embargo, «on second thought», me he dicho que seme-

jante labor no sería tan interesante como fatigosa e ingrata, llevándome además a un terreno cuidadosamente evitado a través de muchos años. Me perdonaréis, pues, que no siga por tal camino y os silencie los juicios de nuestros adversarios pretensamente científicos. Trátase, además, siempre, de personas cuyo único título de capacidad es la inocencia en que se han conservado manteniéndose alejados de todas las experiencias de la psicoanálisis. Pero sé que en otros casos no me dejaréis salir tan fácilmente del paso. Alegaréis, en efecto, que hay muchas personas a las que no puede aplicarse mi anterior observación, pues no han eludido la experiencia analítica; han analizado pacientes, se han sometido por sí mismos al análisis, han sido incluso colaboradores míos durante largos años, y a pesar de todo ello han llegado a opiniones y teorías distintas de las mías, separándose, en consecuencia, de mí, y fundando escuelas psicoanalíticas independientes. Y me pediréis que os explique la posibilidad y la importancia de estas disociaciones, tan frecuentes en la historia de la psicoanálisis.

Voy a intentarlo así; pero muy brevemente, pues tal explicación aporta, para la comprensión de la psicoanálisis, menos de lo que acaso esperéis. Sé que pensáis, ante todo, en la «psicología individual» de Adler, que, en Norteamérica, por ejemplo, es considerada como una desviación plenamente justificada de nuestra psicoanálisis y citada siempre al lado de ésta. En realidad, tiene muy poco que ver con ella, pero a causa de ciertas circunstancias históricas vive una especie de vida parasitaria a expensas suyas. Las condiciones que antes supusimos a los adversarios de este grupo no coinciden en sus fundadores, sino en muy escasa medida. El nombre mismo es inadecuado

y parece creado para salir del paso; no podemos discutirlo como antítesis de la psicología colectiva, pero también lo que nosotros hacemos es sobre todo y ante todo psicología del individuo humano. No entraré hoy en una crítica objetiva de la psicología individual de Adler, pues, a más de rebasar el plan de la presente introducción, la he intentado ya en otra ocasión y no hay gran cosa que rectificar en ella. Pero sí quiero ilustrar la impresión que produce, con el relato de un suceso acaecido en los años preanalíticos.

En las cercanías de la pequeña ciudad de Moravia, en la que yo nací y de la que salí a los tres años, hay un modesto balneario, situado en una riente campiña. Durante mis años de colegial pasé en él varias veces las vacaciones estivales, y luego, pasados ya veinte años, la enfermedad de un próximo pariente mío me dió ocasión de retornar a sus ámbitos. En una conversación con el médico del balneario, que había asistido a mi pariente, le interrogué sobre sus relaciones con los campesinos eslovacos, que durante el invierno constituían su única clientela. El médico me contó que en tal período, su actividad profesional, se desarrollaba en la forma siguiente: A la hora de la consulta acudían los pacientes a su gabinete, se sentaban en fila e iban levantándose y acercándose a él sucesivamente para contarle sus síntomas. El médico los reconocía, se orientaba y les comunicaba su diagnóstico... que era siempre el mismo: «Lo que tiene usted es que le han embrujado». Asombrado, le pregunté si los campesinos no desconfiaban de él al verle aplicarles a todos el mismo diagnóstico. «Nada de eso—me respondió—. Se van tan satisfechos, pues es precisamente lo que esperaban, y al oírlo miran contentos a los que esperan su turno y les guiñan un ojo

como diciendo: Se vé que es hombre que lo entiende». No sopechaba yo por entonces en qué circunstancias volvería a hallar una situación semejante.

Trátase de un homosexual o de un necrófilo, de un histérico angustiado, de un neurótico obsesivo o de un demente furioso, el psicólogo individual de la escuela de Adler indicará, como motivo principal de su estado, el deseo de hacerse valer, de sobrecompensar su inferioridad, de quedar arriba, de pasar de la línea femenina a la masculina. Algo muy semejante oíamos ya los estudiantes de mi tiempo cuando se presentaba en la clínica un caso de histeria: Los histéricos producen sus síntomas para hacerse interesantes, para atraer la atención sobre ellos. ¡Cómo retornan una y otra vez las viejas ideas! Pero este trocito de psicología no nos parecía, ya por entonces, aclarar por completo el enigma de la histeria. Dejaba, por ejemplo, inexplicado, por qué los enfermos no se servían de otros medios para lograr su intención. Algo de la teoría de los psicólogos individuales tiene que ser, desde luego, exacto, una ínfima partícula en la vasta totalidad. El instinto de conservación intentará aprovechar cualquier situación dada; el yo que-rrá transformar también la enfermedad en una ventaja. Esto es lo que en psicoanálisis llamamos «ventaja secundaria de la enfermedad». Aunque si pensamos en los hechos del masoquismo, en la necesidad inconsciente de castigo y en los auto-maltratos neuróticos, que nos inclinan a suponer la existencia de instintos contrarios a la propia conservación, dudaremos también de la validez general de aquella verdad trivial sobre la que se alza el edificio doctrinal de la psicología adleriana. Mas, para la mayoría, ha de ser bienvenida una teoría que no reconoce complicacio-

nes, no introduce ningún concepto nuevo difícilmente aprehensible, no sabe nada de lo inconsciente, aparta decididamente el problema de la sexualidad que pesa sobre todos los humanos, y se limita al descubrimiento de unos cuantos trucos para hacerse más cómoda la vida. Pues la mayoría es cómoda, se contenta con una sola razón aclaratoria, no agradece a la ciencia sus desvelos, quiere obtener soluciones simples y saber resueltos los problemas. Y la psicología individual cumple acabadamente tales aspiraciones.

La crítica de los círculos científicos, tan implacable contra la psicoanálisis, ha tratado, en general, con máxima benevolencia a la psicología individual. Sin embargo, uno de los más renombrados psiquiatras de Norteamérica ha publicado un artículo—titulado «Enough»—contra Adler, en el que ha dado enérgica expresión a su disgusto ante «la obsesión de repetición» de los psicólogos individuales. Y si otros se han conducido más amablemente ha sido, en mucha parte, por su animadversión contra la psicoanálisis.

Sobre otras escuelas ramificadas de nuestra psicoanálisis sólo muy poco he de decir. Su existencia no testimonia ni en pro ni en contra de la verdad de nuestra disciplina. Pensad en los intensos factores afectivos que tan difícil hacen a muchos adaptarse o subordinarse, y también en aquella mayor dificultad que la frase «quot capita tot sensus» acentúa con pleno acierto. Cuando las divergencias de opinión traspasan ciertos límites, lo mejor es separarse y seguir en adelante caminos distintos, sobre todo cuando las diferencias teóricas acarrearán una transformación de la práctica. Suponed, por ejemplo, que un analítico estima insignificante la influencia del pasado indivi-

dual y busca la curación de las neurosis exclusivamente en motivos presentes y esperanzas orientadas hacia el futuro. Tendrá entonces que prescindir del análisis de la infancia y habrá de emplear, en general, una técnica distinta a la nuestra, compensando la falta de los resultados del análisis de la infancia con una intensificación de su influencia instructiva y la indicación directa de determinados fines vitales. Mas, para nosotros, todo ello podrá ser una nueva escuela de la sabiduría, nunca psicoanálisis. O suponed que otro analítico llegara a la conclusión de que el suceso angustioso del nacimiento constituiría el germen de todas las perturbaciones neuróticas ulteriores; entonces, le parecerá adecuado limitar el análisis a los efectos de esta única impresión y prometer un buen resultado terapéutico con sólo tres o cuatro meses de tratamiento. Observaréis que he elegido dos ejemplos que parten de supuestos diametralmente contrarios. Es un carácter general de todas estas «divergencias» el que cada una de ellas se apodera de una parte del rico acervo de motivos de la psicoanálisis—el instinto de poderío, el conflicto ético, la madre, la genitalidad, etc.—, y una vez apoderada de ella, alza bandera independiente. Si os parece que tales secesiones son ya hoy, en la historia de la psicoanálisis, más frecuentes que en otros movimientos intelectuales, no sé si deberé daros la razón. De ser así, la responsabilidad corresponde a las íntimas relaciones que en la psicoanálisis existen entre las opiniones teóricas y la práctica terapéutica. Las meras diferencias de opinión podrían ser conllevadas más prolongadamente. Se suele acusar de intolerancia a los psicoanalíticos. La única manifestación de tan feo defecto ha sido su separación de los que pensaban de

otro modo. Pero nada más han hecho contra ellos, que además han obtenido la mejor parte, pues al separarse se han librado, por lo general, de alguna de las cargas que nos agobian—del odio contra la sexualidad infantil o de las burlas contra el simbolismo—y el mundo circundante los considera casi de buena fe, lo cual no siempre nos concede a los demás. Y también ha de hacerse constar que—salvo una curiosa excepción—han sido ellos los que se han excluido de nuestra comunidad.

Una de las primeras aplicaciones de la psicoanálisis fué la que nos enseñó a comprender la animadversión que el mundo circundante nos demostraba porque ejercíamos la psicoanálisis. Otras aplicaciones, de naturaleza objetiva, pueden aspirar a un interés más general. Nuestra primera intención fué la de llegar a comprender las perturbaciones de la vida anímica humana, ya que una experiencia singular nos había mostrado que, en tal terreno, la comprensión coincide con la curación y que hay un camino que conduce de la una a la otra. Pero, luego, cuando reconocimos las íntimas relaciones, o incluso la identidad interior, entre los procesos patológicos y los llamados normales, la psicoanálisis se convirtió en psicología abisal, y dado que nada de lo que crean o hacen los hombres es comprensible sin auxilio de la psicología, nacieron espontáneamente las aplicaciones de la psicoanálisis a numerosos sectores científicos, sobre todo a las ciencias del espíritu, y plantearon nuevas tareas. Desgraciadamente, tales tareas tropezaron con obstáculos dependientes de la situación dada y que todavía hoy no han sido del todo removidos. Una tal aplicación requiere conocimientos especializados que el analítico no posee, mientras que

los especialistas correspondientes desconocen el análisis y, a veces, no quieren tampoco saber nada de ella. Resulta así, que los analíticos, como meros aficionados con más o menos preparación, improvisada a veces en breve tiempo, han emprendido incursiones en dominios tales como la mitología, la historia de la civilización, la etnología, la ciencia de las religiones, etc. Los investigadores asentados en tales dominios, los recibieron como a verdaderos intrusos, y sus métodos y resultados fueron, en un principio, despreciados o rechazados. Pero estas circunstancias mejoran de día en día, y en todos los sectores son cada vez más las personas que estudian psicoanálisis para aplicarla a su especialidad. Esperamos, pues, que nuestros afanes se vean premiados con una rica cosecha de nuevos atisbos. Las aplicaciones de la psicoanálisis son además, siempre, confirmaciones de sus doctrinas. Allí donde la labor científica está más alejada de una actividad práctica, será también menos enconada la pugna inevitable de las opiniones.

Me siento muy tentado de conducirlos a través de todas las aplicaciones de la psicoanálisis a las ciencias del espíritu. Son cosa interesante para todo intelectual, y además sería para todos nosotros un merecido reposo apartarnos por algún tiempo de lo anormal y de lo patológico. Pero he de renunciar a ello, pues rebasaría los límites de estas conferencias y—preciso es confesarlo—también mis capacidades. Aunque en algunos de tales sectores he sido yo quien dió los primeros pasos, los progresos en ellos realizados desde entonces han acumulado un acervo de conocimientos del que no tengo ya visión precisa y conjunta, por lo que me sería precisa una dilatada labor de recapitulación. Aquellos de vosotros a quienes mi

renuncia defraude, pueden recurrir a la colección de nuestra revista «Imago», dedicada a las aplicaciones no médicas de la psicoanálisis.

Sólo un tema me es más difícil silenciar, aunque no porque lo domine especialmente o haya laborado intensamente en sus dominios. Por el contrario, apenas me he ocupado de él. Pero entraña tan extraordinaria importancia y está tan lleno de posibilidades de desarrollo, que puede considerarse como la actividad capital del análisis. Me refiero a la aplicación de la psicoanálisis a la pedagogía, a la educación de las generaciones venideras. Puedo, por lo menos, hacer constar, con satisfacción, que mi hija, Ana Freud, ha hecho de esta labor la misión de su vida, compensando así mi negligencia. El camino que a tal aplicación nos ha llevado, no es difícil de seguir. Cuando en el tratamiento de un neurótico adulto investigábamos la determinación de sus síntomas, nos veíamos siempre en la necesidad de retroceder hasta su temprana infancia. El conocimiento de las etiologías posteriores no bastaba jamás, ni para la comprensión del caso ni para la acción terapéutica. De este modo, nos vimos precisados a trabar conocimiento con las particularidades psíquicas de la edad infantil y averiguamos muchas cosas que sólo el análisis podía revelar, siéndonos así factible rectificar muchas de las opiniones generalmente aceptadas sobre la infancia. Descubrimos que los primeros años infantiles (hasta el quinto, poco más o menos), entrañan, por diversas razones, especialísima significación. En primer lugar, porque contienen la flor primera de la sexualidad, la cual deja tras de sí estímulos decisivos para la vida sexual de la madurez. Y, en segundo, porque las impresiones de esta época re-

caen sobre un yo inacabado y débil, sobre el cual actúan como traumas. De las tempestades de afectos que tales traumas desencadenan, el yo no puede defenderse más que con la represión y adquiere, así, en la edad infantil, todas las disposiciones a enfermedades y trastornos funcionales ulteriores. Hemos comprendido que la dificultad de la infancia reside en que el niño tiene que asimilarse, en un breve período de tiempo, los resultados de un desarrollo cultural que se extiende a través de milenios enteros. Sólo una parte de esta transformación puede el niño cumplir por medio de su propio desarrollo; el resto tiene que serle impuesto por la educación. No nos sorprenderá, pues, que en muchos casos sólo muy imperfectamente lleve a cabo el niño tal tarea. Muchos niños pasan, en estos tempranos períodos, por estados que podemos equiparar a las neurosis. Desde luego, todos los que luego enferman manifiestamente. En algunos niños, la enfermedad neurótica no espera el período de madurez; emerge ya en la infancia y da que hacer a los padres y a los médicos.

No hemos vacilado en aplicar la terapia psicoanalítica a aquellos niños que, o mostraban síntomas neuróticos inequívocos, o aparecían en vías de una evolución indeseable del carácter. La preocupación de que el análisis perjudicara al niño, expresada por los adversarios de la psicoanálisis, se ha demostrado infundada. Nuestro provecho en estas empresas ha sido haber podido confirmar en el objeto vivo lo que en el adulto habíamos deducido, por decirlo así, de documentos históricos. Pero también el provecho del niño ha sido muy satisfactorio. Ha resultado, en efecto, que el niño es un objeto muy favorable para la terapia analítica; los resultados son fundamentales

y permanentes. Claro está que ha sido necesario modificar la técnica creada para el análisis de adultos. El niño es, psicológicamente, distinto del adulto; no posee todavía un super-yo; en su análisis, el método de la asociación libre resulta insuficiente y la transferencia desempeña un papel completamente distinto, ya que el padre y la madre reales existen todavía al lado del sujeto. Las resistencias internas que combatimos en el adulto quedan substituídas, en el niño, por dificultades externas. Cuando los padres se hacen substratos de la resistencia suelen poner en peligro el análisis e incluso el desarrollo del mismo, por lo cual se hace a veces necesario enlazar al análisis del niño una cierta influenciación analítica de los padres. Por otro lado, las divergencias inevitables entre el análisis de los niños y el de los adultos quedan disminuídas por la circunstancia de que algunos de nuestros pacientes adultos conservan tantos rasgos de carácter infantiles que el analítico, adaptándose nuevamente al objeto, no puede por menos de emplear con ellos ciertas técnicas del análisis infantil.

El descubrimiento de que la mayoría de los niños pasan, en su desarrollo, por una fase neurótica, ha traído consigo el germen de una exigencia higiénica. Puede, en efecto, suscitarse la cuestión de si no sería conveniente auxiliar al niño con un análisis aun cuando no muestre signos de perturbación, como medida precautoria en pro de su salud, lo mismo que hoy en día se vacuna a los niños contra la difteria, sin esperar a que la contraigan. La discusión de este problema tiene hoy tan sólo un interés académico. Ante vosotros puedo permitirme exponerlo. Más, para la mayoría de nuestros contemporáneos, el sólo proyecto de someter al análisis a un niño es un sacrilegio, y

dada la actitud de los padres ante el análisis habremos de renunciar, por ahora, a toda esperanza de generalización. Una tal profilaxia de la nerviosidad, muy eficaz seguramente, presupone también una distinta constitución de la sociedad. La aplicación de la psicoanálisis a la educación debe, pues, ser, por hoy, muy otra. Veamos claramente qué es lo que constituye la misión primera de la educación. El niño debe aprender a dominar sus instintos. Es imposible dejarle en libertad de seguir sin restricción alguna sus impulsos. Ello constituirá un experimento muy instructivo para los psicólogos, pero les haría imposible la vida a los padres y acarrearía a los niños mismos graves prejuicios, como se demostraría en parte inmediatamente y en parte en años ulteriores. Así, pues, la educación tiene forzosamente que cohibir, prohibir, y sojuzgar, y así lo ha hecho ampliamente en todos los tiempos. Pero el análisis nos ha demostrado que precisamente este sojuzgamiento de los instintos trae consigo el peligro de la enfermedad neurótica. Recordaréis cuán detalladamente hemos investigado los caminos por los que así sucede. En consecuencia, la educación tiene que buscar su camino entre el escollo del dejar hacer y el escollo de la prohibición. Y si el problema no es insoluble será posible hallar, para la educación, un camino óptimo, siguiendo el cual pueda procurar al niño un máximo de beneficios, causándole un mínimo de daños. Se tratará, pues, de decidir cuánto se puede prohibir, en qué épocas y con qué medios. Y luego habrá de tenerse en cuenta que los objetos de la influencia educadora entrañan muy diversas disposiciones constitucionales, de manera que un mismo método no puede ser igualmente bueno para todos los niños. La reflexión más

inmediata enseña que la educación no ha cumplido hasta ahora sino muy imperfectamente su misión y ha causado a los niños graves daños. Si encuentra el camino óptimo y llega a realizar de un modo ideal su misión, podrá abrigar la esperanza de extinguir uno de los factores de la etiología de la enfermedad: el influjo de los traumas infantiles accidentales. El otro —el poderío de una constitución violenta de los instintos—nunca podrá suprimirlo. Si pensamos en los difíciles problemas que al educador se plantean: descubrir la peculiaridad constitucional del niño, adivinar, guiándose por signos apenas perceptibles, lo que se desarrolla en su vida anímica, otorgarle la justa medida de cariño y conservar, sin embargo, autoridad eficaz; si pensamos en todos estos difíciles problemas, habremos de reconocer que la única preparación adecuada para la profesión de educador es una preparación psicoanalítica fundamental. La cual deberá comprender el análisis del sujeto mismo, pues, sin experiencia en la propia persona no es posible asimilarse la psicoanálisis. El análisis de los maestros y educadores parece ser una medida profiláctica más eficaz aún que el de los niños y menos difícil de llevar a la práctica.

Citaremos de paso una promoción indirecta de la educación, por medio del análisis, que puede alcanzar algún día máxima influencia. Los padres que han pasado por el análisis y deben a ella muchas cosas, entre ellas el conocimiento de los defectos de su propia educación, manejarán mucho más comprensivamente a sus hijos y les ahorrarán muchos daños que a ellos no les fueron ahorrados. Paralelamente a los esfuerzos de los analíticos para influir sobre la educación se desarrollan otras investigaciones sobre la gé-

nesis y la profilaxia de la delincuencia infantil y la criminalidad. También en este sector me limitaré a abriros la puerta y mostraros las estancias que detrás de ella se extienden, pero no os introduciré en ellas. Sé que si nuestro interés permanece fiel a la psicoanálisis tendréis múltiples ocasiones de oír, sobre estas cosas, muchos datos nuevos y valiosos. Pero no quiero abandonar el tema de la educación sin mencionar un determinado punto de vista. Se ha dicho—y con razón— que toda educación es parcial, ya que tiende a que el niño se incorpore al orden social existente, sin tener en cuenta ni el valor ni la permanencia del mismo. Ahora bien: si estamos convencidos de los defectos de nuestras actuales instituciones sociales, no estará en modo alguno justificado poner también a su servicio a la educación orientada en sentido psicoanalítico. El fin de la misma deberá ser otro y más alto, libertado ya de las exigencias sociales dominantes. Pero, a mi juicio, un tal argumento está aquí fuera de lugar. Tampoco el médico llamado para tratar a un enfermo de pulmonía tiene que ocuparse de si el paciente es un hombre honrado, un suicida o un criminal, ni de si merece seguir viviendo o debe deseársele la muerte. Tampoco aquel otro fin que se quiere señalar a la psicoanálisis deberá ser parcial, ni es misión del analítico decidir entre los partidos en pugna. Sin contar con que la psicoanálisis se verá negada toda posibilidad de influir sobre la educación en cuanto confiese intenciones inconciliables con el orden social vigente. La educación psicoanalítica tomaría sobre sí una responsabilidad innecesaria proponiéndose hacer de su educando un agitador. Su misión se limita a hacer de él un hombre sano y capaz. Contiene ya en sí misma factores revolucionarios suficientes para ga-

rantizar que su educando no se situará luego al lado de los enemigos del progreso. Pero, además creo de todo punto indeseable que la infancia sea revolucionaria.

Me propongo aún decir algunas palabras sobre la psicoanálisis como terapia. La parte teórica correspondiente hube ya de formularla en mis conferencias de hace quince años, y nada tengo hoy que rectificar; me limitaré, pues, a daros a conocer la experiencia acumulada en el intervalo. Sabéis que la psicoanálisis fué, en su origen, un procedimiento terapéutico; luego ha rebasado tal calidad, pero no por ello ha abandonado su suelo natal; y su desarrollo, tanto en amplitud como en profundidad, continúa ligado al tratamiento de enfermos. El acervo de impresiones del cual extraemos nuestras teorías no puede ser acumulado de otro modo. Los fracasos que como terapéutas sufrimos nos plantean una y otra vez nuevos problemas, y las exigencias de la vida real son una protección eficaz contra el exceso de especulación, de la cual tampoco podemos prescindir en nuestra labor. Ya en nuestras primeras conferencias examinamos los medios con los que la psicoanálisis ayuda a los enfermos, cuando los ayuda, y los caminos que sigue; hoy examinaremos hasta dónde llega su eficacia.

Sabéis, quizá, que nunca he sido un entusiasta de la terapia. No es, por lo tanto, de temer que aproveche esta conferencia para desatarme en alabanzas. Prefiero quedarme corto que no pasarme. En la época en que yo era aún el único analítico, solía oír a personas que se pretendían favorables a mi causa: Todo eso es muy ingenioso y muy bonito; pero muéstrame usted un caso curado por usted con auxilio de la psicoanálisis. Ha sido ésta una de las fórmulas que

en el curso del tiempo han ido sustituyéndose en la función de echar a un lado la incómoda novedad de nuestra teoría. Hoy aparece ya tan anticuada como tantas otras, pues, los archivos de los analíticos rebozan también de cartas de agradecimiento de pacientes curados. Pero no es ésta la única analogía. La psicoanálisis es realmente una terapia como las demás admitidas. Tiene sus triunfos y sus descalabros, sus dificultades, sus limitaciones y sus indicaciones. Durante un cierto tiempo se dijo que la psicoanálisis no podía ser tomada en serio como terapia, ya que no se aventuraba siquiera a publicar una estadística de sus resultados. Posteriormente, el Instituto psicoanalítico de Berlín, fundado por el Dr. Max Eitingon, ha publicado una extensa memoria sobre su actividad en los diez primeros años de actuación. Los resultados positivos no son para vanagloriarse ni para avergonzarse. Pero tales estadísticas no son nada instructivas, pues el material al que se refieren es tan heterogéneo que sólo cifras muy elevadas permitirán sentar conclusiones firmes. Es mucho mejor recurrir a la propia experiencia individual. Haciéndolo así, puedo decir que, desde luego, no creo que nuestros éxitos puedan competir con los de Lourdes. Son muchos más los hombres que creen en los milagros de la Virgen que los que creen en la existencia de lo inconsciente. Volviéndonos ahora hacia la competencia terrenal, compararemos la terapia porcoanalítica con los restantes métodos psicoterápicos. Hoy en día apenas es preciso mencionar los tratamientos orgánicos físicos de los estados neuróticos. Como método psicoterápico, el análisis no se contrapone a los demás métodos de esta especialidad médica; no los desvaloriza, ni los excluye. En teoría, es perfectamente conciliable

que un médico que aspira a llamarse psicoterapeuta emplee con sus enfermos el análisis al lado de otros métodos de curación, según la peculiaridad del caso y las circunstancias externas. En realidad, es la técnica la que impone la especialización de la actividad médica. Así han tenido que disociarse la cirugía y la ortopedia. La técnica psicoanalítica es muy árdua y absorbente, y no puede usarse de ella como de unas gafas que nos ponemos para leer y nos quitamos para salir de paseo. Por lo regular, la psicoanálisis acapara al médico o le deja fuera de sus ámbitos. Los psicoterapeutas que se ocupan también ocasionalmente del análisis no poseen, que yo sepa, firme base analítica; no han aceptado todo el análisis, sino que lo han «aguado» o incluso «desenvenenado» y no pueden ser contados entre los analíticos. Sería, pues, muy conveniente la colaboración médica de un analítico con un psicoterapeuta que se limitase a los demás métodos de la especialidad. Comparada con los demás métodos de la psicoterapia, la psicoanálisis es, sin duda alguna, el más poderoso. Lo cual es justo, pues también es el más penoso y prolongado y no se deberá usar en los casos leves. Con él, se ha hecho posible, en los casos adecuados, suprimir trastornos y provocar modificaciones en forma ni siquiera soñada antes. Pero tiene también límites muy sensibles. La ambición terapéutica de algunos de mis adeptos les ha llevado a esforzarse en superar tales barreras, para conseguir que la acción terapéutica de la psicoanálisis se extendiera a todas las perturbaciones neuróticas. Han intentado llevar a cabo la labor analítica en tiempo más breve, intensificar la transferencia de manera que superase las resistencias todas y mezclar con ella otras clases de influjo, para forzar la cu-

ración. Estos esfuerzos son, desde luego, plausibles, pero, a mi juicio, también vanos. Traen, además, consigo el peligro de empujar al médico fuera del análisis y llevarle a un ilimitado experimentar. La esperanza de poder curar todo lo neurótico me inspira la sospecha de ser una derivación de aquella creencia profana, según la cual, las neurosis, son algo por completo supérfluo. Y, por lo contrario, son graves afecciones, constitucionalmente fijadas, que rara vez se limitan a algunas explosiones, siendo lo más corriente que se prolonguen a través de largos períodos, cuando no de toda la vida. La experiencia analítica, según la cual es posible influir intensamente sobre ellas cuando logramos apoderarnos de los motivos históricos de la enfermedad y de los factores auxiliares accidentales, nos ha hecho descuidar, en la práctica terapéutica, el factor constitucional. Ya la inaccesibilidad de las psicosis para la terapia analítica nos indica que debemos limitar a las neurosis su campo de acción. La eficacia terapéutica de la psicoanálisis queda limitada por toda una serie de factores tan importantes como inatacables. En el niño, en el que podíamos descontar grandes éxitos, dichos factores son las dificultades externas de la situación parental. En el adulto aparecen representados por la magnitud de la petrificación psíquica y la forma de la enfermedad, con todas las determinaciones más profundas que la misma encubre. Al primero de estos factores no suele concedérsele—sin razón—toda la importancia que realmente entraña. Por grande que sea la plasticidad de la vida anímica y la posibilidad de reanimar antiguos estados, no todo se deja reanimar. Algunas modificaciones parecen definitivas; corresponden a cicatrices de procesos ter-

minados. Otras veces experimentamos la impresión de una petrificación general de la vida anímica; los procesos psíquicos, susceptibles de ser dirigidos por otros caminos, parecen incapaces de abandonar los antiguos. Aunque esto equivale a lo anterior, sólo que visto de distinto modo. Con gran frecuencia creemos advertir que lo único que falta a la terapéutica es energía suficiente para provocar la modificación. Una determinada dependencia, un cierto componente instintivo es demasiado fuerte en comparación a las fuerzas contrarias que nosotros podemos movilizar. Así sucede siempre en las psicosis. Las comprendemos lo bastante para saber dónde habríamos de insertar las palancas, pero sabemos también que no podrían mover la carga. A este punto se enlaza la esperanza de que, en lo futuro, el conocimiento de la acción de las hormonas nos procure los medios de luchar eficazmente contra los factores cuantitativos de las enfermedades; mas por hoy nos hallamos aún muy lejos de tal posibilidad. Comprendo que la inseguridad de todas estas circunstancias origine un impulso constante a perfeccionar la técnica del análisis y, muy especialmente, la transferencia. Sobre todo, el principiante en psicoanálisis, situado ante un fracaso terapéutico, dudará si atribuirlo a las condiciones del caso o a su defectuoso manejo del método. Pero ya dije antes que no creía que los esfuerzos orientados en este sentido produjesen mucho fruto.

La otra limitación de los éxitos analíticos depende de la forma de la enfermedad. Sabéis ya que el sector de aplicación de la terapia analítica está constituido por las neurosis de transferencia, las fobias, las histerias, las neurosis obsesivas y aquellas anomalías del carácter que se han desarrollado en

lugar de tales enfermedades. Todo lo demás, los estados narcisistas y psicóticos, cae más o menos fuera de su alcance. Sería, por lo tanto, plenamente legítimo precaver los fracasos, excluyendo cuidadosamente tales casos. Las estadísticas del análisis mejorarían considerablemente con una tal precaución. Desde luego; pero hay una contra. Nuestros diagnósticos se forman muchas veces sólo a posteriori. Son como aquella prueba a la que—según cuenta Víctor Hugo—un rey de Escocia sometía a las mujeres sospechosas de hechicería. Las cocía en un gran caldero de agua hirviendo, probaba el caldo y, por el sabor, podía decir si la suplicada era o no una bruja. Algo así sucede también en nuestro caso, con la única diferencia de que somos nosotros los perjudicados. Sólo después de haberlo estudiado analíticamente durante algunas semanas, o incluso meses, podemos juzgar al paciente sometido a tratamiento o al candidato a analítico. El paciente trajo consigo trastornos indeterminados, generales, que no permitían fijar un diagnóstico. Este período de prueba puede revelar que se trata de un caso inadecuado. Entonces despedimos al candidato. Y al paciente lo conservamos aún breve tiempo por si ello nos permite verlo a una luz más clara. El paciente se venga entonces, aumentando la lista de nuestros fracasos y el candidato rechazado, cuando es un paranoico, escribiendo libros psicoanalíticos. Ya véis que nuestras precauciones nos sirven de bien poco.

Temo que estos detalles no atraigan ya vuestro interés. Pero aún sentiría más que creyérais que trato de rebajar vuestra estimación de la psicoanálisis como terapia. Quizá haya obrado torpemente, pues lo que me proponía era precisamente lo contrario:

disculpar las limitaciones terapéuticas del análisis haciéndoos ver que son inevitables. Con la misma intención tocaré ahora otro punto, el reproche de que el tratamiento psicoanalítico exige demasiado tiempo. Hay que tener en cuenta que las modificaciones psíquicas sólo muy lentamente se cumplen; cuando sobrevienen rápidamente es muy mala señal. Es cierto que el tratamiento de una neurosis grave se prolonga fácilmente años enteros, pero, en caso de éxito, podemos preguntarnos cuánto hubiese durado si no la enfermedad. Seguramente un decenio por cada año de tratamiento, o lo que es lo mismo, toda la vida del sujeto. En algunos casos tenemos que reanudar el análisis después de muchos años; la vida ha desarrollado en el intervalo, ante nuevos motivos, nuevas reacciones patológicas, pero mientras tanto el paciente ha gozado de buena salud. Hay también hombres gravemente dañados, a los que es preciso conservar toda su vida bajo la guarda analítica, reanudando de tiempo en tiempo su análisis, pero estos sujetos no podrían vivir de otro modo y debe satisfacernos poder conservarlos en pie por medio de este tratamiento fraccionado y recurrente. También el análisis de las perturbaciones del carácter exige un tratamiento prolongado; pero, ¿conocéis alguna terapia con la que intentar siquiera una tal labor? La ambición terapéutica puede sentirse descontenta con estas circunstancias, pero el ejemplo de la tuberculosis y el del lupus nos han demostrado ya que el éxito sólo es posible cuando se adapta la terapia a los caracteres de la enfermedad.

Os he dicho que la psicoanálisis comenzó como una terapia, pero no es en calidad de terapia como yo quería recomendarla a vuestro interés, sino por su

contenido de verdad, por los descubrimientos que nos procura sobre aquello que más interesa al hombre, sobre su propio ser, y por las relaciones que señala entre sus más diversas actividades. Como terapia es una entre muchas, si bien sea *p r i m a i n t e r p a r e s*. Si no tuviera un valor terapéutico no habría sido hallada en el tratamiento de los enfermos ni se hubiera desarrollado a través de más de treinta años.

## XXXV

### Una concepción del universo

En nuestra última reunión nos hemos ocupado de pequeños cuidados cotidianos, como si quisiéramos poner en orden nuestros modestos asuntos caseros. Hoy vamos a tomar osado impulso y a arriesgarnos a dar respuesta a una interrogación que repetidamente nos ha sido planteada desde fuera. La de si la psicoanálisis conduce a una determinada «Weltanschauung» (concepción del universo) y a cuál.

El concepto de «Weltanschauung» es un concepto específicamente alemán, de difícil traducción a otros idiomas. Intentaré, pues, definirlo, aunque estoy seguro de que mi definición ha de pareceros torpe. Para mí, una «Weltanschauung» es una construcción intelectual que resuelve unitariamente, sobre la base de una hipótesis superior, todos los problemas de nuestro ser y en la cual, por lo tanto, no queda abierta interrogación ninguna y encuentra su lugar determinado todo lo que requiere nuestro interés. Se comprende, pues, que la posesión de una tal «Weltanschauung» sea uno de los ideales optativos de los hombres. Teniendo fe en ella puede uno sentirse seguro en la vida, saber a qué debe uno aspirar y cómo puede orientar más adecuadamente sus afectos y sus intereses.

Si tal fuera realmente el carácter de una concepción del universo, no sería difícil fijar la posición de la psicoanálisis a su respecto. Siendo una ciencia especial, una rama de la psicología—psicología abisal o psicología de lo inconsciente—será absolutamente inadecuada para desarrollar una concepción particular del universo y tendrá que aceptar la de la ciencia. Pero la concepción científica del universo se aparta ya notablemente de nuestra definición. Acepta también, desde luego, la *u n i d a d* de la explicación del universo, pero sólo como un programa cuya realización está desplazada en el futuro. Aparte de esto, se distingue por caracteres negativos, por la limitación a lo cognoscible de presente y la repulsa de ciertos elementos ajenos a ella. Afirma que la única fuente de conocimiento del universo es la elaboración de observaciones cuidadosamente comprobadas, o sea, lo que llamamos investigación, y niega toda posibilidad de conocimiento por revelación, intuición o adivinación. Parece ser que, durante el siglo pasado, esta concepción llegó a ser casi generalmente reconocida. Estaba reservado a nuestro siglo actual oponer el reparo de que una tal concepción resulta tan pobre como desconsoladora y desatiende tanto las aspiraciones del espíritu del hombre como las necesidades de su alma.

Tal reparo debe ser rechazado con máxima energía. Carece de todo fundamento, pues el espíritu y el alma son objetos de la investigación científica exactamente del mismo modo que cualesquiera otras cosas ajenas al hombre. La psicoanálisis tiene un derecho particularísimo a intervenir aquí en favor de la concepción científica del universo, pues no puede hacersele el reproche de haber desatendido lo psíquico

en el cuadro del universo. Su contribución a la ciencia consiste, precisamente, en la extensión de la investigación al terreno psíquico. Sin una tal psicología, la ciencia sería ciertamente muy incompleta. Pero esta incorporación de la investigación de las funciones intelectuales y emocionales de los hombres (y de los animales), a la ciencia, no modifica en modo alguno su posición general, pues no trae consigo nuevas fuentes del saber ni métodos nuevos de investigación. La intuición y la adivinación sí serían tales, si existieran, pero podemos contarlas tranquilamente entre las ilusiones, entre las satisfacciones ilusorias de impulsos optativos. No es, tampoco, nada difícil comprobar que el planteamiento de semejantes exigencias a una concepción del universo tiene tan sólo un fundamento afectivo. La ciencia toma nota de que la vida anímica humana crea tales exigencias y está dispuesta a investigar sus fuentes, pero no tiene motivo alguno para reconocerlas justificadas. Muy al contrario, se ve constreñida a separar cuidadosamente del saber todo lo que es ilusión y consecuencia de aquella aspiración afectiva.

Lo cual no supone apartar desdeñosamente tales deseos, ni subestimar su valor en la vida del hombre. La ciencia está dispuesta a investigar qué satisfacciones han conquistado dichos deseos en los rendimientos del arte y en los sistemas religiosos y filosóficos, pero no puede dejar de ver que sería injusto y en alto grado inconveniente admitir la transferencia de tales aspiraciones al terreno del conocimiento. Pues con ello se abren los caminos que conducen a los dominios de la psicosis, bien sea de la psicosis individual o de la psicosis colectiva, y se substraen a tales tendencias valiosas energías que se

orientan hacia la realidad para satisfacer en ella, dentro de lo posible, deseos y necesidades.

Desde el punto de vista de la ciencia, se impone aquí la crítica y la repulsa. Es inadmisibles decir que la ciencia es un sector de la actividad del espíritu humano y la religión y la filosofía otros, equivalentes por lo menos, en los cuales no tiene por qué intervenir la ciencia; que todos aspiran por igual a la verdad y que cada hombre puede elegir libremente de dónde extraer sus convicciones y en qué poner su fe. Una tal concepción pasa por ser muy distinguida, tolerante, comprensiva y libre de angostos prejuicios. Desgraciadamente, no es sustentable; participa de toda la nocividad de una concepción del universo completamente anticientífica y equivale prácticamente a ella. Lo cierto es que la verdad no puede ser tolerante, que no admite transacciones ni restricciones, y que la investigación considera como dominio propio todos los sectores de la actividad humana y tiene que mostrarse implacablemente crítica cuando otro poder quiere apropiarse parte de ellos.

De los tres poderes que pueden disputar a la ciencia su terreno, el único enemigo serio es la religión. El arte es casi siempre inofensivo y benéfico; no quiere ser sino ilusión. Salvo en pocas personas que, según suele decirse, están poseídas por el arte, éste no arriesga incursiones en el imperio de la realidad. La filosofía no es contraria a la ciencia; se comporta ella misma como una ciencia; labora en parte con los mismos métodos; pero se aleja de ella en cuanto sustenta la ilusión de poder procurar una imagen completa y coherente del universo, cuando lo cierto es que tal imagen queda forzosamente rota a cada nuevo progreso de nuestro saber. Metodológicamente,

yerra en cuanto sobrestima el valor nosológico de nuestras operaciones lógicas y reconoce otras distintas fuentes del saber, tales como la intuición.

Pero la filosofía carece de influencia inmediata sobre la gran mayoría de los hombres; interesa sólo a una minoría dentro del estrato superior, minoritario ya, de los intelectuales, y para los demás es casi inaprehensible. En cambio, la religión es un magno poder que dispone de las más intensas emociones humanas. Sabido es, que, en tiempos, abarcaba todo lo que en la vida humana era espiritualidad, que ocupaba el lugar de la ciencia cuando apenas existía una ciencia, y que ha creado una concepción del universo incomparablemente lógica y concreta, la cual, aunque resquebrajada ya, subsiste aún hoy en día.

Si queremos darnos cuenta exacta del poderío de la religión, deberemos hacernos presente todo lo que pretende procurar a los hombres. Les explica el origen y la génesis del universo, les asegura protección y dicha final en las vicisitudes de la vida y orienta sus opiniones y sus actos con prescripciones que apoya con toda su autoridad. Cumple, pues, tres funciones. Con la primera, satisface el ansia de saber de los hombres; hace lo mismo que la ciencia intenta con sus medios y entra así en rivalidad con ella. A su segunda función es quizá a la que debe la mayor parte de su influencia. En cuanto mitiga el miedo de los hombres a los peligros y vicisitudes de la vida, les asegura un desenlace venturoso y los consuela en la desgracia, no puede la ciencia competir con ella. La ciencia enseña, desde luego, cómo es posible evitar ciertos peligros y combatir con éxito ciertos padecimientos; sería injusto negar que auxilia poderosamente a los hombres; pero, en muchas situaciones,

tiene que abandonarlos a sus cuitas y sólo resignación sabe aconsejarles. En su tercera función, cuando formula prescripciones, prohibiciones y restricciones, es en la que la religión se aleja más de la ciencia. Pues ésta se contenta con investigar y fijar. Aunque también de sus aplicaciones se deriven, ciertamente, reglas y consejos para la conducta en la vida. En ocasiones, las mismas prescritas por la religión, pero, entonces, con distinto fundamento.

La coincidencia de estos tres contenidos de la religión no es por completo transparente. ¿Qué puede tener que ver la explicación de la génesis del mundo con la imposición de determinados preceptos éticos? Las seguridades de protección y bienaventuranza aparecen más íntimamente enlazadas a las exigencias éticas. Son el premio al cumplimiento de tales mandamientos; sólo quien a ellos se somete puede contar con semejantes beneficios; los desobedientes son castigados. También en la ciencia hallamos algo análogo. Para ella, quienes desprecian sus aplicaciones se exponen a graves perjuicios.

Para mejor comprender esta singular coincidencia de instrucción, consuelo y exigencia en la religión, basta someterla a un análisis genético. El cual debe partir del punto más impresionante del conjunto, de la explicación de la génesis del universo, pues ¿por qué todo sistema religioso ha de integrar forzosamente una cosmogonía? La doctrina general es que el mundo ha sido creado por un ser semejante al hombre, pero amplificado en todo, poder, sabiduría e intensidad de las pasiones; por un superhombre idealizado. La atribución de la creación del mundo a un animal indica la influencia del totemismo, a la que luego dedicaremos algunas observaciones. Es intere-

sante comprobar que tal Creador es siempre uno sólo, aun en aquellas religiones que admiten pluralidad de dioses. Y también que es casi siempre un hombre, aunque no falten casos de divinidades femeninas y algunas mitologías hagan empezar precisamente la creación del mundo con la muerte de una divinidad femenina, rebajada a la categoría de monstruo, a manos de una divinidad masculina. A este punto se enlazan interesantísimos problemas de detalle, pero no podemos detenernos en ellos. El resto del camino se nos hace fácilmente visible en cuanto comprobamos que dicho dios-creador es considerado como padre de los hombres. La psicoanálisis deduce que es realmente el padre, y tan imponente como en tiempos pareció al niño. El hombre religioso se representa la creación del mundo a la manera de su propia génesis.

Ahora se explica ya, fácilmente, cómo las seguridades consoladoras y las severas exigencias éticas concurren con la cosmogonía. Pues la misma persona a la que el niño debe su existencia, el padre (o más exactamente, la instancia parental compuesta por el padre y la madre), ha protegido y vigilado al niño, débil e inerte, expuesto a todas los peligros acechantes en el mundo exterior; bajo su guarda se sintió seguro. Adulto ya, el hombre sabe poseer fuerzas mayores, pero también su conocimiento de los peligros de la vida se ha acrecentado, y deduce, con razón, que, en el fondo, continúa tan inerte y expuesto como en la infancia; sabe que frente al mundo sigue siendo un niño. Por lo tanto, no quiere renunciar tampoco entonces a la protección que gozó en su infancia. Pero ha reconocido tiempo atrás que su padre es un ser de poderío muy limitado y en el que no con-

curren todas las excelencias. En consecuencia, recurre a la imagen mnémica del padre, tan sobrestimado por él, de su niñez; la eleva a la categoría de divinidad y la situa en el presente y en la realidad. La energía afectiva de esta imagen mnémica y la persistencia de necesidad de protección sustentan conjuntamente su fe en Dios.

También el tercer punto capital del programa religioso, la exigencia ética, se adapta sin violencia a esta situación de la infancia. En frase famosa, el filósofo Kant invoca la existencia del firmamento estrellado y la de la ley moral en nuestro corazón como los testimonios más firmes de la grandeza de Dios. Por singular que parezca semejante yuxtaposición—pues, ¿qué pueden tener que ver los astros con la cuestión de si un hombre ama a otro o le asesina?—roza una magna verdad psicológica. El mismo padre (la instancia parental), que ha dado la vida al niño y le ha protegido de los peligros de la misma, le enseñó lo que debía hacer y lo que no debía, le indicó la necesidad de someterse a ciertas restricciones de sus deseos instintivos y le hizo saber qué consideraciones debía guardar a padres y hermanos si quería llegar a ser un miembro tolerado y bien visto del círculo familiar y luego de círculos más amplios. Por medio de un sistema de premios amorosos y castigos, el niño es educado en el conocimiento de sus deberes sociales y se le enseña que la seguridad de su vida depende de que los padres, y luego los demás, le quieran y puedan creer en su amor hacia ellos. Todas estas circunstancias las integra luego el hombre, sin modificaciones, en la religión. Las prohibiciones y las exigencias de los padres perviven como conciencia moral en su fuero interno; con ayuda del mismo sistema de pre-

mio y castigo gobierna Dios el mundo de los humanos; del cumplimiento de las exigencias éticas depende qué medida de protección y de felicidad sea otorgada al individuo; en el amor a Dios y en la conciencia de ser amado por él se funda la seguridad con la que el individuo se acoraza contra los peligros que le amenazan por parte del mundo exterior y del de sus congéneres. Por último, el individuo se ha asegurado, con la oración, una influencia directa sobre la voluntad divina y, con ella, una participación en la omnipotencia divina.

Sé que, mientras me oáis, han surgido en vosotros múltiples interrogaciones, a las que os gustaría lograr respuesta. Hoy y aquí no me es posible llevar a cabo tal labor, pero estoy seguro de que ninguna de tales investigaciones de detalle echaría por tierra nuestra tesis de que la concepción religiosa del universo tiene su determinación en la situación de nuestra infancia. Siendo así, tanto más singular que, no obstante éste su carácter infantil, tenga un precedente. Hubo, sin duda, una época sin religión y sin dioses. La de lo que llamamos animismo. El mundo estaba también plagado, por entonces, de seres espirituales semejantes al hombre—demonios, los llamamos—y todos los objetos del mundo exterior eran su sede o acaso idénticos con ellos, pero no había un poder superior que los hubiera creado a todos ellos, y siguiera dominándolos, y del que invocar protección y ayuda. Los demonios del animismo eran, en su mayoría, hostiles al hombre, pero parece que el hombre confiaba por entonces más que luego en sus propias fuerzas. Sufría, ciertamente, bajo un miedo constante a tales espíritus malignos, pero se defendía de ellos con determinados actos, a los que atribuía el poder de

ahuyentarlos. Y tampoco se consideraba exento de todo poderío. Cuando deseaba algo de la naturaleza, por ejemplo, cuando quería que lloviese, no rezaba al dios de las lluvias, sino que practicaba un hechizo del que esperaba una influencia directa sobre la naturaleza; hacía, por sí mismo, algo semejante a la lluvia. En la lucha contra los poderes del mundo circundante, su arma primera fué la magia, precursora primera de nuestra técnica actual. Suponemos que la confianza en la magia se deriva de la sobrestimación de las propias operaciones intelectuales, de la fe en la «omnipotencia del pensamiento», la cual fe volvemos a hallarla en vuestros neuróticos obsesivos. Podemos imaginar que los hombres de aquellos tiempos se sentían especialmente orgullosos de sus conquistas en el lenguaje hablado, conquistas que hubieron de facilitar grandemente el pensamiento. Atribuyeron, pues, a la palabra, fuerza mágica. Este rasgo fué luego tomado por la religión: «Y Dios dijo: Hágase la luz—y la luz fué hecho». Además, el hecho de los actos mágicos muestra que el hombre animista no se confiaba simplemente a la fuerza de sus deseos. Esperaba, más bien, el éxito, de la ejecución de un acto que había de promover a imitación a la naturaleza. Cuando quería lluvia, esparcía él mismo agua sobre la tierra, y cuando quería estimular al suelo a la fertilidad, le daba el espectáculo de una unión sexual al aire libre.

Sabéis ya cuan difícilmente parece lo que ha llegado a crearse expresión psíquica. No os sorprenderá, pues, oír que muchas manifestaciones del animismo se han conservado hasta nuestros días, en su mayor parte, como supersticiones, al lado de la religión y detrás de ella. Más aún: apenas podréis rechazar

el juicio de que nuestra filosofía ha conservado rasgos esenciales del pensamiento animista, tales como la sobrestimación del poder de las palabras y la creencia de que los procesos reales del mundo siguen los caminos que nuestro pensamiento quiere señalarles. Sería, desde luego, un animismo sin actos mágicos. Por otro lado, debemos esperar que ya en aquellas épocas hubiera una especie cualquiera de ética, una serie de preceptos para el trato de los hombres entre sí; pero nada abona que se hallasen más íntimamente ligados a la creencia animista. Probablemente eran la manifestación inmediata de las circunstancias de poder y de necesidades prácticas.

Sería harto deseable saber qué fué lo que motivó el paso desde el animismo a la religión, pero ya supondréis cuan densas tinieblas encubren aún hoy en día estas épocas primordiales de la historia de la evolución del espíritu humano. Parece un hecho que la primera forma expresiva de la religión fué el singularísimo totemismo, el culto a ciertos animales, consecutivamente al cual surgieron los primeros mandamientos, los tabús. En mi libro «Totem y tabú» (1) he desarrollado una hipótesis que refiere este proceso a una subversión de las circunstancias de la familia humana. El rendimiento capital de la religión, comparada con el animismo, reside en la vinculación psíquica del miedo a los demonios. Pero el espíritu maligno ha logrado, como residuo de la época primordial, un puesto en el sistema de la religión.

Expuesta así, a grandes rasgos, la prehistoria de la concepción religiosa del universo, atenderemos ahora a lo que ha sucedido desde entonces y sucede

---

(1) Cf. el tomo VIII de esta edición castellana.

aún hoy ante nuestros ojos. El espíritu científico, robustecido con la observación de los procesos naturales, ha comenzado a considerar la religión como un asunto humano y a someterla a un examen crítico. Que la religión no ha podido resistir. Fueron primero sus relatos de milagros los que despertaron extrañeza e incredulidad, porque contradecían todo lo que la observación serena había enseñado y delataban manifiestamente la influencia de la fantasía de los hombres. Luego hubieron de encontrar repulsa sus doctrinas explicativas del mundo existente, pues testimoniaban de una ignorancia que llevaba impreso el sello de tiempos antiguos y a la que el hombre se sabía superior merced a su mayor familiaridad con las leyes naturales. La doctrina de que el mundo habría nacido de actos genitores o creadores, análogamente a la génesis del individuo humano, no parecía ya ser la hipótesis más inmediata y evidente, una vez impuesta al pensamiento la diferenciación de seres vivos y animados y una naturaleza inanimada, diferenciación incompatible con el mantenimiento del animismo original. Y tampoco debe perderse de vista la influencia del estudio comparativo de los diversos sistemas religiosos y la de la impresión de su exclusión y su intolerancia recíprocas.

Robustecido con estos ejercicios previos, el espíritu científico halló por fin valor suficiente para arriesgarse al examen de los elementos más importantes y afectivamente más valiosos de la concepción religiosa del universo. Siempre habría podido verse, pero sólo muy luego se arriesgó, que también las afirmaciones religiosas que prometen al hombre protección y dicha, en cuanto cumpla determinados mandamientos éticos, se demostraban inverosímiles. No

parece ser cierto que exista en el universo un poder que vela con paternal cuidado por el bienestar del individuo y dirige hacia un dichoso final cuanto le atañe. Parece más bien que los destinos del hombre no son conciliables con la hipótesis de una bondad universal, ni con la de una justicia universal—que, en parte, contradiría aquélla. Los terremotos, los maremotos y los incendios no hacen diferencia alguna entre el hombre piadoso y bueno y el malvado o el incrédulo. Ni tampoco allí donde no interviene la naturaleza inanimada y el destino del individuo depende así de sus relaciones con los demás hombres, es regla general que la virtud halle su recompensa y el malvado su castigo, pues es frecuente que el hombre violento, astuto y desconsiderado se apodere de los envidiados bienes terrenos y deje al honrado y piadoso con las manos vacías. Poderes tenebrosos, insensibles y horros de todo amor determinan el destino de los hombres; el sistema de premios y castigos, al que la religión ha adscrito el régimen del mundo, no parece existir.

La psicoanálisis ha aportado la última contribución a la crítica de la concepción religiosa del universo, atribuyendo el origen de la religión a la necesidad de protección del niño inerme y débil, y derivando sus contenidos de los deseos y necesidades de la época infantil, continuados en la vida adulta. Lo cual no significa precisamente una refutación de la religión, pero constituye un perfeccionamiento necesario de nuestro conocimiento de ella y, por lo menos en un punto, una contradicción, ya que la religión pretende ser de origen divino. En lo cual no yerra, siempre que se acepte nuestra interpretación de Dios.

El juicio sintético de la ciencia sobre la concepción

religiosa del universo es, pues, el siguiente: Mientras las distintas religiones discuten cuál de ellas posee la verdad, nosotros opinamos que precisamente el contenido de verdad de la religión es lo que menos importa. La religión es una tentativa de dominar el mundo sensorial, en el que estamos situados, por medio del mundo optativo, que en nosotros hemos desarrollado a consecuencia de necesidades biológicas y psicológicas. Pero no lo consigue. Sus doctrinas llevan impreso el sello de los tiempos en los que surgieron, el sello de la infancia ignorante de la humanidad. Sus consuelos no merecen confianza. La experiencia nos enseña que el mundo no es una «nursery». Las exigencias éticas, a las que la religión quiere prestar apoyo, demandan más bien un fundamento distinto, pues son indispensables a la sociedad humana y es peligroso enlazar su cumplimiento a la creencia religiosa. Si intentamos incorporar la religión a la marcha evolutiva de la humanidad, no se nos muestra como una adquisición perdurable, sino como una contrapartida de la neurosis que el individuo civilizado atraviesa en su camino desde la infancia a la madurez.

Podéis, claro está, someter esta exposición mía a vuestra crítica. Yo mismo os facilitaré el trabajo. Lo que acabo de deciros sobre la paulatina fragmentación de la concepción religiosa del universo ha sido —por imperativos de espacio y tiempo— muy incompleto; no hemos seguido con absoluta exactitud la sucesión de los distintos procesos ni tampoco la acción conjunta de fuerzas diversas al despertar del espíritu científico. Ni hemos atendido tampoco a las modificaciones que la misma concepción religiosa del universo ha experimentado durante la época de su

reinado indiscutido y luego bajo la influencia de la crítica emergente. Por último, he limitado la discusión a un único sistema religioso, al de los pueblos occidentales. Me he creado, por decirlo así, un fantasma, a los fines de una discusión acelerada y lo más impresionante posible. Dejemos a un lado la cuestión de si mis conocimientos hubieran bastado para hacer algo mejor y más completo. Sé que cuanto os he dicho podéis hallarlo, y mejor, en otros lados; nada de ello es nuevo. Permitidme que manifieste mi convicción de que la más cuidadosa elaboración de la materia del problema de la religión no echaría por tierra nuestros resultados.

Sabéis que la lucha del espíritu científico contra la concepción religiosa del universo no ha llegado aún a su término y sigue desarrollándose ante nuestros ojos. Aunque la psicoanálisis no gusta de servirse del arma de la polémica, esta vez no queremos privarnos de tomar parte en la pugna, pues ello nos procurará acaso una mayor aclaración de nuestra posición ante las demás concepciones del universo. Veréis cuán fácil resulta rechazar algunos de los argumentos que los adeptos de la religión aducen, aunque, desde luego, queden en pie otros varios.

La primera objeción que suele oírse es la de que, por parte de la ciencia, supone un atrevimiento hacer de la religión objeto de sus investigaciones, pues la religión es algo soberano, superior a toda actividad intelectual humana, a lo que no debe llegarse la crítica. O dicho de otro modo: Que la ciencia no está capacitada para enjuiciar a la religión. Es, por lo demás, tan útil como valiosa en tanto se limita a sus dominios, pero la religión cae, por completo, fuera de ellos. Mas si no nos dejamos intimidar por tan deci-

dida repulsa y seguimos interrogando en qué se funda semejante pretensión a un lugar de excepción entre todos los asuntos humanos, se nos responderá, si se nos responde, que la religión no puede ser estimada con medida ninguna humana, pues es de origen divino y nos ha sido dada por revelación de un espíritu que el espíritu humano es incapaz de comprender. Argumento fácilmente rechazable, pues entraña manifiestamente una petición de principio. Se plantea, en efecto, la cuestión de si existe un espíritu divino y una revelación procedente del mismo, cuestión insoluble desde el momento en que se niega todo derecho a plantearla, ya que la divinidad no puede ser puesta en tela de juicio. Sucede aquí lo que alguna vez en psicoanálisis. Cuando un paciente, razonable en lo demás, rechaza una determinada hipótesis con argumentos singularmente estúpidos, tal debilidad lógica atestigua la existencia de un motivo particularmente enérgico de contradicción, que sólo de naturaleza afectiva puede ser.

Podemos obtener también otra respuesta en la que es francamente confesado un tal motivo. La religión no debe ser sometida a un examen crítico, porque es lo más elevado, valioso y magno que el espíritu humano ha producido; porque da expresión a los sentimientos más profundos y es lo que hace tolerable el mundo y digna la vida del hombre. A lo cual no necesitamos replicar discutiendo tal apreciación de la religión, sino orientando la atención hacia otro estado de cosas, esto es, haciendo resaltar que no se trata de una intrusión del espíritu científico en el terreno de la religión, sino, por el contrario, de una intrusión de la religión en la esfera del pensamiento científico. Cualesquiera que sean el valor y la importancia de la reli-

gión, no tiene derecho a limitar en modo alguno el pensamiento, ni, por lo tanto, el derecho de excluirse a sí misma de la aplicación del pensamiento.

El pensamiento científico no es, en su esencia, distinto de la actividad intelectual normal que nosotros todos, creyentes e incrédulos, utilizamos en el despacho de nuestros asuntos en la vida. Sólo en algunos rasgos se ha especializado; se interesa también por cosas que no entrañan un provecho inmediato y concreto, se esfuerza en mantener alejados los factores individuales y las influencias afectivas, examina severamente la garantía de las percepciones sensoriales en las que basa sus conclusiones, se procura nuevas percepciones imposibles de lograr con los medios cotidianos y aísla las condiciones de estas nuevas experiencias en experimentos intencionadamente variados. Su aspiración es alcanzar la coincidencia con la realidad, esto es, con aquello que existe fuera e independientemente de nosotros y que, según nos lo ha mostrado la experiencia, es decisivo para el cumplimiento o el fracaso de nuestros deseos. A esta coincidencia con el mundo exterior real es a lo que llamamos verdad. Ella es la meta de la labor científica, incluso cuando prescindimos de su valor práctico. Así, pues, si la religión afirma que puede sustituir a la ciencia y que, por ser benéfica y elevadora, tiene también que ser verdadera, ello constituye una intrusión que debe ser rechazada en nombre del interés general. Al hombre que ha aprendido a llevar sus asuntos ordinarios conforme a las normas de la experiencia y teniendo en cuenta la realidad, es una impertinencia exigirle que confíe precisamente el cuidado de sus más íntimos intereses a una instancia que pretende, como privilegio suyo, la liberación de todos los

preceptos del pensamiento racional. Y en cuanto a la protección que la religión promete a sus creyentes, creo yo que ninguno de nosotros se arriesgaría a subir a un automóvil cuyo conductor declarase que avanzaba sin cuidarse de las reglas de la circulación, siguiendo sólo los impulsos de su fantasía.

La prohibición de pensar que la religión decreta en servicio de su propia conservación entraña también graves peligros, tanto para el individuo como para la comunidad humana. La experiencia analítica nos ha enseñado que una tal prohibición, aunque limitada originalmente a un determinado sector, integra una tendencia a extenderse, haciéndose entonces causa de graves inhibiciones en la vida individual. Esta consecuencia puede ser observada también en el sexo femenino como efecto de la prohibición de ocuparse de su sexualidad, aunque sólo sea con el pensamiento. En las vidas de casi todos los individuos sobresalientes de tiempos pasados pueden señalarse los daños imputables a esta inhibición religiosa del pensamiento. Por otro lado, el intelecto—o, dándole el nombre que más familiar nos es: la razón—pertenece a aquellos poderes de los que más justificadamente podemos esperar una influencia aglutinante sobre los hombres, a los que tan difícil se hace mantener unidos y, por lo tanto, gobernar. Representémonos cuán imposible se haría la sociedad humana si cada individuo tuviera también su tabla de multiplicar particular y su sistema especial de pesas y medidas. Nuestra mejor esperanza es que el intelecto—el espíritu científico, la razón—logre algún día la dictadura sobre la vida psíquica del hombre. La esencia misma de la razón garantiza que nunca dejará de otorgar su debido puesto a los impulsos afectivos del hombre y a lo que

por ellos es determinado. Pero la coerción comun de un tal reinado de la razón resultará el más fuerte lazo de unión entre los hombres y procurará otras armonías. Aquello que, como la prohibición religiosa de pensar, se opone a una tal evolución, es un peligro para el porvenir de la humanidad.

Podemos ahora preguntar por qué la religión no pone término a esta pugna, tan sin esperanzas para ella; declarando franca y espontáneamente: «Es cierto que yo no puedo daros aquello que generalmente es llamado la verdad; para ello debéis ateneros a la ciencia. Pero lo que sí puedo procuraros es mucho más bello, consolador y elevador que todo lo que podéis recibir de la ciencia. Y por eso os digo que es también verdadero en un sentido distinto y más alto». La respuesta es fácil: La religión no puede hacer semejante confesión, porque perdería con ella toda influencia sobre la masa. El hombre comun no conoce más que una verdad en el sentido comun de la palabra. No puede representarse lo que pueda ser una verdad más alta o suprema. La verdad le parece tan incapaz de superación como la muerte y no puede tampoco dar el salto desde lo bello a lo verdadero. Quizá pensais conmigo, que hace muy bien en todo ello.

Así, pues, la pugna no ha terminado. Los adeptos de la concepción religiosa del universo obran conforme al antiguo principio de que la mejor defensa es el ataque. Preguntan: ¿Qué es esa ciencia que se atreve a desvalorizar nuestra religión que ha otorgado salvación y consuelo a millones de hombres durante millares de años? ¿Qué ha hecho por su parte? ¿Y qué podemos esperar de ella? Se confiesa incapaz de procurar consuelo y elevación. Prescindamos de ello,

aunque no sea cosa fácil la renuncia. Pero ¿y sus doctrinas? ¿Puede decirnos cuál ha sido el origen del mundo y cuáles han de ser sus destinos? ¿Puede trazarnos siquiera una imagen coherente del mundo y mostrarnos la condición de los fenómenos inexplicados de la vida y cómo actúan las fuerzas espirituales sobre la materia inerte? Si lo pudiera, no la negaríamos nuestra consideración. Pero no hay nada de eso. No ha resuelto aún ningún problema de este orden. Nos da fragmentos de un pretense conocimiento, inconexos y aislados, sin que sepa formar con ellos un todo coherente; reúne observaciones de regularidades en el curso de los sucesos, a las que da el nombre de leyes y las somete a sus aventuradas interpretaciones. ¡Y qué mínimo grado de seguridad atribuye a sus resultados! Todo lo que enseña es tan sólo provisional; lo que hoy es ensalzado como máxima sabiduría es rechazado mañana y sustituido por otra provisionalidad. El último error es entonces la verdad. Y a esta verdad se pretende que sacrifiquemos nuestro mayor bien.

Me atrevo a creer, que, en cuanto compartís la concepción científica del universo, así atacada, no os habrán impresionado gran cosa tales críticas. En la vieja Austria imperial sucedió algo que, en este punto, quiero recordaros. El viejo soberano, molesto con los actos de un partido político que le era incómodo, se expresó un día en los términos siguientes: «Eso no es ya una oposición ordinaria; es una oposición facciosa». Análogamente, encontraréis, sin duda, injusta y odiosamente exagerados los reproches que así se hacen a la ciencia, de no haber resuelto aún el enigma del universo. Para tan magna empresa ha tenido en verdad demasiado poco tiempo. La ciencia es muy

joven; es una actividad humana muy tardíamente desarrollada. Pensemos, eligiendo tan sólo unas cuantas fechas, que sólo han pasado trescientos años desde que Keplero descubrió las leyes del movimiento de los planetas, que la vida de Newton, que descompuso la luz en sus colores y formuló la ley de la gravedad, finó en 1727, o sea hace poco más de doscientos años, y que fué pocos años antes de la Revolución francesa cuando Lavoisier descubrió el oxígeno. Una existencia humana es muy breve frente a la duración de la evolución humana; ciertamente soy ya muy viejo, pero ya estaba en este mundo cuando Carlos Darwin publicó su obra sobre el origen de las especies. En el mismo año de 1859 nació Pedro Curie, el descubridor del radio. Y si retrocedemos más, hasta los comienzos de las ciencias naturales exactas, hasta Arquímedes y Aristarco de Samos (doscientos cincuenta antes de J. C.), el precursor de Copérnico, o incluso a los primeros principios de la astronomía en Babilonia, no llenaremos con ello sino un pequeñísimo espacio del tiempo que la antropología atribuye a la evolución del hombre desde su forma primordial simiesca, tiempo que abarca más de un millar de siglos. Y no olvidemos que el último siglo ha traído consigo una tal plenitud de nuevos descubrimientos y una tal aceleración del progreso científico, que tenemos firmes fundamentos para confiar en el porvenir de la ciencia.

A las demás objeciones tenemos que darlas la razón en cierto modo. El camino de la ciencia es, en efecto, lento, penoso y vacilante. No es posible negarlo ni evitarlo. Y así, no es maravilla que disguste a los señores del otro lado, a quienes la revelación se lo ha dado todo hecho. El progreso de la labor cien-

tífica se cumple muy semejantemente a como en el análisis. Emprendemos la labor abrigando determinadas esperanzas, pero tenemos pronto que abandonarlas. La observación nos revela, tan pronto aquí como allá, algo nuevo, sin que, de momento, nos sea posible reunir tales fragmentos en un todo. Arriesgamos entonces hipótesis y edificamos construcciones auxiliares que luego, de no confirmarse, retiramos; hacemos gasto de amplia paciencia, acogemos abiertamente todas las posibilidades y renunciamos a convicciones anteriores para no desatender, bajo su coerción, nuevos factores inesperados, y al final, todos nuestros esfuerzos hallan su recompensa, los descubrimientos dispersos se adaptan unos a otros, logramos la visión de toda una parte del suceder anímico y hemos llevado a buen puerto nuestra labor y estamos libres para emprender otra. Sólo del auxilio que la investigación procura carecemos en el análisis.

En la crítica antes expuesta de la ciencia hay también buena parte de exageración. No es verdad que vaya ciega de un experimento a otro, que trueque un error por otro. Por lo general, labora como el escultor en el barro, cuando cambia infatigablemente sus líneas hasta lograr un parecido que le satisfaga con el objeto visto o representado. Y además, por lo menos en las ciencias más maduras, hay ya actualmente un sólido núcleo central que sólo es ya modificado y perfeccionado, pero no cambiado. No todo son, pues, dificultades en la actividad científica.

Y por último: ¿Qué se pretende lograr con tan apasionados ataques a la ciencia? A pesar de su impresión actual y de las dificultades a ella inherentes, nos es indispensable y nada puede sustituirla. Es susceptible de insospechados perfeccionamientos, lo que

no sucede con la concepción religiosa del universo. Esta última está ya acabada en todas sus partes; si fué un error, seguirá siéndolo siempre. Ningún empequeñecimiento de la ciencia puede modificar lo más mínimo el hecho de que intenta adaptarse a nuestra dependencia del mundo real, mientras que la religión es ilusión y extrae su fuerza de su adaptación a nuestros impulsos optativos instintivos.

Estoy obligado a pensar también en otras concepciones del universo, opuestas igualmente a la científica; pero no lo hago gustoso, pues sé que me falta competencia para enjuiciarlas. No olvidéis, por lo tanto, esta confesión mía, en el curso de las observaciones que siguen, y si logran despertar vuestro interés, buscad en otro lado quien pueda instruiros mejor.

En primer lugar, habríamos de citar aquí los distintos sistemas filosóficos que se han aventurado a trazar la imagen del mundo tal y como se reflejaba en el espíritu del pensador más vuelto de espaldas a la realidad. Pero ya he intentado antes esbozar una característica de la filosofía y de sus métodos, y para la discusión de los distintos sistemas estoy menos capacitado que nadie. Volveos, pues, conmigo hacia los otros fenómenos a los que precisamente en nuestros días es imposible desatender.

Una de estas concepciones del universo es como una contrapartida del anarquismo político, quizá una irradiación de él. Desde luego, ya antes ha habido tales nihilistas intelectuales, pero actualmente parece que la teoría de la relatividad, de la física moderna, se les ha subido a la cabeza. Parten, desde luego, de la ciencia, pero se las componen para impulsarla a su propia anulación, al suicidio, encomendándola la mi-

sión de suprimirse a sí misma renunciando a sus aspiraciones. A veces, experimentamos la impresión de que semejante nihilismo no es más que una actitud provisional hasta tanto que tal fin se consiga. Y una vez suprimida la ciencia, podrá florecer, en el espacio dejado libre, un misticismo cualquiera, o acaso de nuevo la antigua concepción religiosa del universo. Según la doctrina anarquista, no hay, en general, verdad alguna, ni conocimiento seguro del mundo exterior. Lo que presentamos como verdad científica no es más que el producto de nuestras propias necesidades, tal como tienen que manifestarse bajo las variables circunstancias exteriores; o sea, nuevamente, ilusiones. En el fondo, no hallamos sino lo que necesitamos, ni vemos más que lo que queremos ver. No podemos hacer otra cosa. Y como falta el criterio de la verdad, la coincidencia con el mundo exterior, es indiferente cuales sean nuestras opiniones. Todas son igualmente verdaderas e igualmente falsas. Y nadie tiene derecho a acusar a otros de error.

Para un espíritu nosológicamente orientado podría ser una tentación investigar por qué caminos y mediante qué sofismas consigue el anarquista extraer a la ciencia tales resultados finales. Tropezaría seguramente con situaciones análogas a las que se derivan del conocido ejemplo: Un cretense dice que todos los cretenses son unos mentirosos, etc. Pero no quiero ni puedo adentrarme por este camino. Puedo tan sólo decir que la doctrina anarquista parece tan extraordinariamente superior sólo mientras se refiere a opiniones sobre cosas abstractas, fracasando, en cambio, al primer paso en la vida práctica. Ahora bien: los actos de los hombres son dirigidos por sus opiniones y sus conocimientos y el espíritu científico

que especula sobre la estructura del átomo o los orígenes del hombre es el mismo que proyecta la construcción de un puente. Si realmente fuera indiferente lo que opinemos, si no hubiera conocimientos, los cuales se caracterizan, entre nuestras opiniones, por su coincidencia con la realidad, podríamos construir puentes de cartón lo mismo que de piedra, inyectar a un enfermo un decígramo de morfina en vez de un centígramo y usar los gases lacrimógenos para la anestesia, en lugar del éter. Pero también los anarquistas intelectuales rechazarían enérgicamente tales aplicaciones prácticas de su teoría.

La otra oposición es mucho más seria, y al disponerme a examinarla, lamento más que nunca la insuficiencia de mi orientación. Supongo que sabéis más que yo de esta cuestión y que habéis tomado ya hace tiempo vuestra decisión por o contra el marxismo. Las investigaciones de Carlos Marx sobre la estructura económica de la sociedad y la influencia de las distintas formas de economía sobre todos los sectores de la vida humana han logrado en nuestra época una indiscutible autoridad. Naturalmente, yo no puedo saber en qué medida aciertan y en qué otra yerran, y tengo oído que tampoco es ello cosa fácil para los mejor enterados. Algunas tesis de la teoría marxista me han causado profunda extrañeza, tales como la de que la evolución de las formas sociales sería un proceso natural, y la de que las mutaciones sobrevenidas en la estratificación social surgen unas de otras en la trayectoria de un proceso dialéctico. No estoy muy seguro de haber comprendido exactamente estas afirmaciones que, además, no parecen nada «materialistas», sino más bien un residuo de aquella obscura filosofía hegeliana, por cuya escuela

pasó también Marx. No sé cómo poder libertarme de mi opinión profana, habituada a referir la formación de las clases sociales a las luchas que desde el comienzo de la Historia se desarrollan entre hordas humanas separadas por mínimas diferencias. Pensaba yo que las diferencias sociales fueron originalmente diferencias de tronco o de raza. Factores psicológicos tales como el exceso de la tendencia agresiva constitucional o también la coherencia de la organización dentro de la horda, y factores materiales tales como la posesión de armas mejores, habrían decidido la victoria. En la convivencia sobre el mismo suelo, los vencedores se hicieron los amos y los vencidos pasaron a ser esclavos. En todo esto no descubrimos nada de leyes naturales ni de mutación de conceptos; en cambio, se nos evidencia el influjo que el dominio progresivo de las fuerzas naturales ejerce sobre las relaciones sociales de los hombres, en cuanto éstos ponen siempre al servicio de su agresión los nuevos medios de poderío conquistados y los utilizan unos contra otros. La introducción del metal, del bronce y del hierro puso fin a épocas enteras de cultura y a sus instituciones sociales. Creo verdaderamente que la pólvora y las armas de fuego dieron al traste con la hegemonía de la nobleza y que el despotismo ruso estaba condenado a desaparecer antes de la gran guerra, ya que ninguna mezcla de sangres dentro de las familias soberanas de Europa hubiera podido engendrar una dinastía de zares invulnerables a la dinamita.

Creo, incluso, que quizá con la crisis económica actual, consecutiva a la gran guerra, no hacemos sino pagar el rescate de nuestra última magna victoria sobre la naturaleza: la conquista del aire. En

efecto: La política de Inglaterra se basaba en la seguridad que la garantizaba el mar en torno suyo. En el momento en que Blériot atravesó en aeroplano el Canal de la Mancha, quedó roto el aislamiento protector, y en aquella noche en que, todavía en tiempos de paz y en viaje puramente experimental, voló sobre Londres un zeppelin alemán, la guerra contra Alemania fué cosa decidida (1). Y tampoco debe olvidarse la amenaza de los submarinos.

Me avergüenza casi despachar un tema tan importante y complicado con tan escasas e insuficientes observaciones, y sé, también, que no os he dicho con ellas nada nuevo. Pero mi propósito era tan sólo hacer os advertir que la relación de los hombres con el dominio de la naturaleza, a la cual toman sus armas para la lucha con sus semejantes, tiene forzosamente que influir sobre sus instituciones económicas. Parece que nos hemos alejado mucho de los problemas de la concepción del universo, pero no tardaremos en tornar a ellos. La fuerza del marxismo no estriba manifiestamente en su interpretación de la Historia ni en la predicción del porvenir que en ella funda, sino en la demostración perspicacísima de la influencia coercitiva que las circunstancias económicas de los hombres ejercen sobre sus disposiciones intelectuales, éticas y artísticas. Con ello, se descubrió toda una serie de relaciones y dependencias totalmente ignoradas hasta entonces. Pero no se puede admitir que los motivos económicos sean los únicos que determinan la conducta de los hombres en la sociedad. Ya el hecho indudable de que razas, pueblos y perso-

---

(1) Así me lo indicó persona fidedigna a poco de estallar la guerra.

nas diferentes se conduzcan distintamente en las mismas circunstancias económicas excluye el dominio único de los factores económicos. No se comprende, en general, como es posible prescindir de los factores psicológicos en cuanto se trata de reacciones de seres humanos vivos, pues no es sólo que los tales hubieron ya de participar en el establecimiento de aquellas circunstancias económicas, sino que tampoco bajo su régimen pueden hacer los hombres otra cosa que poner en juego sus impulsos instintivos originales, su agresividad, su necesidad de amor y su tendencia a conquistar placer y evitar el displacer. En una investigación anterior, hemos expuesto la importantísima función del super-yo, que representa la tradición y los ideales del pasado y que opondrá siempre un período de resistencia a los impulsos de una nueva situación económica. Por último, no debemos olvidar que sobre la masa humana, sometida a las necesidades económicas, transcurre también el proceso de la evolución de la cultura—civilización, dicen otros—, el cual es, desde luego, influido por los demás factores, pero seguramente independiente de ellos en su origen, siendo comparable a un proceso orgánico y muy capaz de influir también, por su parte, sobre los demás factores. Desplaza los fines instintivos y hace que los hombres se rebelen contra lo que hasta entonces les parecía tolerable también el robustecimiento progresivo del espíritu científico parece ser parte esencial de él. Si alguien pudiera indicar al detalle cómo estos distintos factores, la disposición instintiva generalmente humana, sus variantes raciales y sus mutaciones culturales, se conducen bajo las condiciones de la ordenación social, de la actividad profesional y de las posibilidades adquisitivas; si alguien pudiera hacerlo

así completaría el marxismo, haciendo de él una verdadera sociología. Pues tampoco la sociología, que trata de la conducta del hombre en la sociedad, puede ser otra cosa que psicología aplicada. En rigor, no hay más que dos ciencias: la psicología, pura y aplicada, y la historia natural.

Con el nuevo atisbo logrado en la amplia significación de las circunstancias económicas surgió la tentación de no abandonar su transformación a la evolución histórica, sino imponerla por medio de la revolución. Con su realización en el bolcheviquismo ruso, el marxismo ha conquistado la energía, la concreción y la exclusividad de una concepción del universo, pero también, al mismo tiempo, un inquietante parecido con aquello mismo que combate. Siendo originalmente, por sí, un fragmento de ciencia y fundada su realización en la ciencia y en la técnica, ha creado, no obstante, una prohibición de pensar, tan implacable como la de la religión en su tiempo. Ha prohibido toda investigación crítica de la teoría marxista y las dudas sobre su exactitud son tan castigadas como en tiempos la heregía por la Iglesia católica. Las obras de Marx han tomado, como fuente de una revelación, el lugar de la Biblia y el Korán, aunque no están más libres de contradicciones y obscuridades que aquellos libros sagrados más antiguos.

Y aunque el marxismo práctico ha acabado sin compasión con todos los sistemas idealistas y todas las ilusiones anteriores, ha desarrollado también nuevas ilusiones no menos dudosas e indemostrables que las anteriores. Espera transformar la naturaleza humana, en el curso de escasas generaciones, de tal modo, que los hombres lleguen a convivir sin roce alguno en la nueva ordenación social, e incluso a dedicar-

se al trabajo sin necesidad de coerción alguna. Entretanto, desplaza a otro sector las restricciones de los instintos, inevitables en la sociedad, y orienta hacia el exterior las tendencias agresivas que amenazan a toda sociedad humana, se apoya en la enemiga de los pobres contra los ricos y de los inermes contra los anteriores poderosos. Pero una tal mutación de la naturaleza humana es cosa harto inverosímil. El entusiasmo con que actualmente siguen las masas el estímulo bolchevique, mientras el nuevo orden permanece inacabado y amenazado desde el exterior, no da seguridad ninguna de un futuro en el que llegue a estar sólidamente afirmado y exento de peligros. Lo mismo que la religión, el bolchevismo tiene que compensar a sus creyentes los sufrimientos y las privaciones de la vida presente con la promesa de un más allá mejor en el que no habrá necesidad alguna insatisfecha. Si bien tal paraíso será establecido en la tierra y se abrirá en época próxima. Pero recordemos que también los judíos, cuya religión no sabe nada de un más allá, han esperado la venida del Mesías, y que la Edad Media cristiana creyó repetidamente que el Reino de Dios estaba próximo.

No es dudoso cuál será la respuesta del bolcheviquismo a estas objeciones. Seguramente la que sigue: Mientras los hombres no queden transformados en su naturaleza, es indispensable emplear los medios que hoy actúan sobre ellos. No se puede prescindir de la coerción en su educación, ni de la prohibición de pensar y la violencia hasta el derramamiento de sangre, y si no se despertara en ellos aquellas ilusiones, no se les movería a adaptarse a tal coerción. Si hay alguien que sepa otro medio, puede intentarlo. Con esto quedaríamos derrotados. Por lo menos yo, no sabría qué

replicar. Confesaría que las condiciones del experimento me hubiera impedido emprenderlo, pero no todos piensan como yo. Hay también hombres de acción, incommovibles en sus convicciones, inaccesibles a la duda, insensibles al dolor de los demás, cuando éstos obstaculizan su camino. A tales hombres debemos que Rusia lleve realmente a cabo, hoy en día, la tentativa de implantar un tal orden nuevo. En una época en la que grandes naciones proclaman que sólo del mantenimiento de la piedad cristiana esperan su salvación, la subversión soviética se nos muestra—a pesar de todos sus ingratos detalles—como el mensaje de un futuro mejor. Desgraciadamente, ni de nuestras dudas ni de la fanática fe de los otros, se desprende indicación alguna sobre el resultado del experimento. El porvenir lo dirá y mostrará, quizá, que el experimento fué iniciado cuando aun no era sazón, y que una modificación capital del orden social carece de probabilidades de éxito en tanto que nuevos descubrimientos no hayan intensificado nuestro dominio de las fuerzas naturales y facilitado con ello la satisfacción de nuestras necesidades. Sólo entonces se hará posible que un nuevo orden social, no sólo excluya la miseria material de las masas, sino que acoja también las aspiraciones culturales del individuo. Con las dificultades que lo indómito de la naturaleza humana suscita a toda comunidad social, tendremos que luchar aún mucho tiempo.

Para terminar, vais a permitirme que sintetice, en pocas palabras, lo que me proponía decir sobre la relación de la psicoanálisis con el problema de la concepción del universo. La psicoanálisis es, a mi juicio, incapaz de crear una concepción del universo a ella peculiar. No lo necesita; es un trozo de ciencia y

puede agregarse a la concepción científica del universo. Pero ésta apenas merece nombre tan pomposo, pues no lo concibe todo, está demasiado inacabada y no aspira a concreción ni a la formación de sistemas. El pensamiento científico es aún demasiado joven entre los hombres y no ha podido dominar todavía demasiados grandes problemas. Una concepción del universo fundada en la ciencia tiene, fuera de la acentuación del mundo exterior real, rasgos esencialmente negativos, como la limitación a la verdad y la repulsa de las ilusiones. Aquellos de nuestros semejantes a quienes no satisfaga este estado de cosas y demanden algo más para su satisfacción momentánea, pueden procurárselo donde lo encuentren. No se lo tomaremos a mal, pero tampoco podemos ayudarles a ello ni pensar, en su obsequio, de otro modo.





## Esquema de la psicoanálisis

### I

La psicoanálisis nació, por decirlo así, con el siglo xx. La obra con la cual apareció ante el mundo como algo nuevo, mi «Interpretación de los sueños», vió la luz en 1900. Pero, naturalmente, no brotó de la roca ni cayó del cielo, sino que se enlaza a algo anterior, continuándolo, y surge de estímulos que somete a elaboración. Así, pues, su historia ha de comenzar por la descripción de las influencias que presidieron su génesis y no debe pasar por alto tiempos y estados anteriores a su creación.

La psicoanálisis nació en un terreno estrictamente delimitado. Originalmente, sólo conocía un fin: el de comprender algo de la naturaleza de las enfermedades nerviosas llamadas «funcionales», para vencer la impotencia médica de hasta entonces en cuanto a su tratamiento. Los neurólogos de aquella época habían sido formados en la sobrestimación de los hechos químico-físicos y patológico-anatómicos y, a lo último, se hallaban bajo la influencia de los descubrimientos de Hitzig y Fritsch, Ferrier, Goltz y otros, que parecían demostrar una íntima vinculación, quizá exclusiva, de ciertas funciones, a determinadas partes del cerebro. Con el factor psíquico no sabían que hacerse; no podían aprehenderlo, lo abandonaban a

los filósofos, a los místicos y a los curanderos; y, en consecuencia, no se abría acceso ninguno a los secretos de la neurosis, sobre todo a los de la enigmática «histeria», la cual constituía el prototipo de la especie toda. Todavía cuando, en 1885, practicaba yo en la Salpêtrière, pude ver que en cuanto a las parálisis histéricas, se consideraba suficiente la fórmula de que dependían de ligeros trastornos funcionales de las mismas partes del cerebro, cuya grave lesión provocaba la parálisis orgánica correspondiente.

Bajo la falta de comprensión padecía, naturalmente, también la terapia de estos estados patológicos. Consistía en medidas de carácter general, en la prescripción de medicamentos y en tentativas—inadecuadas en su mayoría—de influenciación psíquica, tales como intimidaciones, burlas y reprimendas. Como terapia específica de los estados nerviosos se aconsejaba la electricidad, pero el médico que se decidía a aplicarla, siguiendo los minuciosos preceptos de W. Erb, hallaba pronto ocasión de asombro ante el lugar que también en la ciencia pretensamente exacta ocupaba la fantasía. El viraje decisivo se inició cuando, entre el año ochenta y el noventa, demandaron de nuevo un acceso en la ciencia médica los fenómenos del hipnotismo, merced, esta vez, a los trabajos de Liébault, Bernheim, Herdenhain y Forel, y con mayor éxito que nunca hasta entonces. Lo importante fué el reconocimiento de la autenticidad de tales fenómenos. Una vez dado este paso, se imponía extraer del hipnotismo dos enseñanzas fundamentales e ineludibles. En primer lugar, se llegó a la convicción de que ciertas singulares alteraciones somáticas no eran sino el resultado de ciertas influencias psíquicas, activadas en el caso correspondiente. Y en segundo, la

conducta de los pacientes, después de la hipnosis, producía la clara impresión de la existencia de procesos anímicos que sólo «inconscientes» podían ser. Lo «inconsciente» era ya, tiempo atrás, como concepto teórico, objeto de discusión entre los filósofos, pero en los fenómenos del hipnotismo se hizo, por vez primera, corpóreo, tangible y objeto de experimentación. A ello se añadió que los fenómenos hipnóticos mostraban una innegable analogía con las manifestaciones de algunas neurosis.

Nunca se ponderará bastante la importancia del hipnotismo para la historia de la génesis de la psicoanálisis. Tanto en sentido teórico como terapéutico, la psicoanálisis administra una herencia que el hipnotismo la transmitió.

La hipnosis demostró ser también un valioso medio auxiliar para el estudio de las neurosis y, sobre todo, nuevamente, de la histeria. Causaron gran impresión los experimentos de Charcot, el cual había supuesto que ciertas parálisis surgidas después de un trauma (accidente) eran de naturaleza histérica y, fundándose en tal hipótesis, logró provocar artificialmente parálisis de idéntico carácter por medio de la sugestión de un trauma durante la hipnosis. Desde entonces se mantuvo la esperanza de que en la génesis de los síntomas histéricos podían participar, generalmente, influencias traumáticas. Charcot mismo no persiguió más allá la comprensión psicológica de la neurosis histérica, pero su discípulo P. Janet reanudó tales estudios y pudo mostrar, con ayuda del hipnotismo, que las manifestaciones patológicas de la histeria dependían estrictamente de ciertas ideas inconscientes (ideas fijas). Janet caracterizó la histeria por una supuesta incapacidad constitucional de mantener

en cohesión los procesos psíquicos, de la cual resultaba una disociación de la vida anímica.

Pero la psicoanálisis no se enlazó en modo alguno a estas investigaciones de Janet. Tuvo su punto de partida en la experiencia de un médico vienés, el doctor José Breuer, que, libre de toda influencia ajena, logró, alrededor de 1881, estudiar y restablecer, con ayuda del hipnotismo, a una muchacha enferma de histeria. Los resultados obtenidos por Breuer no fueron dados a la publicidad sino quince años más tarde, después de haber admitido como colaborador al que esto escribe. El caso por él tratado ha conservado hasta el día su significación única para nuestra comprensión de las neurosis, siendo, así, inevitable su exposición detallada. Es necesario aprehender claramente en qué hubo de consistir la singularidad del mismo. La sujeto había enfermado a consecuencia de los desvelos impuestos por la asistencia a su padre, al que amaba tiernamente, durante una larga y penosa dolencia. Breuer pudo demostrar que todos los síntomas de la muchacha se referían a dicha asistencia y hallaban en ella su explicación. Se había logrado, pues, por vez primera, hacer plenamente transparente un caso de tan enigmática neurosis, y todos los fenómenos patológicos habían demostrado poseer un sentido. Era, además, un carácter general de los síntomas, el de haber nacido en situaciones que integraban un impulso a una acción, la cual no había sido, sin embargo, llevada a cabo, sino omitida por motivos de otro orden. En lugar de estas acciones omitidas, habían surgido los síntomas. Tales circunstancias indicaban como etiología de los síntomas histericos la efectividad y el dinamismo de las fuerzas

psíquicas, y estos dos puntos de vista siguen hasta hoy en pie.

Breuer equiparó los motivos de la génesis de los síntomas a los traumas de Charcot. Ahora bien; se daba el caso singular de que tales motivos traumáticos y todos los impulsos anímicos a ellos enlazados quedaban perdidos para la memoria del paciente, como si jamás hubieran sucedido, mientras que sus efectos, o sea los síntomas, perduraban inmodificables, como si para ellos no existiese el desgaste por el tiempo. Quedaba así descubierta una prueba más de la existencia de procesos anímicos inconscientes, pero por ello mismo singularmente poderosos, tales como los primeramente observados en las sugerencias post-hipnóticas. La terapia empleada por Breuer consistía en llevar al paciente, por medio del hipnotismo, a recordar los traumas olvidados y reaccionar a ellos con intensas manifestaciones de afecto. Conseguido así, desaparecía el síntoma nacido en lugar de una tal manifestación afectiva. Así, pues, el mismo procedimiento servía simultáneamente para la investigación y la supresión de la enfermedad, y también esta unión inusual ha sido mantenida luego por la psicoanálisis.

Una vez que el autor de estas líneas hubo confirmado, en los primeros años de la última década del siglo XIX, la exactitud de los resultados de Breuer, ambos, Breuer y él, decidieron dar a la estampa una publicación que integrase sus experiencias y la tentativa de una teoría en ellas fundadas. (Estudios sobre la histeria, 1895) (1). Esta teoría afirmaba que el síntoma histérico nacía cuando el afecto de un proce-

---

(1) Cf. el volumen X de esta edición castellana.

so anímico intensamente afectivo era desviado de la elaboración consciente normal y encaminado así por una ruta indebida. En el caso de la histeria, dicho afecto se resolvía en inervaciones somáticas in habituales (conversión), pero podía ser dirigido en otro sentido y descargado por medio de la reviviscencia del suceso correspondiente durante la hipnosis (derivación por reacción). A este procedimiento le dimos el nombre de *c a t a r s i s* (limpieza, liberación del afecto represado).

El método catártico es el antecedente inmediato de la psicoanálisis y a pesar de todas las ampliaciones de la experiencia y de todas las modificaciones de la teoría, continúa hallándose contenido en ella como nódulo central. Pero no era más que un nuevo camino para la influenciación médica de ciertas enfermedades nerviosas, y nada hacía sospechar que pudiera llegar a ser objeto del interés general y de violenta oposición.

## II

Poco después de la publicación de los «Estudios sobre la histeria», terminó mi colaboración con Breuer. Breuer, cuya orientación profesional era propiamente la Medicina general, dejó el tratamiento de enfermos nerviosos, dedicándome yo entonces a perfeccionar el instrumento que mi colega me abandonaba. Las innovaciones técnicas por mí introducidas y mis descubrimientos hicieron, del procedimiento catártico, la psicoanálisis. El paso más decisivo fué la renuncia al hipnotismo, como medio auxiliar. Dos

fueron los motivos que a ella me llevaron. En primer lugar, porque no obstante haber asistido durante un curso completo a la clínica de Bernheim, en Nancy, eran muchos los pacientes a los que no conseguía hipnotizar. Y en segundo, porque los resultados terapéuticos de la catarsis, basada en el hipnotismo, no acababan de satisfacerme. Tales resultados eran, desde luego, patentes y aparecían al poco tiempo de iniciar el tratamiento, pero demostraron también ser poco duraderos y demasiado dependientes de la relación personal del médico con el paciente. La supresión de la hipnosis significó una ruptura con la evolución del procedimiento hasta entonces y un nuevo comienzo.

Ahora bien: el hipnotismo había servido para llevar a la memoria consciente del sujeto los datos por él olvidados. Tenía, pues, que ser substituído por otra técnica. En esta necesidad comencé a poner en práctica el método de la asociación libre consistente en comprometer al sujeto a prescindir de toda reflexión consciente y abandonarse, en un estado de serena concentración, al curso de sus ocurrencias espontáneas (involuntarias). Tales ocurrencias las debía comunicar al médico aun cuando en su fuero interno surgieran objeciones de peso contra tal comunicación; por ejemplo, las de tratarse de algo desagradable, disparatado, nimio o impertinente. La elección de la asociación libre como medio auxiliar para la investigación de lo consciente olvidado, parece tan extraña, que no estará de más justificarla expresamente. En tal elección hubo de guiarme la esperanza de que la llamada asociación libre no tuviera, en realidad, nada de libre, por cuanto una vez sojuzgados todos los propósitos mentales, habría de

surgir una determinación de las ocurrencias por el material inconsciente. Tal esperanza ha sido justificada por los hechos. Persiguiendo, así, la asociación libre dentro de la observancia de la «regla analítica fundamental» antes expuesta, se obtenía un rico material de ocurrencias que podía ponernos sobre la pista de lo olvidado por el enfermo. Dicho material no aportaba los elementos olvidados mismos, pero sí tan claras y abundantes alusiones a ellos, que el médico podía ya adivinarlos (reconstruirlos) con el auxilio de ciertos complementos y determinadas interpretaciones. Así, pues, la libre asociación y el arte interpretativo lograban el mismo resultado que antes el hipnotismo.

Aparentemente, nuestra labor quedaba así extraordinariamente dificultada y complicada; pero, en cambio, lográbamos una ventaja inestimable: la de un atisbo en un dinamismo que el estado de hipnosis encubría antes al observador. Descubríamos, en efecto, que la labor de patentizar los elementos patógenos olvidados, tenía que pugnar contra una resistencia constante y muy intensa. Ya las objeciones críticas con las que el paciente había querido excluir de la comunicación las ocurrencias en él emergentes y contra las cuales objeciones se dirigía la regla psicoanalítica fundamental, eran manifestaciones de tal resistencia. Del estudio de los fenómenos de la resistencia, resultó uno de los pilares maestros de la teoría psicoanalítica de las neurosis: la teoría de la *r e p r e s i ó n*. No era difícil suponer que las mismas fuerzas que ahora se oponían a que el material patógeno se hiciera consciente habían exteriorizado en su día, con pleno éxito, igual tendencia. De este modo, quedaba ya cegada una laguna en la etiología de los

síntomas neuróticos. Las impresiones y los impulsos anímicos, de los que ahora eran sustitución los síntomas, no habían sido olvidados sin fundamento alguno o, según la tesis de Janet, a consecuencia de una incapacidad constitucional para la síntesis, sino que habían sufrido, por la influencia de otras fuerzas anímicas, una represión, cuyo resultado y cuya señal eran precisamente su apartamiento de la conciencia y su exclusión de la memoria. Sólo a consecuencia de esta represión se habían hecho patógenos, esto es, se habían creado, por caminos inhabituales, una expresión como síntomas.

Como motivo de la represión, y con ello como causa de toda enfermedad neurótica, habíamos de considerar el conflicto entre dos grupos de tendencias anímicas. Y entonces, la experiencia nos enseñó algo tan nuevo como sorprendente sobre la naturaleza de las fuerzas en pugna. La represión partía, regularmente, de la personalidad consciente (el yo) del enfermo y dependía de motivos éticos y estéticos; a la represión sucumbían impulsos de egoísmo y crueldad, que, en general, podemos considerar malos, pero, sobre todo, impulsos optativos sexuales, muchas veces de naturaleza repulsiva e ilícita. Así, pues, los síntomas patológicos eran un sustitutivo de satisfacciones prohibidas, y la enfermedad parecía corresponder a una doma incompleta de lo inmoral que el hombre integra.

El progreso de nuestros conocimientos nos reveló cada vez más claramente, qué magno papel desempeñan en la vida anímica los impulsos optativos sexuales y nos procuró ocasión de estudiar penetrantemente la naturaleza y la evolución del instinto sexual.

(Tres aportaciones a una teoría sexual. 1905) (1). Pero llegamos también a otro distinto resultado, puramente empírico, al descubrir que las vivencias y los conflictos de los primeros años infantiles desempeñan un papel insospechadamente importante en la evolución del individuo y dejan tras de sí disposiciones imborrables, para la edad adulta. De este modo, llegamos a descubrir algo que hasta entonces había sido totalmente inadvertido por la ciencia, la *sexualidad infantil*, la cual se manifiesta, desde la más tierna edad, tanto en reacciones somáticas como en actitudes anímicas. Para armonizar esta sexualidad infantil con la llamada normal del adulto y con la vida sexual anormal de los perversos, hubo necesidad de hacer experimentar al concepto mismo de lo sexual una ampliación que pudo ser justificada por la historia de la evolución del instinto sexual.

A partir de la sustitución del hipnotismo por la técnica de la asociación libre, el procedimiento catártico de Breuer quedó transformado en la psicoanálisis, la cual fui yo sólo en practicar y desarrollar durante más de un decenio. La psicoanálisis fué adueñándose paulatinamente, en este intervalo, de una teoría que parecía procurar información suficiente sobre la génesis, el sentido y la intención de los síntomas neuróticos y un fundamento racional para el esfuerzo médico encaminado a la supresión de la enfermedad. Reuniré de nuevo los factores que constituyen el contenido de tal teoría. Tales factores son: la acentuación de la vida instintiva (afectividad), del dinamismo anímico y de la plenitud de sentido y determinación incluso de los fenómenos psíquicos aparente-

(1) Cf. el tomo II de esta edición castellana.

mente más oscuros y arbitrarios, la doctrina del conflicto psíquico y de la naturaleza patógena de la represión, la concepción de los síntomas patológicos como satisfacciones sustitutivas y el descubrimiento de la significación etiológica de la vida sexual y muy especialmente de los brotes infantiles de la misma. En sentido filosófico, esta teoría tuvo que adoptar el punto de vista de que lo psíquico no coincide con lo consciente, y que los procesos psíquicos son, en sí, inconscientes y sólo por la función de ciertos órganos (instancias, sistemas) son hechos conscientes. Como complemento de esta enumeración, añadiré que entre las actitudes afectivas de la infancia resaltaba la complicada relación afectiva del sujeto infantil con sus padres, el llamado complejo de Edipo, en el cual se descubría, cada vez más patentemente, el nódulo de todo caso de neurosis, y que en la conducta del analizado con respecto al médico se singularizaban ciertos fenómenos de transferencia afectiva que adquirieron tanta importancia para la teoría como para la técnica.

La teoría psicoanalítica de las neurosis contenía ya en esta estructura muchos elementos opuestos a opiniones e inclinaciones dominantes y que hubieron de despertar, en los sectores lejanos al nuestro, extrañeza, disgusto e incredulidad. Tales fueron nuestra actitud ante el problema de lo inconsciente, el reconocimiento de la sexualidad infantil y la acentuación del factor sexual en la vida anímica en general; pero aún habían de añadirse a ellos otros más.

## III

Para medio comprender cómo, en una muchacha histérica, un deseo sexual prohibido podía transformarse en un síntoma doloroso, habíamos tenido que construir penetrantes y complicadas hipótesis sobre la estructura y la función del aparato anímico. Lo cual constituía una franca contradicción entre el esfuerzo y el resultado. Si las circunstancias afirmadas por la psicoanálisis existían realmente, habían de ser de naturaleza fundamental y tenían que poderse manifestar también en fenómenos distintos de los histéricos. Pero si así sucedía en efecto, la psicoanálisis cesaba ya de interesar exclusivamente a los neurólogos y podía aspirar a la atención de todos aquellos para quienes supusiera algo la investigación psicológica. Sus resultados no atañían ya tan sólo al sector de la vida anímica patológica, sino también al de la función normal, para cuya comprensión habían de ser imprescindibles.

La prueba de su utilidad para la explicación de la actividad psíquica no patológica la consiguió muy pronto la psicoanálisis con su aplicación a dos órdenes de fenómenos: a los frecuentísimos y cotidianos *actos fallidos*, tales como los olvidos y las equivocaciones orales y escritas, etc., y a los *sueños* de los hombres sanos y psíquicamente normales. Los pequeños actos fallidos, como el olvido temporal de nombres propios archiconocidos por el sujeto, las equivocaciones orales y escritas y otros análogos, no habían sido objeto hasta entonces de explicación ninguna o eran simplemente atribuidos

a estados de fatiga o desviación de la atención. En nuestra «Psicopatología de la vida cotidiana» (1901-1904) (1) demostramos nosotros, con múltiples ejemplos, que tales sucesos tenían un sentido y nacían a consecuencia de la perturbación de una intención consciente por otra, retenida y a veces directamente inconsciente. Casi siempre basta una rápida reflexión o un breve análisis para descubrir la influencia perturbadora. Dada la frecuencia de estos actos fallidos, tales como las equivocaciones orales, cualquiera puede extraer de sí propio la convicción de la existencia de procesos anímicos que, no siendo conscientes, son sin embargo eficaces y se procuran una exteriorización por lo menos como inhibiciones y modificaciones de otros actos intencionales.

Más allá nos condujo aún el análisis de los sueños, cuyos resultados publicamos en nuestra «Interpretación de los sueños», aparecida en 1900 (2). De este análisis resultaba que el sueño compartía la estructura de los síntomas neuróticos. Puede aparecer, como éstos, extraño y falto de sentido; pero si lo investigamos con auxilio de una cierta técnica, muy semejante a la de la asociación libre usada en psicoanálisis, llegamos, desde su *c o n t e n i d o m a n i f i e s t o*, a un sentido secreto del sueño, o sea a las *i d e a s l a t e n t e s* del mismo. Este sentido latente es siempre un impulso óptativo, que es representado como cumplido en el presente. Pero, salvo en los niños pequeños o bajo la presión de necesidades somáticas imperativas, este deseo secreto no puede ser jamás expresado en forma reconocible. Tiene que someter-

---

(1) Cf. el tomo I de esta edición castellana.

(2) Cf. los tomos VI y VII de esta edición castellana.

se antes a una *d e f o r m a c i ó n* que es obra de fuerzas restrictivas y censoras dadas en el yo del sujeto. De este modo nace el sueño manifiesto, tal como es recordado al despertar, deformado, hasta resultar irreconocible, por las conversiones a la censura onírica, pero que el análisis puede desenmascarar y revelar como expresión de una satisfacción o del cumplimiento de un deseo, como una transacción entre dos grupos de tendencias anímicas en pugna, idénticamente a como descubrimos que sucedía en el síntoma histérico. La fórmula según la cual el sueño es una satisfacción (disfrazada) de un deseo (reprimido) es la que mejor y más fundamentalmente define la esencia del sueño. El estudio de aquel proceso que transforma el deseo onírico latente en el contenido manifiesto del sueño (la elaboración onírica) nos ha procurado lo mejor que sobre la vida anímica inconsciente sabemos.

Ahora bien: el sueño no es un síntoma patológico, sino una función de la vida psíquica normal. Los deseos cuyo cumplimiento presenta son los mismos que en la neurosis sucumben a la represión. El sueño debe la posibilidad de su génesis simplemente a la circunstancia favorable de que durante el estado de reposo, que paraliza la motilidad del hombre, la represión se debilita, convirtiéndose en la censura onírica. Pero cuando la formación del sueño traspasa ciertas fronteras, el sujeto le pone fin y despierta sobresaltado. Se demuestra, pues, que en la vida psíquica normal existen las mismas fuerzas, y las mismas relaciones entre ellas, que en la patológica. A partir de la interpretación de los sueños, reunió la psicoanálisis una doble significación: no era ya sólo una nueva terapia de las neurosis, sino también una nueva psi-

ciencia; aspiraba a ser tenida en cuenta, no sólo por los neurólogos, sino por todos los hombres consagrados a las ciencias del espíritu.

Pero la acogida que encontró en el mundo científico no fué nada amistosa. Durante cerca de diez años, nadie se ocupó de mis trabajos. Hacia 1907, un grupo de psiquiatras suizos (Bleuler y Jung, de Zurich), orientó la atención hacia la psicoanálisis y, en el acto, estalló, en Alemania sobre todo, una tempestad de indignación que, por cierto, no seleccionó en modo alguno sus medios y argumentos. La psicoanálisis compartió así el destino de tantas otras novedades que luego, al cabo de cierto tiempo, han encontrado aceptación general. De todos modos, correspondía a su esencia despertar contradicción intensísima. Hería los prejuicios de la humanidad civilizada en varios puntos, particularmente sensibles, sometía en cierto modo a todos los hombres a la reacción analítica, descubriendo lo que un convenio general había reprimido y rechazado a lo inconsciente, y obligaba así a nuestros contemporáneos a conducirse como enfermos, los cuales manifiestan especialmente, en el curso del tratamiento analítico, todas sus resistencias. Pero también es fuerza reconocer que no era fácil adquirir la convicción de la exactitud de las doctrinas analíticas ni ser iniciado en el ejercicio del análisis.

Sin embargo, la hostilidad general no pudo impedir que, en el curso de los diez años siguientes, la psicoanálisis se extendiera sin tregua en dos sentidos: sobre el mapa, siendo cada vez más las naciones en las que emergía el interés por la psicoanálisis, y en el terreno de las ciencias del espíritu, hallando aplicación a nuevas disciplinas. En 1909, G. Stanley Hall,

director de la Clark University de Worcester (Massachusetts, Estados Unidos), nos invitó, a Jung y a mí, a dar en dicho Centro una serie de conferencias sobre psicoanálisis, las cuales fueron amablemente acogidas. Desde entonces, la psicoanálisis se ha hecho popular en Norteamérica, aunque precisamente en tal país se encubra con su nombre algún abuso. Ya en 1911 pudo comprobar Havelock Ellis que la psicoanálisis era practicada, no sólo en Austria y Suiza, sino también en los Estados Unidos, Inglaterra, India, Canadá y Australia.

En este período de lucha y primera floración, nacieron también los órganos literarios consagrados exclusivamente a la psicoanálisis. Tales fueron el «Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen», editado por Bleuler y por mí y dirigido por Jung (1909-1914), que cesó de publicarse al estallar la guerra, la «Zentralblatt für Psychoanalyse» (1911), redactada por Adler y Stekel, que se convirtió luego en la «Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse» (1913) y cuya publicación continúa regularmente, y la revista «Imago» fundada en 1912 por Rank y Sachs y dedicada a la aplicación de la psicoanálisis a las ciencias del espíritu. El interés de los médicos anglo-americanos, se manifestó en 1913 con la fundación, por White y Jellife, de la «Psychoanalytic Review», subsistente aún. Más tarde, en 1920, nació el «International Journal of Psycho-Analysis», redactado por E. Jones y dedicado especialmente a Inglaterra. La editorial «Internationaler Psychoanalytischer Verlag» y su rama inglesa (la I. PsA. Press) lanzan una serie continua de publicaciones. Naturalmente, la literatura psicoanalítica no ha de buscarse exclusivamente en estas pu-

blicaciones periódicas, sostenidas en su mayoría por sociedades psicoanalíticas, sino también en una multitud de lugares dispersos y tanto en producciones científicas como literarias. Entre las revistas de lengua románica que dedican especial atención a la psicoanálisis, debemos mencionar la «Revista de Psiquiatría», dirigida por H. Delgado, de Lima (Perú).

La diferencia esencial entre esta década de la psicoanálisis y la anterior consistió en no ser ya yo su único representante. En torno mío iba formándose un círculo de discípulos y adeptos, cada vez más nutrido, cuya labor se dedicó primero a la difusión de las teorías psicoanalíticas y las continuó, completó y profundizó luego. Varios de estos adeptos se separaron, después, de nosotros, como era inevitable, en el transcurso de los años, tomando caminos propios o pasándose a una oposición que parecía amenazar la continuidad de la evolución de la psicoanálisis. Entre 1911 y 1913 fueron C. G. Jung, en Zurich, y Adler, en Viena, los que, con sus tentativas de interpretación particular de los hechos analíticos y sus tendencias a la desviación de los puntos de vista del análisis, provocaron una cierta conmoción, pero no tardó en demostrarse que tales secesiones no habían causado daños duraderos. Su éxito pasajero se explicaba fácilmente por la disposición de la masa a dejarse libertar del peso de las exigencias psicoanalíticas, cualquiera que fuese el camino que para ello se la ofreciera. La mayoría de mis colaboradores se mantuvo firme y prosiguió la labor siguiendo las líneas directivas marcadas. En la siguiente exposición, muy abreviada, de los resultados de la psicoanálisis en los diversos sectores de su aplicación, encontraremos repetidamente sus nombres.

## IV

La ruidosa repulsa que la psicoanálisis sufrió por parte del mundo médico, no ha sido bastante para impedir a sus adeptos desarrollarla ante todo, conforme a su propósito inicial, en una patología especial y una especial terapia de las neurosis, labor aún no totalmente acabada hoy. Los innegables éxitos terapéuticos, que rebasaban considerablemente lo hasta entonces logrado, estimulaban a nuevos esfuerzos, y las dificultades que surgían al penetrar más profundamente en la materia motivaron hondas modificaciones de la técnica analítica e importantes modificaciones de las hipótesis de la teoría.

En el curso de esta evolución, la técnica de la psicoanálisis se ha hecho tan determinada y tan ardua como la de cualquier otra especialidad médica. Por desconocimiento de este hecho se peca gravemente, en Inglaterra y Norteamérica sobre todo, por cuanto personas que han adquirido por medio de la lectura un mero conocimiento literario de la psicoanálisis, se creen ya capacitadas para emprender tratamientos analíticos sin someterse antes a una iniciación práctica suficiente. Los resultados de una tal conducta son nefastos, tanto para la ciencia como para los pacientes, y han contribuído mucho al descrédito de la psicoanálisis. La fundación de la primera policlínica psicoanalítica (por el doctor M. Eitingon, de Berlín, en 1920), ha constituído así un paso de alta importancia práctica. Esta institución se esfuerza, por un lado, en hacer accesible la terapia analítica a sec-

tores más amplios y, por otro, se encarga de iniciar a los médicos en la práctica del análisis mediante un curso preparatorio que integra la condición de que el candidato se someta por sí mismo a una psicoanálisis.

Entre los conceptos auxiliares que hacen posible al médico el dominio del material analítico, hemos de mencionar, en primer término, el de la «libido». Libido significa en psicoanálisis primeramente la energía (concebida como cuantitativamente variable y mensurable) de los instintos sexuales orientados hacia el objeto (en el sentido ampliado por la teoría analítica). Del estudio subsiguiente resultó la necesidad de yuxtaponer a esta «libido del objeto», una «libido narcisista o libido del yo» y los efectos recíprocos de estas dos fuerzas han permitido explicar multitud de procesos de la vida psíquica, tanto normales como patológicos. No tardó en establecer la diferenciación general entre las llamadas «neurosis de transferencia», y las afecciones narcisistas, siendo las primeras (histeria y neurosis obsesiva) los objetos propiamente dichos de la terapia psicoanalítica, mientras que las otras, las neurosis narcisistas, aunque permiten la investigación con ayuda del análisis, oponen dificultades fundamentales a una influenciación terapéutica. Es cierto que la teoría psicoanalítica de la libido no está aún acabada ni aclarada aún su relación con una teoría general de los instintos—la psicoanálisis es una ciencia muy joven, incompleta, en vías de rápida evolución—, pero sí podemos acentuar ya desde luego, cuán erróneo es el reproche de pansexualismo que tan frecuentemente le es opuesto. Tal reproche pretende que la teoría psicoanalítica no conoce energías instintivas psíquicas distintas de las sexuales, y utili-

za así, en su beneficio, prejuicios comunes, empleando el término «sexual» no en su sentido analítico, sino en un sentido vulgar.

La concepción psicoanalítica tuvo que contar entre las afecciones narcisistas también aquellas dolencias que la psiquiatría llama «psicosis funcionales». No cabía duda de que las neurosis y las psicosis no estaban separadas por límites precisos, como tampoco la salud y la neurosis, y era inmediato aplicar a la explicación de los tan enigmáticos fenómenos psicóticos los conocimientos adquiridos en el estudio de las neurosis, igualmente impenetrables hasta entonces. Ya en mi período de aislamiento había yo conseguido hacer comprensible, por medio de la investigación psicoanalítica, un caso de paranoia, y demostrar en dicha inequívoca psicosis los mismos contenidos (complejos) que en las neurosis simples y un dinamismo análogo. E. Bleuler ha perseguido en un gran número de psicosis los indicios de aquello que califica de «mecanismos freudianos», y C. G. Jung conquistó, de una vez, gran consideración como analítico, cuando, en 1901, explicó los enigmáticos síntomas emergentes en los desenlaces de la *d e m e n t i a p r e c o x* por la historia individual de tales enfermos. El amplio estudio de la esquizofrenia, que Bleuler llevó a cabo (1911) ha mostrado, de un modo probablemente definitivo, la exactitud de los puntos de vista psicoanalíticos para la concepción de estas psicosis.

De este modo, ha sido y sigue siendo la psiquiatría el primer sector de aplicación de la psicoanálisis. Los mismos investigadores que más han laborado para profundizar el conocimiento analítico de las neurosis—K. Abraham, de Berlín y S. Ferenczi, de Buda-

pest, para no citar sino los más sobresalientes—han sido también los que más han contribuído a la aclaración analítica de las psicosis. La convicción de la unidad y homogeneidad de todas las perturbaciones que se nos muestran como fenómenos neuróticos y psicóticos va imponiéndose cada vez más, a pesar de la resistencia de los psiquiatras. Se empieza a comprender—en América, mejor quizá que en ningún otro lado—que sólo el estudio psicoanalítico de las neurosis puede procurar la preparación necesaria para una comprensión de la psicosis, y que la psicoanálisis está llamada a hacer posible en el porvenir una psiquiatría científica que no necesitará ya contentarse con la descripción de singulares cuadros de estados y trayectorias incomprensibles y con la persecución de la influencia de traumas meramente anatómicos y tóxicos sobre el aparato anímico, inaccesible a nuestro conocimiento.

## V

Pero, con sólo su significación para la psiquiatría, la psicoanálisis no hubiera atraído jamás la atención del mundo intelectual, ni conquistado un puesto en *the History of our times*. Esta acción partió de la relación de la psicoanálisis con la vida anímica normal, no con la patológica. Originalmente, la investigación analítica se proponía tan sólo fundamentar la génesis de algunos estados psíquicos patológicos; pero, en esta labor, llegó a descubrir relaciones de importancia fundamental y a crear una nueva psicología, teniendo, por lo tanto, que decirse que la

validez de tales descubrimientos no podía limitarse al terreno de la patología. Sabemos ya cuándo fué conseguida la demostración definitiva de la exactitud de esta conclusión. Fué cuando la técnica analítica logró la interpretación de los sueños, los cuales pertenecen a la vida psíquica de los normales y constituyen, sin embargo, productos propiamente patológicos, que pueden nacer regularmente bajo las condiciones de la salud.

Si se mantenían los atisbos psicológicos conquistados por medio del estudio de los sueños, no quedaba ya más que un paso para proclamar a la psicoanálisis como doctrina de los procesos psíquicos más profundos, no accesibles directamente a la conciencia, como «psicología abisal», y poderla aplicar a casi todas las conciencias del espíritu. Tal paso consistió en la transición desde la actividad psíquica del individuo a las funciones psíquicas de comunidades humanas y pueblos, esto es, desde la psicología individual a la psicología colectiva, y había muchas sorprendentes analogías que aconsejaban darlo. Así, se había averiguado que en los estratos profundos de la actividad mental inconsciente, los elementos antitéticos no se diferencian unos de otros sino que son expresados por un mismo elemento. El filólogo K. Abel, había sentado ya en 1884 la afirmación de que los idiomas más antiguos que conocemos trataban del mismo modo las antítesis. El antiguo egipcio, por ejemplo, no tenía al principio más que una palabra para «fuerte» y «débil», y sólo más tarde diferenció los dos términos antitéticos por medio de ligeras modificaciones. Todavía en los idiomas modernos es posible hallar claros resíduos de tal sentido contradictorio. Así, la palabra alemana «Boden» significa tanto

la parte más alta como la más baja de la casa; y en latín, «altus» es tanto alto como profundo. Vemos, pues, que la equiparación de lo antitético en el sueño es un rasgo arcaico general del pensamiento humano.

Consideremos otro ejemplo perteneciente a un distinto sector: es imposible sustraerse a la impresión de coincidencia que descubrimos entre los actos obsesivos de algunos enfermos y las prácticas de los creyentes del mundo entero. Algunos casos de neurosis obsesiva parecen manifestaciones de una religión privada y caricatural, de manera que podemos comparar las religiones oficiales con una neurosis obsesiva mitigada por su generalidad. Esta comparación, altamente indignante, desde luego, para todos los creyentes, ha sido muy fructífera desde el punto de vista psicológico. Pues en cuanto a la neurosis obsesiva, la psicoanálisis ha descubierto pronto qué fuerzas pugnan entre sí hasta que sus conflictos llegan a crearse una expresión singular en el ceremonial de los actos obsesivos. Nada semejante había sido sospechado del ceremonial religioso, hasta que, con la referencia del sentimiento religioso a la relación con el padre, como su más profunda raíz, se consiguió señalar también en este sector análoga situación dinámica. Este ejemplo puede también advertir al lector, que la aplicación de la psicoanálisis a sectores no médicos no puede tampoco por menos de herir prejuicios muy estimados, rozar susceptibilidades de muy hondo arraigo y despertar así hostilidades que tienen una base esencialmente afectiva.

Si podemos aceptar como generalmente dadas las relaciones más generales de la vida anímica inconsciente (los conflictos de los impulsos instintivos, las represiones y las satisfacciones sustitutivas) y si hay

una psicología abisal que conduzca al conocimiento de tales relaciones, es de esperar que la aplicación de la psicoanálisis a los más diversos sectores de la actividad intelectual humana consiga por doquiera resultados importantísimos e inalcanzables hasta ahora. En un estudio muy rico en contenido, Otto Rank y H. Sachs, se han esforzado en determinar en qué medida ha cumplido tales esperanzas la labor de los psicoanalíticos hasta 1915. La falta de espacio me impide intentar aquí un complemento de dicha enumeración. Sólo puedo hacer resaltar el resultado más importante y exponer, con ocasión del mismo, algunos detalles.

Si prescindimos de los impulsos internos poco conocidos, podemos decir que el motor capital de la evolución cultural del hombre ha sido la necesidad real exterior, que le negaba la satisfacción cómoda de sus necesidades naturales y le abandonaba a magnos peligros. Esta negación exterior le obligó a la lucha con la realidad, lucha cuyo desenlace fué en parte una adaptación y en parte un dominio de la misma, pero también la colaboración y la convivencia con sus semejantes, a lo cual se enlazó ya una renuncia a varios impulsos instintivos que no podían ser satisfechos socialmente. Con los progresos siguientes de la cultura, crecieron también las exigencias de la represión. La civilización se basa, en general, en la renuncia de los instintos, y cada individuo tiene que repetir personalmente, en su camino desde la infancia a la madurez, esta evolución de la Humanidad hasta la resignación razonable. La psicoanálisis ha mostrado que son, predominantemente, si no exclusivamente, impulsos instintivos sexuales, los que sucumben a esta represión cultural. Parte de ellos integra la valiosa cualidad

de poder ser desviados de sus fines más próximos y ofrecer así su energía, como tendencias «sublimadas», a la evolución cultural. Pero otra parte pervive en lo inconsciente en calidad de impulsos optativos insatisfechos y tiende a lograr una satisfacción cualquiera, aunque sea deformada.

Hemos visto que un trozo de la actividad mental humana está dedicada al dominio del mundo exterior real. A esto añade la psicoanálisis que otra parte, singularmente estimada, de la creación psíquica se halla consagrada al cumplimiento de deseos, a la satisfacción sustitutiva de aquellos deseos reprimidos que desde los años infantiles viven insatisfechos en el alma de cada cual. A estas creaciones, cuya conexión con un inconsciente inaprehensible fué siempre sospechada, pertenecen los mitos, la poesía y el arte, y la labor de los psicoanalíticos ha arrojado realmente viva luz sobre los dominios de la mitología, la literatura y la psicología del artista.

Tal ha sido principalmente la obra meritoria de Otto Rank. Se ha mostrado que los mitos y las fábulas son, como los sueños, susceptibles de interpretación, se han seguido los intrincados caminos que conducen desde el impulso del deseo inconsciente hasta la realización en la obra de arte, se ha aprendido a comprender la acción afectiva de la obra de arte sobre el sujeto receptor, se ha explicado la afinidad interior del artista con el neurótico, y sus diferencias, y se ha indicado la relación entre su disposición, sus vivencias casuales y su obra. La valoración de las dotes artísticas de la obra de arte y la explicación de las dotes artísticas, son problemas ajenos a la psicoanálisis. Mas parece que la psicoanálisis está en si-

tuación de decir la palabra decisiva en todos los problemas relativos a la vida imaginativa del hombre.

Pero además, la psicoanálisis nos ha descubierto, para nuestro asombro, cuan ingente papel desempeña en la vida anímica del hombre, el llamado complejo de Edipo, esto es, la relación afectiva del niño con sus padres. Tal asombro se mitiga cuando averiguamos que el complejo de Edipo es la correlación psíquica de dos hechos biológicos fundamentales, de la prolongada dependencia infantil de los hombres y de la forma singular en que su vida sexual alcanza, entre los tres y los cinco años, una primera culminación, pasando luego por un período de latencia y renovándose al iniciarse la pubertad. Ulteriormente, se nos reveló que un tercer trozo, altamente serio, de la actividad mental humana, aquél que ha creado las magnas instituciones de la religión, el derecho, la ética y todas las formas estatales, apunta en el fondo a facilitar al individuo el vencimiento de su complejo de Edipo y a derivar su libido, desde sus vinculaciones infantiles, a las vinculaciones sociales definitivamente deseables. Las aplicaciones de la psicoanálisis a la ciencia de las religiones y a la sociología (Freud, Th. Reik y O. Pfister), que han conducido a este resultado, son aún muy jóvenes e insuficientemente estimadas, pero es indudable que estudios ulteriores ratificarán la exactitud de sus conclusiones.

Como apéndice, he de citar aún que la pedagogía no podrá omitir el aprovechamiento de las indicaciones que la suministra la investigación analítica de la vida infantil. Y que entre los terapeutas ha habido quienes han declarado que la psicoanálisis ofrece nuevas posibilidades para el tratamiento de graves dolencias orgánicas, ya que en muchas de estas afeccio-

nes colabora también un factor psíquico sobre el cual es posible lograr influjo (Groddeck, Jellife).

Podemos, pues, abrigar la esperanza de que la psicoanálisis, cuya evolución y rendimientos hasta el momento actual acabamos de exponer en breves síntesis, entrará, como un importante fermento, en la evolución cultural de los próximos decenios y ayudará a profundizar nuestra comprensión del mundo y a rechazar muchas cosas reconocidamente nocivas. Pero no debe olvidarse que por sí sola no puede procurar una imagen completa del mundo. Si se acepta la diferenciación por mí propuesta poco ha, que divide el aparato anímico en un *y o* vuelto hacia el exterior y dotado de conciencia y un *e l l o* inconsciente, dominado por sus necesidades instintivas, la psicoanálisis deberá ser considerada como una psicología del *e l l o* (y de su acción sobre el *yo*). Puede, pues, procurar, en todo sector científico, aportaciones complementarias de las de la psicología del *yo*. Si estas aportaciones contienen con frecuencia precisamente lo más importante de un estado de hechos, ello corresponde tan sólo a la importancia que para nuestra vida integra lo inconsciente psíquico, que tanto tiempo ha permanecido ignorado.



## La psicoanálisis y la teoría de la libido

### I

#### La psicoanálisis

**Psicoanálisis** es el nombre: 1.º de un método para la investigación de procesos anímicos apenas accesibles de otro modo; 2.º de un método terapéutico de perturbaciones neuróticas, basado en tal investigación; y 3.º de una serie de conocimientos psicológicos, así adquiridos, que van constituyendo paulatinamente una nueva disciplina científica.

**Historia.** Como mejor puede llegarse a la comprensión de la psicoanálisis, es siguiendo la trayectoria de su génesis y su evolución. En los años de 1880 y 1881, el doctor José Breuer, de Viena, conocido como médico internista y perito en fisiología experimental, tuvo sometida a tratamiento a una muchacha que había enfermado gravemente de histeria en ocasión de hallarse prestando su asistencia a su padre durante una larga y penosa dolencia. El cuadro patológico se componía de parálisis motoras, inhibiciones y trastornos de la conciencia. Siguiendo una indicación de la propia enferma, muy inteligente, empleó con ella el hipnotismo y comprobó que una vez que la sujeto comunicaba, durante la hipnosis, los afectos y las ideas que la dominaban, volvía al es-

tado psíquico normal. Por medio de la repetición consecutiva del mismo trabajoso procedimiento, consiguió libertarla de todas sus inhibiciones y parálisis, hallando así recompensado su trabajo por un gran éxito terapéutico y por descubrimientos inesperados sobre la esencia de la enigmática neurosis. Pero Breuer se abstuvo de llevar más allá su descubrimiento e incluso lo silenció durante casi diez años, hasta que, a mi retorno a Viena (1886), después de seguir un curso en la clínica de Charcot, conseguí moverle a volver al tema y a laborar conmigo sobre él. Luego, en 1893, publicamos, en colaboración, una comunicación provisional, titulada «Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos», y, en 1895, un libro, «Estudios sobre la histeria», en el que dimos a nuestra terapia el nombre de «método catártico».

**La catarsis.** De las investigaciones que constituían la base de los estudios de Breuer y míos, se deducían, ante todo, dos resultados: Primero, que los síntomas histéricos entrañan un sentido y una significación, siendo sustitutivos de actos psíquicos normales; y segundo, que el descubrimiento de tal sentido incógnito coincide con la supresión de los síntomas, confundándose así, en este sector, la investigación científica con la terapia. Las observaciones habían sido hechas en una serie de enfermos tratados como la primera paciente de Breuer, o sea por medio del hipnotismo, y los resultados parecían excelentes hasta que, más adelante, se hizo patente su lado débil. Las hipótesis teóricas que Breuer y yo edificamos por entonces estaban influenciadas por las teorías de Charcot sobre la histeria traumática y podían apoyarse en los desarrollos de su discípulo P. Janet, los cuales, aunque publicados antes que nuestros «Estu-

dios», eran cronológicamente posteriores al caso primero de Breuer. En aquellas nuestras hipótesis apareció desde un principio, en primer término; el factor afectivo; los síntomas histéricos deberían su génesis al hecho de que un proceso psíquico cargado de intenso afecto viera impedida en algún modo su descarga por el camino normal conducente a la conciencia y hasta la motilidad, a consecuencia de lo cual el afecto así represado tomaba caminos indebidos y hallaba una derivación en la inervación somática (conversión). A las ocasiones en las que nacían tales «representaciones» patógenas les dimos, Breuer y yo, el nombre de «traumas psíquicos», y como pertenecían, muchas veces, a tiempos muy pretéritos, pudimos decir que los histéricos sufrían predominantemente de reminiscencias. La «catarsis» era entonces llevada a cabo en el tratamiento por medio de la apertura del camino conducente a la conciencia y a la descarga normal del afecto. La hipótesis de la existencia de procesos psíquicos *i n c o n s c i e n t e s* era, como se ve, parte imprescindible de nuestra teoría. También Janet había laborado con actos psíquicos inconscientes, pero, según acentuó en polémicas ulteriores contra la psicoanálisis, ello no era para él más que una expresión auxiliar, *u n e m a n i è r e d e p a r l e r*, con la que no pretendía indicar nuevos conocimientos.

En una parte teórica de nuestros «Estudios», Breuer comunicó algunas ideas especulativas sobre los procesos de excitación en lo psíquico, que han marcado una orientación a investigaciones futuras, aún no debidamente practicadas. Con ellas puso un fin a sus aportaciones a este sector científico, pues al poco tiempo abandonó nuestra colaboración.

El paso a la psicoanálisis. Ya en los «Estudios» se iniciaban diferencias entre la manera de ver de Breuer y la mía. Breuer suponía que las representaciones patógenas ejercían acción traumática porque habían nacido en «estados hipnoides», en los cuales la función anímica sucumbe a ciertas restricciones. En cambio, yo rechazaba tal explicación y creía reconocer que una representación se hace patógena cuando su contenido repugna a las tendencias dominantes de la vida anímica, provocando así la «defensa» del individuo (Janet había atribuido a los histéricos una incapacidad constitucional para la síntesis de sus contenidos psíquicos; en este lugar se separaban de su camino el de Breuer y el mío). También las dos innovaciones, con las que yo abandoné a poco el terreno de la catarsis, constaban ya mencionadas en los «Estudios». Una vez terminada mi colaboración con Breuer, constituyeron el punto de partida de nuevos desarrollos.

Renuncia a la hipnosis. Una de tales innovaciones se basaba en una experiencia práctica y conducía a una modificación de la técnica; la otra consistía en un adelanto en el conocimiento clínico de la neurosis. Se demostró en seguida que las esperanzas terapéuticas fundadas en el tratamiento catártico, con ayuda de la hipnosis, no llegaban, en cierto modo, a cumplirse. La desaparición de los síntomas iba, desde luego, paralela a la catarsis, pero el resultado total se mostraba, sin embargo, totalmente dependiente de la relación del paciente con el médico, conduciéndose así como un resultado de la «sugestión» y cuando tal relación se rompía, emergían de nuevo todos los síntomas, como si no hubieran hallado solución ninguna. A ello se añadía que el

corto número de personas susceptibles de ser sumidas en profunda hipnosis traía consigo una limitación, muy sensible desde el punto de vista médico, en la aplicación del método catártico. Por todas estas razones, hube de decidirme a prescindir del hipnotismo, si bien ciertas impresiones experimentadas durante su aplicación me procuraron los medios de substituirlo.

**La asociación libre.** El estado hipnótico había producido en el paciente una tal ampliación de la capacidad de asociación, que él mismo sabía hallar en el acto el camino, inaccesible para su reflexión consciente, desde el síntoma hasta las ideas y reminiscencias con él enlazadas. La supresión de la hipnosis parecía crear una situación sin salida, pero yo recordé la demostración de Bernheim de que lo vivido en estado de sonambulismo sólo aparentemente se hallaba olvidado y podía ser siempre devuelto a la memoria consciente del sujeto con sólo la afirmación imperiosa del médico de que no tenía más remedio que recordarlo. Intenté, pues, llevar también a mis pacientes no hipnotizados a la comunicación de sus asociaciones, para encontrar, con ayuda de dicho material, el camino conducente a lo olvidado o rechazado. Más adelante observé que no era preciso ejercer gran presión sobre el sujeto y que en el paciente emergían casi siempre numerosas asociaciones; lo que sucedía es que tales asociaciones eran desviadas de la comunicación, e incluso de la conciencia, por ciertas objeciones que el sujeto se hacía. De la esperanza, indemostrada aún por entonces y confirmada luego por abundante experiencia, de que todo lo que el paciente asociara a un cierto punto de partida, tenía que hallarse también en conexión interna

con el mismo, resultó la técnica consistente en mover al paciente a renunciar a toda actitud crítica y utilizar el material de asociaciones, así extraído a la luz para el descubrimiento de las conexiones buscadas. Una intensa confianza en la determinación estricta de lo psíquico, contribuyó también a la adopción de esta técnica que había de sustituir al hipnotismo.

La «regla técnica fundamental». Este procedimiento de la «asociación libre» ha sido mantenido desde entonces, en la labor psicoanalítica, como regla técnica fundamental. Iniciamos el tratamiento invitando al paciente a ponerse en la situación de un auto-observador atento y desapasionado, limitándose a leer la superficie de su conciencia y obligándose, en primer lugar, a una absoluta sinceridad y, en segundo, a no excluir de la comunicación asociación ninguna, aunque le sea desagradable comunicarla o la juzgue insensata, nimia o impertinente. Se demuestra regularmente que precisamente aquellas ocurrencias que provocan las objeciones mencionadas entrañan singular valor para el hallazgo de lo olvidado.

La psicoanálisis como arte de interpretación. La nueva técnica transformó hasta tal punto la impresión del tratamiento, creaba tan nuevas relaciones entre el enfermo y el médico y procuraba tantos resultados sorprendentes, que pareció justificado diferenciar de la catarsis, con una distinta denominación, el nuevo método así constituido. En consecuencia, escogí para aquel procedimiento terapéutico, que podía ya ser extendido a muchas otras formas de la neurosis, el nombre de psicoanálisis. Esta psicoanálisis era, en primer término, un arte de interpretación y se planteaba la labor de

profundizar el primero de los grandes descubrimientos de Breuer, o sea el de que los síntomas neuróticos eran una sustitución plena de sentido de otros actos psíquicos omitidos. Se trataba ahora de utilizar el material que procuraban las ocurrencias del paciente como si apuntara a un sentido oculto y adivinar por él tal sentido. La experiencia mostró en seguida que lo mejor y más adecuado que el médico analizador podía hacer era abandonarse a su propia actividad mental inconsciente, conservándose en un estado de atención constante, evitar en lo posible toda reflexión y toda producción de hipótesis conscientes, no querer fijar especialmente en su memoria nada de lo oído y aprehender, de este modo, con su propio inconsciente, lo inconsciente del analizado. Más adelante, observamos, cuando las circunstancias no eran del todo desfavorables, que las ocurrencias del enfermo iban aproximándose, como alusiones y tanteos, a un tema determinado, de manera que nos bastaba arriesgar un solo paso para adivinar lo que a él mismo se le ocultaba y comunicárselo. Este arte de interpretación no podía, desde luego, concretarse en reglas fijas y dejaba amplio lugar al tacto y a la habilidad del médico, pero uniendo la imparcialidad a la práctica, se llegaba regularmente a resultados garantizables, esto es, a resultados que se confirmaban por su repetición en casos análogos. En tiempos en los que sólo muy poco se sabía sobre lo inconsciente, sobre la estructura de las neurosis y sobre los procesos psíquicos correspondientes, tenía que ser ya satisfactorio poderse servir de una tal técnica, aun cuando no poseyera fundamentos teóricos más firmes. Y aun hoy en día la desarrollamos de igual manera en el

análisis, sólo que con el sentimiento de mayor seguridad y mejor comprensión de sus límites.

La interpretación de los actos fallidos y casuales. Fué un triunfo para el arte de interpretación de la psicoanálisis conseguir la demostración de que ciertos actos psíquicos muy frecuentes de los hombres normales, actos para los cuales no se había hallado aún explicación psíquica ninguna, debían equipararse a los síntomas de los neuróticos, entrañando, como ellos, un sentido, ignorado por el sujeto mismo, pero que podía ser descubierto sin gran trabajo por la labor analítica. Los fenómenos de este orden: el olvido temporal de palabras y nombres perfectamente conocidos, el olvido de propósitos, las equivocaciones, tan frecuentes, en el discurso, la lectura y la escritura, la pérdida y el extravío temporal de objetos, ciertos errores, los accidentes aparentemente casuales y, por último, ciertos «tics» o movimientos habituales hechos como sin intención y por juego y las melodías que se tararean «sin pensar», etc.; todo esto era abstraído a una explicación psicológica si tal se intentaba siendo mostrado como rigurosamente determinado y reconocido como manifestación de intenciones retenidas de la persona o como consecuencia de la interferencia de dos intenciones, una de las cuales era permanente o momentáneamente inconsciente. Esta aportación a la psicología entrañaba un múltiple valor. El perímetro de la determinación psíquica quedó así insospechadamente ampliado, y disminuído el abismo supuesto entre el suceder psíquico normal y el patológico. En muchos casos, se logró fácil atisbo en el dinamismo de las fuerzas psíquicas que habíamos de suponer detrás de tales fenómenos. Por último, logramos así

un material apropiado como ningún otro para aceptar la existencia de actos psíquicos inconscientes, incluso a aquellos para quienes la hipótesis de un sistema psíquico inconsciente resultaba algo inaceptable y absurdo. El estudio de los propios actos fallidos y casuales, para el cual se nos ofrece a todos ocasión constante, es todavía actualmente la mejor preparación a una penetración en la psicoanálisis. La interpretación de los actos fallidos ocupa en el tratamiento analítico un puesto como medio para el descubrimiento de lo inconsciente, al lado de la interpretación de las asociaciones libres, mucho más importante.

**La interpretación de los sueños.** La aplicación de la técnica de la asociación libre a los sueños—a los propios o a los de los pacientes sometidos al análisis—abrió un nuevo acceso a los abismos de la vida psíquica. En realidad, lo más y mejor que de los procesos desarrollados en los estratos psíquicos inconscientes sabemos, nos ha sido descubierto por la interpretación de los sueños. La psicoanálisis ha devuelto a los sueños la significación de que en la antigüedad gozaron, pero procede con ellos de otro modo. No se confía al ingenio del onirocrítico, sino que transfiere la labor, en su mayor parte, al sujeto mismo del sueño, interrogándole sobre sus asociaciones a los distintos elementos del sueño. Persiguiendo estas asociaciones se llega al conocimiento de ideas que corresponden por completo al sueño, pero que se dejan reconocer—hasta un cierto punto—como fragmentos plenamente comprensibles de la actividad psíquica despierta. De este modo, al sueño recordado como **contenido onírico manifiesto** se enfrentan las **ideas oníricas latentes**, descubiertas por medio

de la interpretación. El proceso que ha transformado a estas últimas en el primero, o sea en el «sueño», puede ser calificado de elaboración del sueño.

A las ideas latentes del sueño las damos también, por su relación con la vida despierta, el nombre de restos diurnos. La elaboración onírica, a la que sería equivocado atribuir un carácter «creador», las condensa de un modo singular, las deforma por medio del desplazamiento de intensidades psíquicas y las dispone para su representación en imágenes visuales. Pero además, antes de quedar constituido el sueño manifiesto, las ideas latentes son sometidas a una elaboración secundaria que intenta dar al nuevo producto algo como sentido y coherencia. Este último proceso no pertenece ya propiamente a la elaboración del sueño.

Teoría dinámica de la producción de los sueños. No nos ha sido muy difícil descubrir el dinamismo de los sueños. La fuerza motriz de la producción de los sueños no es suministrada por las ideas latentes o restos diurnos, sino por una tendencia inconsciente, reprimida durante el día, con la que pudieron enlazarse los restos diurnos y que se procura, con el material de las ideas latentes, el cumplimiento de un deseo. De este modo, todo sueño es, por un lado, un cumplimiento de deseos de lo inconsciente, y por otro, en cuanto consigue preservar de perturbación el estado de reposo, un cumplimiento del deseo normal de dormir. Prescindiendo de la aportación inconsciente a la producción del sueño y reduciendo el sueño a sus ideas latentes, puede representar todo lo que ha ocu-

pado a la vida despierta: una reflexión, una advertencia, un propósito, una preparación al futuro inmediato, o también la satisfacción de un deseo incumplido. La singularidad y el absurdo del sueño manifiesto es, por un lado, la consecuencia de la conducción de las ideas del sueño a una distinta forma expresiva que puede ser calificada de *arcaica*, pero también, por otro, el efecto de una instancia restrictiva y crítica, que actúa aun durante el reposo. No es muy aventurado suponer que esta «censura del sueño», a la que hacemos responsable, en primer lugar, de la deformación que convierte las ideas latentes en el sueño manifiesto, es una manifestación de las mismas fuerzas psíquicas que durante el día habían reprimido el impulso optativo inconsciente.

Merecía la pena penetrar más en la explicación de los sueños, pues la labor analítica ha mostrado que el dinamismo de la producción onírica es el mismo que actúa en la producción de síntomas. Aquí como allí descubrimos una pugna entre dos tendencias, una inconsciente, reprimida por lo demás, que tiende a lograr satisfacción—cumplimiento de deseos—y otra repelente y represora, perteneciente probablemente al yo; y como resultado de este conflicto hallamos un producto transaccional—el sueño, el síntoma—en el cual han encontrado ambas tendencias una expresión incompleta. La importancia teórica de esta coincidencia es evidente. Como el sueño no es un fenómeno patológico, tal coincidencia nos prueba que los mecanismos psíquicos que generan los síntomas patológicos están ya dados en la vida psíquica normal, que la misma normatividad abarca lo normal y lo anormal y que los resultados de la investigación de

los neuróticos y los dementes no pueden ser indiferente para la comprensión de la psique normal.

**El simbolismo.** En el estudio de la forma expresiva creada por la elaboración de los sueños, tropezamos con el hecho sorprendente de que ciertos objetos, actos y relaciones son representados indirectamente en el sueño por medio de «símbolos» que el sujeto emplea sin conocer su significación y con respecto a los cuales no procura, generalmente, asociación ninguna. Su traducción tiene que ser llevada a cabo por el analítico, el cual, a su vez, sólo empíricamente, por medio de inserciones experimentales en el contexto, puede hallarla. Más adelante, resultó que los usos del lenguaje, la mitología y el folklore integraban abundantes analogías con los símbolos oníricos. Los símbolos, a los cuales se enlazan interesantísimos problemas, aún no resueltos, parecen ser un fragmento de una herencia psíquica antiquísima. La comunidad de los símbolos rebasa la comunidad de lenguaje.

**La significación etiológica de la vida sexual.** La segunda novedad surgida al substituir la técnica hipnótica por la asociación libre, fué de naturaleza clínica y se nos reveló al continuar la investigación de los sucesos traumáticos de los que parecían derivarse los síntomas histéricos. Cuanto más cuidadosamente llevábamos a cabo esta investigación, más abundante se nos revelaba el encaadenamiento de tales impresiones de significación etiológica y más se remontaban a la pubertad o a la niñez del neurótico. Simultáneamente tomaron un carácter unitario y, por último, tuvimos que rendirnos a la evidencia y reconocer que en la raíz de toda producción de síntomas existían impresiones traumáti-

cas procedentes de la vida sexual más temprana. El trauma sexual se substituyó así al trauma banal y este último debía su significación etiológica a su relación simbólica o asociativa con el primero y precedente. Dado que la investigación simultáneamente emprendida de casos de nerviosidad corriente, clasificados como de *neurastenia* y *neurosis de angustia*, procuró la conclusión de que tales perturbaciones podían ser referidas a abusos actuales en la vida sexual y curadas con sólo la evitación de los mismos, no era nada aventurado deducir que las neurosis eran, en general, manifestación de perturbaciones de la vida normal: las llamadas *neurosis actuales* la manifestación (químicamente facilitada) de daños presentes, y las *psiconeurosis* la manifestación (psíquicamente elaborada) de daños muy pretéritos, de tal función, tan importante biológicamente y tan lamentablemente desatendida hasta entonces por la ciencia. Ninguna de las tesis de la psicoanálisis ha hallado tan obstinada incredulidad ni tan tenaz resistencia como ésta de la magna importancia etiológica de la vida sexual para las neurosis. Pero también hemos de hacer constar que a través de toda su evolución y hasta el día, la psicoanálisis no ha encontrado motivo alguno de retirar tal afirmación.

*La sexualidad infantil.* La investigación etiológica llevó a la psicoanálisis a ocuparse de un tema cuya existencia apenas se sospechaba antes de ella. La ciencia se había habituado a hacer comenzar la vida sexual con la pubertad y a juzgar como raros signos de precocidad y degeneración las manifestaciones de una sexualidad infantil. Pero la psicoanálisis descubrió una plenitud de fenómenos

tan singulares como regulares, que forzaban a hacer coincidir el comienzo de la función sexual en el niño casi con el principio de su vida extrauterina, y nos preguntamos sorprendidos cómo había sido posible no advertirlo. Los primeros atisbos de la sexualidad infantil nos fueron procurados, ciertamente, por la investigación analítica de sujetos adultos y entrañaban, por lo tanto, todas las dudas y todos los defectos inherentes a una revisión tan tardía, pero cuando más tarde (a partir de 1908), comenzamos también el análisis de sujetos infantiles, comprobamos directamente en ellos nuestras tesis.

La sexualidad infantil mostraba en algunos aspectos un cuadro distinto al de la de los adultos y sorprendía por integrar numerosos rasgos de aquello que en los adultos es calificado de « p e r v e r s i ó n ». Hubo necesidad de ampliar el concepto de lo sexual hasta hacerle abarcar más que la tendencia a la unión de los dos sexos en el acto sexual o a la provocación de determinadas sensaciones de placer en los genitales. Pero esta ampliación quedaba recompensada por la posibilidad de comprender unitariamente la vida sexual infantil, la normal y la perversa.

Mi investigación analítica cayó primero en el error de sobrestimar la s e d u c c i ó n o iniciación sexual como fuente de las manifestaciones sexuales infantiles y germen de la producción de síntomas neuróticos. La superación de este error quedó lograda al descubrir el papel extraordinario que en la vida psíquica de los neuróticos desempeñaba la f a n t a s í a , francamente más decisiva para la neurosis que la realidad exterior. Detrás de estas fantasías emergió

luego el material que permite desarrollar la exposición siguiente de la evolución de la función sexual.

La evolución de la libido. El instinto sexual, cuya manifestación dinámica en la vida anímica es lo que denominamos «libido», se componen de instintos parciales, en los cuales puede también descomponerse de nuevo, y que sólo paulatinamente van uniéndose para formar determinadas organizaciones. Fuentes de estos instintos parciales son los órganos somáticos, especialmente ciertas zonas sensorias, pero todos los procesos funcionales importantes del soma procuran también aportaciones a la libido. Los diferentes instintos parciales tienden al principio independientemente unos de otros a la satisfacción pero en el curso de la evolución quedan cada vez más sintetizados y centrados. El primer estadio de la organización (pregenital) de la libido es el oral, en el cual, correlativamente al interés capital del niño de pecho, es la zona bucal la que desempeña el papel principal. A continuación viene la organización sádico-anal, en la cual resaltan especialmente el instinto parcial del sadismo y la zona anal; la diferencia de los sexos es representada en esta fase por la antítesis de actividad y pasividad. El último y definitivo estadio de organización es la síntesis de la mayoría de los instintos parciales bajo la primacía de las zonas genitales. Esta evolución se desarrolla generalmente con gran rapidez y discreción, pero partes aisladas de los instintos, permanecen detenidas en los estadios previos al desenlace final y producen así las fijaciones de la libido, muy importantes como disposiciones a ulteriores transgresiones de las tendencias reprimidas y que integran una deter-

minada relación con el desarrollo de ulteriores neurosis y perversiones. (Véase la teoría de la libido.)

El hallazgo de objeto y el complejo de Edipo. El instinto parcial oral encuentra al principio su satisfacción con ocasión del apaciguamiento de la necesidad de alimentación y su objeto en el pecho materno. Luego se hace independiente y, al mismo tiempo, auto-erótico, esto es, encuentra su objeto en el propio cuerpo. También otros instintos parciales se conducen al principio autoeróticamente y son orientados luego hacia un objeto extraño. Es un hecho muy importante el de que los instintos parciales de la zona genital pasan regularmente por un período de intensa satisfacción autoerótica. No todos los instintos parciales son igualmente utilizables para la organización genital; algunos de ellos (por ejemplo los anales), son dados de lado, reprimidos o sufren complicadas transformaciones.

Ya en los primeros años infantiles (aproximadamente entre los dos años y los cinco) se constituye una síntesis de las tendencias sexuales cuyo objeto es, en el niño, la madre. Esta elección de objeto, junto con la correspondiente actitud de rivalidad y hostilidad contra el padre, es el contenido del llamado complejo de Edipo, que, en todos los humanos, entraña máxima importancia para la estructuración definitiva de la vida erótica. Se ha comprobado como hecho característico que el hombre normal aprende a vencer el complejo de Edipo, mientras que el neurótico permanece vinculado a él.

La doble iniciación de la evolución sexual. Este período temprano de la vida sexual encuentra normalmente un fin hacia el quinto año de la vida individual y es seguido por un

período de latencia más o menos completa, durante la cual, son establecidas las restricciones éticas como dispositivos protectores contra los impulsos optativos del complejo de Edipo. En el período siguiente de la pubertad, el complejo de Edipo experimenta una reviviscencia en lo inconsciente y avanza hacia sus ulteriores transformaciones. Sólo el período de la pubertad desarrolla los instintos sexuales hasta su plena intensidad. Pero tanto la dirección de esta evolución como todas las disposiciones a ella inherentes, están ya determinadas por la anterior floración temprana infantil de la sexualidad. Esta evolución en dos fases, interrumpida por el período de latencia, de la función sexual, parece ser una peculiaridad biológica de la especie humana y contener la condición de la génesis de las neurosis.

La teoría de la represión. La reunión de estos conocimientos teóricos con las impresiones inmediatas de la labor analítica conduce a una concepción de las neurosis que expuestas a grandes rasgos sería la siguiente: Las neurosis son la expresión de conflictos entre el yo y aquellas tendencias sexuales que el yo encuentra incompatibles con su integridad o con sus exigencias éticas. El yo ha reprimido tales tendencias, esto es, las ha retirado su interés y las ha cerrado el acceso a la conciencia y a la descarga motora conducente a la satisfacción. Cuando en la labor analítica intentamos hacer conscientes estos impulsos inconscientes se nos hacen sentir las fuerzas represoras en calidad de resistencia. Pero la función de la represión falla con singular facilidad en cuanto a los instintos sexuales. Cuya libido represada se crea, partiendo de lo inconsciente, otros exutorios, retrocediendo

a fases evolutivas y objetos anteriores y aprovechando las fijaciones infantiles o sea los puntos débiles de la evolución de la libido para lograr acceso a la conciencia y conseguir derivación. Lo que así nace es un *s í n t o m a* , y por lo tanto, en el fondo, una satisfacción sustitutiva sexual, pero tampoco el síntoma puede substraerse por completo a la influencia de las fuerzas represoras del yo y, en consecuencia, tiene que someterse—lo mismo que el sueño—a modificaciones y desplazamientos que hacen irreconocibles su carácter de satisfacción sexual. El síntoma recibe así el carácter de un  *p r o d u c t o t r a n s a c c i o n a l* entre los instintos sexuales reprimidos y los instintos del yo represores, de un cumplimiento de deseos simultáneo para ambas partes, pero también para ambas igualmente incompleto. Tal sucede estrictamente con los síntomas de la histeria mientras que en los de la neurosis obsesiva la parte de la instancia represora logra más intensa expresión por medio de la formación de productos de reacción (garantías contra la satisfacción sexual).

*L a t r a n s f e r e n c i a* . Si la tesis de que las fuerzas motrices de la producción de síntomas neuróticos son de naturaleza sexual, necesitará aún de más amplia prueba, la encontraría en el hecho de que en el curso del tratamiento analítico se establece una relación afectiva especial del paciente con el médico, la cual traspasa toda medida racional, varía desde el más cariñoso abandono a la hostilidad más tenaz y toma todas sus peculiaridades de actitudes eróticas anteriores, tornadas inconscientes, del paciente. *E s t a t r a n s f e r e n c i a* , que tanto en su forma positiva como en su forma negativa entra al servicio de la *r e s i s t e n c i a* , se convierte, en manos del mé-

dico, en el medio auxiliar más poderoso del tratamiento y desempeña en el dinamismo del proceso de curación un papel de extrema importancia.

Los pilares maestros de la teoría psicoanalítica. La hipótesis de la existencia de procesos psíquicos inconscientes, el reconocimiento de la teoría de la resistencia y de la represión, la valoración de la sexualidad y del complejo de Edipo son los contenidos capitales de la psicoanálisis y los fundamentos de su teoría, y quien no los acepta todos, no debía contarse entre los psicoanalíticos.

Destinos ulteriores de la psicoanálisis. Hasta el punto que alcanza lo precedente avanzó la psicoanálisis por la labor personal mía, desarrollada a través de un decenio durante el cual fuí yo el único psicoanalítico. En el año 1906 comenzaron los psiquiatras suizos E. Bleuler y C. G. Jung, a tomar viva parte en el análisis. En 1907 se celebró en Salzburgo una primera reunión de sus adeptos y poco después llegó ya nuestra joven ciencia a constituir un centro de atención tanto de los psiquiatras como de los profanos. La acogida que halló en Alemania, ansiosa siempre de autoridad, no fué ciertamente nada gloriosa para la ciencia alemana e incluso movió a un partidario tan frío como Bleuler a tomar enérgicamente su defensa. Pero todas las condenaciones oficiales no fueron bastante para detener el crecimiento interno y la difusión externa de la psicoanálisis, la cual, en el curso de los diez años siguientes, traspasó las fronteras de Europa y se hizo especialmente popular en los Estados Unidos, a lo cual contribuyó, en gran medida, la colaboración de J. Putnam (Boston), Ernest Jones (Toronto y

luego Londres), Flournoy (Ginebra), Ferenczi (Budapest), Abraham (Berlín) y muchos otros. El anatemático declarado sobre la psicoanálisis movió a sus adeptos a reunirse en una organización internacional que en el año actual (1922) ha celebrado en Berlín su octavo Congreso privado y comprende hoy los grupos locales de Viena, Budapest, Berlín, Holanda, Zurich, Londres, Nueva York, Calcuta y Moscú. Tampoco la guerra interrumpió esta evolución. En 1918-1919 el doctor Anton von Freund (Budapest) fundó la editorial «Internationaler Psychoanalytischer Verlag» que publica los libros y revistas consagrados a la psicoanálisis. En 1920 fué creada por el doctor Max Eitingon la primera «Policlínica psicoanalítica», consagrada al tratamiento de los enfermos nerviosos pobres. Las traducciones de mis obras principales al francés, al italiano y al español atestiguan el despertar del interés hacia la psicoanálisis también en el mundo románico. De 1911 a 1913 se desviaron de la psicoanálisis dos ramificaciones, manifiestamente tendientes a mitigar lo que en ella constituía piedra de escándalo. Una de ellas, iniciada por C. G. Jung, intentaba dar satisfacción a aspiraciones éticas, despojó al complejo de Edipo de su valor real por medio de una trasmutación simbólica y desatendió en la práctica el descubrimiento del período infantil olvidado, que pudiéramos llamar «prehistórico». La otra, cuyo iniciador fué Alfred Adler, de Viena, presentaba varios factores de la psicoanálisis bajo nombres distintos, por ejemplo, la represión, sexualizada, como «protesta masculina», pero en lo demás prescindía de lo inconsciente y de los instintos sexuales e intentaba referir tanto el carácter como la evolución de las neurosis, a la voluntad de poderío, la cual ten-

dería a detener por medio de una sobrecompensación los peligros nacidos de inferioridades orgánicas. Ninguna de estas ramificaciones, construídas a modo de sistemas, ha influído duraderamente sobre la evolución de la psicoanálisis; de la de Adler se ha visto pronto claramente que no tenía nada que ver con la psicoanálisis a la que quería sustituir.

**Nuevos progresos de la psicoanálisis.** Desde que la psicoanálisis ha llegado a ser el tema de la labor de un tan amplio número de observadores, ha ganado en riqueza y profundidad con aportaciones a las que sentimos no poder dedicar aquí sino muy breve mención.

**El narcisismo.** Su progreso teórico más importante ha sido la aplicación de la teoría de la libido al yo represor. Se llegó a representarse el mismo yo como un depósito de libido—denominada narcisista—del cual parten las cargas de libido de los objetos y al cual pueden las mismas retornar. Con ayuda de esta representación se hizo posible llegarse al análisis del yo y llevar a cabo la diferenciación clínica de las psiconeurosis en *neurosis de transferencia* y *afecciones narcisistas*. En las primeras (histeria y neurosis obsesiva) hay disponible una medida de libido tendiente a su transferencia a otros objetos, la cual libido es utilizada para la práctica del tratamiento analítico. Las perturbaciones narcisistas (dementia praecox, paranoia y melancolía) se caracterizan, en cambio, por la retracción de la libido de los objetos y son, por lo tanto, apenas accesibles a la terapia analítica. Esta insuficiencia terapéutica no ha impedido, sin embargo, al análisis, actuar en la más honda comprensión de las dolencias atribuídas a estas psicosis.

**Modificación de la técnica.** Una vez que el desarrollo del arte de interpretación hubo satisfecho, por decirlo así, el ansia de saber del analítico, se hizo objeto de su interés el problema de por qué caminos podía alcanzarse el influjo más adecuado sobre el paciente. No tardó en demostrarse que la primera tarea del médico debía ser la de ayudar al paciente a descubrir y dominar luego las resistencias emergentes en él durante el tratamiento, de las cuales no tiene, al principio, conciencia. También se descubrió simultáneamente que la parte capital de la labor terapéutica estaba en la superación de estas resistencias y que sin ella se hacía imposible conseguir una modificación psíquica duradera del paciente. Desde que la labor del analítico se orienta así hacia la resistencia del paciente, la técnica analítica ha adquirido una sutileza y una concreción comparables a las de la cirugía. No es, pues, lícito emprender tratamientos psicoanalíticos sin una preparación analítica fundamental, y el médico que a ello se aventura sin más bagaje que su título profesional expedido por el Estado, no es más que un profano.

**La psicoanálisis como método terapéutico.** La psicoanálisis no ha pretendido jamás ser una panacea, ni hacer milagros. Dentro de uno de los sectores más arduos de la actividad médica es, para algunas dolencias, el único método posible y, para otras, el que mejores y más duraderos resultados procura, aunque jamás sin un gasto proporcional de trabajo y de tiempo. El médico que no limita su interés a la terapia, ve también recompensado su trabajo por insospechados atisbos en la trama de la vida anímica y en las relaciones entre lo psíquico y lo somático. Allí donde, por ahora, no puede

ofrecer más que comprensión teórica, inicia quizá el camino de un ulterior influjo directo sobre las perturbaciones neuróticas. Su campo de acción está constituido, sobre todo, por las dos neurosis de transferencia, la histeria y la neurosis obsesiva, cuya estructura interna y cuyos mecanismos ha contribuido a descubrir, pero, además, por toda clase de fobias, inhibiciones, trastornos del carácter, perversiones sexuales y perturbaciones de la vida erótica. Según algunos analíticos tampoco carece de posibilidades favorables el tratamiento analítico de enfermedades manifiestamente orgánicas (Jelliffe, Groddeck, Félix Deutsch), pues no es raro que un factor psíquico participe en la génesis y la persistencia de tales afecciones. Como la psicoanálisis exige de sus pacientes una cierta medida de plasticidad, tiene que atenerse, en su selección, a determinados límites de edad; y como exige una larga e intensa ocupación con cada enfermo, sería antieconómico derrochar tal esfuerzo con individuos carentes de todo valor, y además neuróticos. La experiencia extraída del material policlínico enseñará qué modificaciones son necesarias para hacer accesible la terapia psicoanalítica a sectores populares más amplios y adaptarla a inteligencias más débiles.

Su comparación con los métodos hipnóticos y sugestivos. El método psicoanalítico se diferencia de todos los sugestivos, persuasivos, etc., en que no intenta sojuzgar autoritariamente ningún fenómeno psíquico del sujeto. Procura descubrir la causación del fenómeno y suprimirlo por medio de una modificación duradera de sus condiciones genéticas. La inevitable influencia sugestiva del médico es orientada, en psicoanálisis, hacia

la superación de las resistencias, tarea encomendada al paciente mismo. Contra el peligro de falsear, por sugestión, los datos mnémicos del sujeto, nos protegemos por medio de un prudente manejo de la técnica. Pero en general, precisamente la emergencia de las resistencias nos protege contra una posible acción indeseable de la influencia sugestiva. La finalidad del tratamiento puede concretarse en procurar al sujeto, por medio de la supresión de las resistencias y el examen de sus represiones, la más completa unificación y el máximo robustecimiento posibles de su yo, ahorrarle el gasto psíquico exigido por los conflictos internos, hacer de él lo mejor que ser pueda con arreglo a sus disposiciones y capacidades y hacerle así capaz de rendimiento y de goce. La supresión de los síntomas no es considerada como un fin especial pero se logra siempre, a condición de practicar debidamente el análisis, como un resultado accesorio. El analítico respeta la peculiaridad del paciente, no procura modificarla conforme a sus propios ideales y le es muy grato ahorrarse consejos y despertar en cambio la iniciativa del analizado.

Su relación con la psiquiatría. La psiquiatría es actualmente una ciencia esencialmente descriptiva y clasificadora, de orientación aún más somática que psicológica y carente de posibilidades de explicación de los fenómenos observados. Pero la psicoanálisis no se contrapone a ella, como pudiera creerse, por la actitud casi general de los psiquiatras. Como psicología abisal, como psicología de los procesos anímicos abstraídos a la conciencia, está llamada a procurar a la psiquiatría una subestructura imprescindible y a ayudarla a superar sus limitaciones actuales. El porvenir crea-

rá, seguramente, una psiquiatría científica a la cual habrá servido de introducción la psicoanálisis.

**Críticas e interpretaciones erradas de la psicoanálisis.** La mayor parte de lo que, incluso en obras científicas, se ha opuesto a la psicoanálisis, reposa en una información insuficiente, la cual parece, a su vez, fundada en resistencias afectivas. Así, es erróneo acusar a la psicoanálisis de «pansexualismo» y pretender que deriva de la sexualidad todo el suceder anímico y lo refiere a ella. La psicoanálisis ha diferenciado más bien desde un principio los instintos sexuales de otros a los que provisionalmente ha denominado «instintos del yo». Jamás se le ha ocurrido querer explicarlo «todo» y ni siquiera ha derivado las neurosis exclusivamente de la sexualidad sino del conflicto entre las tendencias sexuales y el yo. El término «libido» no significa en psicoanálisis (salvo en los escritos de C. G. Jung), simplemente energía psíquica, sino la fuerza motriz de los instintos sexuales. Ciertas afirmaciones, como la de que todo sueño es un cumplimiento de deseos sexuales, no han sido jamás sentadas. El reproche de unilateralidad que se opone a la psicoanálisis, la cual, como ciencia de lo inconsciente psíquico, tiene su dominio determinado y limitado, es tan inadecuado como si se dirigiera a la química. Otro lamentable error de interpretación, sólo a ignorancia atribuible, es el de suponer que la psicoanálisis espera la curación de las afecciones neuróticas de una «libre expansión» de la sexualidad. La aportación de los deseos sexuales a la conciencia, conseguida por el análisis, hace más bien posible el dominio de los mismos, inalcanzable antes a causa de la represión. Puede más bien decirse que

el análisis liberta al neurótico de las ligaduras de su sexualidad. Además, es absolutamente anticientífico preguntarse si la psicoanálisis puede llegar a echar por tierra la religión, la autoridad y la moral, puesto que, como toda ciencia, no tiene nada de tendenciosa y su único propósito es aprehender exactamente un trozo de la realidad. Por último, no puede parecerse más que una simpleza el temor de que los pretendidos bienes supremos de la Humanidad: la investigación, el arte, el amor y los sentimientos morales y sociales puedan perder su valor o su dignidad porque la psicoanálisis esté en situación de mostrar su procedencia de impulsos instintivos elementales animales.

Aplicaciones y relaciones no médicas de la psicoanálisis. Nuestra exposición de la psicoanálisis sería incompleta si omitiéramos manifestar que es la única disciplina médica que entraña amplísimas relaciones con las ciencias del espíritu y está en vías de lograr, en cuanto a la historia de la religión y de la cultura, la mitología y la literatura, la misma significación que en cuanto a la psiquiatría. Lo cual podría maravillar si se tiene en cuenta que originariamente no tenía otro fin que la comprensión y la influenciación de los síntomas neuróticos. Pero no es nada difícil indicar en qué punto de su evolución hubo de tenderse el puente que la unió a las ciencias del espíritu. Cuando el análisis de los sueños procuró un atisbo de los procesos anímicos inconscientes y mostró que los mecanismos que crean los síntomas patológicos actúan también en la vida psíquica normal, la psicoanálisis se convirtió en psicología abisal, y capaz como tal de aplicación a las ciencias del espíritu, pudo resolver

una multitud de problemas ante los cuales la psicología oficial de los procesos conscientes tenía que detenerse perpleja. Muy pronto ya se establecieron las relaciones con la filogénesis humana. Se descubrió cuán frecuentemente la función patológica no es más que una *r e g r e s i ó n* a una fase evolutiva anterior de la normal. C. G. Jung fué el primero en señalar expresamente la sorprendente coincidencia entre las fantasías de los enfermos de *dementia praecox* y los mitos de los pueblos primitivos. Por mi parte, he llamado la atención sobre el hecho de que los dos impulsos optativos que componen el complejo de Edipo coinciden intrínsecamente con las dos prohibiciones capitales del *t o t e m i s m o* (la de matar al patriarca y la de matrimoniar con mujer de la misma casta) y deduje de él amplias conclusiones. La significación del complejo de Edipo comenzó a crecer de un modo gigantesco. Surgió la sospecha que el orden estatal, la moral, el derecho y la religión habían surgido conjuntamente en la época primordial de la Humanidad como productos de la reacción al complejo de Edipo. Otto Rank arrojó viva luz sobre la mitología y la historia de la literatura con la aplicación de los descubrimientos psicoanalíticos, y lo mismo Th. Reik sobre la historia de las religiones y las costumbres. El sacerdote O. Pfister, de Zurich, despertó el interés de los pastores de almas y los pedagogos e hizo comprender el valor de los puntos de vista psicoanalíticos para la pedagogía. No es este lugar propicio para extendernos sobre estas aplicaciones de la psicoanálisis; basta la observación de que su extensión no ve todavía un límite.

**Carácter de la psicoanálisis como ciencia empírica.** La psicoanálisis no

es un sistema como los filosóficos, que parta de unos cuantos conceptos fundamentales precisamente definidos, intente aprehender con ellos la totalidad del universo, y una vez concluso y cerrado no ofrezca espacio a nuevos hallazgos y mejores conocimientos. Se adhiere más bien a los hechos de su campo de acción, intenta resolver los problemas más inmediatos de la observación, tantea sin dejar el apoyo de la experiencia, se considera siempre inacabada y está siempre dispuesta a rectificar o substituir sus teorías. Tolera tan bien como la Física o lo Química que sus conceptos superiores sean oscuros y sus hipótesis provisionales y espera de una futura labor una más precisa determinación de los mismos.

## II

### La teoría de la libido

**L i b i d o** es un término de la teoría de los instintos, destinado a la designación de la manifestación dinámica de la sexualidad, utilizado ya por A. Moll en este sentido (Investigaciones sobre la libido sexualis, 1898) e introducido por mí en la psicoanálisis. En lo que sigue nos limitaremos a seguir qué desarrollos, aún no determinados, ha experimentado la teoría de los instintos en la psicoanálisis.

**A n t í t e s i s d e i n s t i n t o s s e x u a l e s e i n s t i n t o s d e l y o .** La psicoanálisis, que no tardó en descubrir que había de fundar todo el suceder anímico en el dinamismo de los instintos elementales, se vió en pésima situación, pues no había,

en la psicología, una teoría de los instintos y nadie podía decirlo lo que un instinto propiamente era. Reinaba la arbitrariedad más absoluta y cada psicólogo admitía tantos instintos como quería y precisamente los que quería. El primer objeto de estudio de la psicoanálisis fueron las neurosis de transferencia (la histeria y la neurosis obsesiva). Sus síntomas nacían por cuanto impulsos instintivos sexuales habían sido rechazados (reprimidos) por la personalidad (por el yo) y se habían procurado indirectamente, a través de lo inconsciente, una expresión. Comenzamos, pues, por oponer, a los instintos sexuales, instintos del yo (instintos de autoconservación), y nos encontramos entonces de acuerdo con la tesis, hecha popular, del poeta, que atribuye todo el suceder universal a dos únicas fuerzas: el hambre y el amor. La libido era en igual sentido la manifestación energética del amor, como el hambre la del instinto de conservación. La naturaleza de los instintos del yo permaneció así, en un principio, indeterminada e inaccesible al análisis como todos los demás caracteres del yo. Sin que fuera posible indicar si entre ambas clases de instintos debían suponerse diferencias y cuáles podían ser éstas.

**La libido primordial.** C. G. Jung intentó vencer esta obscuridad por un camino especulativo admitiendo tan sólo una única libido primordial que podía ser sexualizada y desexualizada, y coincidía, por lo tanto, en esencia, con la energía psíquica en general. Esta innovación era discutible desde el punto de vista metodológico, rebajaba el término de «libido» a la categoría de un sinónimo supérfluo y forzaba, en la práctica, a distinguir constantemente entre libido sexual y asexual. La diferencia entre los

instintos sexuales y los instintos con otros fines no podía ser suprimida con sólo una nueva definición.

L a s u b l i m a c i ó n . El estudio reflexivo de las tendencias sexuales sólo analíticamente accesibles había procurado, entretanto, interesantísimos conocimientos aislados. Lo que se conocía con el nombre de instinto sexual era algo muy compuesto y podía descomponerse en sus instintos parciales. Cada instinto parcial se hallaba inmutablemente caracterizado por su f u e n t e , esto es, por aquella región del soma de la cual extraía el mismo su estímulo. Además, podían distinguirse en él un o b j e t o y un f i n . El fin era siempre su satisfacción o descarga, pero podía experimentar una mutación de la actividad a la pasividad. El objeto estaba menos firmemente vinculado al instinto de lo que al principio parecía, podía ser fácilmente trocado por otro, y también el instinto que había tenido un objeto exterior podía ser orientado hacia la propia persona. Los diferentes instintos podían permanecer independientes unos de otros, o—en forma aún irrepresentable—combinarse, fundirse para una labor común. Podían también representarse mutuamente, transferirse sus cargas de libido, de manera que la satisfacción de uno quedara substituída por la de otro. El destino más importante de los instintos parecía ser la s u b l i m a c i ó n , en la cual son substituídos por otros el objeto y el fin, de manera que el instinto originalmente sexual encuentra su satisfacción en una función no sexual ya y más elevada desde el punto de vista social o ético. Todos estos son rasgos que no se unen todavía en una imagen conjunta.

E l n a r c i s i s m o . Un progreso decisivo resultó cuando nos arriesgamos al análisis de la d e -

mentia praecox y otras afecciones psicóticas y empezamos con ello a estudiar el yo, al cual hasta entonces sólo conocíamos como instancia represora y resistente. Descubrimos que el proceso patógeno de la *dementia praecox* consistía en que la libido era retirada de los objetos y retraída al yo, siendo los ruidosos fenómenos patológicos correspondientes la consecuencia de los vanos esfuerzos de la libido por hallar el camino de retorno a los objetos. Es, pues, posible que la libido de los objetos se transformara en carga del yo, e inversamente. Otras reflexiones mostraron que el yo podía ser considerado como un gran depósito de libido, del que aflúa la libido a los objetos y que se hallaba siempre dispuesto a acoger la libido retornada de los objetos. Así, pues, los instintos de conservación eran también de naturaleza libidinosa, eran instintos sexuales que en vez de los objetos exteriores habían tomado por objeto al propio yo. Por nuestra experiencia clínica conocíamos personas que se conducían singularmente como si estuvieran enamoradas de sí mismas, y habíamos dado a esta perversión el nombre de *narcisismo*. Denominamos, pues, a la libido de los instintos de autoconservación, *libido narcisista*, y reconocimos una amplia medida de tal amor propio como el estado primario y normal. La fórmula primera de las neurosis de transferencia precisaba, pues, ahora, no de una rectificación, pero sí de una modificación; en lugar de un conflicto entre instintos sexuales e instintos del yo hablamos mejor de un conflicto entre la libido del objeto y la libido del yo, o, puesto que la naturaleza de los instintos era la misma, entre las cargas del objeto y el yo.

Aproximación aparente a la in-

terpretación de Jung. De este modo pareció como si también la lenta investigación psicoanalítica hubiera llegado al mismo resultado que la especulación de Jung sobre la libido primordial, puesto que la transformación de la libido del objeto en narcisismo traía consigo inevitablemente una cierta desexualización, un abandono de los fines sexuales especiales. Pero se impone la reflexión de que si los instintos de autoconservación del yo son reconocidos como libidinosos, ello no demuestra que en el yo no actúen también otros instintos.

**El instinto gregario.** Se afirma multilateralmente la existencia de un instinto gregario especial innato que determina la conducta social de los hombres e impulsa al individuo a la reunión en comunidades más amplias. La psicoanálisis ha de oponerse a esta tesis. Si el instinto social es también innato, puede ser referido sin dificultad a cargas de objeto originariamente libidinosas y se desarrolla en el individuo infantil como producto de la reacción a actitudes hostiles de rivalidad. Reposa en una forma especial de la identificación con los demás.

**Tendencias sexuales de fin inhibido.** Los instintos sociales pertenecen a una clase de impulsos instintivos que no requieren forzosamente el calificativo de sublimados, aunque están próximos a los de este orden. No han abandonado sus fines directamente sexuales, pero se ven impedidos de alcanzarlos, por resistencias internas, se contentan con ciertas aproximaciones a la satisfacción y establecen, precisamente por ello, vínculos singularmente firmes y duraderos entre los hombres. A esta clase pertenecen especialmente las relaciones cariñosas, plenamente sexuales en su origen, entre padres e hijos,

los sentimientos de la amistad y el cariño conyugal, nacido de la inclinación sexual.

Reconocimiento de dos clases de instintos en la vida anímica. La labor analítica que, en general, tiende a desarrollar sus teorías independientemente de las otras ciencias, al tratarse de la teoría de los instintos se ve obligada a buscar apoyo en la biología. Amplias reflexiones sobre los procesos que constituyen la vida y conducen a la muerte, muestran probable la existencia de dos clases de instintos, correlativamente a los procesos opuestos de construcción y destrucción en el organismo. Unos de estos instintos, que laboran silenciosamente en el fondo, perseguirían el fin de conducir a la muerte al ser vivo, merecerían por lo tanto el nombre de « instintos de muerte » y emergerían, vueltos hacia el exterior por la acción conjunta de los muchos organismos elementales celulares, como tendencias de destrucción o de agresión. Los otros serían los instintos sexuales o instintos de vida libidinosos (el Eros) mejor conocidos analíticamente, cuya intención sería formar, con la substancia viva, unidades cada vez más amplias, conservar así la perduración de la vida y llevarla a evoluciones superiores. En el ser animado, los instintos eróticos y los de muerte habrían constituido regularmente mezclas y aleaciones; pero también serían posibles disociaciones de los mismos. La vida consistiría en las manifestaciones del conflicto o de la interferencia de ambas clases de instintos, venciendo los de destrucción con la muerte y los de vida (el Eros) con la reproducción.

La naturaleza de los instintos. Sobre el terreno de esta teoría puede decirse que los

instintos son tendencias intrínsecas de la substancia viva a la reconstitución de un estado anterior, o sea históricamente condicionadas, de naturaleza conservadora y como manifestación de una inercia o una elasticidad de lo orgánico. Ambas clases de instintos, el Eros y el instinto de muerte, actuarían y pugnarían entre sí desde la primera génesis de la vida.

# ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
I	
NUEVAS APORTACIONES A LA PSICOANÁLISIS.....	5
II	
ESQUEMA DE LA PSICOANÁLISIS.....	237
LA PSICOANÁLISIS Y LA TEORÍA DE LA LIBIDO.....	265



# BIBLIOTECA NUEVA

CALLE DE LISTA, NUMERO 68.—MADRID

## EXTRACTO DEL CATÁLOGO

<b>Obras escogidas de Juan Valera</b>	<b>Ptas.</b>
(ILUSTRADAS POR F. MARCO)	
<b>NOVELAS</b>	<b>Ptas.</b>
I.—Juanita la Larga . . . . .	5,00
II.—Doña Luz . . . . .	5,00
III.—Pepeña Jiménez . . . . .	5,00
IV.—El Comendador Men- doza . . . . .	5,00
V.—Pasarse de listo. . . . .	5,00
VI.—Genio y figura . . . . .	5,00
VII.—Morsamor . . . . .	5,00
VIII y IX.—Las ilusiones del Doctor Faustino . . . . .	10,00
X.—Dafnis y Cloe . . . . .	5,00
<b>OTRAS OBRAS</b>	
XI.—Cuentos escogidos . . . . .	5,00
XII.—Poesías escogidas. . . . .	5,00
XIII, XIV y XV.—Ensayos es- cogidos . . . . .	5,00
<b>ENCHADERNADOS EN TELA, 7 PESETAS</b>	
<b>Obras completas de Gabriel Miró</b>	
Del vivir, Corpus y otros cuentos . . . . .	5,00
Las cerezas del cementerio (novela) . . . . .	5,00
La novela de mi amigo (no- vela) . . . . .	5,00
Nuestro Padre San Daniel (novela) . . . . .	5,00
El Obispo leproso (novela) . . . . .	5,00
El libro de Sigüenza (novela) . . . . .	5,00
Figuras de la Pasión del Señor . . . . .	7,00
Años y leguas (novela) . . . . .	5,00
El abuelo del rey (novela) . . . . .	5,00
<b>Obras de Azorín</b>	
<b>ANTERIORES</b>	
Castilla (4. <sup>a</sup> edición) . . . . .	5,00
Los pueblos (5. <sup>a</sup> edición) . . . . .	5,00
<b>NUEVAS</b>	
Félix Vargas (nove'a) . . . . .	5,00
Blanco en azul (cuentos) . . . . .	5,00
Superrealismo (novela) . . . . .	5,00
Angelita (auto sacramental) . . . . .	5,00
Pueblo (novela) . . . . .	5,00
<b>Novelas de Ramón Gómez de la Serna</b>	
La viuda blanca y negra (no- vela) . . . . .	4,00
<b>El secreto del Acueducto (no- vela) . . . . .</b>	<b>4,00</b>
<b>La Quinta de Palmyra (no- vela) . . . . .</b>	<b>4,00</b>
<b>La mujer de ámbar (novela) . . . . .</b>	<b>4,00</b>
<b>Novelas de Rafael López de Haro</b>	
¿Y después? . . . . .	5,00
Ante el Cristo de Limpias . . . . .	5,00
¡Pero el amor se va! . . . . .	5,00
Fuego en las entrañas . . . . .	5,00
Entre todas las mujeres . . . . .	5,00
La Venus miente . . . . .	5,00
Las sensaciones de Julia . . . . .	5,00
Un hombre solo . . . . .	5,00
Todos los amores . . . . .	5,00
Los nietos de los celias . . . . .	5,00
<b>Colección de grandes novelas humorísticas</b>	
<b>ENRIQUE JARDIEL PONCELA</b>	
Amor se escribe sin hache . . . . .	6,00
¡Espérame en Siberia, vida mía! . . . . .	6,00
Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes? . . . . .	6,00
La «tournée» de Dios . . . . .	6,00
<b>SANTIAGO RUSIÑOL</b>	
La niña gorda . . . . .	5,00
<b>TIRSO DE MEDINA</b>	
Mis dos mitades . . . . .	5,00
<b>JUAN JOSÉ DOMENCHINA</b>	
La túnica de Neso . . . . .	5,00
<b>EDGARD NEVILLE</b>	
Don Clorato de Potasa . . . . .	5,00
<b>ANTONIO ROBLES</b>	
Novia partido por 2 . . . . .	5,00
Torerito soberbio . . . . .	5,00
<b>JOAQUÍN BELDA</b>	
Se ha perdido una cabeza . . . . .	5,00
<b>SAMUEL ROS</b>	
El ventrílocuo y la muda . . . . .	5,00
El hombre de los medios abrazos . . . . .	5,00
<b>MANUEL ABRIL</b>	
La Salvación (Sociedad de seguros del alma) . . . . .	5,00

**Obras completas  
de Amado Nervo**  
(ILUSTRADAS POR F. MARCO)

	Ptas.
I.—Perlas negras. Místicas . . . . .	5,00
II.—Poemas . . . . .	5,00
III.—Las voces. Lira heroica y otros poemas . . . . .	5,00
IV.—El Exodo y las flores del camino. . . . .	5,00
V.—Almas que pasan . . . . .	5,00
VI.—Pascual Aguilera. El donador de almas . . . . .	5,00
VII.—Los jardines interiores. En voz baja . . . . .	5,00
VIII.—Juana de Asbaje. . . . .	5,00
IX.—Ellos . . . . .	5,00
X.—Mts filosofías . . . . .	5,00
XI.—Serenidad . . . . .	5,00
XII.—La amada inmóvil. . . . .	5,00
XIII.—El bachiller. Un sueño. Amnesia. El sexto sentido. . . . .	5,00
XIV.—El diamante de la inquietud. El diablo desinteresado. Una mentira . . . . .	5,00
XV.—Elevación . . . . .	5,00
XVI.—Los balcones . . . . .	5,00
XVII.—Plenitud . . . . .	5,00
XVIII.—El estanque de los lotos . . . . .	5,00
XIX.—Las ideas de Tello Téllez. Como el cristal . . . . .	5,00
XX.—Cuentos misteriosos. . . . .	5,00
XXI.—Algunos misteriosos. . . . .	5,00
XXII.—La lengua y la literatura (1.ª parte) . . . . .	5,00
XXIII.—La lengua y la literatura (2.ª parte) . . . . .	5,00
XXIV.—En torno a la guerra. . . . .	5,00
XXV.—Crónicas. . . . .	5,00
XXVI.—Ensayos. . . . .	5,00
XXVII.—El arquero divino. . . . .	5,00
XXVIII.—Conferencias. Discursos. Misceláneas . . . . .	5,00
XXIX.—La última vanidad . . . . .	5,00

ENCUADERNADOS EN TELA,  
CADA VOLUMEN, 7 PESETAS

De cada tomo se ha hecho una tirada de cien ejemplares en papel de hilo y lujosamente encuadernados. Precio de cada ejemplar, 35 pesetas.

**Obras de Artemio de Valle-Arizpe**

(LEYENDAS, TRADICIONES Y SUCE-  
DIDOS DEL MÉXICO VIRREINAL)

Del tiempo pasado. . . . .	6,00
Amores y picardías . . . . .	6,00
Virreyes y virreinas (1.ª y 2.ª series). . . . .	12,00

**Obras de Oscar Wilde**

I.—El crimen de lord Arturo Savile (novela) . . . . .	4,00
---	------

Ptas.

II.—El retrato de Dorian Gray (novela) . . . . .	4,00
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas). . . . .	4,00
IV.—Huerto de granadas (novelas) . . . . .	4,00
V.—Vera o los nihilistas (teatro) . . . . .	4,00
VI.—Intenciones (ensayos). . . . .	4,00
VII.—La tragedia de mi vida. . . . .	4,00
VIII.—La duquesa de Padua (teatro). . . . .	4,00
IX.—Pluma, lápiz y veneno (ensayos) . . . . .	4,00
X.—Una mujer sin importancia, El abanico de lady Windermere y La importancia de llamarse Ernesto (teatro) . . . . .	4,00
XI.—Palabras, ideas, crítica. . . . .	4,00
XII.—Epistolario inédito. . . . .	4,00

**FRANK HARRIS**

Vida y confesiones de Oscar Wilde (dos tomos) . . . . .	12,00
---	-------

**Obras  
de Eça de Queiroz**

Una campaña alegre. . . . .	4,00
San Onofre . . . . .	4,00
San Cristóbal. . . . .	4,00
Cartas de Inglaterra. . . . .	4,00
El misterio de la carretera de Cintra . . . . .	5,00
Notas contemporáneas. . . . .	5,00
Ecos de París . . . . .	4,00
Prosas bárbaras. . . . .	4,00
Cartas familiares y billetes de París . . . . .	4,00
Cuentos . . . . .	5,00

**Obras  
de Remy de Gourmont**

Colores (cuentos eróticos). . . . .	4,00
Una noche en el Luxemburgo (novela) . . . . .	4,00
El sueño de una mujer (novela). . . . .	4,00
El peregrino del silencio. . . . .	4,00
Historias mágicas. . . . .	4,00

**Novelas  
de Barbey d'Aurevilly**

El amor imposible. . . . .	4,00
Las diabólicas. . . . .	4,00
Una historia sin nombre . . . . .	4,00

**Obras inéditas  
de Vargas Vila**

Odisea romántica (Diario de viaje a la República Argentina) . . . . .	5,00
Diario crepuscular . . . . .	5,00
La novena sinfonia (novela) . . . . .	6,00

## Obras completas del profesor S. Freud

(PRÓLOGO DE JOSÉ ORTEGA  
Y GASSET)

	Ptas.
I.—Psicopatología de la vida cotidiana. (Errores, equivocaciones, supresiones, olvidos) . . . . .	10,00
II.—Una teoría sexual y otros ensayos . . . . .	10,00
III.—El chiste y sus relaciones con lo inconsciente. . .	10,00
IV y V.—Psicoanálisis. . . . .	20,00
VI y VII.—Interpretación de los sueños . . . . .	20,00
VIII.—Totem y Tabú. . . . .	10,00
IX.—Psicología de las masas . . . . .	10,00
X.—La histeria. . . . .	10,00
XI.—Inhibición, síntoma y angustia . . . . .	10,00
XII.—Análisis profano . . . . .	10,00
XIII.—Psicología de la vida erótica. . . . .	10,00
XIV.—El porvenir de las religiones . . . . .	10,00
XV y XVI.—Historiales clínicos. . . . .	20,00
<b>SMITH ELLY JELLIFFE</b> Técnica del Psicoanálisis . . . . .	10,00
<b>Colección extranjera</b>	
<b>LEONIDAS ANDREIEV</b> Los siete ahorcados (novela) . . . . .	5,00
Judas Iscariote (novela). . . . .	4,00
La risa roja (novela). . . . .	4,00
Memorias de un preso (novela) . . . . .	4,00
<b>FEDERICO NIETZSCHE</b> Epistolario inédito. . . . .	5,00
<b>VILLIERS DE L'ISLE ADAM</b> La Eva futura (novela). . . . .	4,00
Nuevos cuentos crueles . . . . .	4,00
<b>GABRIEL D'ANNUNZIO</b> Quizás sí, quizás no (novela) . . . . .	5,00
<b>ALEJANDRO KUPRIN</b> El capitán Ribnicov (novela) . . . . .	4,00
<b>MARK TWAIN</b> Narraciones humorísticas . . . . .	5,00
El diario de Eva (novela) . . . . .	4,00
¿Ha muerto Shakespeare? (sátiras) . . . . .	4,00
<b>KNUT HAMSUN (Premio Nobel)</b> Pan (novela) . . . . .	5,00
<b>F. DOSTOIEVSKY</b> Tres novelas. . . . .	4,00
<b>J. y J. THARAUD (Premio Goncourt)</b> Dingley, el ilustre escritor (novela) . . . . .	4,00

	Ptas.
Servidumbre de amor (novela) . . . . .	4,00
<b>CARLOS BAUDELAIRE</b> Páginas escogidas. . . . .	5,00
<b>TEODORO DE BANVILLE</b> Muñecas (cuentos). . . . .	4,00
<b>ARTURO SCHNITZLER</b> Morir (novela) . . . . .	4,00
<b>JEAN LORRAIN</b> El burdel de Filiberto (novela) . . . . .	5,00
<b>JULES RENARD</b> El viñador en su viña . . . . .	4,00
<b>GERARDO DE NERVAL</b> Las hijas del fuego (novelas) . . . . .	4,00
<b>FIALHO D'ALMEIDA</b> La ciudad del vicio (novelas). . . . .	4,00
<b>LEÓN TOLSTOY</b> Jadsi Murat (novela) . . . . .	5,00
<b>CONDE DE L'AUTREMONT</b> Los cantos de Maldoror . . . . .	4,00
<b>ENRIQUE SIENKIEWICK</b> Hania (novela) . . . . .	4,00
<b>R. L. STEVENSON</b> Las tribulaciones de un joven indolente (novelas) . . . . .	4,00
<b>HENRI DE REGNIER</b> Boda de amor (novela) . . . . .	4,00
Amantes raros (novela). . . . .	4,00
<b>PIERRE LOTI</b> El libro de la piedad y de la muerte (novelas). . . . .	4,00
<b>GIOVANNI PAPINI</b> Hombre acabado. . . . .	5,00
Bufonadas. . . . .	5,00
Memorias de Dios . . . . .	5,00
<b>G. APOLLINAIRE</b> El poeta asesinado (novela) . . . . .	4,00
<b>G. RODENBACH</b> En destierro (novela). . . . .	4,00
<b>COLETTE WILLY</b> Querido (novela). . . . .	4,00
<b>O. HENRY</b> Picaresca sentimental (novelas). . . . .	4,00
<b>JOHN GALSWORTHY</b> Flor sombría (novela) . . . . .	5,00

	<u>Ptas.</u>
<b>G. K. CHESTERTON'S</b>	
La esfera y la cruz . . . . .	5,00
<b>TOMÁS HARDY</b>	
Teresa la de Ubervilles (novela), 2 tomos . . . . .	8,00
<b>LUIGI PIRANDELLO</b>	
El difunto Maffas Pascal (novela) 2.ª edición . . . . .	5,00
<b>AQUILINO RIBEIRO</b>	
La vía sinuosa (novela) . . . . .	5,00
<b>JULES ROMAINS</b>	
Luciana (novela) . . . . .	5,00
<b>JAMES JOYCE</b>	
El retrato del artista adolescente (novela) . . . . .	5,00
<b>HENRY DE MONTHERLANT</b>	
Olimpicas . . . . .	5,00
Los bestiaros (novela) . . . . .	5,00
<b>ANDRÉ GIDE</b>	
El inmoralista (novela) . . . . .	5,00
Los monederos falsos (novela) . . . . .	5,00
<b>PAUL MORAND</b>	
Los siete pecados capitales. Campeones del mundo (novela) . . . . .	5,00
<b>EMIL LUDWIG</b>	
El hijo del hombre (vida de Jesús) 2.ª edición . . . . .	7,00
<b>CHARLES LOUIS PHILIPPE</b>	
Bubu de Montparnasse (novela) . . . . .	5,00
<b>MARCELLE CAPPY</b>	
Pasaron unos hombres (novela) . . . . .	5,00
<b>Colección hispana</b>	
<b>S. Y J. ALVAREZ QUINTERO</b>	
La Madrecita (novela), 2.ª edición . . . . .	5,00
<b>JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA</b>	
Espíritu ambulante . . . . .	4,00
El oculto pecado (novela) . . . . .	4,00
<b>EUGENIO NOEL</b>	
Piel de España . . . . .	4,00
<b>JOSÉ E. RODÓ</b>	
Páginas escogidas. . . . .	4,00
<b>J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)</b>	
Hombres, hombrecillos y animales . . . . .	4,00
<b>CRISTÓBAL DE CASTRO</b>	
Las mujeres (2.ª edición) . . . . .	4,00

	<u>Ptas.</u>
<b>SILVERIO LANZA</b>	
Páginas escogidas e inéditas . . . . .	4,00
<b>MANUEL MACHADO</b>	
Un año de teatro . . . . .	4,00
<b>EÇA DE QUEIROZ</b>	
La decadencia de la risa (2.ª edición) . . . . .	4,00
<b>RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA</b>	
Muestrario . . . . .	4,00
<b>R. CANSINOS ASSENS</b>	
El divino fracaso . . . . .	4,00
<b>ANTONIO DE HOYOS Y VINENT</b>	
El secreto de la ruleta (novelas) . . . . .	4,00
<b>R. BLANCO-FOMBONA</b>	
Dramas mínimos . . . . .	4,00
<b>ALFONSO REYES</b>	
El cazador . . . . .	4,00
<b>ALBERTO INSÚA</b>	
Juvenitina la bella (novela) . . . . .	4,00
<b>FEDERICO GARCIA SANCHIZ</b>	
Cosmopolita (novelas) . . . . .	4,00
<b>M. DÍAZ RODRÍGUEZ</b>	
Peregrina (novela) . . . . .	4,00
<b>EDUARDO ZAMACOIS</b>	
La virtud se paga (novela) . . . . .	4,00
<b>EDUARDO MARQUINA</b>	
Almas de mujer (novela) . . . . .	4,00
<b>JOSÉ M.ª DE ACOSTA</b>	
Niferías (novela) . . . . .	4,00
<b>E. RAMIREZ ANGEL</b>	
La villa y corte pintoresca . . . . .	4,00
<b>LUIS SANTILLANO</b>	
Paxarón o la Fatalidad (novela) . . . . .	5,00
<b>Colección histórica</b>	
<b>J. GARCÍA MERCADAL</b>	
España vista por los extranjeros (3 tomos) . . . . .	12,00
<b>E. GONZÁLEZ-BLANCO</b>	
Historia del periodismo . . . . .	4,00
<b>CARLOS PEREIRA</b>	
La obra de España en América . . . . .	4,00
<b>E. RODRÍGUEZ SOLÍS</b>	
Historia de la prostitución . . . . .	5,00
<b>P. OTERO Y SÁNCHEZ</b>	
España, patria de Colón . . . . .	4,00
<b>Colección política</b>	
<b>ANTONIO MAURA</b>	
Treinta y cinco años de vida pública (2 tomos) . . . . .	8,00

	Ptas.
<b>EDUARDO M. DEL PORTILLO</b> Y <b>CARLOS PRIMELLES</b>	
Historia política de la primera República española . . . .	5,00
Biografía de Alcalá Zamora (con ilustraciones) . . . .	5,00
<b>V. RUIZ ALBENIZ</b>	
Ecce Homo. (Las responsa- bilidades del desastre.) Epí- logo del general Berenguer . . . .	6,00
<b>ALBERTO MOUSET</b>	
La política exterior de España . . . .	3,50
<b>ALVARO DE ALBORNOZ</b>	
El partido republicano . . . .	3,50
<b>JUAN JOSÉ MORATO</b>	
El partido socialista . . . .	3,50
<b>N. MORENO BECIO</b>	
Los partidos políticos eu- ropeos . . . . .	4,50
<b>ENRIQUE FAJARDO (FABIAN VIDAL)</b>	
Crónicas de la gran guerra. . . .	6,00
<b>RAUL MAESTRI</b>	
El Nacional socialismo ale- mán . . . . .	4,00
<b>Ideario español</b>	
Ideario de LARRA (Prólogo de Gabriel Alomar . . . .	5,00
Ideario de COSTA (Prólogo de Luis de Zulueta). . . .	5,00
Ideario de GANIVET (Prólo- go de Cristóbal de Castro). . . .	5,00
<b>Ensayos</b>	
<b>JUAN MONEVA Y PUJOL</b>	
Primeros ciudadanos . . . .	3,50
<b>LUIS DE ZULUETA</b>	
La oración del incrédulo. . . .	3,50
<b>WALTER RATHENAU</b>	
La triple revolución . . . .	4,00
<b>G. MARAÑÓN</b>	
Tres ensayos sobre la vida sexual. (6.ª edición, con prólogo de R. Pérez de Ayala) . . . . .	5,00
<b>O. R. LAFORA</b>	
Don Juan, los milagros y otros ensayos . . . . .	5,00
<b>QUINTILIANO SALDAÑA</b>	
El hombre de toga . . . . .	4,00
<b>TEÓFILO ORTEGA</b>	
Hervor de tragedia. . . . .	8,00
Brand . . . . .	2,00
Quejumbre. . . . .	4,00
<b>R. NOVOA SANTOS</b>	
La mujer, nuestro sexto sen-	

	Ptas.
tido y otros esbozos . . . .	5,00
La inmortalidad y los oríge- nes del sexo . . . . .	5,00
<b>RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA</b>	
Ismos. (Con numerosas ilus- traciones.) Un tomo en 4.º . . . .	8,00
<b>Teatro selecto contemporáneo</b>	
<b>FRANK WEDECKIND</b>	
Despertar de primavera . . . .	2,00
<b>LEONIDAS ANDREIEV</b>	
Hacia las estrellas . . . . .	2,50
La vida del hombre . . . . .	2,50
<b>JOHN GALSWORTHY</b>	
La huelga . . . . .	2,50
<b>BJORNSTJEROE BJERNSON</b>	
Laboremos. . . . .	2,50
<b>M. ARTZIBACHEV</b>	
Celos . . . . .	2,50
<b>Los grandes cuentistas</b>	
Cuentistas húngaros. . . . .	4,00
<b>Las nuevas doctrinas sociales</b>	
<b>N. LENIN</b>	
Ideario bolchevista . . . . .	4,00
El comunismo de izquierda. . . .	4,00
La victoria proletaria y el re- negado Kautsky . . . . .	4,00
<b>CARLOS PEREYRA</b>	
La Tercera Internacional . . . .	4,00
<b>N. TASIN</b>	
Héroes y mártires de la re- volución rusa . . . . .	4,00
<b>A. R. OPAGE</b>	
Socialismo gremial . . . . .	5,00
<b>L. TROTSKY</b>	
El triunfo del bolchevismo (2.ª edición) . . . . .	4,00
Terrorismo y comunismo, o el Anti-Kautsky . . . . .	4,00
<b>ENRICO LEONE</b>	
El sindicalismo . . . . .	4,00
<b>A. KERENSKY</b>	
El bolchevismo y su obra . . . .	4,00
<b>VARIOS</b>	
El sindicalismo revolucto- nario. . . . .	4,00
<b>E. TORRALBA BECI</b>	
Las nuevas sendas del comu- nismo. (Tesis y acuerdos del III Congreso de la In- ternacional comunista . . . .	4,00

Varios		Ptas.
<b>PÍLOP MILLER</b>		
El poder y los secretos de los jesuitas. (Con 176 láminas.) Un tomo en 4.º . . . . .		30,00
<b>J. J. BROUSSON</b>		
Anatole France en zapatillas (Charlas e intimidades) . . . . .		5,00
<b>CARMEN DE BURGOS (COLOBINE)</b>		
Los anfibucarios (novela) . . . . .		4,50
Quiero vivir mi vida (novela) . . . . .		5,00
Biografía de Riego. . . . .		5,00
<b>FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES</b>		
Mario, en el foso de los leones. . . . .		5,00
La decadencia de lo azul celeste (novela) . . . . .		5,00
<b>ARTURO GARCIA CARRAFFA</b>		
La política pintoresca. (Más de cien anécdotas de hombres públicos) . . . . .		3,50
<b>RAFAEL ALBERTI</b>		
Marinero en tierra. (Poesías.) (Premio Nacional de Literatura.) . . . . .		5,00
<b>A. CRUZ RUEDA</b>		
Las gestas heroicas castellanas contadas a los niños (Premio Nacional de Literatura) . . . . .		5,00
<b>B. GIMÉNEZ CABALLERO</b>		
Yo, inspector de alcantarillas . . . . .		5,00
<b>J. DE LA LUZ LEON</b>		
Amlé o la incapacidad de amar. (Prólogo de Salvador Madariaga.) . . . . .		5,00
<b>RODOLFO REYES</b>		
De mi vida (Memorias políticas), dos tomos . . . . .		10,00
<b>R. LÓPEZ DE HARO</b>		
Ser o no ser (3 comedias) . . . . .		5,00
<b>TOMÁS BORRÁS</b>		
Madre, la mi madre . . . . .		2,00
<b>JOSÉ BERGAMÍN</b>		
Enemigo que huye (novela) . . . . .		5,00
<b>RODOLFO NERVO</b>		
Voces amigas (poesías) . . . . .		5,00
<b>JUAN JOSÉ DOMENCHINA</b>		
Dédalo (poesías) . . . . .		5,00
Márgen (poesías) . . . . .		7,00
<b>WERNER MULERT</b>		
Azorín y la generación del 98. . . . .		12,00
<b>Biblioteca del Más Allá</b>		
<b>PAUL GIBIER</b>		
El espiritismo (con ilustraciones) . . . . .		5,00
<b>RODOLFO STEINER</b>		
La Teosofía . . . . .		4,00
<b>ELIPHAS LEVI</b>		
Historia de la magia (con ilustraciones) . . . . .		6,00
<b>ARTEMIDORO DE DALCIS</b>		
Interpretación de los sueños. . . . .		4,00
<b>H. P. BLAWATZKY</b>		
Doctrinas y enseñanzas teosóficas. . . . .		4,00
<b>RAFAEL URBANO</b>		
El diablo: Su vida y su poder (con ilustraciones) . . . . .		5,00
<b>NORMAN VALLAGE</b>		
Las más curiosas sesiones de espiritismo . . . . .		5,00
<b>LAURENT &amp; NAGOUR</b>		
La magia y el amor . . . . .		4,00
<b>GURNES, MYEWEL &amp; PODMORE</b>		
La telepatía . . . . .		4,00
<b>FRANZ SPUNDAS</b>		
La reencarnada (novela ocultista) . . . . .		5,00
<b>A CONAN DOYLE</b>		
El espiritismo. (Con varias ilustraciones.) Un tomo en cuarto) . . . . .		15,00
<b>E. MEROMAR</b>		
Revelación del Misterio del Más Allá. ( <i>Prodigiosa actuación de una médium española</i> ). Un tomo en 4.º con 600 páginas . . . . .		15,00

LA «BIBLIOTECA NUEVA» TIENE EN PREPARACIÓN OTRAS MUCHAS E INTERESANTES OBRAS DE LOS MEJORES AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS.







DEL MISMO AUTOR  
(EN PRENSA)  
PSICOANALISIS  
APLICADA

**Precio: D I E Z pesetas**

GRAFICAS UGUINA  
Meléndez Valdés, 17. - MADRID

OBRAS COMPLETAS  
DEL PROFESOR

S. FREUD

NUEVAS  
APORTACIONES  
A LA  
PSICOANALISIS



ULTIMOS COM-  
PLEMENTOS (1933)  
A LA INTRODUC-  
CION A LA PSI-  
COANALISIS (VO-  
LUMENES -IV-Y-V  
DE ESTA EDICION  
DE OBRAS  
COMPLETAS)

TRADUCCION DIRECTA DEL ALE-  
MAN DE LUIS LOPEZ BALLESTE-  
ROS Y DE TORRES  
BIBLIOTECA NUEVA

PROFESOR  
S. FREUD

OBRAS  
COMPLETAS

XVII

DEL MISMO AUTOR  
(EN PRENSA)  
PSICOANALISIS  
APLICADA

Precio: DIEZ pesetas

GRAFICAS UGUINA  
Meléndez Valdés, 17. - MADRID